1974
2024

50 años de BIBLIOTECA AYACUCHO

La lectura de todos nosotros

Luis Alberto Crespo

BIBLIOTECA  AYACUCHO

1974
2024

50 años

de BIBLIOTECA AYACUCHO

La lectura de todos nosotros

Delcy Rodríguez Gómez
Presidente Encargada de la
República Bolivariana de Venezuela

Miguel Ángel Pérez Pirela
Vicepresidente Sectorial de Comunicación y Cultura

Alejandro López Rodríguez
Ministro del Poder Popular para la Cultura

© Biblioteca Ayacucho 2025
Hecho Depósito de Ley
Depósito legal DC2025001903
ISBN 978-980-276-577-5
Apartado Postal 14413
Caracas 1010-Venezuela
www.bibliotecayacucho.gob.ve

1974
2024

50 años de BIBLIOTECA AYACUCHO

La lectura de todos nosotros

Luis Alberto Crespo

PRESENTACIÓN

Durante nuestra existencia, vamos construyendo una biblioteca personal compuesta de volúmenes únicos y páginas entrañables. Es un lugar al que siempre volvemos felices o nostálgicos. Definirla es esquivo, defenderla casi un punto de honor. Su razón de ser no se encuentra en todas las palabras a la vez polvorientas y cercanas sino en la íntima relación con ellas. Es un reflejo de nosotros mismos: enfatiza nuestras virtudes y deja al descubierto nuestras falencias. Es una obra que vamos elaborando a lo largo del tiempo y, finalmente, es una de las encarnaciones de la vida misma. Por eso es tan difícil compartirla. Lo hacemos a retazos, a veces escogiendo alguna página de alegría compartida, otras por ese azar que es la combinación de un golpe de memoria y de una asombrosa fatalidad. En cada una de sus partes, a nuestros ojos, está contenido el universo. Pero solo se puede transmitir de manera inconclusa, siempre fragmentaria.

Imaginar una biblioteca común es tarea de gigantes. Y la fundación y permanencia de la Biblioteca Ayacucho es un hecho casi milagroso. Concebida como un refugio para las obras fundamentales de la literatura y del pensamiento del continente, no nació de un esfuerzo único ni de agradables casualidades. Estaba prevista desde el *Repertorio Americano* de Andrés Bello y la Editorial América de Blanco Fombona, pero materializada en la labor incansable de José Ramón Media y Ángel Rama, durante tiempos turbulentos de dictaduras militares y bonanza petrolera. La idea era simple, su realización titánica. ¿Cómo llegar a esa biblioteca continental que contuviera formas tan disímiles, temperamentos tan variados, sesgos tan pronunciados? El resultado, luego de la participación activa de muchísimos

estudiosos e intelectuales, fue digno de maravilla. Y rápidamente adquirió esa aura legendaria que aun la acompaña.

Deambular por una biblioteca de estas características tiene sus inconvenientes. Pero creemos que Luis Alberto Crespo (y los textos que escribió para este volumen) es un guía excepcional y nos conduce, como un Moisés en el desierto caroreño, a través del infinito aparente, de manera exitosa. Primero que nada, logra ordenar el azar y el capricho. Los textos responden a una necesidad cronológica y se amparan en el conveniente racionamiento de las efemérides. Además, la lista de autores y temas intentan dar un panorama diverso y trata de la misma manera a nombres familiares y a textos poco conocidos, así como da un equilibrio entre los diferentes países, géneros y momentos históricos. No es de extrañar que comience escribiendo sobre Bolívar (así como comienza la Colección Clásica), pero de inmediato puede cambiar hacia la poesía, la narración o el ensayo. Por supuesto, abundan las referencias a lo cercano y a la gente querida. La proximidad temporal, geográfica o ideológica más que un sesgo, es una ventaja. Permite un relato de primera mano, una admiración genuina, un descubrimento y asombro personal. Son anotaciones de un lector ávido y una pluma leve donde prevalece la intención divulgativa. Pensadas para su distribución en línea y dedicados a todo público, las páginas de este libro, también tienen una función didáctica. Su estilo es propio del autor: un recorrido a caballo entre la precisión periodística, siempre amena, y el vuelo poético de la sorpresa verbal.

Una biblioteca que no se lee, es una biblioteca muerta y estéril. Desde un principio; a través de los prólogos, cronologías y bibliografías, a través de otras colecciones; la Biblioteca Ayacucho siempre le ha dado una importancia clave a todos los materiales ancilares y complementarios que hacen resonar los textos principales. Es fácil caer aturdido por los ecos que retumban en la caja de resonancia de los

hexágonos de esa biblioteca de Babel, de esa biblioteca total, que no solo amplifica, sino que nos sumergen en la cacofonía y el caos. Así que necesitamos de ese bibliotecario miope o ciego cuya labor es atravesar las salas y abrir un volumen al azar para que cobre vida. Y tú, agradecido lector que tienes este libro entre tus manos, revives línea a línea algo olvidado y desconocido y que ahora forma parte de ti.

Hablar de una biblioteca total es una entelequia. La única sería una biblioteca infinita. Por eso, la Biblioteca Ayacucho solo puede seguir creciendo: la totalidad no es una condición, es una promesa. Siempre debemos volver a ella, releerla, glosarla, revisarla. No podemos contener a todos los autores ni a todas las obras. Sin embargo, la verdadera totalidad es la que aspira el título de este libro. Ya no una biblioteca ni total ni personal, sino simplemente *la lectura de todos nosotros*.

Jesús D. León

BOLÍVAR, 24 DE JULIO DE 1783
AQUEL MUCHACHO DÍSCOLO

Aun no había temblado la tierra. San Jacinto era una de las esquinas por donde pasaban los vientos *ponentinos y tormentosos* de que hablaba en su arcaica prosa el señor Pimentel, uno de los fundadores de la breve ciudad acomodada en el seno del valle undoso de los antiguos Caracas. El recodo de esa esquina soportó el golpe seco del casquillo, la queja de la rueda y la voz de algún vendedor de las delicias de los sembradíos. La iglesia, a su vera, se pretendía inconmovible a toda lastimadura que no fueran los estigmas de Jesús resucitado por la talla de algún imaginero de Sevilla. Sí, aun no sucedía el fatídico 1812. Caracas y sus 45 mil almas era una ciudad chata, lenta y en voz baja, asegura don Arístides Rojas y a la que, sin embargo, Rufino Blanco Fombona concede una bullosa parla eufórica de taberna, el ocio realengo, el jolgorio sorpresivo, alguna guitarra y su fandango. El habitante, el bajo pueblo, es oscuro, abundaba, casi indio y con frecuencia moreno, al que el mantuano de perifollo, miriñaque y corbata *lavalière* llama *pardo.* Dos viajeros de desmesurada cultura como el conde de Ségur y el barón de Humboldt, recuerdan a una ciudad de patricios de acicalada cultura, las maneras europeas, que habla un francés sin acento, melómanos refinados con Haydn tranquilo y Mozart sonriente, el pantalón de seda cruda, la espada al cinto y el faldón del presbítero. Gente de esa cotonía pisa el empedrado con pereza (todo apuro es plebeyo, advierte el canon de la clase oligarca) y endereza hacia una mansión levantada a media calle, el escudo de armas encaramado y visible para difundir la hidalguía de sus dueños y el portal de buena piedra. Es la residencia del coronel de las milicias de Aragua el muy adinerado don

Juan Vicente Bolívar y Ponce, y de doña Concepción Palacios y Blanco. Su pariente, Rufino Blanco Fombona, asegura que el coronel lucía una mirada azul, la postura espigada y que era delgado y narigudo. Su esposa mira con ojos negrísimos, muestra una tez de pétalo pálido y "resplandece entre los encajes sobre un lecho alto, severo". Ha parido no ha mucho a su cuarto hijo. Los invitados se inclinan a conocerlo, pero han de apartarse para permitir el acercamiento de don José Félix de Xérez y Aristiguieta, presbítero, que lo puede todo, protector de todas las almas, que así lo quiere Roma y La Casa Real. El prelado es doctor en teología y ostenta rancio linaje: tataranieto, *chozno* de conquistadores. El pretencioso obispo de Caracas y primera sotana de la curia caraqueña ha venido a bautizar al recién nacido. Se llamará Simón José Antonio de la Santísima Trinidad Bolívar y Palacios. De seguidas, la Historia abundará con más o menos fantasía de lo que siguiera luego que se cumpliera la ceremonia en el caserón de los Bolívar. Como don Arístides era ducho en suposiciones no tardará en cumplir con sus dones de cronista con ánimo de abundar en detalles conocidos y por imaginar. El silencio intervendrá en zanjar las ignorancias biográficas del trajín callejero del hijo de los Bolívar Palacios, vástago de coroneles y capitanes, agobiado por una ascendencia cuyo árbol genealógico hunde sus raíces en Vizcaya. Pero ¿qué fue de sus compañeros en el alboroto infantil?, ¿cómo se llamaba su amigo predilecto?, ¿qué plaza o parque frecuentaba?, ¿cuáles eran sus juegos?, ¿eligió alguno que liberara su fantasía?, ¿no había chiquillas cerca?, ¿hasta dónde llegaban sus incontrolables travesuras de infante díscolo? "Niño nulo", lo motejaba el licenciado don Miguel José Sanz, uno de sus primeros vigías, encargado de enderezar sus asiduas turbulencias. Solo se supo de su fastidio, su soledad, cierta tristeza de temprano huérfano de padre y madre. Acaso los verdores públicos de la ciudad, en esos primeros años de su infancia, no llegaban sino hasta el abra de la Plaza Mayor y la Cuadra Bolívar, a la vera del Guaire, cuando caballero en un burro,

cabalgaba al lado del grave y fastidioso licenciado Sanz. Más elocuente se muestra la Historia cuando aparezca en la vida del muchacho incontrolable –al que solían llamar Simoncito– el joven profesor Simón Rodríguez, quien habría de encargarse ahora de ponerle la brida al desenfrenado mocoso. No quiere estudiar matemáticas, teología, geografía. Le aburre la sabiduría de su casi coetáneo Andrés Bello. El nuevo instructor desdeña el uso del ronzal y la espuela de la enseñanza de esos días y convida a su nuevo alumno a adentrarse juntos en la floresta vecina, en la gran montaña. ¿Qué quieres hacer?, sería la primera tarea que le propone desobedeciendo así el cumplimiento de las tablas de Moisés de la pedagogía colonial y dejando que el muchacho hiciera de potrillo mostrenco. Jamás podía avizorar el rousseauniano Samuel Robinson que de esa guisa comenzaba ya a forjar el carácter y el instinto justiciero del futuro libertador de cinco naciones y fundador del nuevo humanismo latinoamericano. Poco le importó cumplir con las lecciones de gramática y ortografía; que escribiera por ejemplo hijo sin hache y servidor con b. "Ya aprenderá", diría tal vez, adelantándose al gran escritor que más tarde llegaría a ser cuando suscribiera proclamas, discursos, epistolarios y la poesía de *Mi delirio sobre El Chimborazo*
Los románticos del siglo XIX privilegiaban el desasosiego, el desamparo, el dolor interior, como principio del despertar de muestro oculto destino, el *areté* de los griegos. Baudelaire, más rotundo, aseguraba que era la lastimadura, la vida herida, las situaciones insoportables, las que abrían el camino –aun sin hollar– del ser en la búsqueda de su realización. Si aplicáramos estos preceptos del romanticismo, acaso el destino del joven Simón Bolívar, heredero de tierras pingües y de minas, vástago de una de las familias más ricas de Venezuela, subteniente de espada siempre envainada, sin uso, culto autodidacta, egresado de la mansión-escuela madrileña del marqués de Uztáriz; acaso, repetimos, de no haber sufrido la horrenda herida que le ocasionara la muerte prematura de su amada María Teresa Rodríguez del Toro y Alaiza (inquiere Blanco

Fombona en su libro *Mocedades de Bolívar*), el destino del joven Simón Bolívar nunca hubiera despertado al ser profundo que lo moviera a ofrecer su vida y su sueño de Libertador del Mediodía de América (como lo nombrara su maestro primordial) para presidir la lucha anti-colonialista de Venezuela y de los pueblos sometidos por la corona española. Desde aquella tarde del 24 de julio de 1783 de su nacimiento, aquel muchacho díscolo de la esquina de San Jacinto, emprendió cierto día, donde lo esperaba el destino, la lucha por la libertad de los pueblos de este Continente e hizo de ellos su patria, los de Venezuela y los de la América de su sueño antiimperialista. Hoy, hace ya tiempo que bajó de las estatuas y anda adelante entre nosotros.

23 de julio de 2020

FERNANDO PAZ CASTILLO
DE CUANDO LOS POETAS ANDABAN CON UN PÁJARO EN LA CABEZA

No sé por qué se me figura siempre su presencia la de un poeta inglés del siglo XIX, con algo de Yeats en sus cabellos en desorden y el andar pausado de Wordsworth apoyado sobre su bastón de pastor cuya austera robustez corregían algunas talladuras *hippies*. ¡Ah, y esa corbata aventada por la más leve brisa y las mejillas afeitadas con torpeza! Así hacía su entrada a *El Nacional* de Miguel Otero Silva, siempre puntual en la entrega de su columna semanal, a la que su modestia (la verdadera) nominara *Reflexiones de atardecer*. Era de finales del 1893, de la Caracas todavía recoleta, aun con restos guzmancistas, que acaso presentía ya la irrupción de los soldados de alpargatas de Cipriano Castro. Pero fue él, él, Fernando Paz Castillo, más tarde, en 1931, cuando escribiera *Hay un perfume / que solo se siente en las noches claras / ¿Es acaso una flor que no hemos visto?;* y también el de unas páginas más allá: *La vaca con el alba era rosada: / así la vi en la sierra... / Mas,* al *regreso entre la tarde gris, / la vaca me parece casi negra* que Basho o Weis hubieran suscrito por su dejo de *haiku* en verso libre y la irrespetada medida del 7-8-7 que exige su métrica en castellano. Antes solía frecuentar (yo lo vi en una estampa, al lado de los escritores bisoños de La Alborada, no muy lejos de Gallegos y de Salustio: lucía un traje de paño blanco y zapatos intensamente nocturnos), el grupo de artistas y escritores del Círculo de Bellas Artes que reuniera a los pintores y artistas determinados a remedar, como Manuel Cabré, el follaje y la flor del urape, el sendero de trinitarias púrpuras y las paredes vegetales de El Ávila, cierto rostro resguardo de la canícula de las doce media o alguien que decía algo y había una mujer confundida con un jardín. Tal

vez en ese entonces escribiera, *En lo más alto del árbol / fuga limitada por su íntimo impulso / el sol. / Y más allá, un pájaro. ¡Y más allá, su canto!* y ya lo sorprendiera, mientras trataba el dibujo verbal y el color del vallado caraqueño, el amarillo Van Gogh del canario, *Sol y espiga juntos / en el hilo del canto. Y en el azul, / cálido/de sol contenido por el cristal del aire, / voló una hoja seca del color del canario. / Te dije: / ¡Solo le falta el canto!* Sus amigos y cómplices de pretensiones poéticas provenían, como él, de la juventud literaria del año 18: Ramos Sucre ("esas cosas que escribía Ramos Sucre", me confió); Andrés Eloy Blanco, González Rincones, Moleiro, Planchart. Era el tiempo de los senderos y el encuentro con la bruma por la derrota empinada y undosa de los Teques. Oculto en la niebla, Paz Castillo pudo escuchar el otro pájaro, el borgeano, que no se ve y lo anotó en su inseparable *notebook*: *Vengo de lejos / pero mi camino es corto / y lo hecho no estará / todo / en lo que habrá de ser. / Mi angustia de vivir / es no regresar, / pero en el regreso, no sé adónde / será mi ilusión. ¿Cómo seré? Nadie podrá saberlo! / Ni tampoco lo sabré yo, cuando ya sea.* ¿Por qué pienso que la niebla avivó en él la alianza entre "el idealismo y la realidad!", la intrusión de la metafísica en el trazo paisajista, machadista? Viajó mucho, en diligencias diplomáticas: España, pero más Londres, donde halló fervor por Jhon Keats y su *Estrella refulgente*, su *Oda a la melancolía* y por Shelley y su *Viento del Oeste*. Lo lastimó la guerra civil española. De sus llagas morales trajo de vuelta a Caracas el borrador de *Entre sombras y luces*. Cuando lo conocí ya había escrito *El Muro*, su poema de más allá del tiempo. Alfredo Silva Estrada saludó en él el misterio de lo fulgurante, su devoción por la duda y la suspensión filosófica. El epígrafe se lo cedió John Keats y sin traducción lo copió en lo alto del poema: *Beauty is truth, truth beauty, that is all Ye know on earth, and all ye need to know.* De esa reflexión sobre la belleza terrena el poeta Silva Estrada le dijo su entusiasmo durante el tributo que le rindiera el Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo

Gallegos. Todavía se me antoja ver hoy a Fernando Paz Castillo, mientras ofrecía su perfil de hidalgo a la luz de la tarde, pronunciando en silencio aquella duda metafísica que lo asistiera a lo largo de su obra de madurez creadora: *Pero el muro, el silencioso y blanco muro parece que nos dice:* "*hasta aquí llegan tus ojos, menos agudos que tu instinto*". Cada vez que subía al cuarto piso del periódico donde nos aprestábamos a elaborar el *Papel Literario* de cada sábado, asomaba su lenta presencia y nos preguntaba: "¿Qué leen, muchachos?" Su traje azul daba mayor fulgor a sus cabellos blancos. Juro que siempre le vi como un pájaro amarillo posado allí, en lo alto de su eternidad.

29 de julio de 2020

ARGUEDAS
ENTRE EL GRITO DE LOS RÍOS Y LAS MONTAÑAS AIRADAS

Todavía uno anda en la memoria de aquel niño que fuera confinado en una cocina con los comuneros quechua de la hacienda de su padre por determinación colonialista y despreciable de la madrastra. Aun hoy uno oye decir y lee cuando su hermanastro le lanzó al rostro la sopa que sorbía entre los indios, sus maestros del humanismo, del amor y lo sagrado en la pobrecía y en el aprendizaje de la lengua y el espíritu de Túpac Amaru, el dios-serpiente. En ese entonces de su recuerdo José María Arguedas habló y narró luego sobre su fraternidad con un asno ("nunca hubo una amistad más grande entre un ser humano y un animal", concedió a mitad de un monólogo) por los recovecos helados de los cerros altos. "Yo viví con esos indios de hacienda, yo lloré con ellos cuando los padres franciscanos, desde el dorado púlpito de la capilla de la hacienda, les decía que el Wiracocha patrón era el representante de Dios", confesó en un momento de sus muchos monólogos, como para mostrar mayor minucia a su añoranza de niño negado a la misericordia y a la providencia que Shakespeare concediera a la muerte de un gorrión. Se llamó Ernesto (aun se llama así) en las páginas de *Los ríos profundos*, que la Biblioteca Ayacucho privilegia entre los clásicos donde reúnese la eternidad de los escritores latinoamericanos. El prologuista es Mario Vargas Llosa, de quien el escritor se distanciara cuando en cierta ocasión negara que la cultura primitiva pudiera tener su propia lógica. Es él, Ernesto, hijo de un terrateniente, el narrador de ese entrabamiento de culturas que marcó al rojo vivo su devenir, transfigurado apenas por la ficción, entre el Arguedas real y la persona-emblema, ambos pasto del conflicto que

ocasionara una educación antigua, cría de una lengua mágico-religiosa y la imposición de una educación en la lengua del terrófago y de la iglesia. Huelga imaginar el desahucio de aquel niño que solo hablaba el quechua desde los ocho años y sufriera el castellano del *mistis,* el terrateniente, a los quince. Acaso sea esencia de *Los ríos profundos* escuchar y leer de nuevo a José María Arguedas referir que fue el quechua su primer alfabeto (y el castellano su idioma aprendido de soslayo) el ahínco en sus páginas con que manifiesta ese enfrentamiento del decir mágico-religioso de los indios con el de la fonética y la gramática del colonialismo. Entonces nos gana casi inadvertido lo que ha debido sufrir el otro "yo" del escritor (o su tributo) y la lastimadura de no poder conciliar el idioma de los dueños con el del pájaro que almuerza el corazón de una flor y luce en sus alas y en su vientre el polvo amarillo de su espíritu. Ya dirá el escritor más tarde que la técnica de la escritura la aprendió en Quevedo, en Güiraldes y nunca en Joyce, o mucho en el *Tungsteno* de Vallejo. Diría también, a punto de contradecirse, que se definía como un hombre de letras provincial y no profesional (no de la estirpe de los cartesianos, por mencionar a Julio Cortázar, a quien afrontara en una insostenible polémica) y que su modo de planificar la ficción era copia de los novelistas rusos y franceses del siglo XIX, esa época en que el narrador era una deidad hasta en el modo de hacerle bucles al bigote y ajustarse la corbata *lavalière*, pero que sin embargo su nostalgia era Rimbaud, pero nunca el *Ulises* de Joyce, nunca, insistía. Quien relea sus libros primeros, *Agua* y *Yawar-Fiesta*, y "oiga", una vez más, ese entrabamiento de las voces quechuas y de las oraciones castellanas, aquéllas pronunciadas con la entonación de la onomatopeya, sin la cacofonía de la versión, transitando entre las frases y las oraciones de estas, memorizadas al caletre de pluscuamperfectos y subjuntivos, se moverá sin estorbos con el Arguedas de sus obras siguientes y sobremanera de *Los ríos profundos*, mientras en el decurso de la anécdota "exterior" los

indígenas comuneros muévense contra los *mistis* en sus reclamos por la propiedad mítica de la tierra madre, la de las deidades invisibles de su mitología y los seres tangibles de la naturaleza humanizada. Entonces sentiremos la gran quietud que visita a la obra donde prorrumpen el canto, la fiesta, la metáfora musical de la *quena* y el giro de los movimientos de la danza guerrera en su lenguaje de rebelión, de reclamo y de castigo. Que lo diga Arguedas, una vez más, algún día, como hoy, al regreso de su infancia, reveladora de la sacralidad quechua y dolida de feudalismo, de castellano patronal de que es cumplido feligrés un próximo suyo de su sangre terrateniente, cuando destruye con sus manos y sus pies, la salmodia de la *quena* que un indio hacía sonar en los confines de su hacienda. Porque, sin duda, en la intralectura de *Los ríos profundos*, y una vez transitadas las páginas de *Todas las sangres*, cobra mayor nitidez el canto y la acción de la naturaleza como deidad personificada y la lengua quechua como poder mágico-religioso en el bramido del Pachachaca, uno de los ríos profundos. Cuando uno escucha al Urubamba, allá abajo, desde Machu-Picchu, la ciudad chamánica y de los sabios, sabe que no es agua lo que brama y reclama, sino el quechua, la lengua en la boca de su torrencial travesía y la del padre-serpiente, de Túpac-Amaru en el rezo poético de Arguedas que grita y se aíra. Mas no pudo el escritor conciliar la cultura antigua de su madre india anodina y sierva con la colonial del padre legalista de diente de oro. Lo había jurado tiempo atrás: "Yo viví aquí, amargo, pálido, como un animal de los llanos fríos". Buscó amparo en el socialismo. Aseveró que era el camino que había quedado intransitable con la huella de los imperialismos y que el pueblo quechua reclamaba desde antiguo para revivir su saber y sentir comunitario. En su libro inconcluso, *El zorro de arriba y el zorro de abajo*, novela y confesión al unísono, conviven también dos sentimientos: el del quebranto de la visión mítica y el alejamiento de la irrealidad, esto es de lo mágico-religioso, mientras ocurre la mudanza

del pueblo quechua a la costa atlántica. Así lo observa William Rowe, su atento lector, en *Mito e ideología en la obra de José María Arguedas*. La obra trata de "un intento de modernizar la tradición y de asumir de nuevo lo antiguo". Era –bien lo anota Rowe citando a Arguedas– "una lucha contra la muerte", la que "se atreve a llorar por nosotros" con Rilke y le ofreciera un revólver en la sala de baño de la universidad de alguna provincia peruana. Duró cuatro días a su lado y luego le detuvo el corazón. La tierra de los ríos que ululan y las montañas que se rebelan contra los amos, se niegan, como hicieran con el cuerpo de Atahualpa, a sepultarlo entre nosotros.

01 de diciembre de 2020

VERSE EN DÍAZ-CASANUEVA

¿Quién es este que vino hasta nosotros en nombre de Chile con seis profesores a avivar el Instituto Pedagógico en una Venezuela que no salía aun del todo de la larga pesadilla gomecista y aprendía a vivir nuestra otrora amordazada democracia? No sé si alguien, entre los escritores de entonces, conocía su biografía que no fuera Mariano Picón Salas, quien lo viera, lo hospedara en Praga y paliara su pobrecía? El recién llegado de 1938 traía consigo la lectura, en alemán legítimo, de los últimos delirios de Hölderlin, la poesía pensativa de las *Elegías de Duino* de Rilke, *El piano azul piano Azul* y la paloma de la medianoche y la droga de Else Lasker-Schüler, el matorral sombrío y el jilguero que llama al muchacho Elis y canta su pérdida de George Trakl. Filósofo y metafísico, traía asimismo un *suma cum laude* otorgado por la muy seria Universidad de Jena, discípulo que fuera de Heidegger y de Husserl. En Berlín de los primeros días del nazismo había visto arder los libros acusados de judíos y "decadentes". Pero apenas frecuentó la inteligencia caraqueña y trabó conocimiento con los poetas del grupo *Viernes* el nombre de Humberto Díaz-Casanueva suscitó la revelación del romanticismo y el expresionismo alemán entre los ávidos de universalidad del pensamiento y la emoción, hartos tal vez de simbolismo y surrealismo francés. Sus dones de políglota regalaron a los *viernistas* la primera traducción de Saint-John Perse en lengua venezolana. Con razón, Vicente Gerbasi, el más luminoso de ellos, lo evocaba y decía que "todo cambió entre nosotros con la llegada de Díaz-Casanueva", mientras Antonia Palacios, desde su casa-biblioteca y taller literario de *Calicanto* para escritores bisoños, añoraba

su amistad y mostraba los papeles de sus correspondencias, describiendo su austera postura, "la boca cerrada a toda íntima confidencia y gran poeta". Chile es una contradicción entre su delgadez geográfica y la desmesura verbal de sus poetas. No solo con Huidobro, Neruda, Gabriela Mistral. Los hay casi en cada esquina e interminables como las arenas de Atacama. El errante caraqueño Andrés Bello le abrió la universidad, el castellano para uso de americanos, el código civil, la soberanía lingüística, el regionalismo universal bolivariano y fue uno de ellos. Chileno puro, a poco de llegar a Caracas, Díaz-Casanueva trajo la publicación de su tercer libro, *El blasfemo coronado* y en verdad que todo fue distinto en la poesía venezolana, como si no hubieran bastado su traducción de los ángeles terribles y la muerte que llevamos por dentro de Rilke, el regreso de los dioses griegos de Hölderlin, el realismo de sala de operaciones de Gottfried Benn, la otredad del opio y la esquizofrenia de George Trakl, la rebelión sombría de Else Larsker-Schuler. Entonces dimos a aprender su vida escondida de trashumante, acicalador de caballos purasangre en sus tiempos de bolsillos flacos, antologista de la poesía de los niños de su patria, diplomático cuando los presidentes intelectuales chilenos conocieron su valía moral, humanística y poética, profesor en las universidades del mundo, disertador erudito en institutos de varia resonancia y otra vez diplomático, esta vez en la ONU, embajador de Salvador Allende, de cuya dignidad renunciara, no más el innombrable Pinochet lo asesinara. Sí, fue distinta la modernidad poética entre nosotros propuesta por *Viernes,* nutrido como fuera de la confidencia y la escritura de quien, más luego, Guillermo Sucre señalara como el poeta de "la ética de la desesperación, como conciencia desértica, como blasfemia y coronación". Ya se había hecho costumbre, hábito de lectura fecunda, una obra como *Requiem,* del que Gabriela Mistral loara hasta lo indecible y con insistencia y lo suscribió, como sigue: "Supe de golpe y sigo sabiendo que tal libro era y es uno de los poemas de nuestra lengua

que no serán disueltos ni por la roña del tiempo ni por el atarantamiento de los críticos ni por la veleidad de los lectores. Libro es él de alta categoría, libro padecido y libro logrado...". El padecimiento que observara la poeta de *Tala* y *Desolación* acompañará la obra toda de Díaz-Casanueva, su ética de desesperación, su conciencia desértica. Desde sus prolongados y enfáticos poemas primeros, aquellos de *Vigilia por dentro* (no pocos de ellos traducidos por Ungaretti); o *La estatua de sal*, hasta los definitivos en lenguaje contrito, casi silencioso, interrumpidos por el ay de la lastimadura interior, ahora más terminantes y privilegiados en simbología y en imágenes como en *Los penitenciales*, *Sol de lenguas* (escrito, diríase, bajo la insolación) y *El hierro y el hilo* y *El pájaro Dunga*, breves hasta el hilo de la pausa, muchos, gritados de vividez, todos. La Biblioteca Ayacucho acogió entre sus clásicos la poesía de Humberto Díaz-Casanueva y encomendó a Ana María del Re, acaso su más minuciosa lectora, la redacción del prólogo, de la cronología y de la bibliografía. Imposible no reproducir las palabras del poeta chileno, copiadas por Ana María en las postrimerías de su prólogo: "Todo lo que he escrito ha sido para revelar lo cierto, lo oculto, lo enmascarado de lo que soy (...). Sigo siendo aquel blasfemo sagrado que se rebela contra los poderes ignotos o contra un azar irreductible (...). En verdad, nunca he perdido la esperanza y la fe en el hombre. Pienso que no obstante lo trágico y lo absurdo, es bello y noble tener el privilegio de vivir (...). La poesía es una lágrima, a la vez que una semilla, depositada en lo más pleno del misterio". Pero cómo no escucharlo, además, en el alto de su *Requiem*, llamar al dolor y decirle: "He de darle un caballo de cascos que tengan el fuego de mis ojos, ha de galopar como un diestro más allá de la plácida tierra, ahí donde perdura mi nombre comido por la bruma...".

08 de diciembre de 2020

JOAQUÍN GARCÍA MONGE
LA NOSTALGIA DE LA DESMESURA

Deletrear su nombre es afrontar una contradicción cuando damos con su segundo apellido. De *monge* (con j) no se le conoció su exposición al pacifismo a los que obedecen los hombres de sayo. Mejor le ajustaría el del cartujo, por su habitual comportamiento de escondido y de modesto laborioso de su idealismo, ajeno a la loa y al nombramiento en el circo del espectáculo político e intelectual. Silencioso, apartado estuvo de la verbena de la fama; acaso ello lo moviera escribir breve y escasamente la novela y el cuento, fiel al regionalismo, al costumbrismo, al color local: a su ideología. Los llamó *El moto*, las *Hijas del campo* y *La mala sombra y otros sucesos* (cuya duración no alcanza la página y media). Al contrario, larga y efusiva (¡y cómo!) fueron sus ensayos, artículos, correspondencias, los cuales abultan una bibliografía larga y bastante, lo suficiente como para que su nombradía colme, hasta el pasmo, las historia del pensamiento humanista y político de su pequeña república y de la América nuestra, bien que tal esmero por soñar un continente sin estrecheces de fronteras, de revindicaciones sociales, con huella bolivariana, nacionalista, antiimperialista, fervoroso de Mariátegui, Hostos, Sanín Cano, Martí, con entusiasmo por Kropotkin y Tolstoi, radical, pero de callado marxismo, le valiera el encono de sus adversarios, la injuria de los colonialistas, el desconocimiento de su escritura y de su ética a favor del común, el peón, el bananero, el bracero, el arreador de la grey ajena. No en vano pertenecía a la Alianza de obreros y campesinos de Costa Rica y a la subversión social y cultural que lo encendía y lo abrasaba. Inventó una revista, *El Repertorio Americano* (con igual, nombre Andrés Bello

fundaría una en 1826 pero a tal coincidencia no le hizo caso), la cual exasperó a la sociedad burguesa y oligárquica costarricense, en cuyas páginas suscribiera abundante prosa junto con un grupo de intelectuales refractarios, afrentados a las pacatería y a la malandanza del liberalismo de entonces y mucho después y hasta ahora. Abjuró así mismo de la iglesia, a su ya tradicional acomodamiento al poder político del dictador y del amo. Fue defensor de la República española, lo emocionó la soviética, se declaró antipositivista, rabioso ante las trasnacionales del banano y del *yankee* felino, hambriento de soberanías. Los nombres de los escritores, intelectuales y políticos de Latinoamérica y de Europa, a quienes la revista rendía honores, frecuentaban sus páginas, a veces sin distingos ideológicos y estéticos, como Martí, Sarmiento, Alfonso Reyes, Lugones, Azorín, Benavente, Flaubert, Barbusse, Romain Rolland, Zola, Wilde, los venezolanos Manuel Díaz Rodríguez, Gallegos, Uslar Pietri, Blanco Fombona, el primer Betancourt, considerados como "previsores", mientras silenciaba a Simón Rodríguez y a Bello mismo. Maestro de escuela y profesor universitario, expulsado no pocas veces por gobernantes a quienes le atemorizaban su utopía ideológica y educadora de campesinos y obreros, imaginó un periódico como aula de clases y de militancia en el reclamo social, Joaquín García Monge perturbó –valga el eufemismo– a la claque política y social de su patria. La desmesura transfiguradora de su sueño le resultaba dañina a los dueños de la vida costarricense. Le negaron su curul en el Congreso y cuando se rasgaron las vestiduras de la culpa no entendieron nunca por qué no les aceptó el costo de la felonía. Entonces se encerró en sí mismo, orgulloso de su pobreza y de su integridad moral. Dicen que su casa era un cuarto a punto de sucumbir en un océano de libros y papeles. Así nos lo avisa la estupenda prologuista Flora Ovares en el tomo 229 de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho. Por ella sabemos de su violentada existencia y su terquedad de soñador libertario. También nos refiere que rehusó

abandonar a Costa Rica, "por temor a que perdiera su revista" y que se negó a ser postulado al Premio Stalin de la Paz". "Dígamele a Neruda –escribió en una misiva– que no sabe cómo le agradezco lo que me propone. Que le ruego desista. No quiero ser piedra de escándalo por acá; perdería la tranquilidad que necesito en estos años finales". En otra carta, esta vez a su amigo y parlamentario Luis Ferrero, le anuncia: "Creo que me consumo. (...) Estoy extrañado de las novelerías del Congreso. Yo nunca hice lo que hice para que me premien". Batalló duro para que su nostalgia de la desmesura (la social, la ideología, la educativa y cultural a favor de los obreros y campesinos) viera realizada su utopía. "En este país –concluye la doctora Ovares– resulta peligroso alejarse del espacio común, del mundo restringido. El silencio, la burla, la indiferencia, que crecen a medida que se aumentan los triunfos y la estimación extranjera, ahogan a veces a los mejores costarricenses". ¿Lo vislumbró Joaquín García Monge? Temo que la nueva poesía latinoamericana no sabe dónde quedan, por ejemplo, Eunice Odio o Ana Istarú, esos dos nombres solitarios de Costa Rica. ¿Por qué no temer lo mismo si preguntáramos dónde queda la obra y la ideología educativa de quien terminó mudando su apellido de acucioso monje por el de la reclusión del cartujo? ¿Visitará acaso algún costarricense de estos días la celda de su perennidad?

20 de enero de 2021

LA ÚLTIMA MIRADA DE MARTA TRABA

Vino del sur, como lo que vuela de paso, sí, como esos pájaros. Aprendió a no mover sus ojos, a entrar en ellos. Era bella, perfecta, imposible. Fue su don. Lo supo temprano. Era su designio. Se aprestó para eso, para saber mirar. A pensar con sus ojos lo bello, lo que permanece. Se esmeró así en sabidurías. Supo que su mirar existía hasta después de sí misma, que era también una lectura, una escritura visual. Además, para inventar la estupenda mentira de fingir personajes, de crear sentimientos y para decir no. Escritora fue mirando, poeta de pronto, imaginera del había una vez también, varias veces, como aquella, su celebrada novela *Las ceremonias del verano.* Pero más y para siempre atendió a la creación del otro sobre los muros, lo íntimo de la forma interior y la intemperie del afuera, el rasgo, el tinte, la piedra oscura y blanca, el hierro, lo frágil. Pasaba, vi viéndolo lo creado por el hacedor de las artes, migrando como el ave que digo, la pupila fija; y buscaba el hechizo de lo que veía, eso que es su sofisma, esa pasión de valorar lo inefable. Se llamó Marta Traba. Venía de Buenos Aires y no tardó en posarse en Bogotá. Para entonces, su ojo se había agudizado sobremanera, dulce, airado, sedoso, zahorí, de nuevo dulce, difícil, de tórtola, de cernícalo. Miraba y dijo lo que miraba, lo volvía meditación, augur, sentencia, suspicacia, certeza, duda. Le dijo a su permanencia colombiana *Mirar en Bogotá*, como luego, durante su permanencia en Venezuela le dijo *Mirar en Caracas*. Su sinceridad en los juicios, su valentía, mejor, le atrajo hartos denuestos, bien que no pocas loas. Ella seguía sin desvíos a su sino: la mirada. Inventó lugares, espacios, donde velar por la preciosidad. Su entendimiento

con la inteligencia y la emoción suscitó, en verdad, la controversia. Era su pasión, casi su amor. Había inventado, además, la crítica literaria del arte, del arte cultural, que todo lo abarca: la estética y su glosa, su prosa. Del mismo modo fue mujer, dio hijos; fue, pues del común. ¿Tuvo tiempo para eso? Dijeron que no dormía. Como el vencejo. Ciertamente no hubiera podido retardarse de haberle concedido reposo y ocio a su pupila averiguadora que después transfiguraba en pensamiento y por último en el goce amoroso. Toda belleza es terrible, como lo angélico, aseveraba Rilke. Ella la ofrecía con su rostro y su escritura bien temperada, su gracia en el decir, mas, asimismo, inquietaba, temible, como solía serlo, en sus objeciones, su disenso. No bastaba con adjudicarle su título el valorativo, convencional, de crítico, sin más, olvidando que regalaba al lector un estilo sin nombre, una refinada y docta literatura de lo bello, hasta en lo heridor del vitriolo ante su deterioro, su torpeza o su equívoco, según la excelencia y según el fracaso del hacedor o del artesano, como se motejaban a sí mismos los artistas del Renacimiento. ¿Qué la inquietaba, la alarmaba? La desobediencia a la identidad y definición de una estética nuestra, propia, sin la sumisión al mimetismo, al remedo de los gustos artísticos foráneo, niuyorquino, y de la sociedad de consumo, que ella tildaba de empresarial, de clase dirigente, los del adorno de parapeto, el embrollo informe y óptico de los espacios del centro comercial, la plaza del promontorio de cemento, el muro de la avenida y del esperpento, la copia, la imitación, en suma, tantas veces sosa, del mejor cinetismo, por ejemplo, mientras que en la creación literaria éramos invencioneros de alto relieve, con señas de identidad indistinta, única. Nunca pactó con lo que ella nominara el analfabetismo cultural, la barbarie consumidora, esto es sin conciencia histórica, social, política, distraída del pasado, del devenir, sin ideología; por ello conoció la abjuración y el mohín del desconocimiento de parte de las sextas banderizas político-culturales, quienes vieron en ella la incómoda presencia de su juicio

crítico entre los fastos del gusto superficial y el equívoco de la modernidad artística. Su perennidad ha sido celebrada desde el 2005 en el tomo 218 de colección clásica de la Biblioteca Ayacucho. No anduvo sola Marta Traba en su autenticidad y en su destino. Se encontró con la valía intelectual y académica de Ángel Rama, el fundador con José Ramón Ramón Medina de la Biblioteca y animador, como ella, de la revitalizadora discusión de la cultura nacional y latinoamericana. Ambos frecuentaron las aulas universitarias de la ciudad, nuestros encuentros internacionales de la estética y el pensamiento y las páginas literarias de los periódicos caraqueños. La desgracia también los unió cierto aciago día, un noviembre de brumas en Barajas. Era 1983. La bella de la mirada acuciosa y averiguadora de lo precioso fijó esa vez sus ojos en la muerte, que es cuando comienza la vida del espíritu, dijera Hegel, y la lloró, con todos nosotros.

25 de enero de 2021

BIOGRAFÍA DE UN CIMARRÓN
LO QUE DURA SER LIBRE

Cumbe llamamos en Venezuela a los esclavos que se iban al monte cuando huían de la esclavitud. Tres de ellos dejaron fama en nuestra historia de esa ignominia: Miguel de Buría, Andresote y más tarde José Leonardo Chirino. Ni Bolívar logró abolirla del todo. Correspondió a José Ruperto Monagas firmar finalmente el decreto que le devolviera la libertad a los seres humanos que eran vendidos en subasta pública y herrados como ganado. Poco duró la rebelión de Miguel de Buría, Andresote y Chirino, pero nunca su hazaña. En Cuba el esclavo que huía de esa bestialidad no tenía nombre. Se fugaba. Se internaba en la montaña y hasta allá los guardias civiles de España iban en su búsqueda. El castigo –dice el eufemismo del historiador– era severo y uno supone en qué se traducía la frase sobre la piel, la pared y la soga que le era reservada al insensato. No pocos consiguieron librarse de la ominosa condición. La cacería se realizaba con perros de presa, como si cochino o venado fueran. Miguel Barnet, poeta, narrador y etnólogo cubano, dio con uno de ellos. Se llamó Esteban Montejo. Tenía 105 años, aun lúcido, la memoria minuciosa. La confidencia que trascribió en una edición hoy mítica y de larga difusión e incontadas versiones, goza de vasto nombramiento. Una de esas versiones la dio a conocer la Biblioteca Ayacucho en la colección clásica con prólogo de William Rowlandson, autorizado estudioso del tema y catedrático de la Universidad de Kent (Canterbury, Reino Unido). "Esteban Montejo es una fuerza y está conmigo, y no me puedo alejar de él. A veces quisiera olvidarme de eso, olvidar el tema del racismo en Cuba", confiesa en las postrimerías de su minuciosa meditación. "Y la única fotografía que

tengo encima de mi cama, en mi cuarto, es la fotografía de Esteban Montejo y me ilumina de inmensidad", concluye. Apenas abrimos las primeras páginas de la *Biografía de un cimarrón. Estudios y ensayos*, el esclavo que fuera Esteban Montejo desde su nacimiento regresa sin tardanza alguna al largo calvario de su pasado y de su pormenor en la manigua cubana. No más lo hace insiste en que él había sentido y ejercido por destino fugarse de los barracones donde los esclavos agotaban su existencia de animales humanos en la promiscuidad y los cañaverales. El respeto a la oralidad nos permite oír a viva voz al personaje del libro, a amistarnos con su léxico. De esta suerte pronto participamos en la intimidad de una confidencia personal y ajena de los condenados en la que se mezclan la noticia personal sobre sus vidas de animalancia y las visitas de las deidades del Congo y de Nigeria, las creencias católicas alteradas por el fetichismo, el cura ambiguo y el temido y socorrido brujo o curandero de la herida, sobremanera morales. Destaca pues la atmósfera de confinamiento que se respira en esos antros de la zafra, suerte de campo de concentración de la colonia española cuya industria del vejamen agudizaba el capataz con su rejo y sus ladridos. Al dolor de la llaga del azote solía seguir la soga al cuello o el disparo. En eso anduvo desde joven Esteban Montejo, azuzado por la determinación de echarse a la fuga. No le fue fácil, nos concede, hasta que al fin lo logró. Entonces vivió una existencia de criatura asustada, domiciliado en cuevas, el follaje y el silencio, siempre trashumante. Almorzaba al roedor, la legumbre, el cochino robado en los vecindarios, las más de las veces confundido con la tiniebla y atento al más sorpresivo rumor que no fuera el chillido del murciélago o el aleteo de un pájaro. De estos aprendió sus cantos o la presencia fantasmal de los callados. Desconfiaba hasta de cualquier otro cimarrón. El encuentro furtivo de uno de ellos podría significar la delación de aquellos que eran animados a cometer delaciones a cambio de la mentira de la manumisión por razones de la humana miseria misma. Cierto

día Esteban Montejo escuchó decir o susurrado en alguno de sus escasos acercamientos a los alrededores de un bohío de guajiro que la esclavitud había cesado. Tardó en convencerse. Quiso cerciorarse con alguien y se arriesgó a inquirir lo que columbraba. Una mujer se lo prometió. Era cierto. Lo que siguió abunda en un indetenible testimonio sobre el aprendizaje de la libertad jalonada de profusa minucia, más con el resurgimiento del capataz del remozado barracón, de nuevo a caballo o viandante de los tablones de caña y otra vez, pero con mayor protagonismo la labor del hechicero, el miedo al trasmundo, el hambre del goce de mujer, la traición, el robo, la proliferación del bandolero y el asesino, el machete ansioso de gañote, las apariciones de los espíritus y los muertos degollados que deambulaban por la noche y solicitaban compañía, tal vez menos fatales, duda Esteban Montejo –que los bandoleros con nombre y apellido que irrumpían por las regiones o los pueblos hasta que estos caían en sitio bajo el susto de la desolación, el robo o el cobro de la promesa de sobrevivir. Huelga detenernos en la abundante referencia del personaje durante esos momentos de su familiaridad con la dudosa libertad y no tardó en comprobarla en la llamada guerra de los diez años o de la anárquica revuelta de la revolución de finales del siglo diecinueve, entre el zafarrancho y el enfrentamientos a machete, las más de las veces, por aquello de que el filo era más callado que el disparo. Esteban Montejo anduvo de soldado u obediente de matones y rebeldes porque sí, malos con la vida, de nombres de mala intención, héroes del bien y del mal, valientes o iracundos, figuras maniqueas, no pocos de ellos prestos a pasarse al enemigo. Hubo, así, degollinas como en Matanzas, que nunca se pareció tanto a su nombre o en el agorero Pueblo de Mal Tiempo, tan empurpurado de decapitaciones. Tal vez sea esta parte de la confesión, la de la embrollada y ciega revolución de los los negros libertos y los guajiros, la babélica narrativa de cubanismos, la presencia de negros congos, lucumíes y ñáñigos y el afrontamiento sangriento, el

odio, la fiesta de tambor y delirio, el uso de hembra, las invocaciones a Changó y Yemayá, la irrupción de los norteamericanos, los nuevos colonos y la obediencia a los dioses de la guerra que fueran Maceo y Gómez organizando el caos; acaso sea, repito, la más intensa del relato al que Miguel Barnet determinara llamar novela. "No quiero morirme para echar todas las batallas que vengan", concluye Esteban Montejo, quien apenas tuvo modo de sumarse a la que el pueblo de su isla emprendiera y hoy prosigue en su verdadera y permanente revolución. El tiempo se lo negaría cuando se le detuvo su anciano corazón en 1973, pero no su testimonio, que no conoce tumba ni olvido.

28 de enero de 2021

MIEDO A JUAN MONTALVO

No le bastó al indigno general venezolano –y ay de obediencia bolivariana– Juan José Flores, el mal llamado "padre de la patria" ecuatoriana, proponerle a España que se apoderara de nuevo del país con el que El Libertador perfeccionara su sueño de la Gran Colombia. Otras proposiciones de compra-venta de soberanía no menos falaces lastimarían la tierra de Pichincha y la nostalgia del mariscal Sucre, como las que desvelara al tirano García Moreno. Transcurría nuestro siglo XIX de caudillos, asonadas de cuartel, rebatiñas de ambición de claques civiles, durante los cuales progresaran los restos de aquella patria colectiva por el prurito banderizo y el consenso de conventillo de palacio y de caserna que amordazaron y detuvieron el vehemente corazón de aquel soldado caraqueño bajo las arboledas de San Pedro Alejandrino. Martirizada por los suyos vivió Ecuador en el mediodía del siglo XIX mientras prosperaba con ventaja la rebatiña de las fronteras de lo que pudo haber sido la Gran Colombia. Al sombrío protagonismo de los cuarteles y los despachos administrativos se sumarían las letras (hasta Olmedo, el cantor de Bolívar se apresuró a loar a Flores) y la iglesia quiteña. A esa "patria boba" pertenecería la estirpe de un arzobispo y un remozado tiranuelo, el general Veintemilla, el semblante empurpurado como sangriento su oficio de gobernante. Entonces llegó Juan Montalvo. Venía de Europa, romántico y viajero. Se había carteado con Víctor Hugo ("usted es un espíritu noble", fue el regalo que le obsequió el autor de *Los miserables*) y con Lamartine (a su casa iría y quiso librarlo de su pobreza invitándolo a venir a Ecuador). Un inagotable alijo de erudición, de lectura

y escritura acompañaría al recién llegado a una su patria que en esos días se hallaba en vísperas de padecer las malandanzas de García Moreno en el despacho presidencial. No más hiciera presencia en la desbaratada vida política y social de Ecuador, el periódico y la obra literaria darían a conocer la fogosa escritura de Montalvo y la lastimadura que inferiría sus enemigos, sobremanera a aquellos de excepción como García Moreno, Veintemilla y el León Mera o la farsa poética. Una escritura, un estilo, digo, de mordedura verbal, de indignación y insulto (cuya heridora virtud celebrara Unamuno) colmaría la rabia del gran panfletario, peligro e insomnio de sus víctimas. Su pluma agotó titulares y volúmenes, como *El Cosmopolita*, *El Regenerador*, *Las Catilinarias* (su gloria, su prestigio); los *Siete tratados* (prologados con fruición por Rufino Blanco Fombona), los *Capítulos que se le olvidaron a Cervantes* y hasta una oda a Bolívar, ofrecidos por la Biblioteca Ayacucho en su Colección Clásica con prólogo de Benjamín Carrión de indispensable aprovechamiento. Nadie como Montalvo hizo tanto daño con su prosa a la canalla ecuatoriana de cuartel y ministerio. En sus panfletos convivían el cuchillo de la acusación con el castizo modo de propalarla; y bien que la prosa de su iracundia y el arte literario que la exorna, fueran soslayados como de mera retórica, hoy perduran, más allá de la regionalidad y la temporalidad histórica que las suscitaran, incluso con prescindencia de su contenido, es él solo, su purísimo estilo literario, el que desoye lo perecedero, por más que sus dones no fueran suscritos por Unamuno, áulico de sus insultos, porque son ellos –subrayó don Miguel– "los que llevan el alma ardorosa y generosa de Montalvo". Henríquez Ureña, en su libro *Las corrientes literarias en la América hispánica* no confiesa mucho entusiasmo cuando valora sus polémicos escritos: "no fue muy original como pensador –señala–, pero concede que ellos gozan de la riqueza de su vocabulario y su sintaxis y admite que "fue un extraordinario maestro del idioma". ¿Cómo no recordar a Goethe cuando a propó-

sito de la eternidad de Benvenuto Cellini observara que "más casi a sus escritos que a su orfebrería debe Cellini su póstuma fama?".

13 de abril de 2021

LOS *COMENTARIOS REALES* DEL INCA GARCILASO DE LA VEGA: AQUEL IMPERIO QUE CAYÓ DE LAS NUBES

Fue inmenso. Llegaba hasta Chile y Argentina y alcanzaba hasta los aledaños de Colombia. El vuelo de un cóndor se fatigaría transitándolo. En quechua –la lengua de ese desmesurado reino– se llamó el Tahuantinsuyo. Cayó en sitio con las huestes de Pizarro, la horrible muerte de Atahualpa ("no estoy en un lecho de rosas") y otros adalides, hijos –se decían– del sol que oscurecieran las guerras civiles (la del mismo imperio y la de los españoles invasores) y nuevas y rojas degollinas. Un muchacho nació en el crepúsculo del reino encumbrado sobre la Cordillera de los Andes. Gozó de noble cuna: su padre fue el capitán español Garcilaso de la Vega (homónimo y próximo de sangre del poeta toledano, orfebre del soneto y esplendor de la poesía, de quien el vástago sería descendiente) y su madre, la *palla* o princesa inca Chimpu Ocllo. Dice la crónica y la suscribe Aurelio Miró Quesada, el prologuista de la edición de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho, que su boca habló primero el quechua imperial, que el español del ocupante; que se crió entre dos culturas, la antigua, ágrafa, del incario y la de España, el de la gramática de Nebrija y el virreinato. Como su padre ostentó el nombre y su alcurnia; y tras aprender la lengua de los vencidos, en la casa de sus reyes y vasallos, habló y leyó la de Felipe II. Fue de a caballo y de librea; recorrió con su padre (le sirvió de su privanza en el achaque de su mando militar y civil) las vastas encomiendas de que fuera favorecido. Logró ver el cadáver de un dios: el de Viracocha Inca y las tumbas de otros hijos del astro rey. Cuando promediaba la adolescencia subió a la cubierta de un bergantín que le prometía atracar en España, sin presentir que así comenzaría su gloria. La disciplina

de la enseñanza del idioma que destruyera la enorme casa real de su madre y la larga y bastante lectura de la literatura que le prestaran las bibliotecas, avivaron sus dones. Disponía para su goce del ocio y el regalo de sus próximos de casta y del regalo de su boato, pero más pudo en ese petulante provecho la nostalgia de la lengua y el reducto de aquella civilización donde había abrevado su recuerdo. Pronto se haría llamar (un documento eclesiástico y cronicones de escritura pública lo legitimaron) Garcilaso de la Vega Inca o, mejor, Inca Garcilaso de la Vega como lo conoce su perpetuo nombramiento. El aula y la biblioteca le cedieron el estilo y la facundia con que lo quería la memoria para dar minucia del acervo en que creciera entre deidades muertas y agónicas, el habla del pueblo quechua, el tesoro de sus costumbres, su saberes, su gracia y sus misterios: su cultura. No ha debido de serle fácil copiar por escrito lo que oyera en su infancia y en su privilegiada adolescencia sobre la diezmada riqueza del incario y de una nación castigada por el arcabuz, los régulos de las ordenanzas y por el evangelio de la iglesia de España y de Roma en desmedro de la cultura señorial y de vasallaje real del padre, su lengua de conquista y sometimiento, su asolada ocupación y lumbre, y el provecho de su lengua y escritura de que fuera docto copista e invencionero. Entonces fue fiel en la industria de conciliar su doble ascendencia, la del pueblo de su madre y la del vasallaje del padre, cuidando no avecinarse en demasía de una u otra arboladura del duplo origen que le asignara el destino. Logró, así, concluir la labor memoriosa de testificar sobre el legado oral del quechua, el decir, pensar y sentir del Tahuantinsuyo, en el castellano civil y castrense de su progenitor y de su fronda de deudos, pero sobremanera en el de la fabla y la pluma del siglo de oro. De esta guisa devino escritor de prosa clásica, castiza, lujosa, que le dio permiso y le pidió exigencia para corregir y prolongar la crónica de aquellos que, como López de Gómara, Cieza de León y de Zárate, habían testimoniado previamente sobre el imperio de los incas. No en

balde titularía su obra con el nombre de *Comentarios*. Antes de cederla a la edición auguró su consecución traduciendo con insensatez pero con holgura al judío León Hebreo y con gracia semántica y con invención del imaginario *La Florida del Inca*. Escuchó las confidencias de Blas Valera, otro mestizo él y esperó la senectud; disfrutó del sosiego que le cediera su desaforada herencia (hizo caballos y los crió con ventaja) y diese a copiar con pluma de ganso y de neblí los *Comentarios Reales* (el verdadero título es abundoso y cansino), la obra de un inca español, o mejor sería, de un mestizo de lengua oral suramericana y de lengua escrita castellana. Su muerte, en 1616, le prohibió mirar la edición de libro de su eternidad. Hallase en ella la primogenitura de nuestra literatura personal, la de región, diría Bello, universalizada. La alianza de dos lenguas concedió las bondades de una lectura donde, como el estuario de un río, se confunden los cursos de sus tributarios y forman un mismo e indistinta perpetuidad oceánica, como la cordillera andina donde un reino de guerreros, agricultores, veedores del sol e hijos de su lumbre, mimaban a sus poetas y filósofos, los amautas, destinados al *caylla llapi*, al cántico, precursores de una infinita nostalgia: el recuerdo de lo que sería el pasado de una monarquía del espíritu y de su permanencia y profusión: la lengua quecha, su soberanía, siempre.

23 de abril de 2021

SALVADOR GARMENDIA
CIVILIZACIÓN Y BARBARIE EN LA CIUDAD

No duró mucho aquella Caracas de Manuel Díaz Rodríguez y Teresa de la Parra. La culpa del derrumbe de su perfil solariego, su tranvía, su chistera y su sombrero de camarita, la falda hasta el tobillo, la rectada modernidad, no han de endilgársela solo a los primeros despilfarros del boato petrolero: la intromisión de la escritura (ya sin Darío fuerte y Verlaine ambiguo, porque el modernismo ya cansaba con su embrollo de miriñaque aburguesado y su alijo de envalijados adjetivos), se atrevió con esmero a privilegiar el hombre de esquina, el mujiquita gallegiano, los cuentos grotescos de Panchito Mandefuá de Pocaterra, la poesía hablada en lengua del común de Antonio Arráiz y las invenciones verbales de Salustio González Rincones, mientras Ramos Sucre esperaba ser leído durante la revuelta lírico-política de los *sixties*. Se fue Gómez y llegó el partido. El habitante se bajó del rucio moro y adquirió un auto. El resto lo reservamos a la sociología y a la historia lineal. ¿Dónde quedaba Venezuela en su apuro de ser ciudad? Hasta dónde alcanzaba el alambre de púas de su defensor Santos Luzardo? ¿Cómo palidecía en paulatino abandono aquel color local, el corredor, la trinitaria, el ladrillo bajo el chichís de la espuela? Con premura, la provincia, "el interior del país", se había ido de empleado de la Creole marabinanorteamericana y luego agobió a Caracas. El resto se lo dejamos a la antropología y al ensayo de Picón Salas porque ya son los años cincuenta y Salvador Garmendia sana su juvenil tuberculosis, ahíto de narrativa naturalista y del caletre de los llanos y la selva de Gallegos. Será de vanguardia, por lo tanto del partido comunista, se sufre la nostalgia, real e imaginaria de Saint-

Germain-des-Prés. El barquisimetano Garmendia comienza a escribir *Los pequeños seres*, su primera novela y escribe guiones. Pronto, el betancurismo expulsa la izquierda hacia las montañas. Pérez Jiménez había sido un Gómez de 1,65 de estatura y la obsesión por derrumbar casas de ventanas, emprendiendo así el desplome de la última intimidad de la capital. Además, ideó la tortura del cilindro del caucho y la maldad de la Seguridad Nacional. Vino Betancourt, ya lo dijimos. El resto se lo dejamos al recuento pasatista e ideológico mientras Salvador Garmendia se daba a mirar al nuevo habitante de la ciudad. Lo supo desmañado, el desaliño en su apariencia y el desasosiego en su vivir. La realidad acabó con su ilusión de provinciano lector, por ejemplo de María Eugenia Alonso, la muchacha que escribía porque se fastidiaba. Conoció y habitó la pensión "para caballeros de orden" y se observó solo, al principio, con sus borradores narrativos. El realismo feo, esto es, verdadero, le cedió cuartillas a imaginación creadora y cierta crítica lo tildó de antigalleguiano. No le importó; no le hizo caso a tal inquina y fue el creador de Mateo Martán y los suyos en las siguientes novelas, *Los habitantes*, *La mala vida*, *Los pies de barro* y sobre todo de *Día de ceniza* o la poceta, el ascensor, el tufo a endeudado, el empleadito o el abogado con olor a old spice (Adriano González León *dixit*), la parroquia, el edificio, en una prosa que se detenía con la cosa, el cachivache y los identificó con el alma de "los pequeños seres", todos antihéroes. Nunca imaginó el novelista que llegaría a ser un clásico, que Ángel Rama lo eternizaría cuando enjundió con envidia de la canalla intelectual su valoración. Oscar Rodríguez Ortiz, en el prólogo que escribiera para la edición de la Biblioteca Ayacucho, se detuvo con hondura a precisar que con su novela primigenia Garmendia, como Gallegos, "comenta y generaliza el estado del imaginario colectivo y las fuerzas enconadas que en los años sesenta chocaron cruentamente en Venezuela: el tiempo de la descolonización del Tercer Mundo, la revolución cubana, las rebeliones juveniles y otros terremotos cultu-

rales". Al fin, la ciudad olió a hombre, a cuerpo civil y mostró su descalabro íntimo, cotidiano con calificativos para nada primorosos. ¡Ay Ifigenia! Juan Liscano dijo que con Garmendia la anécdota narrativa describía el *detritus*, el insecto kafkiano humanizado, la satisfacción sexual del solitario, el policía, salvo los ratos de añoro y de ternura en *Memorias de Altagracia*, a más de cuentos, hasta hoy cuando el tiempo literario no se cansa de exaltarlo con tanto mañana de vanguardia que lo perpetúa.

13 de mayo de 2021

ANTONIA PALACIOS
LA INVITADA DEL TIEMPO

Simone de Beauvoir define en su novela *La invitada* a uno de sus personajes como el de un "cuerpo que le viene del alma" y es el tiempo el que decide la controversia del ser y su ánima. Cuando *Ana Isabel*, la niña decente que fuera Antonia Palacios en la plaza de La Candelaria caraqueña, donde transcurre su histórica novela, descubre que su cuerpo ya no puede fugarse por entre los barrotes de su casa para entregarse al goce del divertimiento infantil. En ese instante presintió que el tiempo no era inmóvil, que era augurio de un cambio en su apariencia, el primer anuncio de la mudanza de la niña en mujer, esa socorrida metáfora de la crisálida de cuyo capullo vuela la mariposa. El tiempo sería después una obsesión continua en la creación de la escritora. Su narrativa, y no solo la ficción, mucho menos su revelación como poeta en el decurso de su labor, terminaría en motivo, en idea fija de la anécdota y en la averiguación de la soledad, de su ingrimitud monologante, cada vez más parca en la confidencia, más interrumpida, casi reducida a susurro. En el ocaso de su vida, el tiempo visitaba su insomnio y le imponía una escritura no más prolongada que el que permitía la hoja rota, el mendrugo del papel suelto. "Papelitos", los llamaría, y como se imitara a Emily Dickinson, los sepultaba en la gaveta de su mesa de noche. Quedó sola, sin la compañía de sus personajes y de la atmósfera –a menudo fantástica– donde ellos se mueven en una intemperie con engaños de ciudad, un ámbito deshabitado como los de Chirico, el pintor de un país frío, fijo en una luz donde nunca lobreguece y donde alguien u otros miran nada, la boca sellada o tratando explicarse con su presencia de estatua viva por y están allí, en ese vacío. Acaso esta sea la "rareza", de la narrativa de Antonia

Palacios: el de darle a la anécdota una lectura oblicua, menos descriptiva que situada, como lo que ocurre en sus existencias donde importara menos la confidencia que lo extraño, lo extraño sobrevenido: alguien sostiene un disco, lo lleva a un fin desconocido, ambiguo; otro espera y hay una plaza, un camino, una vía férrea, un lugar desconcertante, aquí, lejos o en ninguna parte. Ocurre en el lector que esa rareza narrativa despierta en él la duda en calificarla dentro de determinado género; y es ese su embrujo y no otro el cambio paulatino de la ficción en el arte de la escritora que cambia su prosa en monólogo poético, donde transcurre un su aire desértico, ese que respiramos en su última escritura, desde *Hondo temblor de lo secreto* hasta *Ese oscuro animal del sueño*. Quien ahora escribe es la autora de una poética del desamparo en que la deja el tiempo y sus castigos memoriosos. Leemos en ella una realidad –lo señala Humberto Díaz-Casanueva en la edición de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho– más "enigmática", "más interior, ya sin el prójimo con quien mantuviera confidencia en sus relatos, sino ella sola, brumosa, solitaria, patética, en medio de un abatido resplandor, como aquí, en el *Largo viento de memorias*: "Retírate. Retírate hacia adentro. Un poco más allá, más hacia adentro. Empuja hasta tocar el borde, respira fuerte. Exhala el aire reprimido en tu aliento. No te detengas. Aprende a caminar de espaldas, deja tu frente al descubierto. Si te hieres haz que tu cuerpo salte, se sacuda la sangre, el polvo oscuro. No dejes que la luz te encandile. Cierra los párpados y mira lo que irradia la tiniebla. Lleva contigo tu desfallecida palabra, tu naciente canto. Inaugura tu voz en lo más hondo". Diríase, entonces, que Antonia Palacios halló una suerte de sobrevivencia ante el deterioro del tiempo y dejó de ser la Hipsipila de la crisálida en el poema de Darío para vivir una transfiguración existencial, la quimera de una liberación. He aquí su don primordial: el que le concede marcado relieve en la mejor prosa poética de estos tiempos.

13 de mayo de 2021

EL SEÑORÍO DE LOS INCAS
CUANDO LOS DIOSES VIVÍAN EN LA TIERRA

Un muchacho extremeño (de 12 o un poco más de edad) llega a las Indias por las orillas de Panamá. Lo espera toda una inmensidad, (caminó más de mil doscientas leguas y sus peligros), antes para arribar al Perú, el término de su derrotero. Se llama Pedro de Cieza de León. A esa hora (1535) la Conquista ya ha devastado pueblos y reducido al cristianismo (a costa de no pocas sangrías) poblaciones enteras en busca de oro y piedras preciosas. El recién llegado recibe órdenes de licenciados y de capitanes de distinta laya (como Belalcázar, tan sensible al cuchillo y a su degüello) y desde entonces escribirá lo que mira o le cuentan sus conmilitones de aventura y los intérpretes indígenas. Anota que hay gente (lo sabe o se lo comentan) que practica el pecado nefando de la sodomía, come carne humana y le brillan tesoros en el pecho y en la sortija. Cuando al fin se detiene en el Cuzco, no ha mucho Pizarro ha quemado a Atahualpa o Atahualipa –el último gran dios de los *inga*– en la plaza de armas de Cajamarca. La guerra entre hermanos (con Huascar) ralea después de tamaño capricho ("¿por qué quieres matar a ese indio?, le reclama a Pizarro el conquistador Almagro, quien defiende el perdón de su vida) y pronto seguirá la simetría atroz del enfrentamiento de los encomenderos y capitanes que desconocen la hegemonía del césar Carlos V, en tanto se cumple, sin mucha tardanza, la maldición del mártir: cada uno de ellos conocerá la muerte violenta, con puñal, bala o asfixia. El escribano que decimos (lleva en su determinación el afán de decir verdad de cuanto anota descuidando mitos, leyendas, cantares) y se atreve a disentir de las maldades que cometen sus vecinos de España por mor de la ambi-

ción de la jefatura y del provendo de la pepita áurea (que abundaba en arrobas, para cuyo atesoramiento hurgaban hasta en las tumbas), la joya blanca, el tejido de oro de las mantas y chamarras. En esa diligencia colma hartos infolios (seis o más tomos) durante la breve vida de su autor (muere pasados los treinta años, después de concluir sus crónicas). A su registro, la memoria del agrietado imperio del *Tahuantinsuyo* (que demoraba desde el norte de Chile hasta los aledaños de Colombia) da minucia de la más inane confidencia que miran sus ojos o que atiende a los decires de este o aquel intérprete (a más de ciertos vocablos anotados en sus escritos, que se sepa, no dominaba el quechua, la lengua del desmesurado reino), sobre el acopio del oro y de la plata y su costo en cuchillo, arcabuz y evangelio. Detiénese el joven Cieza (para fortuna de la inteligencia con su contenido) en la biografía de los templos y torreones, los caminos, los adornos del cuerpo, los palacios, los usos y costumbres, el buen gobierno ("hicieron grandes cosas") y el rigor de sus leyes (se castigaba con crueldad el onanismo que practican los otros pueblos súbditos, la desobediencias de las vestales a su castidad, la haraganería, el hurto, el cohecho), sin callar bajo eufemismo o silencio la maldad en los sacrificios humanos mandados a cumplir por los hijos del sol, en disparejo contraste con el caos del oprobio que practicaban el conquistador y la malandanza burocrática. No pocas veces habrá de rendirse al comento fantástico que le confían *los orejones* (señores de la casta incaica, que acaso dominaban ya con holgura o sin estorbos de la lengua nativa el castellano) con la intromisión de lo irreal en el recuento lineal del devenir del descalabrado reino y lo incluye en el cotejo de su profusa confidencia. Es mucho el aviso con que dase a pergeñar la traza de las carreteras incaicas, la cuidada invención de sus vericuetos (el orden de cada piedra en las calzadas las cuales alcanzan hasta los aledaños de Chile lejos), a más de la arquitectura de las atalayas, pero en el decurso de su contentamiento biográfico insiste, una vez más, en apenarse ante

el vandalismo y las lastimaduras (físicas y morales) que perpetran los suyos con los precipitados reyes y la gente del común. Parece que hasta el fraile de Las Casas se expresó con largueza sobre tales acusaciones. Más lo que importa y da eternidad a la crónica de Cieza de León es la vasta información que reuniera sobre las ruinas del reino de los dioses del sol. "Hasta aquí es lo que se me ha ofrecido de escribir sobre los Ingas, lo cual hice todo por relación que tomé en el Cuzco", concluye y da fin al tomo publicado por la Biblioteca Ayacucho, no sin antes suscribir lo anotado por otros cronistas y objetar alguna que otra mentira. Ya se ocupará Garcilaso Inca de la Vega de colmar en prosa magnífica acerca del ánima y la otredad colectiva de la civilización que lobregueciera bajo la espada y la cruz de la Contrarreforma y el capitalismo de entonces.

02 de julio de 2021

AQUEL HIJO DEL CORONEL JUAN VICENTE BOLÍVAR

Ni cuando muriera, en casa prestada, el 17 de diciembre de 1930, el niño que naciera el 24 de julio de l783 en la mansión de la esquina de San Jacinto, nunca tuvo hogar duradero dónde comenzar su existencia que no fuera el de la continua mudanza de su inocencia y la pérdida de la presencia del calor paterno, cuya muerte prolongaría esa su atávica errancia. Dos madres sustituirían a doña Concepción Palacios y Blanco, lastimada por la enfermedad de los románticos, que nueve años más tarde detendría su corazón. Ellas fueron doña Luisa Mancebo de Miyares y la esclava Hipólita. Ambas le ofrecieron sus pechos para amantarlo. Apenas iniciaba su infancia entre sus hermanos, su padre, el coronel Juan Vicente Bolívar y Ponce moría a los sesenta años. Huérfano de padre entonces y pronto de madre, el niño Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios, si bien gozaba del cuidado inicial de una noble y rancia cuna, hubo de abandonar no ha mucho el solaz cobijo de San Jacinto para sufrir curadurías de vecinos y de abuelos, tíos carnales y de la hermana que habría de ejercer el mayorazgo. La fatalidad, pues, fue definitiva nodriza del recién nacido y pronto muchacho de nueve años, díscolo, protestón, indisciplinado, distraído, cedido no pocas veces a la custodia de ajenos y familiares, la azarosa enseñanza y enderezamiento de su desordenada conducta cedida una y otra vez a desanimados profesores que desistieron de hacerle entender las matemáticas, la geografía, la religión y la cosmogonía, vencidos ante el insoportable comportamiento de quien nunca lograba tenerse quieto e interesarse por la amodorrada pedagogía de entonces, la cual en nada despertaba la más breve

curiosidad al cuarto hijo de los Bolívar Palacios, hasta el día en que Simón Carreño o Simón Rodríguez convino en sofrenar aquella pequeña vida huracanada. Nunca avizoraron, ni los de la casa Bolívar ni el propio estudiante que el definitivo maestro y su extraño método habría de avivar y encauzar el destino del futuro Libertador, creador de la Gran Colombia y del Bolivarianismo de estos tiempos. Mientras tal revelación se cumplía, el romanticismo imponía la civilización de la emoción en las maneras y en las ideas. Su duración de aurora y de crepúsculo, de contentamiento y tristeza, le serían íntima y fiel aliada en el derrotero que acompañaría al joven y al hombre en su destino, su luminoso y abrumado destino de que estuvo signada su eternidad. Harta y abundosa es la confidencia histórica que colma la noticia del paso de Bolívar por su devenir mundano primero, lector y reflexivo, dolido en carne viva por la pérdida de su esposa, el desorden existencial después, hasta el día en que sobre las ruinas del imperio romano prometiera que nunca desmayaría en su voluntad de liberar la Tierra donde naciera y la vasta región americana sometidas al yugo español. No es posible entender la gloria de Bolívar sin transitar por su escabroso derrotero, donde se dieron la aclamación de las multitudes, el amor de Manuela Sáenz y el soliloquio de la soledad, los cuales agudizaron ese rasgo melancólico de su negrísima y viva mirada, su sonrisa detenida por el gesto grave y la tenacidad con que afrontara las adversidades (que fueron muchas y asaz ingratas y no pocas de ellas dolorosas) las cuales terminaron por asfixiar su inmensa pasión libertaria en una austera habitación de San Pedro Alejandrino. Romántico, con frecuentes arrestos de razonamiento clásico (Plutarco y los griegos les cedieron no pocas meditaciones y máximas durante la narración de sus proclamas y sus epístolas), Bolívar pudo armonizar la orden de batalla con la fina prosa humanista del vivac y del sosiego de la casa errabunda que fuera símbolo de ese ningún lugar definitivo que nunca conociera su ontológica inquietud. Para amistarnos hasta lo más íntimo con

aquella niñez y aquella juventud suyas y más tarde con la controversial y definitiva rota de su gloria entre la obediencia a su realizado sueño emancipador y el desconocimiento a su jefatura y a la fractura su entrañable creación de la Gran Colombia, es menester, sobremanera hoy cuando su eternidad y su legado han retornado a su patria y al ansia de soberanía que lleva su nombre y la realización de su obra entre nosotros y en los pueblos que su espada y su pensamiento liberara después de veinte años en los campos de batallas y en las ideas; es menester, insistimos, detenerse en la lectura de sus biógrafos de cualquier lengua y más aun en los escritos como los de Rufino Blanco Fombona (*Mocedades de Bolívar*) y de Gustavo Pereira (*El joven Bolívar*). Así, de tal suerte, mediríamos el alcance de su doctrina y de su ideario, su visión política, social, humana, cuya esencia ha difundido la Biblioteca Ayacucho en el primer tomo de sus clásicos. En su emocionado libro (no es posible referirse al Libertador sin que nos atice ese sentimiento al evocarlo y perennizarlo) Gustavo Pereira, el poeta Gustavo Pereira, se pregunta, a manera de síntesis –y nosotros con él– sobre la vida y la transfiguración del caraqueño errante, si "¿Llegaría a pensar alguna vez Simón José Antonio de la Santísima Trinidad de Bolívar y Palacios, durante aquellos años de infancia y adolescencia bajo los aleros de la casa familiar o en las calles empedradas de la Caracas que le viera nacer, que su vida se escindiría en la más dramática de las contradicciones: la desgracia y la gloria?".

24 de julio de 2021

ALFREDO ARMAS ALFONZO
CIEN AÑOS DE NOSTALGIA

Y está la albufera, su mar delgado y está el bosque achaparrado del cují yaque y el pui y el valle ardiente y sobre su suelo quemado el cereipo, el árbol nacional de Anzoátegui, entre las dispersas palmeras y pasa el Unare con pereza, como una memoria sin ganas de dejar el olvido en el mar que se aproxima. La añoranza repite junto a nosotros: "Estamos llegando a Alfredo Armas Alfonzo". Yo lo vi dejar su nombre sobre el barro bermejo del río cuando anotara, al lado de una páginas de *Clarines bien lejos*, tal si hojeara el árbol familiar con que escribiera el sentimiento que lo hizo vivir nombrando a Venezuela al lado del nombre y el apellido de la casa paterna donde caben la infancia y sus personajes de ropa blanca o de tierra mirándonos –con retenidas ganas de llorar, dijera Rilke– en los retratos del pasado guardados en los recuerdos del papel y las fotografías bajo la luz parda de las gavetas y las repisas. Es que nadie –o cuántos pocos– dio a llamar de modo compungido al país como este hijo del Unare (porque hasta en el adjetivo del dolor se le notaba la dulzura) con la propia entonación de quien suspira y se lleva la mano en el pecho a modo de aquel verso de Antonio Arráiz, quiero estar en ti junto a ti Venezuela, pero desde Clarines, al rescoldo de su iglesia de arcos sobre el Bajo de Casilda, por ejemplo, en un castellano hablado de ojos mojados y donde la petulancia literaria es corregida como si lo hiciera Pablo Cumache (el sombrero de hoja de palma) "que si hubiera estado en la Guerra de Independencia habría sido general de Bolívar" o como Caota (el de verdad y el de la escritura) o como Tomás Tachinamo, indios sin más propiedad que su mirada y su inocencia o la muchacha Tonito sin olvido o el músico ciego o la taza de donde bebió El Libertador o la calle que arañó con

la espuela el general Zenón Marapacuto en aquella narración memorable de *Los cielos de la muerte*, de cuando Zamora envalentó a los campesinos que se armaron con palos de píritu y machetes a reclamar los bajíos que le robaron los paecistas o lo que memorizaban los de casa, la madre, el padre Ricardo Alfonzo, del mismo nombre del comandante zamorano eternizado por Tovar y Tovar. Todo Clarines, todo Uchire, en suma, toda Venezuela, queremos decir, todo el estilo literario de *El osario de Dios*, dicho por boca de los moradores de la calle El Sol, de su memorialista y del vecindario de esos valles y esas colinas que respiran el presentido relente marino. Hacer de ese álbum de recuerdos, de esos papeles públicos de la historia regional del Unare, de Boca de Uchire y del oriente de Anzoátegui un arte escrito, un estilo literario de la oralidad, dijimos, (hasta los nombres del follaje y de los sitios son personajes, hasta los pájaros y la flor) no bastaba para que lo llamemos Alfredo Armas Alfonzo: menester es hallarle país a una obra adjetivada de suspiros, así, subrayados a cada vuelta de página, tal si Venezuela –su ayer, su siempre– cupiera por entero en ese pueblo subido al repecho ocre de Clarines. Es tierra humana, la misma de Asturias, de Rulfo, de Arguedas, de García Márquez en *Angelaciones* y más en aquella maestría de *El compañero hecho de piedad,* dedicada a Tomás Eloy Martínez donde "el otro que venía no tenía la saliva como los demás, sino que era de oro, como el que Jesús Marval derretía para inventarle un prendedor a Rosalba. La niña Rosalba él sí la conoció y se mandó a sacar todos los dientes de oro y se los mandó a Jesús Marval para que le hiciera un prendedor, con dos mariposas encima de una rosa Alejandría". ¿Qué hacer entonces con tanta nostalgia que no sea volverla obra literaria y ofrecerla a la eternidad entre los clásicos de la *Biblioteca Ayacucho*, como lo propaga en el prólogo Domingo Miliani? Un siglo cuenta hoy la primera vida de Alfredo Armas Alfonzo y el arte de su escritura prolonga el tiempo de su nombramiento.

05 de agosto de 2021

ANDRÉS ELOY BLANCO
TODO UN PAÍS PARA UN POETA

Vulgo gratissimus auctor, poeta amado por el pueblo, saludó a Dante Giovanni Virgilio, anota Stefan Zweig en uno de sus indispensables ensayos. Huelga confirmarlo cuando uno pasa por las orillas del Arno y Florencia nos acerca al empurpurado *miglior fabbro* rendido a la belleza más imaginaria que real de Beatrice Portinari y vuelve a transitar los 14.000 versos de *La Divina Comedia*, regresa a Italia y a su idioma; y si nos interiorizara la niebla de Chachopo a Apartaderos, en los Andes de más arriba, adivinaríamos la magra figura de Andrés Eloy Blanco en las páginas del poema a la loca Luz Caraballo y de nuevo releeríamos en la memoria a Venezuela y a sus decires de verso y canto. Entre el Dante y el poeta cumanés es claro que media el tiempo y el relieve de la universalidad, pero los aproxima su pertenencia, aquel a Ravena, a Italia, y con igual vínculo a este a Cumaná y a Venezuela. (La regionalidad, sostuvo Derek Walcott, el poeta Premio Nobel, es el principio o fundamento de la poesía). No es improbable que tal vecindad se cumpla, solo que en Andrés Eloy (la gloria no ha requerido del apellido para eternizarlo, como tampoco el del Dante) su nombre es santo y seña para sentirlo nuestro y basta nombrarlo para interiorizarlo en la memoria, como que bastaría palabrear las primeras sílabas de uno de sus versos para que se diera en el recuerdo su poesía por entero y transitáramos su obra entera, porque nadie –o contados– son los poetas nuestros que se perpetúan de esta suerte, deudores como son de cancelar su perennidad con el título de una de sus obras o con el anecdotario del biógrafo. Un tiempo hubo (porque la poesía se nutre del olvido y de la muerte, sostiene Virgilio) en que el común de los venezolanos se placía en prolongar el primer verso de *Coplas del amor*

viajero, *Florinda en invierno*, *El limonero del Señor* o el poema a los hijos en *Giraluna*. Cumanés en su larga casa frente a la plaza donde el Libertador se ha bajado del caballo para vestir atuendo de estadista y pensador, como lo fuera, unas cuadras después, Ramos Sucre detrás de las ventanas que contemplan el templo de San Inés, confinado con sus dioses de insomnio y bibliotecas, Andrés Eloy fue Juglar de pueblo con su poesía de Venezuela posmodernista y de memoria popular, su hombre libre y perseguido de sabana, de montaña, de orilla y de *ola azul que cruza el mar lo borra el azul marino*. Las modas de la poesía suelen ser tan inconstantes como la ropa, así el surrealismo, así y la prosa y el poema del nárcótico de los beatniks. Hoy, es cierto la poesía de Andrés Eloy Blanco escucha un lento silencio cuando se le invoca o se relee en los talleres literarios, los recitales, bienales y tesis académicas, pero, qué vale, basta con entonar, digamos, con voz y bongó de sonero a *Angelitos negros* o nos sorprende un giro de nuestra historia nacional (como el que sustrajo de la desmemoria el corrio de caballería de *Maisanta*) para que la Venezuela de esta hora vaya en busca de su ayer literario, social y político. Al igual que Gallegos, Andrés Eloy Blanco cumplió obediencia partidista, desvelos de alto funcionario, pero lo banderizo no distrajo las bondades de sus dones estéticos, su venezonalidad y su presencia en la explicación de un país y del destino de su mañana.

06 de agosto de 2021

LA BIBLIOTECA AYACUCHO
LA OTRA INDEPENDENCIA

El mariscal Sucre no avizoró que el triunfo de sus soldados en el frío valle de los muertos en 1824, que dio soberanía política a la América bolivariana, habría de darle otra independencia, la independencia cultural. Aquel nombre, Ayacucho, ya había sido objeto de evocación cuando Rufino Blanco Fombona imaginara una sociedad de libros y de memoria escrita que fuera trasunto de aquella hazaña que nos hizo libres y ciudadanos de nuestro propio destino. El mismo nombre por donde cruza el vuelo del cóndor sería privilegio de otro invento cultural un 10 de septiembre de 1974 cuando un grupo de escritores e intelectuales determinó dar vida a una biblioteca de vastedad latinoamericana: La Biblioteca Ayacucho. ¿Quiénes fueron sus creadores? Del sur, del Uruguay recoleto, de la tierra de Quiroga, de Onetti y de Galeano, vino hasta nosotros Ángel Rama, su universidad personal, su docto saber; de la poesía y del conocimiento de las letras y de las ideas, acudió a la cita José Ramón Medina; de México trajo su filosofía y sus propósitos universales Leopoldo Zea, con el poeta Medina, regalaron su pasión literaria y creadora Oswaldo Trejo, Manuel Alfredo Rodríguez, Domingo Miliani, y Ramón Escovar Salom el intelecto político y humanístico. A medida que la Biblioteca respiraba y latía la vida de su juventud visitaron y se domiciliaron en su intimidad no pocos nombres señeros de la imaginación y la inteligencia, entre tantos, Miguel Otero Silva, Ramón J. Velásquez, Oscar Sambrano Urdaneta. Entretanto, la Biblioteca dábase a difundir las letras de América Latina y del Caribe. El primer equipo editor cedería su prestigio y su nombradía a nuevos nombres. No tardaría la institución en madurar como la más vasta sala de lectura del pensamiento y la fanta-

sía de la literatura del Continente y sobremanera la justiciera exhumación de las obras clásicas, harto tiempo sumidas en el desván de las colecciones privadas y los estantes de exclusivo comento y goce. Con pronta edición y difusión la Biblioteca colmó los callados hogares de las salas de lectura de las academias, las instituciones de Latinoamérica, el Caribe y del mundo. Los clásicos convivieron con los modernos. Hoy suman 261 títulos; 126 en las colecciones menores; 5 en las colecciones ilustradas. Sus publicaciones sobrepasan los 392 títulos. Las más recientes agotan el número de los 37 volúmenes. Otros retos ha asumido su prestigio, como son las de ediciones especiales, tales como las de los aniversarios del *Discurso de Angostura* del Libertador Simón Bolívar y la evocación de los *200 años de la Batalla de Carabobo*. Otra edición especial prestigió al poeta y humorista Aquiles Nazoa, *Poeta Enhumorado.* Es cierto que las crisis económicas que sufre Venezuela han incidido en el propósito vital de la Biblioteca Ayacucho como es el de editar y reeditar su tesoro bibliográfico sin ingratos retardos. Para enfrentar estos asedios, abrazó la vía del *online* y ha editado más de 200 títulos descargables gratuitamente. No ha mucho, la Biblioteca asumió un acuerdo con CLACSO, (Consejo Latinoamericano de Ciencias Sociales). En beneficio de ese acuerdo, la Biblioteca pone a disposición de sus lectores una colección de títulos en digital de los clásicos y otros títulos, destinados a sus lectoras y lectores. Fiel a su determinación de integrar nuestra región, al mundo a la cultura del libro y al de sus fundamentos humanísticos, la Biblioteca Ayacucho fortalece así su desvelo por prolongar con su nombre histórico aquella voluntad de los venezolanos quienes con Sucre y con el aliento y visión de Bolívar ofrecieron a los pueblos de América del Sur y del Caribe el ideario Bolivariano de independencia política, de los valores y de luces del espíritu. Cada lectura de la Biblioteca Ayacucho es un libro inagotable y múltiple de ese esplendor.

09 de septiembre de 2021

LA ÚLTIMA TIERRA DE NERUDA

"Hemos perdido aun este crepúsculo", "Los están matando. Los están fusilando". P. N. Sus manos buscaban con clamor las de su amada Matilde, como si su presencia en la pálida clínica fuera un mazo de yedra en el abismo del miedo. Afuera, en Santiago, los lobos de Pinochet asolaban a Chile y mordían con furia el Palacio de Gobierno donde el Presidente Allende los esperaba para desaparecerlos, armado de pureza. Neruda agónico, no abandonaba un minuto la radio que le avisaba de la gran herida la República Socialista, de la que fuera, con su amigo presidente, figura señera. Entonces supo del holocausto de Allende. Del fin del mundo. Las lastimaduras de su enfermedad terminaron por hundir su puya más adentro, donde aun alumbraba la llama de su poesía, el largo fuego de su imaginación, cuya primera brasa tuvo aquel ardimiento en *Crepusculario*, tan cerca de su juventud en Parral, el villorrio de su infancia, no lejos de Temuco, el río que parecía siempre devolverse de tan solo, de tan sin nadie: en esa tierra color de excremento. "Límpiame la cara", le pidió Neruda, mientras moría, a Matilde, "La Patoja" de su ternura al tiempo que el Embajador de México quiso llevarlo a su país para salvarlo y se lo dijo. A prisa corrió Matilde a Isla Negra para reunir los enseres del viaje de la resurrección. Al regreso, le tomó la mano a su amado y sintió de pronto el estremecimiento, amigo del enigma y el misterio que sigue a la definitiva quietud. Chile estaba oscuro. Su cielo se había cubierto de ceniza y pólvora. Tenía las manos cortadas del mártir Víctor Jara y el corazón ametrallado de Salvador Allende. Cuando los chilenos acudieron a ver cómo moría Neruda, hallaron La Chascona. Su casa de Valparaíso, había sido reducida a basurero: cuadros, ídolos, adornos,

toda la belleza atesorada por el poeta de la *Residencia en la Tierra* y *Canto General*, olía a chamusquina y a oprobio. El cuerpo del poeta que invitaba al hombre terrestre y le decía "sube conmigo a nacer hermano", hubo que buscar la hendija grande de su patio para que lo llevaran en hombro a la tumba prestada más triste. Afuera la ametralladora, el fusil, y los rostros de la soldadesca asomaban el miedo bajo sus cascos. Alguien, un alto oficial, entró a la casa devastada. Matilde los vio acercarse: "ya vienen" –dijo– no los recibiré. El mílite con estrellas de trapo en los hombros preguntó por ella: "¿dónde está la viuda? ¿Dónde hay un pariente del señor Neruda?". "La viuda está reposando y no los recibirá", se atrevió a responderle Chela Álvarez, alguien desde ahora en la historia de Chile ensangrentado, anota Volodia Teitelboim, el amigo y camarada nerudiano en su libro Neruda, de la Biblioteca Sudamericana de 1996. Lo que siguió cuenta el coraje de unos cuantos que avanzaba con los despojos del poeta entre lágrimas y la valentía en medio de la punta de las armas de los soldados que orillaban el cortejo. Alguien dijo "Neruda" y los enlutados de la contrita procesión respondieron sin temor alguno, porque por ellos hablaba Chile airado, "presente". Al fondo una voz pronunció el nombre Víctor Jara y Salvador Allende. Era 23 de septiembre de 1973 en todos los crepúsculos. Nunca más amaneció. La luz de Lautaro y de Caupolicán, la sangre de la uva y del hombre cubrió la luz del sur esa vez. No tardaría la gloria en ir a buscar la muerte de su poeta con Chile a su diestra, para ceder su eternidad el pueblo que habla en sus versos, es decir la tierra entera. Allí permanece en el tomo dos de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho y en la memoria del hombre terrestre. Cierta tarde miró hacia atrás su vida, supo cuánto había sido y concedió *Confieso que he vivido*. La poesía, donde quiera que se encuentre, le corrige el tiempo pasado y lo escribe en presente cada día.

22 de septiembre de 2021

DESDE EL ORIGEN Y AHORA Y SIEMPRE

De Cayo Hueso, de la Florida, hasta la Habana, la vida de Cintio Vitier fue su primer grito y su último aliento. Nacer fuera del idioma al que sirvió como orfebre de la reflexión poética y la poesía. Apenas duró el tiempo de su infancia porque su devenir fue tierra cubana. Ella lo formó temprano para el deleite, en el hilo del violín del que se distrajo para ofrecer sus dones de emoción y de inteligencia con la poesía como invención y como razonamiento. Poeta muy pronto, Juan Ramón Jiménez suscribió un prefacio (lo llamó músico, acaso porque recordara su instrumento en los días de su adolescencia) a su libro de poemas cuando promediaba sus diecisiete años. Intuitivo, reflexivo, estudioso, imaginista, su poesía transitó por no pocas revistas literarias de la cuba de los años cuarenta: *Clavideño*, *Nadie Parecía*, *Espuela de Plata*... y hartos momentos con Góngora, Quevedo, Garcilaso, y por supuesto con su "descubridor" Juan Ramón Jiménez, hasta que oyó la verba asfixiada de asma y el deslumbramiento que del humo del habano surgía de los labios de Lezama Lima, de cuyo prodigio surgieran los cuarenta números de *Orígenes*, primero la revista y dentro de poco el grupo literario, que reuniera a Virgilio Piñera, Rodríguez Feo, Ángel Gaztelu, Gastón Baquero, Eliseo Diego, Lorenzo García Vegas (quien viviera largos días en Caracas) o su próxima y perenne amada, la única mujer del grupo, Fina García Marruz. Cintio y Lezama Lima, presidían la cumbre del grupo. El gran invencionero barroco y verboso, El forjador del idioma cubano-universal de *Paradiso* y *Oppiano Licario*, entre erudición y fabla nacional y planetaria, lo mismo en prosa fantasiosa que en meditación y en civilización poética, con *Enemigo rumor*

o *Fragmentos de su Imán*; José Lezama Lima y Cintio Vitier, harían el grupo histórico para los otros nombres que no perpetuaron. Universitario, callejero, grave y reidor, Cintio Vitier abrazó el recuerdo de José Martí, convivió con su ayer y su siempre, alcanzó una sabiduría martiana de tanto hacerlo suyo. Fue con él su vida y su obra la biografía, el ensayo, la comparación y el símbolo. Lector ansioso, siglo de oro y simbolista con Mallarmé, surrealista con Paul Eluard cuando tradujo aquel poema sobre la libertad. Garcilasiano, íntimo pues de Juan Ramón Jiménez, pero también romántico con Nerval, con Shelley y de poesía norteamericana Wallace Stevens, con sus mirlos. La Biblioteca Ayacucho se honra en tenerlo en la Colección Clásica como cronologista de los títulos de Martí, *Nuestra América* y *Obra Literaria*, además de prologuista de este último, y de elegirlo entre los más altos del grupo literario en el tomo 182, *Poesía y poética del grupo Orígenes*. ¿Qué dijo su poesía, la muy elocuente de sus inventos *originarios*? Al azar hallamos en su obra este tercer encuentro suyo con lo inventivo y su materia para que el siglo de vida y muerte que hoy lo inmaculan no conozca ceniza del olvido: *Como un nombre que desprende uno a otro en la calle / polvorienta, mordida, fabulosa, / que se empina densamente y se deslumbra / mientras salta esa voz portadora de mi nombre / y el deseo huesudo de la marchita loca / recibe el sol, la luna, los guijarros / hasta que el mundo es una fría frunia que yo salto irónico.* Hasta que el cuerpo, lo huesudo, el mirón, la amarga yerba. El marchito cuerpo de la huesuda loca bajo el sol. Bajo la nada.

24 de septiembre de 2021

CÉSAR RENGIFO
DEL HOMBRE HUMILLADO
AL HOMBRE AIRADO

La última vez de su ayer ocurrió en los años cincuenta. Su casa empequeñecía en Los Castaños, donde Caracas avecinaba con Los Rosales. Era la dictadura de Pérez Jiménez y él era comunista. Apenas uno salvaba el dintel miraba el cuadro de un negro de Curiepe abrazado a un tambor. El entrecejo del pintor angustiaba su frente para siempre. César Rengifo miraba al visitante y mudaba su saludo con una mirada desde muy lejos. Su camisa lucía una pobreza muy pulcra y el botón equivocado. Su cara observaba lenta, sin detenerse en el vecino; una cara así, casi sin terminar. El hombre del tambor bajaba la cabeza, como si esperara que su cuero sonara solo entre sus manos ásperas, enraizadas entre las muñecas. Quien esa vez lo conociera nunca olvidaría el semblante del personaje, sin más paisaje que una planicie ocre sobre la que asomaban árboles como pintados con las uñas, sometidos a un viento de ardoroso secano. El suelo remedaba la huella asida a una piel de labrador y de trabajador de los baldíos. Con semejante semblante se mostraría, alguna vez, el mismo hombre, después, en la pared de los museos y las ilustraciones de los libros de arte. Trataba del mismo hombre, pero ahora entre indio y zambo observando el vientre de su mujer que cuidaba la siembra del hijo por nacer. El paisaje seguía indistinto: los árboles famélicos, la tierra estéril y al fondo un día caído, con trazos de fucsia y del óleo pálido de un púrpura desvaído, menos de fin de día que de desesperanza. "La flor del hijo", decía casi ilegible la pintura de esa vida silenciosa, a la sombra de un tiempo que lobreguecía. Desde entonces o antes mismo, el artista anduvo en busca de esa Venezuela entrevista en los días aciagos de la tiranía y después, en los mentideros

de las hueras democracias. Bajo una canícula desolada avanzaban unas gentes, el desaliño por vestimenta, el pie descalzo por toda huella y uno que otro perro seco de cabestro. Se dirigían a un destino que les mentía, no se sabe hasta dónde, bajo una luz sin después, sin la noche de la desmemoria, siquiera. A veces, los errantes que decimos, construían sobre el cerro de la ciudad una habitación de cartón y latones. Al fondo la urbe daba la espalda al hijo hirsuto, la mujer con el hijo vivo o por vivir y el can oscuro, como una raíz que brotara de otro desierto. Nunca sería distinta aquella creación primera de César Rengifo a las de su larga, indetenida obra pictórica y su asunto, su idea fija. Sus obras serían menos invenciones cromáticas que la escritura de un dibujo y un trazo entre pardo y púrpura de sangre vieja en la que se aliaban la belleza contrita de su forma con la acusación obstinada. Del mismo modo, con parejo gesto de pincel y confidencia, usaría sus dones para recordar el origen de ese hombre consecutivo en los muros de un espacio público donde nos veíamos naciendo de la semilla del moriche por voluntad de Amalivaca, el dios de los Tamanaco. No se distrajo nunca Rengifo en prodigar con el pincel y su lenguaje figurativo la historia del venezolano humillado y ofendido por el capitán de hierro y el ensotanado de la cruz y más tarde el empresario, el dueño, el gobernante, el terrófago. Pronto asomarían en sus creaciones el mechurrio y su fulgor apocalíptico, la cabria, la torre y su puya escarbadora y la refinería, esa república metálica e insomne y su respiración de veneno. Ya vendrían a posar ante su caballete el soldado airado y sus campesinos y obreros: ya vendría Zamora y aquel venezolano enjuto de los campos yermos y del cuarto de papel y zinc a decir su viejo, añoso reclamo de una tierra largamente confiscada. El fervor por insistir en mostrar con su estética figurativa nuestro ayer y nuestro siempre no distraería al artista de los reclamos de las vanguardias pictóricas. Fue cada vez él, Rengifo, César Rengifo. Obra tras obra "narraba" un paisaje humano donde tierra y hombre escenificaban su devenir trágico e ilusorio, su herida y su cicatriz

nunca conjurada. La belleza de su arte no solo conmovía sino que advertía, rememoraba, añoraba. No tardará en inclinar sus achaques creadores sobre la escritura del teatro. Acaso semioculto al comienzo, cedería el silencioso decir del pincel al diálogo y al comportamiento a sus eres en la escena teatral. El pintor y dramaturgo se enlazaron entonces en igual reclamo por narrar en el trazo y el parlamento el país de la desmemoria y el olvido, la afrenta y la indignidad, la pena y la rabia, el alambre y el muro de las fronteras sociales. La cantata, el drama, el monólogo, la trilogía, colmaron con ventaja la dramaturgia de César Rengifo y tanto que las noticias que daban cuenta de sus nuevas creaciones plásticas, las de la tela única, la del mural colectivo, permanecieron un tanto a la reata mientras las representaciones teatrales abundaban por las salas de teatro de Venezuela entera y después de las fronteras. Incontables fueron. En una tras otra de sus piezas leíamos y nos leíamos, recuperábamos la memoria de lo que fuimos y somos en *Esa espiga sembrada en Carabobo*, *Lo que dejó la tempestad* (la trilogía de la Guerra Federal), *El vendaval amarillo*, *Un tal Ezequiel Zamora*, *Buenaventura Chatarra*, *Los hombres de los cantos amargos*, *La fiesta de los moribundos*, *Estrellas sobre el crepúsculo*, los héroes anónimos y olvidados como *Joaquina Sánchez*, *María Rosario Navas*, o los demiurgos guerreros de los pueblos originarios como *Apacuana* y *Curicurián* y *Mariposas de la oscuridad* y también la inveterada malechuría de Washington contra la República Dominicana en *Una medalla para las conejitas* y la carnicería de Pinochet en *Volcanes sobre el Mapocho*. ¿Cuántas piezas más ocuparon su desvelo de teatralizar nuestra historia a modo de lección contra nuestra desmemoria en lenguaje de teatro puro y lírico porque también fue poeta? La Biblioteca Ayacucho reunió en su Colección Clásica *Llamas sobre el llanto*. "Su teatro puso en escena el habla y el lenguaje de las multitudes", dice en el prefacio Orlando Rodríguez B. y nosotros con él cada día.

02 de noviembre de 2021

LA NOSTALGIA DE SER ARMAS ALFONZO

La tierra se llamaba así pero un muchacho de la calle El Sol no podía saberlo todavía: se lo diría más tarde lo que le latía en la sien cuando de pronto fue hombre reflejado en el rostro de los suyos entre las imágenes de las estampas, las cartas y los apuntes de los sentimientos que sorprendieran su modo de sentir el ayer de una familia de un pueblo y una añoranza con nombre de Venezuela antes y después del abuelo Ricardo Alfonzo. No, no lo sabía: tenía que llegar a ser una mirada, una mano que fijara lo que el castellano y el colodión memorizaran tras la búsqueda de cada vida y cada confidencia hasta concluir una escritura íntima donde, como el Unare, el río que transcurre allá abajo luego de la colina famélica, cediera su curso al recuerdo, página a página, donde dice *Clarines bien lejos* cuando el muchacho que decimos, el muchacho Sixto en el cuaderno ilustrado y en la eternidad Alfredo Armas Alfonzo, concluyera un decir, un estilo del sentimiento y del añoro y finalmente una prosa que el tiempo se niega a achicar lo mismo que la distancia que tarda la albufera cercana, ese mar delgado que espiritualiza el infinito, en equivocarse con el resplandor y la canícula, la patria del cují yaque, el ventoso pui de espina arisca y la palma que hace la luz y su estremecimiento, siempre. Así, en ese ese apartarse tan suyo junto a la tardanza que tanto le gusta a la transfiguración para que se dé el embrujo de una escritura, el hoy perpetuo Alfredo Armas Alfonzo trazaba oraciones tras oraciones de memorialista y de invencionero para contentamiento de la literatura nacional, esto es, la de cualquier pueblo en su pretensión de persistir en su historia personal y el ensueño. Página, entonces, perfeccionó Armas Alfonzo esa escri-

tura, bien que en lugar de realizarla sobre el papel mirara, se detuviera frente a ciertos ojos, el adorno del organdí, el gesto del tedio o la gota en la comisura del ojo, o si no bajo el mediodía del sombrero, la pequeña vertiente del entrecejo o la pausa del movimiento de quien, de continuo, en invariable lino blanco cruza la pierna con lentitud casi sin fin, para responderle al copista de las remembranzas el nombre de algún olvido, el luto de cierta tristeza. No de otra guisa es dable leer o mirar el arte de este paciente colector de vidas y cenizas durante los años que dispuso, allá en Oriente, aquí en su recoleto balcón caraqueño, para concluir una obra donde verdad y remedo, certidumbre y entresueño, traían desde aquella casa genésica y aquella resolana del baldío y de la ingrimitud espinosa, seres desde las estampas de sus tumbas, conversaciones que detuvo el aire, el chubasco y el secano. De aquellas damas acodadas a algún resplandor, la abuela sin su general Alfonzo, el vecino, el de más allá o más luego o él mismo, grave, en su postura de última nostalgia y el hombre vegetal que fuera y es Máximo Cumache, el indio Caota de los senderos y el polvo de Bocuchire, mejor sería de la lectura de *El osario de Dios*, la obra aquella que no termina de colmar nunca nuestra ansia de recomenzar su lectura, esa inteligencia de la dulzura con piedad, la pobreza y la inocencia, criaturas de verdad y de la invención de cualquiera literatura del mundo. Cuánto hizo este callado unareño y de la indistinta región universal que reclama el encantamiento de toda confidencia, acopiando, libro tras libro, todo lo que fuera Venezuela tras la ventana de una casa de apellido y parentesco de nación, su voz y su silencio, su entusiasmo y taciturnidad, esta u otra planta, esta y otra fragancia, como la del trejolí y la resedá, la raíz que es sanación del dolor y conjura la llaga, el santo herido o la virgen amiga de los tristes o si no el comando de Marapacuto en la guerra de Zamora atropellando con su caballo la nada blanca del rastro que sube hasta Clarines. De ese Alfredo Armas Alfonzo trata el libro que la Biblioteca Ayacucho ofrece a Venezuela, a

Latinoamérica, el Caribe y los lectores de esta u otra tierra. Es él y su cosmogonía en el recuento del vivir en una región que es una colina, la *torre desprevenida* de su iglesia, la rama del pui, el hombre de trapo y de sus adentros, o sea, ¿a qué insistir?, en el ser terrestre y levantado sobre sí, el de cada instante y el de perpetuidad, aquí y en el santo oficio de la fantasía.

09 de noviembre de 2021

ANDRÉS BELLO
LA AUSENCIA COMO SOBERANÍA

Misifú, el gato que siempre acompañó a Andrés Bello en su soledad de sabio y en la silenciosa y vasta labor de estudioso del universo humano, saltó sobre el féretro que contenía el cuerpo de su amo (mejor, de su confidente en el largo solipsismo), apenas unas horas después de aquella mañana de 1865 en que el caraqueño chileno sucumbiera a la bronquitis y la fiebre tifoidea. Acaso esa sea una mera curiosidad, tal vez un hecho que moviera a los dolientes a la estupefacción, pero que dice largo sobre la recoleta existencia de quien rindió su destino a la meditación y a la elaboración de una obra que abrazó indistintos géneros, donde caben, en minuciosa hondura, la averiguación de la cultura más remota, desde la herencia los griegos hasta los latinos, los clásicos del siglo XVIII, el romanticismo y el destino del continente liberado por Bolívar. Tal vastedad de búsquedas y hallazgos, tamaña indagación del acervo de ideas y sentimientos, colmó una escritura de manuscritos, bocetos, borradores y una labor concluida en la que convivían los estudios lingüísticos, la filosofía, la historia, las versiones y lo que él llamaba copias o "imitaciones", ya fueran de Lucrecio, Virgilio, el castellano del Cid o con insistencia Víctor Hugo. Al mismo tiempo animó su espíritu la actividad pedagógica, al comienzo como educador particular en los hogares londinenses y más tarde, cuando su destino lo encaminó hacia la enseñanza académica, el fundador de academias, como la Universidad de Chile, de la que fuera asimismo su rector hasta que se le detuvo el corazón. Al país que recibiera su dilatada errancia (vivió 19 años en Londres en l más penosas de las miserias y sufrió luto por la muerte de muchos de sus hijos y una de sus esposas) redactó el

Código Civil, presidió el Congreso y fue redactor y a ratos director del cotidiano *El araucano*. En tan copiosa actividad de enseñante y de servidor público su vida no conoció descanso. De sus días en Londres son las páginas de dos revistas-libros, *El Repertorio Americano* y *La Biblioteca Americana*. Poeta de obediencia neoclásica, concluyó las Silvas, *Alocución a la poesía* y *La agricultura a la zona tórrida*. En Londres fungió de representante diplomático (y sin recibir pecunio alguno) de la recién nacida República de Venezuela desde que en 1810 viajara con Bolívar y López Méndez a solicitar de la Corona de Albión la legitimación del movimiento independentista para su país. La dos Silvas cantaban, una, la hazaña independentista de El Libertador; la otra, la invitación a sembrar sobre los campos de batalla los frutos de la tierra recién liberada del colonialismo español. En ambas se respira el aliento liberador de Bolívar, Miranda y la de sus soldados y la de loa campos de batallas. Si la poesía tuvo en Bello a uno de los iniciadores del género en Venezuela y en América, a la que diera, a más de las Silvas que decimos, cantos, himnos, historia, discursos, estudios, versiones, traducciones, obras de teatro (*Venezuela consolada* se titula la primera pieza teatral conocida en nuestro país) y la redacción de *La gaceta de Caracas*, el primigenio periódico de la capital y de la entonces Provincia de Venezuela, allá en Chile concluía acaso su obra maestra: *La gramática castellana destinada al uso de los Americanos*, modo de respuesta a la gramática de Nebrija, la gramática de la conquista y colonización de la Corona Española. No regresó Bello a la Caracas de su nacimiento, la adolescencia y la juventud, pero permaneció en ella durante su nostalgia, una nostalgia casi llorosa y sin desmayo, a juzgar por las cartas y los poemas que guardara para sí. Dicen que sobre el muro, a la espalda del sillón donde perdurara su quieta vida de sabio, siempre se vio un mapa de la ciudad de Caracas. El Anauco, la quebrada que transcurría a poco rato de su casa de Luneta a Mercedes, a más de la pequeña huerta que labrara con su madre en

la Fila de Mariches y la jiba de El Ávila a la que ascendiera en compañía de Humboldt, se mostraban menos como rastros de su caraqueñidad, su "volver a región", que como una imagen de la ausencia, una ausencia como soberanía, como feligresía de nacionalidad, de amo.

29 de noviembre de 2021

GONZALO ROJAS
EL SONIDO Y EL SENTIDO DE LA SENSUALIDAD

Lebu es carbón y un río, que pasa apurado. El hombre es el padre del niño Gonzalo Rojas. Regresa de la mina. Está lloviendo. Ahí llega, "enrabiado contra la Compañía". "Huele a caballo mojado". Todo eso, eternamente, en una escritura inevitable. Pero Lebu también es Chile y duele. Más tarde, aquel niño lo sabrá y ha de manchar de fulgor rojo, humano, demasiado humano, ese dolor: *Entonces nos colgaron de los pies, nos sacaron la sangre por los ojos, / con un cuchillo / nos fueron marcando en el lomo, / yo soy el número 25.033, / nos pidieron / dulcemente, / casi al oído, / que gritáramos / viva no se quién. / Lo demás / son estas piedras que nos tapan, el viento.* No solo es ese Chile el que nombramos, no solo su desollamiento en la historia del país delgadísimo y nerudiano: también la mujer. A más de madre, el deseo de cada amada. Un deseo que no se calmará nunca quien escribe y se junta con los poetas de Mandrágora (han jurado por Breton y el Surrealismo) y guardará la ansiedad de poseerlas, de entrar en ellas mientras propaga el avío de su prolongado vivir entre los papeles de una poesía pronunciada como si desnudara a las preciosas en versos de desmesura casi única en la poética chilena y de cualquier tierra. Gonzalo Rojas, chileno puro, como todos los de tierra del sur y de más abajo. Con ella visible y escondida dirá un día adiós al lugar y al padre y la madre enterrados. Nadie sabrá de su viandancia que no sea como él enseñante en las aulas, lejos, en Alemania o funcionario en la Legación allá en Pekín, pero profesor cada vez, errante bajo muchos otoños tantas veces y hartos inviernos. ¿A qué esperaba pues para deslumbrarnos con su fabla abundante de

sensualidad y reiterado eros? ¿Por qué determinó interrumpir tal mudez al detenerse en Venezuela y ceder la muestra antológica de *Oscuro* al sello de Monte Ávila incumpliendo de esta suerte la insensata reserva de sus primeros libros chilenos, los de *La miseria de hombre* y *Contra la muerte*? Ninguno sabrá sobre las razones de esa retención asaz callada de un verbo poético trashumante que aguardaba para destinarla a sus lectores quienes –lo dijo con la frase de William Blake– "se hallan en la eternidad". De dicha espera trata la eternidad de esta poesía y esta poética, la más cercana a su corazón detenido en 2011, la de *Esquizo*, un volumen que apenas puede contener la efusividad de la fabla que decimos, habladora como un oráculo antiguo pero de modernísima ironía, sarcástica, puntuada hasta la obsesión de entonaciones orales, dialogante, entre el tránsito por mujer usada, demonia y ángel y el *modus vivendi* del hombre terrestre que siempre fue, erudito y cotidiano, suscribiendo hexágonos de verso libre, obediencias bretonicas de automatismo psíquico, hechos de *nepentes*, el remedio mágico contra la tristeza, y de efusivas y hasta pícaras confidencias, interrumpidas por anotaciones en etrusco, en latín horaciano y ovídico, prestadas a Calímaco, su tatarabuelo en erotismos, entonadas con el lascivo compás de la vihuela shakesperiana, saciado insaciable como fue en una y otra página aun tibia con huellas de fornicio, por ejemplo, en esta copia de su libro *Diálogo con Ovidio*: *Raro arder aquí todavía. ¿Vagina / o clítoris? Clítoris por lo esdrújulo / de la vibración, entre la ípsilon / y la iod, delicada de las estrellas / gemidoras, música / y frenesí de la Especie. / Pero además / vagina sagrada, punto G, punto / de la puntada torrencial / del qué se ama cuando se ama. Raro / arder aquí todavía.* Realista, minucioso en el secreto del goce con y sin ella, asimismo cuando escarba en el ser de su memoria, vivida y ensoñada, metafísica, como la que concede Wittgenstein al hombre en busca de su casa, he aquí a Gonzalo Rojas, de Lebu, el muchacho aquel que escucha que huele a su padre atra-

vesando un río como la eternidad de la poesía, de su poesía entre los clásicos de la Biblioteca Ayacucho, grave y material, entre el sonido y el sentido de la sensualidad.

25 de abril de 2022

SIMÓN BOLÍVAR
AQUEL NIÑO DE LA CASONA DE SAN JACINTO

Hoy es 1873, por la tarde. Caracas es distinta ahora en el vecindario de la Plaza Mayor. Dan las campanas del templo su santa armonía al aire. Gente de perifollo sigue al señor obispo que viste su atavío de hombre del cielo, camino a la plazoleta, sita frente a los ventanales de la mansión de los Bolívar Palacios, a cumplir el oficio que manda la Iglesia para ungir con el baño del bautismo a un nuevo cristiano. El elegido es alguien de empingorotada cuna. Los padres del niño que no ha mucho ha nacido pertenecen a la rancia hidalguía de la ciudad y de la Provincia de Venezuela. Afuera bulle la ciudad, sus cabalgaduras, sus coches de varia ostentación, los negros esclavos, algunos indios y seres del común. Perros recoletos compiten con los necesitados y los mendigos. Un bando de palomas cruza el cielo caraqueño que acaso anuncie en esos días la lluvia de la estación. Ahí llega el concurso de los invitados a la ceremonia. Hace su entrada a la alta morada don José Félix de Xerez y Aristiguieta, clérigo presbítero, doctor en las cosas celestes, Príncipe de la Cristiandad, seguido del señor conde, el señor marqués, el oidor, el señor mílite. Lo recibe el coronel Juan Vicente de Bolívar y Ponte, la mirada azul, el traje de aparato. Dibuja Rufino Blanco Fombona, en estas sus ineludibles citas biográficas que seguimos de muy cerca, su postura delgada, alto, nariguda, altiva, "los labios apretados". Su cuarto hijo espera al lado de su madre, Doña Concepción Palacios y Blanco. ¿Cómo ha llamarse el infante, inquiere el presbítero. "Simón, Simón José Antonio", responde su padre. Lo que sigue permanece casi en blanco durante las confidencias de la historia. Se sabe, sí, que el niño recibirá un cuantioso vínculo en miles

de duros que la muerte del padre, meses más tarde, abrumará tal buena nueva con la viudez de la madre y los crespones negros que entristecieron la casona de San Jacinto. Mientras tanto el niño dase a mostrarle a los suyos el carácter de su primera infancia, sus maneras de inestable conducta, su rebeldía. No se tiene quieto, "es respondón". Tampoco recuerda a su difunto padre, quien muere cuando él cumplía apenas tres años. Quien lo ha alimentado no serán los pechos maternos y no se sabe la razón. Acude una señora española, amiga predilecta de la madre, a la espera de que la esclava Hipólita dé a luz para que ceda su leche al recién nacido. El destino se encargará de reservarle a la esclava el prestigio de ser su segunda madre. Cuando sea Simón Bolívar, cuando el *ananké* de los griegos le ciña el título de Libertador, no olvidará nunca ese alimento de la negra esclava. Por ahora ignora que carecerá de casa propia, bien que acaso lo presienta y se le quede bien adentro, mientras desarregla sus arrestos de chico incontrolable, díscolo. Solo se tiene noticia de que sus primeros lugares adonde ha de dar rienda suelta a su instinto vehemente quedan en la cercana Plaza Mayor con la la compañía de su hermano Juan Vicente, la única amistad de que se tenga noticia de sus juegos y travesuras. Un nuevo día luctuoso lo despertará bien temprano cuando cumpla los nueve años: ha muerto su madre. El muchacho (la confidencia histórica lo calla) debió dolerse sobremanera de esa desaparición, pero nadie por escrito daría testimonio de su congoja ni de sus lágrimas. Solo se conoce el curso de su carácter irrefrenable, al que pretende sofrenar el abuelo paterno y antes el licenciado Miguel José Sanz, hombre de leyes, tuerto, austero, designado por doña Concepción para que eduque aquel relámpago de ojos negrísimos que no atiende a ningún apaciguamiento. Cautivo en esa casa conventual, solo, terriblemente solo, agraciado por la soledad de la casa y la delgadez de su contextura, intenta deslizarse entre los barrotes de su habitación por ganas de alcanzar la calle. Ha recibido con morisquetas al padre Andújar, elegido por los Sanz

para que intente educarlo. Otras irreverencias, como la distracción, el desinterés, conocerán los nuevos instructores, como el joven Andrés Bello, casi de su misma edad, que ha intentado enseñarle geografía e historia. Ahí va por la ciudad, al diestro del licenciado, jinete en un asno. "Es un niño nulo", lo califica en tanto reclama que nada hace para apurar al jumento a quien algún día el corcel de la guerra y de las paradas de la gloria le reserva el frenesí del caballo brioso y volandero. ¿A él, a ese niño sin virtudes, y nulo condenaba de tal guisa el moroso licenciado Sanz quien luego de 1810 habría de ser el comandante de la Campaña Admirable, el autor de las encendidas proclamas y manifiestos, el de la *Carta de Jamaica*, el de la frondosa correspondencia, el hombre de estado, el del *Discurso de Angostura*, pulsados con prosa culta, emocionada y lírica, como aquellas cartas de amor a Manuela Saez o el poema de su *Delirio sobre El Chimborazo*? ¿Cuándo vio ante sí mientras tanto a Simón Rodríguez, su próximo educador? ¿Cómo comenzó ese entendimiento entre el maestro rousseauniano y el alumno incorregible? El capricho de la suposición acude a nosotros para inventar esta pregunta que formulara la desusada pedagogía de Rodríguez a su joven Simón: "¿Qué quieres hacer?" Y sin esperar respuestas se encaminaron al Ávila, al Guaraira Repano, al riachuelo, a la cascada, a la pajarería, al follaje, al libre entretenimiento con la libertad y al enderezamiento del carácter. Educar, divulgaba cada vez Simón Rodríguez, "era crear voluntades". Cierta vez, en el malhado Pativilca, su discípulo, enfermo, vencido, el desaliño en su uniforme de "pequeño capitán" nerudiano, la espada huérfana de guerra, responderá a quien viéndolo en estado tan lamentable le preguntase qué pensaba hacer vencido como se hallaba e incontinente Bolívar le respondería, como si deletreara una de las enseñanzas de su maestro: "¡triunfar!". Jamás olvidará aquel adolescente las lecciones en la montaña y los ejercicios de templanza de su conducta que le regalra Simón Rodríguez. Cuando, más tarde, allá en el Perú, tendrá noticias del

maestro errante a su regreso América, su discípulo le escribirá misiva memorable, llamándolo a su lado con dulzura y agradecimiento, oh mi maestro, oh mi Robinson. Sin hogar vivió la infancia de Simón Bolívar que no fuera a ratos la casa de su nacimiento en San Jacinto y sin hogar transcurrió su destino o mientras sosegaba su furor de combatiente en lechos de fortuna. La muerte le abrió una llaga bien temprano, la de la orfandad, la de su hermano y le puyó con dolor la del soldado abatido en plena heroicidad, como el disparo que le arrebatara la espada a Girardot y sobremanera la muerte de Sucre, en Barruecos y antes, mucho mucho antes, en los últimos días de su adolescencia, cuando la fiebre silenciara el pecho y el aliento de su esposa. De nuevo, los griegos escribieron el decurso de su existencia gloriosa y amarga, el *ananké*, el hado, el destino: la desolladura viva que lo martirizaba entonces se cauterizaría en 1810 y lo esperó para que ensillara su caballo de Libertador, blandiera la espada de Taguanes, Bomboná y Carabobo y redactara su obra reflexiva y visionaria, su pensamiento anticonialista. En verdad nunca tuvo casa propia, desde aquella de San Jacinto. Fue un solitario a pesar de sus amadas y de su Manuela. Regresó poco a Caracas. La última vez le escribió a uno de sus tíos que Caracas ya no existía, avizorando acaso ya la destrucción de su gran sueño. Hasta para morir le cedieron un lecho ajeno, una casa de hacienda, en San Pedro Alejandrino. Hubo de morir, pues, en un lecho de desconsolado al saberse desconocido por su hazaña, destruido su ensueño más entrañable, el de la Gran Colombia. Sí, es cierto, fue un errante en busca de patria, pero su patria real era América. Fue su verdadera partida de nacimiento. Está en todas partes. Es decir, en nosotros, como ahora.

24 de julio de 2022

BIBLIOTECA AYACUCHO
LA LECTURA DE QUIENES SOMOS

Lo dijo Ángel Rama, su director literario (era 1974, los días de la Venezuela opípara que gozaba de un altísimo ingreso petrolero), Ayacucho como "una Biblioteca concebida con un criterio culturalista latinoamericano que recogiera el legado civilizador de América Latina"; y Oscar Rodríguez Ortiz, su director editorial, daba aviso de su contenido y explicaba "que en una misma colección de libros estuviera, junto a Borges o García Márquez, una antología del pensamiento conservador continental que se acompañase con una dedicada al utopismo socialista". El poeta José Ramón Medina, su presidente, hacía posible la vida toda de la institución, la cual contradecía su largueza liberal o permisiva con el régimen de entonces, obediente a ese centralismo ideológico o derechista denominado neoliberalismo. Fue un reto, entonces, un atrevimiento, si no, pues en su comité editorial figuraban nombres de la izquierda literaria (precedida por Rama). Su título era herencia de aquella Editorial América que inventara Rufino Blanco Fombona, una de cuyas colecciones llevaba el nombre de Ayacucho. Huelga hoy repetir, con el lugar común de la minucia, la génesis de su nacimiento y de los primeros títulos. Su nombramiento se difundió por el continente y más allá. Otras bibliotecas respaldaban su pertinencia, como la de Henríquez Ureña y la de La Habana. Rama remarcaba su alcance conceptual, su canon: *El avatar político no lastimó en nada el espíritu de la editorial. Ella había nacido en aquellos años de la nominada izquierda literaria. Venezuela había abierto sus puertas a los escritores que huían de los gobiernos neo colonialistas y represores del Sur. Cuba fundaba su ilusión liberadora, su revolución.*

Negar esta verdad en la Venezuela de los setenta sería cometer lesa felonía. El devenir político de Venezuela no cambió ni mudó el rumbo que se había propuesto la Biblioteca Ayacucho desde su nacimiento. Los tiempos luengos de su génesis conocieron altibajos, es cierto, pero el prestigio de su línea clásica así como el de sus colecciones, Claves de América y La Expresión Americana, sortearon no pocos escollos. Su puntualidad en la oferta de la lectura de lo que somos en el pensamiento y el imaginario persistió, así como la difusión de sus títulos y la respuesta que recibía de instituciones culturales de las universidades, la variedad de casas de estudios, el ámbito diplomático y los acuerdos de reciprocidad más variados. El celo en la amplitud temática y en el equilibrio de honrar los nombres de sus autores se mantendrían vivos. La figura intelectual y de servidor público de su presidente, y de la valía humanística y literaria de su equipo editor, reforzaban los retos que asumía la Biblioteca en lograr ofrecer aquellos nombres de las letras continentales acaso olvidados o a la espera de la relectura de sus obras, junto con las de los nuevos clásicos nacionales e internacionales del quehacer escritural. Venezuela sufrió a partir de estos años de bloqueos económicos (por todos conocidos), crisis energética y el quebrantamiento a la soberanía, así como los vaivenes de los suministros del papel lastimarían ayer y hoy la producción editorial de nuestro país, y sobremanera la de sus casas editoras públicas, entre ellas la Biblioteca Ayacucho. El retardo en la producción se dolió de la crisis que hoy conocemos: las reediciones ralearon y los nuevos títulos dieron a esperar el ritmo de sus ofertas. Sin desmayar un punto, la Institución afrontó nuevos retos. La capacidad inventiva de su equipo fue en busca de otros lectores, los de las nuevas generaciones, los de un público menos docto, diríase, o en todo caso requerido de una fórmula más didáctica, si se quiere, como fueron las ediciones ilustradas y las colecciones de bolsillo. ¿Qué es ahora la Biblioteca en medio de la crisis económica que enfrenta desde todos los extremos la

nación? Nunca como ahora nuestra acción editorial ha alimentado con tanto denuedo las ferias literarias anuales y bianuales, la circulación de nuevos títulos de nuestros escritores de nombradía y de aquellos recién reconocidos en las tan variadas justas de las letras. Tócole a la Biblioteca renovarse a la luz de la crisis que decimos. La producción del libro físico que propone en estos días su versión en línea paliaba esos vaivenes de marras. La lectura virtual ha venido a socorrer el devenir del consumo lector cada vez más frecuente, pero ocurre que si las adaptaciones formales del libro han conocido nuevos diseños, como los de Monte Ávila y El perro y la rana, los sellos editoriales del Ministerio del Poder Popular para la Cultura mal pueden alcanzar el perfil tradicional de la Colección Clásica de la Biblioteca Ayacucho. Su diseño, desde sus inicios, reclama su invariabilidad ofrecida a su lector internacional y a la variedad de las instituciones habituadas a su confección física, por lo que es fuerza afirmar que la Biblioteca sufre de su propia imagen formal: mal podría modificar su perfil formal. Más aun, consciente de este duro obstáculo, ella ha insistido en ser fiel a sí misma, como lo ha probado la actual oferta de sus títulos, donde se alían la obra del autor nacional y el foráneo, además de acercar a un lector más lato a la edición digital. Es cierto que nuestra presencia en las ferias internacionales del libro no acusa la frecuente participación de otros días. El cerco económico no es ajeno a esta irregular ausencia. Con todo, si bien es verdad que la variada producción de la Biblioteca no es la misma que la que conociera antes, la fidelidad a su canon no ha desmayado, dando a conocer nuevos títulos. He aquí su presencia en medio del avatar que hemos señalado. Nuestra nostalgia de Ángel Rama no ha cejado, como tampoco el destino mismo de la Biblioteca Ayacucho. Aun se mantienen vivas aquellas palabras del intelectual y catedrático uruguayo durante los días iniciales de su creación en 1974, en las cuales palpita la eternidad de la Institución editora: “el pasado no es recuperado en función de archivo muerto, sino como un depó-

sito de energías vivientes que sostienen, esclarecen y justifican el proceso de avance y transformación revolucionaria". ¿Quién duda hoy que esta histórica creación editorial, que ilustra la impronta aquella de Bolívar de la moral y luces como exigencias primordiales de su revolución, hoy rediviva, nació para perpetuarse y perpetuarnos?

09 de septiembre de 2022

NATANIEL AGUIRRE
CUANDO LA TIERRA PELEÓ EN COCHABAMBA

Ayer fue 1885, ayer fue Bolivia en Cochabamba y en la escritura novelada que el escritor Nataniel Aguirre trazara sobre aquel dolor colectivo que vivieran los indios y los mestizos bolivianos que sufrieran en su enfrentamiento contra España. Estuvo narrada para siempre, de modo sencillo, "como la ropa", dice Alba María Paz Roldán, la prologuista de *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la Independencia*, la edición 222 de la Colección Clásica de la Biblioteca Ayacucho. Su autor era un letrado de corbata y bufete, político, intelectual, servidor público y diplomático, pero no por ello displicente a la hora de guerrear en la penosa batalla del Pacífico, donde la muerte comandó tropas bolivianas, peruanas y chilenas en el mar y en el desierto amarillo de Atacama, nunca mojado por otra lluvia que no fuera la que dejara la sangre humana sobre su peladura mostaza. Y también era poeta Nataniel Aguirre, o sea íntimo, porque le prometió a su mujer en un soneto que la amaría "con recental ternura". Íntimo, acabamos de anotar, lo fue asimismo porque sintió largo y renovado fervor por Bolivia, en emoción y en oficio, al determinar ceder a la literatura de su país y de Latinoamérica la narración de *Juan de la Rosa. Memorias del último soldado de la Independencia*. A nadie como a él lo movió tanta pasión nacional en la invención de esta su única novela, que curiosos de las gavetas y papeles guardados o dejados con descuido y o para después, juran incompleta. Trata de la dignidad y del orgullo que avivara a la vieja y callada Cochabamba en esos históricos días del XIX de batallas bolivarianas, cuyo mutismo antiguo perturbó la grita de la rebelión y la pólvora. Su personaje omnímodo es un soldado con

nombre de jardín, coronel y edecán del Mariscal Sucre en Ayacucho. Obedeció al título de granadero de a caballo y en la novela de soldado desde niño cuando conoció heridas ocultas y visibles, como las de hoy, cuando los suyos se baten por el rescate de su soberanía, arrebatada por una señora y su pálida jauría de oligarcas, los energúmenos históricos de Bolivia y de América. No hay hombres nada más esta rebelión. Está también la mujer, antes y después del amor, como la madre de Juan de la Rosa y su sacrificio, como su amada y ah, como la de esa abuela que lanzara un puñado de la sangre de su martirio a la cara del verdugo. Juan de la Rosa es pues toda Cochabamba, guerrero indígena y mestizo: en el libro habla la lengua de sus ancestros, el español del colonizado y la del pueblo boliviano con que afrontara a su diezmador. El estilo de su escritura obedece al castellano peninsular, pero rinde tributo al *fablar* mestizo mientras ocurre el envalentonamiento insurgente por calles y campos. Cuanto declara Juan de la Rosa en su recuento memorioso se lo cede a su tío, a Juan Justo, como que él solo dice la lengua de la caserna o susurrante como la del amor que siente por aquella muchacha de Caracato. De esta suerte, fray Juan Justo copia la existencia del sobrino, no nada más la del pormenor de la rabia rebelde y de su precio purpúreo mas también hasta el mismo modo de vestir de su amada o el recado de cereales que ya hubiera degustado Neruda en su *Canto General*, como que el nacionalismo que profesara Nataniel Aguirre fuera, con pareja puntualidad, recuento de sabores y delicias regionales, los cuales dan cuentan del cotejo de sangre y alma indistinto que nos espera a cada vuelta de página. La novela, con igual insistencia, atiende a la lastimadura transfigurada en heroicidad del combate liberador, del que quiso apropiarse España en la batalla de Ayacucho al nombrar "Cochabamba" a uno de sus batallones, por quererse así apropiar de la ira con que los bolivianos de aquella región la enfrentaron desde el ojo del fusil de estaño y del cuchillo y la furia de los dioses quechuas. Al tiempo que su trama

refiere los pormenores de un niño huérfano desde la rebelión del 14 de septiembre de 1810 hasta el dolor con que Cochabamba y su aledaño enfrentara a los realistas en 1812 y más luego, hasta 1884 (Aguirre muere en 1888), posteriores lecturas soportan la intrusión de ciertos averiguadores de manuscritos y bocetos quienes juran haber encontrado los borradores de la segunda edición de la novela, pero es fama que ella, con su autor, vive la perpetuidad de lo auténtico, la de la celebrada lectura de un combate nacional anticolonialista que hoy se enfrenta a sus nuevos asoladores, como ayer lo hiciera con su corazón de Cochabamba.

11 de septiembre de 2022

FACUNDO: LA TIERRA ES BUENA PARA SOÑAR O CABALGARLA

No lo dijo Domingo Faustino Sarmiento (1811-1888); lo sostuvo Octavio Paz. Tampoco lo copió de Alfonso Reyes cuando este observaba la lejanía mexicana y advirtió que viéndola daban ganas de pelear; pero pudo haberlo hecho suyo el autor de esta obra admirable donde todo sucede en el lomo interminable de las pampas argentinas, cuando la vastísima República se tendía sobre la vida pastoril, el hombre espoleaba el caballo y entre San Luis y San Juan perdía su forma el desierto y Buenos Aires reducía a sangre y polvo el indígena en la ribera occidental de Plata. Un tigre, un tigre cebado andaba cerca bajo los relámpagos mientras Sarmiento anotaba, antes de comenzar o terminar su libro, su obra maestra; educador, antropólogo, sociólogo y también historiador, yéndose la sombra terrible de Facundo, el gaucho maluco rumbeando con su historia de jinete hacia lo que ha de ser la capital de esa tierramenta que era Buenos Aires y sus provincias. Y ocurre la guerra y todo es sangre entre la Rioja, Catamarca, Tucumán, Salta y Jujuy. Hasta Borges, después de transitar el novelón –o imaginarlo, que es más bien autorizado arresto borgiano– interviene en su oficio de desocupado lector para endilgarle su nombradía literaria y con la venida de Emerson le evidencia, le augura un advenir que es "esperanza ilógica". Ya atravesamos la página 147 y Sarmiento, Domingo Faustino Sarmiento, pregunta por Facundo, por Facundo Quiroga, ese dios envalentonado, calzado en el talón la espuela, en el puño la revolera y en la verija del costado el puñal ansioso de puyar y devastar carne humana. Es 1825 en el pormenor de sus pagos, de lo que es dueño absoluto y la vida, la suya y la de ese entonces bárbara

Argentina, es más primitivismo que civilización, como el que embrolla el zafarrancho con Brasil y otras guerras. Existir es más brutalidad que civilidad. A cada vuelta de capítulo el autor acude a la cita de gente erudita y letrada, ora en francés, ora en castellano, a la manera antigua y moderna, con Shakespeare poeta y Humboldt naturalista, el libro sobre los Otomanos de Alix y la tierra tendida de Head hasta el ampuloso romanticismo de Víctor Hugo. Entretanto, la narración sufre el agobio de la sociología y el recuento historial ha de esperar que continúe la biografía del dios bajo el alero del sombrero y que la vegetación ralee y abunde nombrándose así misma en cualquier pago con minucia de matorral, de bosque y la siempre pampa, la muy sola y amontonada de los cuchilleros puestos a caballo, como tiempo después Bioy Casares los fotografiara bigotudos, con la mancha verde del mate en la hebra, que le tapa la boca amarga del insulto y la dulzura de la vidalita. El afuera, el infinito afuera, es violento; es Facundo todo y su sombra, su terrible sombra, pero se escucha y se respira lo que pisa el casco y se queda en el ojo y en la memoria el recuerdo: "el anchuroso ramaje con el caoba y el ébano; el cedro deja crecer a su lado, el clásico laurel, que a su vez resguarda el follaje, el mirto consagrado de Venus, dejando todavía espacio para que se alcen sus varas, el nardo balsámico y la azucena de los campos". Entre tanto sosiego y preciosidad de prosa, se oculta el dolor de la venganza y el odio en la vastedad pampera y el poblado provinciano. La tierra –salvaje entonces– es la del siglo XIX y huele a llaga podrida, se escucha gemir el cuchillazo en el entrevero, y el ave, y el relincho comparten soledad con la vocinglería de los airados. Todo va en tropel, todo es historia universal de la infamia borgiana, el coraje, la puya del puñal, el peligro, la tumba sobre le menudo yuyo y la alfalfa. Las notas, las casi abusivas notas, interrumpen la anécdota con obsesiva frecuencia, la confidencia narrada por la sociología y el registro biográfico del mundo de entonces. Libro de libros es *Facundo*, pero más tú, gaucho malo, como lo

llama Sarmiento. “El Continente Americano terminaba en una punta” escribe en la introducción, en la preparación de la frondosa anécdota y sobre ella ahíja con el colmillo de la espuela el hombrón a su bestia, su sombra, “sacudiendo el ensangrentado polvo que cubre tus cenizas”, mientras le inquiere que, “te levantes a explicarnos la vida secreta y las convulsiones internas que desgarran las entrañas de un noble pueblo”. Es que agotar la lectura de este desordenado invento literario, pero tallado en purísima prosa y en el bulloso asunto no nos deja, por más que nos perturbe la continuación de su intimidad. A su lado, avecindado en lo brutal entre gauchos y generales, perdura la historia libre del invento ficticio. Todo en esta lectura es región y muerte, donde Facundo desespera su caballo cada vez que lo estorba el gentío encaballado que lo sigue. En verdad esta es una escritura invasiva. Los géneros que en ella abunda, sobremanera la nota inmiscuyéndose a cada rato en la narración, atropella al otro género, el de la sociología y la historia, por lo que el lector véase obligado a aguardar inquieto antes de proseguir actuando en la continuación de la novela a la zaga del furioso gaucho que lo mismo degüella y mete su brazo de hierro en las entraña del enemigo que aduce razones de caudillo de chambergo ante el doctor y el ululante diputado. Sí, huele a caballo y a sangre en este libro. Que Facundo se muera o siga vivo poco le importa a la anécdota siempre recurrente. Con razón Borges (otra vez Borges) califica la obra de Sarmiento de “negador del pobre pasado y del ensangrentado presente” y que es “el primer libro argentino”. Trata de la pedagogía de la barbaridad, porque no en vano Sarmiento fue educador, civilizador, pero más trata de América violenta, la del azote y el puñal, la rechifla y el grito en medio de la ilusión humanizadora. Del ayer y el siempre también, trata de una historia y una antropología, una anotación académica y una copia de lo verdadero y su leyenda: nosotros.

11 de septiembre de 2022

HUMBOLDT
DE PRONTO VENEZUELA

Si no hubiera sido por el ataque del escorbuto a bordo, Humboldt y Bonpland habrían seguido el destino a la Habana que le habían prometido a la autorización real de llegar a América en busca del conocimiento de su hasta entonces desconocida o mal conocida naturaleza, y se vieron obligados a descender en la costa cumanesa en 1799. Tampoco hubieran determinado adentrarse como lo hicieron por Venezuela lejos para felicidad de la ciencia de no haber contemplado la lluvia de estrellas bajo los cielos de la primogénita del continente, la frecuentación de sus sismos y sobremanera la visita a la enorme espelunca del Guácharo en el frío Caripe, oloroso a café y cacao. Las lecturas de los viajes del malhadado científico Loefling, abatido por el paludismo en la floresta del Caroní, animaron la curiosidad de los recién llegados. Las observaciones del sabio Condamine por el río negro y el no menos oscuro Guainía, acentuaron además el ansia de averiguar la inmensidad húmeda y boscosa del oriente venezolano. Humboldt y Bonpland entonces transitaron largamente la Capitanía General que por entonces era primacía del gobernador Emparan. La historia ya sabe de la hoy legendaria travesía de la pareja ilustre, sobretodo la minuciosa observación de la prosa Humboltiana, bella, poética en suma, donde ciencia y literatura se abrazan, cuando después del viaje al corazón de Guayana y de su tránsito por el vasto mar de agua dulce del Orinoco regalara a la eternidad su viaje a las regiones equinocciales del nuevo continente. Así, la ruta que siguieron, después de gozar la acogida de los habitantes de la sociedad culta y afrancesada de Caracas, por el norte de piedras de Venezuela, restos de un mar

antiguo en los cerros de San Juan de los Morros, y la sorpresa que el señor del pozo en Calabozo, les reservara cuando alumbrara su casa con las descargas eléctricas del pez temblador, Humboldt y su inseparable entomólogo, acostaron sobre la enorme encía del Orinoco anegado. Por el tributario y leonado río Apure que se le entregaba en la orilla de la Urbana. Es allí, en su transcurso por el padre de ríos de Venezuela donde ha de comenzar la fábula de una vivencia científica, literaria y humanística de la que el mundo conserva y difunde, harta de saberes vegetales y de vida silvestre y fantástica, como aquella de los pueblos indígenas de sus recodos, comedores de barro o las apariciones del saurio vestido sus acorazados lomos de un jardín de epífitas y el asombro de sus encuentros con simios como aquel c*acajao melanocephalus* mono chucuto o el mono satanás chiropotes satanás satanás y acaso el jaguar mariposa que oliera sus huellas en el suelo hojoso de la manigua. Pero nada sería más colmado de maravilla y exasperada vivencia que la frecuentación por el infierno del brazo Casiquiare, donde apenas la pronunciación de una vocal o el asomo por la borda de la curiara, agobiada ya con las jaulas de especies animales y la flora, significaba la picadura caníbal de la plaga hasta el encuentro de las aguas color de té del río negro y del Guainía, las correnteras del Temí del caño Pimichín y los médanos del fortín Solano, entre chubascos de fin de mundo e insolaciones dantescas. A estas horas, Humboldt ha dado cuenta de su descubrimiento de la Venezuela verde y deslumbrante, la biografía científica y estética de la incomparable e inagotable lectura de su obra. Pueblos desnudos, abundosidad de especies de cuyo asombro Bolívar Libertador escribiera que con su viaje y sus observaciones Humboldt había hecho más que los conquistadores que se adentraron por el infinito del sur con hambre de oro y de piedra preciosa. No fue siempre holgada la autorización que recibiera de la corona española para retardar sus meses de 1800 por Venezuela: la casa real e Portugal anduvo persiguiendo a este "Tal Humboldt", acusado

de sospechoso para el imperio lusitano. La culebra dragón la flor con maneras de criatura del jardín fantástico de Jerónimo Bosh, el horror con faz de gorgona de la asesina araña mona prometer el camino hacia la inenarrable, tal la roca del Cucuy y el silencio eterno que sigue al rugido del trueno en la garganta del tigre o el paraíso emplumado del ave tornasol. De semejante encantamiento es regalo los viajes equinocciales de Humboldt, su revelación para la ciencia de las especies rumorosas o ululantes de su animalancia y su narrativa poética onde se la muestra del follaje y su pistilo, de cuyo estilo y lenguaje glosara el poeta Ramón Palomares sus *Alegres provincias*, anotaciones son de un poema Humboldtiano sorprendido en el múltiplo de observaciones científicas y el encanto frente a lo bello salvaje para contentamiento de una lectura que no soporta el mero hallazgo de la enormidad viviente de la tierra genésica de una escritura donde Venezuela cede a la estética literaria una obra en la que se da con ventaja el encanto de un mundo que reclama su delicada y amenazado ensueño.

14 de septiembre de 2022

MARIO BRICEÑO IRAGORRY
EL FERVOR POR VENEZUELA Y SUS DESDICHAS

¿Cuántas veces no hemos sentido como nuestra aquella confesión de amor de Antonio Arráiz en lo alto de su libro Parsimonia: *Quiero estarme en ti, junto a ti, sobre ti, Venezuela, pese aun a ti misma*? ¿Con qué insistencia nos invita a que avivemos el ahínco a nuestro país y lo profesemos sin desmayo alguno en el diario –escabroso y luminoso– devenir de su historia? No descuidaron nunca en rubricar esa confesión los amorosos de Venezuela de los tiempos del poeta Arráiz ni cometido inobservancia a su enorme ternura, en sus corazones y en su pensamiento, los venezolanos de estos tiempos, cualquiera fuere el menester con los que dan cumplimiento a ese arraigo, a esa pasión nacional. Uno de esos venezolanos que digo y será se llamó Mario Briceño Iragorry. Perteneció a la casta de quienes dieron en la flor de ofrecer su fervor por Venezuela en la averiguación de su pasado, hartas veces condenada al olvido de sus virtudes o a sus tristezas, como a las del polvo de sus penas. Abrazó el rescate de ese ayer nuestro que cierto recuento, más bien con sesgo vindicativo, prohibiera o desestimara, que no fuera para motejarlo prescindible u objetable, como el que el que avisa de los incómodos protagonistas de su pretérito más próximo o el más lejano, Colonia y República, aquellos obedientes de la Corona, ambiguos, los más, en sus maneras de jurar por la causa Independentista, difíciles para concederles relieve alguno a la hora de darles nombramiento. De sus meticulosas averiguaciones sobre esa otra historia nuestra, la del cabildo, el cacao y el café, el despilfarro de sus riquezas enterradas y el menosprecio por el campo, Briceño Iragorry trajo con su rocín quijotesco a don Alonso Andrea de

Ledesma, súbdito del rey y del orgullo lárico, lejano y modesto héroe de nuestra dignidad nacional y con pareja justicia exhumó la presencia de cierto personaje sibilino, el marqués de Casa León, rara figura de nuestra colonial y de los albores y crepúsculos de nuestra emancipación (sobremanera de la era paecista). Ducho en mover sus dones de intrigante y acomodaticio fue Casa León, servidor de uno a otro bando, inteligentísimo, de erudita cultura, empresario de gordo peculio, del lado de Monteverde del Libertador, largo en la astucia como en el préstamo de su fidelidad y de sus dineros a sus amigos, Mirada, el propio Bolívar, durante los momentos de nuestra guerra emancipadora. ¿Cómo silenciarlo entonces? ¿Por qué relegarlo al silencio al detenernos contar, sin tachaduras del nombre y confidencia, nuestro ayer, con sus miserias o sus lastimaduras? ¿Por qué no decir verdad al recabar el recuento de nuestro devenir nacional? Casa León, más que el personaje que decimos, es –lo subraya Mario Briceño Iragorry– el mito viviente del oligarca, no solo el del documento y el escudo nobiliario, sino el comerciante, el banquero, el terrateniente, el caudillo de cachucha y paletó levita. Él es –prosigue– el molde de "nuestra detestable oligarquía, condenada como consecuencia de su entreguismo, su lisonja y servilismo al capital extranjero". Sin dinero, enjuiciado, enfermo, envejecido, el inefable marqués tuvo en el Libertador a uno de sus fieles amigos. En una de sus cartas, Bolívar testifica su sentimiento hacia él: "Yo me acuerdo mucho de la noche –le escribe a su hermana María Antonia– que me escondió en su casa en los tiempos de Monteverde. (...) Ofrécele todo lo que yo pueda hacer por él". No en balde el autor de su historia insistía, mientras cumplía su fidelidad a Venezuela, en que "de nuestro ayer viene de la lección fructífera de la hora presente". Con igual fervor concluyó la historia de José Francisco Heredia, la de el regente Heredia o la piedad heroica, al que estimó "la figura más amable de cuantas cruzan los caminos de la historia política de Venezuela. Apenas, a boca de la conquista, le hace par la blanca

presencia de Fray Bartolomé de Las Casas". Elevado funcionario dominicano de la Audiencia de Caracas, el regente Heredia sirvió a la causa española, pero con unanimidad emitió su juicio a la hora de impartir justicia aborreciendo por igual la ensangrentada guerra a muerte de los realistas y la del decreto de Simón Bolívar. Imparcial, clamó en sus sentencias por la por paz de Venezuela llegando a sufrir lo indecible por no poder interceder en el martirologio del generalísimo y precursor de nuestra independencia. Acaso la obra más controversial de Briceño Iragorry, pero de invalorable actualidad, sea *Misión sin destino*, el legado de su ahínco al recuento político, social y cultural, la defensa y elegía de nuestra tradición y nuestra nacionalidad de pueblo en busca de su conciencia. En sus páginas, ofrece una visión de futuro de Venezuela (la obra fue escrita en los años 50), enraizada en su pretérito y así se pregunta, desde Casa León y el regente Heredia, ¿por qué negar los valores de nuestra colonia, por ejemplo, las virtudes de los vencidos (y evoca a Martí); o los hechos positivos de nuestro ayer político, el pago de nuestra deuda externa, la creación de la sanidad pública? Nuestra valoración histórica, insiste hartas veces, se aprende con el conocimiento integral de su pasado, con sus esplendores y sus tinieblas. "La vocación igualitaria del criollo creció en razón del nivel doloroso y fraternal creado por la guerra muerte, la cual, junto con la devastadora guerra federal, forjó la democracia que caracteriza a nuestro país", anotó con fruición. Tal vez uno de los momentos de su reflexión con mayor visión de actualidad sobre su Venezuela interrumpida y con crisis de pueblo y de cultura política, social y cultural sea su acusación a la libertad de expresión, "que ha confundido la libertad de pensamiento con la libertad de la injuria y la procacidad". Demócrata, creyente en el voto electoral ("a pesar de sus irregularidades"), bolivariano, observa desde su sentimiento y su raciocinio, siempre visionarios, a esa Venezuela de los años cincuenta (y ahora la de sus renegados), "atada a un nuevo coloniaje donde Amyas Preston

(el pirata que asolara Caracas y abatiera a su solitario y desvalido caballero defensor) y con "mayores derechos que Alonso Andrea de Ledesma". Amoroso de su país, al que se aferrara como en el poema de Arráiz, quiso estar en él, junto en él, en sí mismo y en su propia sustancia, así en su vida íntima como en su vida pública. Su obra, difundida por la Biblioteca Ayacucho, es hoy un inagotable mensaje con destino.

15 de septiembre de 2022

¿DÓNDE ESTÁ JESÚS SEMPRUM?

Casi toda una vida tardó el recuerdo de su obra para mirarse en las bibliotecas y en los libros que nunca publicó. Nació y se eternizó en tierra zuliana y mientras duró entre nosotros no cejó en su fervor por la crítica y por la narrativa. En ambos oficios probó dones de aguda perspicacia y de invencionero de ficción narrativa, mas se negó a ceder la profusa manera de su ingenio a las casas editoras. ¿Por qué? Nunca lo sabremos. Acaso él mismo adujo desinterés por reunir tanta creación analítica, anecdótica y dialogada en la apariencia física del libro. Prefirió su frecuentación en los periódicos y revistas de entonces. Eran los años veinte y finales del treinta, con Darío fuerte y la bulla modernista hasta en la manera de comportarse en el estilo y en los gustos de la cosa escrita y el decir mismo. La vanguardia le siguió muy de cerca así como la nombradía de los escritores cuyas creaciones observara con sumo cuidado, así en la loa como en el disenso. Supo, como pocos, cotejar la excelencia y las torpezas de los géneros, privilegió en el curso de sus análisis críticos la fina y peligrosa ironía sin menoscabo de que fuese el autor cercano o de otros ámbitos, ora actuales, ora pretéritos. En sus lecturas abundaron el clásico y lo novedoso. Como su tiempo fue el del modernismo y el positivismo que hemos dicho lo abordó con suspicacia, como quiera que sus excelencias de crítico avivaban la evaluación, el análisis donde cabía la amplitud en la comparación, la semejanza y la incertidumbre. ¡Extraño Semprum! Sus coetáneos supieron exaltarlo, le ofrecieron su festejo y leyeron cuanto leía y sometía a su perspicacia y a sus inventos. En él convivían así el analista y el imaginero, el de la prosa encantada por el son de la estética, por-

que era artífice de la escritura pulcra, avara de retórica y de sobreabundancia. Fue pues exacto. Iba al grano, diría el vulgo de los contertulios y en los mentideros de café y licor. Pero no solo fue lector del otro, ni su averiguador, tampoco nada más al narrador y al novelista, porque además compartía esa pasión con la práctica médica y arriesgó parcialidades ideológicas en esos días de gobiernos oscuros y perseguidores de la controversia y la objeción. Admiró las rebeliones y las revoluciones, se enfrentó a las inclemencias del silencio que gobernaba con Castro y Gómez. Se fue de aquí no para huir, sino para mirar de cerca la ignominia y la cacería humana y espiritual de la barbarie, pero volvió a ser Semprum en las páginas de la lectura pública. En ellas no escatimaría ni el juicio teatral, ni la crónica ciudadana y miscelánea. De aquel joven de las agrupaciones literarias, como las de Ariel marabino maduró pronto el adulto de la pluma de justiciera y fantaseadora en las rubricas de *El cojo ilustrado* y la confrontación de su ideario intelectual en aquellos *Diálogos del día* donde sirvió de contertulio a alguien invisible para tratar de lo humano y lo divino de la escritura y sus aledaños. Por su mirada crítica pasaron los nombres de las generaciones del 18, las agrupaciones que siguieron y también los solitarios. Aun es imperecedera su visión del primer Gallegos. Cierta vez, Rómulo Betancourt (el otro, el del exilio y *el buscón* del socialismo pronto traicionado) cometió con creces la escritura literaria para celebrar la prosa y el fervor izquierdista de Semprum y su aversión al capitalismo. Hoy, aquel terco silencio suyo ha sido conjurado por la Colección Clásica de Biblioteca Ayacucho. He aquí al lector y al inventor de la literatura venezolana dueño al fin de esa casa de papel cuyo domicilio tanto desdeñara.

26 de septiembre de 2022

ALFREDO ARMAS ALFONZO
ÚLTIMAS NOTICIAS DE LA TERNURA

Alfredo Armas Alfonzo nació (no ha dejado de hacerlo) en Clarines, que riega el Unare perezoso, se alza una colina ardida y canta la coítora, pariente de la torcaza y el ser tiembla como su albufera delgadísima. Para saber de él bastaría con hojear los recuerdos que estuvo atesorando en lo alto de su casa, en el noreste caraqueño, las imágenes desvaídas y aun vivas, los objetos y cosas rescatados del desperdicio que tanto ama la memoria, los documentos de la escritura pública, un indio tamanaco con ropa y sonrisa de ángel, algún encachuchado de la guerra de los Monagas, el pocillo donde sació su sed Bolívar derrotado, y la mirada a punto de sollozar mientras oía a quienes le dijeron adiós en estampas y en voces que nunca pudo borrar la ingrimitud de estas soledades ardidas de oriente venezolano. No hubo ni un rato de descuido en su fervor por universalizar el lugar de su nacimiento y su existir con el uso del adjetivo y el adverbio sentimental, si cambiarle ni una coma al estilo de una escritura que haría de él un solitario de la literatura venezolana, porque inventó una *ars poetica* de la prosa, ora en la remembranza familiar y de vecindario, ora en la invención de la anécdota imaginaria casi imposible de detener en el calificativo del valor estético, porque en todo ello dase un encuentro, una inteligencia, mejor, de la verdad y la melancolía. Ha pasado el horario, el día siguiente y bien que ya no esté más el aquí, el cada vez, en la página del periódico, el libro, el folleto de su presencia con la que difundiera su estilo compungido, ese suspiro que agitara su prosa a la que diera acento, no, vale decir a la que trazara un idioma, el más oral posible, la apariencia de un pueblo que se le quedó en su pecho. Y tanto es así que

ha ocurrido su muerte, ya en muchos olvidos, sin que la ternura que nos cediera como una de las bellas artes, melle, lastime siquiera su perpetuidad. Es que jamás distrajo ese quehacer de esa unicidad de motivo y forma literaria suya que entendió como un desvelo del oficio memorioso, el cual colmó minuciosa y delicadamente con la descripción de un rostro, el modo de alisarse el bigote, el reojo del esquivo, el pliegue de la falda, la estirpe Alfonzo, el matorral, el canto o el pesar del pájaro, la yerba más pobre pero de flor ostentosa, en suma, esa escritura tan suya que es casi imposible que sufra el herraje de los géneros. Sí, porque él solo es Alfredo Armas Alfonzo, era y es y de tal suerte frecuenta lo que escribiera durante tanto tiempo, entre el recuerdo y sus reinvenciones para ceder al lector el goce de la mirada de un álbum familiar como el de *Angelaciones*, como *Clarines bien lejos* u *Otro cielo aun más cerca*, por mencionar solo un momento de su obstinada manera de crear belleza como idea fija del testimonio y la ficción. Releamos, por ejemplo, *Los cielos de la muerte* o *Cada espina* o *La tierra de Venezuela* y *Los cielos de sus santos* y acaso *Un arcano: la yerbas del venezolano*, para que entendamos la unidad, el tejido de imagen y escritura de su estética sin que nunca, pero nunca, la región y el habitante que los eterniza, ni frontera alguna, geográfica, histórica, o legendaria, desmerezcan el embrujo de la evocación y el invento narrativo donde ocurre la presencia de Venezuela. La Biblioteca Ayacucho ha recibido la obra de Alfredo Armas Alfonzo entre sus clásicos. Una cercanía a la que el artesano de Clarines presta su decir de espinar, su voz de coítora, de santos de alpargatas, moradores de su sangre y de su emoción, suerte de antología de lo real maravilloso, aquí en América como en el más allá.

08 de noviembre de 2022

SOR JUANA INÉS DE LA CRUZ
LIBERTAD DE MUJER EN PRISIÓN DE CONVENTO

El enclaustramiento, el entierro en vida de las mujeres en los conventos, prosperó durante la Edad Media mexicana del siglo XVI. La separación del Estado y la Iglesia, la Reforma y la Contrarreforma rindieron obediencia al provecho de esclavitud, al maltrato humano más vil y a la fe de la mujer como cosa, como utilidad hogareña y fertilizable. Con pereza carnal, indiferente al goce físico, ella acudía presta al convento donde aceptó someterse al abandono de su cuerpo –el objeto cochino– y a la entrega de por vida al amor de Cristo, oculta bajo el hábito monjil. Afuera merodeaba el miedo a la Santa Inquisición, al confesionario y a la policía de Cristo: el presbítero y la moral colectiva del vulgo y del Estado. No iba sola: se hacía acompañar de alguna esclava o una sirvienta porque así lo exigía su condición de acaudalada o con título nobiliario. Algunas leían y hasta escribían añoranzas, amaban –como aconsejaba Platón– a la sombra de un hombre de extramuros y de su lesa indiferencia, diría aquella monja portuguesa. En ese México que decimos vivió Juana Inés Asbaje Ramírez de Santillana, a quien pronto su determinación de enclaustrarse en un convento alteraría su nombre pagano por el de Sor Juana Inés de la Cruz, que así la conoce la poesía del siglo de oro, el barroco literario y su nombramiento –con la Safo griega– de décima musa o Sibila de estos lugares. La historia dice que su genio lírico comenzó bien temprano, lo mismo que su voluntad de esconderse en un claustro, pero ¿por qué decidió dejar sus servicios de doncella de honor de marquesa de alto coturno y eludió el requiebro de algún galán de probada petulancia y bolsillo generoso? Eso nunca lo sabremos, que no fuera el de

la conjetura de haber desdeñado el estorbo del boato, la holganza de salón y la rutina de la frivolidad por preferir la obediencia de la lectura y los achaques de la escritura y la poesía, donde lograría su eternidad. La fama fue su mejor compañera en la celda conventual y la epístola con la que entretuvo la amistad entre hombres de sotana, calzón de seda y fustanes de frufrú, mas no por ello distrajo su fe en Cristo y en la austera disciplina de adorarlo. Sin embargo, desdeñó no pocas prohibiciones que le imponían el desdén de toda riqueza y de la belleza –la de su rostro y la de su escritura–, que adujo eran dones de Apolo. Con todo, no en poca de sus obras, las del cántico espiritual, el auto sacramental y las demás formas de la métrica barroca del siglo de oro, abunda su confesión religiosa, sin desmedro de alguna poesía cortesana escrita por encargo de cierta dama de la nobleza mexicana, a la cual, durante alguna confidencia epistolar motejaba de haber sido hecha "por mi inmunda boca y en baja pluma". Tuvo un confidente de excepción: el obispo de Puebla, Fernando de Santa Cruz, quien se disfrazó de Sor Filotea, para mejor escuchar y responder a las intimidades de la monja en las que cielo y mundo y las dudas de la fe frecuentan esos diálogos escritos. *La respuesta a Sor Filotea* es, en sí misma, una obra sin par en muestras letras y las del barroco español., como lo es *El Sueño* y su autobiografía *Los empeños de una casa*, donde se oculta bajo el nombre de Leonor para facilitar, sin castigos de iglesia y de convento ni prohibiciones de la sociedad colonial, sus vínculos con Carlos, el amado. "¿No soy yo gente?" Observó cierta vez; "¿no es forma racional la que me anima?, insistió. Bella era, hermosa y no desautorizó nunca su apariencia, ora ofrecida al Señor, ora a la preciosidad poética en la que abunda el sainete, el romance, el auto sacramental, el soneto. Aceptó y amenazó el orden establecido para la mujer, señala Margo Glantz en su minucioso prefacio de la edición de los clásicos de Biblioteca Ayacucho. Durante los dos tomos de la edición de marras, la vastísima invención lírica y reflexiva de Sor Juana

Inés de la Cruz halla lugar su reclamo a favor de la libertad femenina, por lo que a la gran obra literaria que orna su nombre, acompañase la de defensora del feminismo. Bastaría con citar algunos versos suyos, extraídos de uno de sus poemas más notables, para medir el alcance de dicho reclamo y la poética y el pensamiento que fuera su celda de la libertad creadora: *Hombres necios que acusáis / a la mujer sin razón, / sin ver que sois la ocasión / de lo mismo que ocultáis...*

11 de noviembre de 2022

FLORA TRISTÁN
UNA MUJER CON NOMBRE DE JARDÍN Y LA ESPINA DE LA JUSTICIA EN EL CORAZÓN

Hija fue, por puro acaso, de un peruano linajudo con charreteras y de una francesa de la pequeña burguesía antinapoleónica y niña era cuando Bolívar frecuentara su casa, enlutado, viudo, lloroso. Tuvo un nombre desmesurado: Flora Celestina Teresa Enriqueta Tristán Moscoso, pero breve, considerable, el de su gloria cuando naciera en 1803 y muriera en 1844. Un día, el futuro Libertador se despidió así de su madre: "adiós, querida amiga; yo no tengo la fortuna de creer como usted en el más allá". Pronto sería mujer de un tal Chazal, marido miserable que la trató minuciosamente con tormento. Huyó de tal oprobio con los hijos y se marchó a Lima a tratar con fracaso de recuperar la herencia paterna que le negaran por ser hija bastarda. Entonces fue ella, fue Flora Tristán, no más se encendiera su pasión feminista viendo en los barrios el oprobio que sufrieran las mujeres de la baja Lima. Ya en el Paris de su mocedad, habitante de un suburbio hórrido y peligroso, donde sufriera el oficio de obrera, había sido testigo de la condición de animalancia a que eran reducidas sus congéneres en la Francia de los enciclopedistas y del guillotinista Fouquier. No tardaría en escribir su obra maestra, su ira contra la bestialización de la mujer, *Peregrinaciones de una paria*; también *La unión obrera* y otras escrituras en las que diera testimonio de la reducción a cosa, a *res nulius*, de la madre y la usada amante en su vida de perra del amor humano. Fue socialista hasta por instinto, es decir, soñadora de esa utopía de la redención social; y volvió a Perú, con sus hijos vivos y muertos. Uno de ellos la haría abuela de Paul Gauguin, el pintor de los mares calientes y de las diosas del follaje de las Islas Marquesa,

quien en su deambular terrestre fue una vez viandante de las calles limeñas. Flora estuvo allá en Arequipa donde sería quemada su obra en la plaza pública, sin que por ello desmayara ese peregrinar suyo de acusadora y clamante justiciera. El excremento del piojo terminaría con su apurada existencia, pero el tifus no logró cumplir con su promesa de echarla a la basura del polvo. Hoy, ella es un grito unánime de la mujer ofendida que difunde en la calle y el mundo su reclamo, el viejo y cotidiano reclamo de cobrarle a la humanidad su lugar primordial en los pueblos de la tierra.

14 de noviembre de 2022

ÁNGEL RAMA
UNA LECTURA PARA LEERNOS A NOSOTROS MISMOS

En 1974 Venezuela era ostentosa: el petróleo, la dádiva del estiércol del diablo, fue más que desafuero en nuestro provecho. El fisco nacional lo gozó hasta el hartazgo. Su recuerdo, hoy, es vergüenza de su despilfarro. La riqueza, como siempre, escondía el harapo de los otros. Nos pretendíamos consumidores del boato. Fuimos botarates en el regalo. El Estado, él, mentía. Ahí adentro, esto es, en el pueblo-nación, se notaría pronto la enorme, penosa contradicción. Seguíamos viviendo del préstamo y su deuda. Entonces no importaba porque importábamos hasta lo ilímite. Desde afuera se acercó a nosotros la inteligencia, la sensibilidad. Eran los escritores, los intelectuales que migraban huyendo de las dictaduras del sur. Casi todos de izquierda, ese apodo de una postura del pensamiento que afrentaba, de nuevo, al neoliberalismo financiero, ese otro eufemismo del capital del norte, el *supermarket* del capitalismo. La revolución cubana había avivado no pocas consciencias y agudizado la controversia de una utopía trágica: los justicieros de las montañas enterraron sus fusiles y se prestaron a pactar con el estatus saudita que nosotros éramos. La ética política fue otra y otra su confusión. Los años sesenta sobrevivieron como una nostalgia. Solo insistía y progresaba la revolución cubana como una ilusión sobre el martirio del Ché y nuestros muertos de las montañas. Fue costumbre ver a un antiguo jefe guerrillero presidir el Ministerio y la agenda del Despacho presidencial. Los irreductibles de ayer vivían de la añoranza de la rebeldía civil y aquella violencia de palabra y de imagen del Techo de la Ballena y de Tabla redonda, a más de la suspicacia en las definiciones de la duda y la

incertidumbre de la revista *Crítica Contemporánea* bajo la égida de estilete de Juan Nuño quien había venido de España para quedarse y explicar nuestro desorden reflexivo. Instituciones hubo, fundaciones, casi a diario, el simposium, el congreso, la bienal Rómulo Gallegos; el Teresa Carreño fue la casa de una fiesta innombrable y plena de conjeturas, porque logró conciliar la sensibilidad con la política, como el coronamiento en la sala de conciertos Ríos Reyna del presidente Carlos Andrés Pérez. Abundaban los suplementos literarios y los talleres de todos los géneros de la escritura. El Celarg acogió a los escritores criollos y foráneos a pensar la cultura nuestra y la de otros ámbitos. Un día de ese 1974 nació la Biblioteca Ayacucho, después del Fondo de Cultura Económica, después de Casa de las Américas cubana, la más vasta biblioteca de los clásicos de las letras nacionales y de Latinoamérica y el Caribe de que se tuviera noticia. ¿Quiénes la constituían? Del Uruguay, de la universidad y del periódico *Marcha*, se había acercado a nosotros Ángel Rama, esto es la crítica, la determinación de pensar las letras y sus invencioneros como una reafirmación de soberanía y una lectura otra que no fuera la de la revelación de sus errores y descuidos y su renovación luego con el beneficio del rigor crítico, sin el exceso inane, sin la sobreabundancia huera, ahincada más sobre la valoración pragmática de las vanguardias de ayer y del instante, ofrecidas al debate como saldo de una descuidada alienación reflexiva y estética. A Rama, le hacían compañía necesaria en la recién institución el poeta José Ramón Medina y un grupo de escritores e intelectuales de valía, así de los nuestros como de los de casa como de los países aledaños. Pronto, la Biblioteca Ayacucho nutrió los anaqueles de las universidades, los centros de varias enseñanzas, las librerías, las transnacionales de la lectura y su retórica. Nunca antes convivieron los escritores olvidados con los del nuevo nombramiento, desatendiendo prohibir las diferencias del credo banderizo y de la feligresía del disenso estético e ideológico. Rama no se limitó a cuidar el

canon de la Biblioteca; no solo fue su veedor, su celoso justiciero en la elección de los autores de la serie clásica y de los prologuistas de renombre: frecuentó las aulas académicas, fue suya la firma más reclamada por los suplementos y revistas culturales de esos tiempos, su presencia en los debates y polémicas: revisó la obra de nuestros escritores de todo tiempo y halló en ellos nueva, desusada lectura analítica, como la narrativa y el ensayo de Blanco Fombona, el simbolismo nocturno de Ramos Sucre o la novelística y la cuentística de Salvador Garmendia, pero asimismo la evaluación de las vanguardias literarias y artísticas de la década del sesenta. Memorable fueron los prólogos que suscribió para no pocos títulos de la Biblioteca Ayacucho, como aquel con que se preguntaba sobre la perpetuidad de Rubén Darío: "¿Por qué aun está vivo? ¿Por qué, abolida su estética, arrumbado su léxico precioso, superados sus temas y aun desdeñada su poética, sigue cantando empecinadamente con su voz tan plena?". Abrazó así Rama el destino de nuestra identidad cultural nacional y más allá. Tuvo como aliada a Marta Traba, la irreductible crítica de la plástica nacional y latinoamericana, el estilo de la erudición analítica, el calificativo de la loa y de la desacralización. Afuera, en Maryland, reclamaron al escritor y catedrático su presencia en las aulas, pero el Departamento de Estado lo acusó de comunista y le mezquinó la renovación de la visa. Viajó a Paris y determinó fijar allí su casa. Cierta vez lo invitaron con su esposa a un encuentro cultural en Bogotá (entonces era Presidente de la República Belisario Betancourt, tan afín a la literatura y las artes) pero la muerte lo esperaba en el aterrizaje del avión en que viajaba. Hoy es otra su presencia: su sombra blanca transita el destino de la Biblioteca Ayacucho iluminándola y su obra crítica es reclamo de meditaciones literarias, tesis y discusiones acerca de nuestra averiguación sobre la vida escrituraria de nuestras letras latinoamericanas y del Caribe y sobre nuestra definición de región, tanto en el pensamiento como en el imaginario, a la hora de

medirnos con el eurocentrismo y el neocolonialismo que nos persigue desde Bello hasta Martí.

26 de noviembre de 2022

BARRO ERES Y EN SALARRUÉ TE CONVERTIRÁS

Nació en 1899 mientras Cipriano Castro y su gente de la neblina tachirense se hacían con Venezuela. Fue de El Salvador, de la América pequeña adonde fuera a buscar cantos, vidas y dolores humanos en el tupido verde del paisaje. En verdad se llamó Salvador Salazar Arrué, pero la historia de su eternidad le dice Salarrué. Escribió en criollo, en lengua vernácula, los asuntos propios de sus paisanos y de su propia invención. Fue entonces típico y ajeno, esto es, del lugar y del imaginario que en su caso adornó de embrujo narrativo, copiando e inventando la memoria de los indios de allá y de los mestizos, también de los obreros mientras que los malvados de charretera y sus cómplices de malechuría lo disminuían a porrazos, heridas y desangramiento. Como por querer con atrocidad humanizar el despojo de la vida y la expropiación de las sementeras. La tierra y sus moradores de pelo cerdoso sufrían los arrebatos de las tierras ancestrales de parte de los robadores de tanto monte y milpa como se cubren los lomos, hasta los techos entejados y los patios. Un día dijo lo mejor de su arte y con frecuente metáfora salvadoreña, *a la marimba rústica le duele el pecho y llora.* Poco importa que nos fatigue tanto localismo: la poética cunde en sus anécdotas con risueña y dolorosa lectura. Huele a fronda y a siembra, sabe a mujer hasta en su vestido y hay un regusto a sensualidad y la ternura de las palabras conviven en íntima alianza con la pesadumbre, la cuchillada y la bala. Llueve o da sed en la boca y en las siembras, según. El escritor Sergio Ramírez, anota en el prefacio de la edición de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho, que Salarrué solía reducir las confidencias de sus cuentos –sobre todo sus cuentos, sus admirables cuentos– a la pequeñez del *haiku* de Tablada, a pesar de la

abundancia de oprobios que lastima a esas personas emplumas y de tela áspera del *había una vez*, golpeados o desangrados por los encapuchados de las charreteras y su comitiva de desalmados de corbata y paltó. Sí; hay mucha llaga y mucha sangre derramada a vuelta de página, pero asimismo aroma, asimismo caramillo y arpa y baile y amoríos, narrados con el estilo del criollismo, cuya minuciosidad adorna la imagen bella, casi como si remedara la lírica tan dulce, pero además la queja de la elegía tan llorosa. El indio es bicho para los hombres del poder de la caserna, el recibo del señor terrófago y el despacho. Alguien llegó a decir: *nos gustaría que esta raza pestilente fuera exterminada.* Mas no todo es maltrato y degollina en la lectura de *Cuentos de barro* o *Trasmallo*, como hemos ya anotado, pues que las delicias del idioma curan con esmero estas tristezas: Salarrué ha mirado los niños de su amoratada y enterrada patria y los entretiene contándoles sus *Cuentos de cipotes*, escritos como se habla en la calle y en los campos, sin atender a la ortografía porque están concluidos con la voz o sus remedos, como aquel de la lucecita misteriosa o copiados casi del *Polpol Vuh*. Para los adultos reservó *O'Yarkandal* y *Remontando el Ullán*, los cuales son –se diría– pura poesía en prosa, a pesar de la contaminación retórica en que se empeñara en padecer su autor, con desmedro de su mejor arte de ficción. Leamos, si no, lo que narra en un momento de *Trasmallo*: *Don Federico tocaba el violín; un violín humilde, remendado y con bienteveo; un violín triste de iglesia; de esos violines pobrecitos que nadie entiende*. Cuando sintió que se iba a morir pensó en el mar, en irse hasta allá y meterse bien adentro. De nada le sirvió; sigue vivo cada vez que abrimos sus libros de cuentos y más si lo hacen los mocosos, sus paisanos de ojos grandes, quienes, como nosotros, no queremos que cometa ningún punto final.

27 de noviembre de 2022

JOSÉ MARÍA ARGUEDAS
LA TIERRA SE NIEGA A SEPULTAR A SU SEÑOR

No es en sí misma una novela, bien que ceda al lector la anécdota o asunto que la define como tal. Pero más que novela trata entonces de una autobiografía novelada y más que de una autobiografía novelada de una obra maestra. José María Arguedas, su autor, transcribió el testimonio de Ernesto, su otro yo, o él mismo. Apenas enmascarado para conservar de esta suerte su fervor a su pasado de criollo peruano criado por los indios quechuas donde se criara en un reducto infame, al fondo de la hacienda de un amo terrateniente. Sus padres adoptivos fueron Pablo Maywa y Víctor Pusa, quienes compartieron con él su comida frugal, le enseñaron la lengua quechua y la cultura de los pueblos peruanos originarios. Por ello, hallamos en *Los ríos profundos* la lectura de una doble filiación –como ya se ha dicho en su análisis valorativo– esto es, la alianza de dos lenguas en cuyo entramado dase la prosa y la confidencia de la obra durante la vivencia y la ficción poética que la configura. ¿Cuál es su eternidad? No es solo literaria: su virtud estética es la evocación preciosa y ruda del deambular de Ernesto con su padre por los pueblos donde sobreviven los descendientes y súbditos de Guascar y Atahualpa, fieles a su lengua, a sus sentimientos y costumbres. Arguedas no cejó en advertir que su educación era obediencia del idioma quechua y del español y que sus dones de escritor débanse a esa afluencia de esos idiomas en su largo camino por la narrativa por su vida misma, la del niño que había sido, hablante del quechua y del español, y la del escolar, introvertido, melancólico, sin patria propia. No es posible silenciar el breve y casi apurado prólogo que Vargas Llosa concediera a *Los ríos profundos* en

la Colección Clásica de la Biblioteca Ayacucho cuando anota que "al comenzar la novela, a la sombra de esas piedras cuzqueñas en las que, al igual que en Ernesto (y en José María Arguedas), ásperamente se tocan lo indio y lo español, la suerte del niño está sellada". Es cierto, nomás el personaje de marras emprende su travesía al diestro de su padre todo un embrujo nos visita: el de la belleza idiomática y anecdótica, fascinante y cruda, entre los blancos de la población de Abancay y la indígena. De pronto oímos la música de la calandria y la estridencia del grillo que liba la miel silvestre, pero asimismo conocemos el trato ominoso con que el latifundista lastima a los indígenas, a los cholos, acrecentado con asoladora presencia de los soldados que diezman a las indias chicheras. Mientras Arguedas da testimonio –travestido en la figura de Ernesto– del martirio que sufre el pueblo quechua víctima de sus amos, distraese de ese calvario describiendo el paisaje que acompaña a su errancia con minucia y preciosidad estilística, deteniéndose en glosar las voces remotas, remotísimas, de sus hermanos de lengua y cultura; y tanto es el goce que el lector vive página tras página que aguarda ansioso el momento en que la narración regala en prosa poética y en canción ritual el afuera de los caminos y el adentro de los solitarios quienes como él refieren con los ojos el follaje, el perfume, el silbo y el gesto de la floresta y su animalancia. Una lírica pues sucede en *Los ríos profundos*. Es verdad que después de las primeras páginas la trama de la novela deriva hacia el tratamiento inhumano que sufre el pueblo quechua a causa del maltrato con que lo castiga el latifundista, pero no tarda el escritor en calmar esa pena entonando églogas ancestrales y transcribiendo versos ceremoniales o cotidianos, copiados de esa lengua original que aprendiera y hablara de boca de sus padres adoptivos en aquellas ergástulas donde transcurrió su inocencia. Libro único este, alta invención del género, frecuentada por el gozo visual y sentido y por la tristeza y el dolor, entre el vivir de un pueblo otrora creador de la vida y de sus esplendores y reducido a la

indigencia y lo infrahumano por los amos del Perú y del destino. Alguna vez José María Arguedas tradujo el canto luctuoso de los quechuas ante el martirio y la muerte de Atahualpa. Hoy, y sin que él lograra presentirlo, aquel llanto de la tierra que se negara a sepultar a su Señor gime ahora por este peruano que se nutriera del pasado y sobrevivencia de una nación inextinguible como los muros de Sacsayhuaman, allá en el Cuzco, la casa de sus dioses.

28 de noviembre de 2022

ANDRÉS BELLO, EL LIBERTADOR

De Mercedes a Luneta, una de las calles altas de Caracas, a la sombra de un convento mercedario, un joven pálido, de ojos azules, los labios nunca abiertos a la francachela y el cuerpo sedentario de los meditabundos, agota hasta muy tarde el destello del candelabro, asiduo confidente de lecturas y de poesía con acento y fablar horaciano y virgiliano. Había nacido de padre organista, autor casi anónimo de una misa, regente de una distribuidora de cacao en Cumaná, y de una madre como las de la Caracas de cuarenta y cuatro mil habitantes, el recato y las prohibiciones impuestas a toda mujer de virtudes y rezos, de oficio doméstico, hija de un pintor de santos y escasas alcobas de mucho nombramiento: Juan Pedro López. El chico, desdeña elevar los pájaros de papel de las cometas, el chapoteo en las aguas del Anauco vecino, la juerga adolescente en las inmediaciones del Ávila. Acaso entre sus escasas salidas más allá del portón fueran las lecciones de latín y de la literatura, allí, al otro lado de la acera, donde lo esperaba su maestro, el padre Quesada. Prolongaría sus morosos pasos hasta la huerta de la madre en Los Mariches y la frustrada caminata con Humboldt a la Silla de Caracas, de la que lo obligara a desertar su frágil constitución; también su travesía por mar a Cumaná, al encuentro de su padre y del aroma del cacao en su urna de coral donde cuajaba la almendra de su futura *Silva a la agricultura de la zona tórrida*. El libro, la traducción y los propios esbozos poéticos, como su *Oda al Anauco*, constituirían su pasatiempo primordial; y no cualquiera: la lectura y versiones de los clásicos del siglo de oro y los autores latinos, a los que frecuentara en latín original, como Horacio, como Virgilio.

Cierta vez, sorprendería a su profesor y a los alumnos cuando tradujera, casi de memoria, versos del poeta de *La Eneida* y los contertulios en las tertulias de los Uztáriz. Pero como quiera que el tiempo apura en esta nota para detenernos en dar minucia de las confidencias biográficas, que son muchas y bastante en la bisoña vida del joven Andrés Bello, la Historia lo quiere pronto profesor, por poco tiempo, de un muchacho distraído y de temperamento febril, casi de su misma edad, como era el hijo de los Bolívar Palacios. Ya se verán ambos más tarde: Bello, redactor y vigía de *La Gaceta de Caracas* y Bolívar, teniente de Milicias de blancos aragüeños. Es 1810. Un navío boga hacia Londres. Bolívar y Bello y un tercer pasajero, Luís López Méndez, llevan una grave y delicada encomienda. Ya la sabemos: solicitar ante el gobierno inglés el reconocimiento de un ansia: la Junta de los mantuanos de Caracas espera de las autoridades del reino británico respaldar la voluntad de los venezolanos de liberarse de la Corona española. Los enviados de Roscio tocan a la puerta de la casa del general Miranda. No hay venezolano que no conozca sus consecuencias, pero menos de la tardanza de Andrés Bello en Londres a la cabeza de la delegación durante diecinueve años sin regresar nunca a su país. Cultísimo, políglota, holgado conocedor del idioma inglés, son los títulos que lo privilegian como representante diplomático de una República aun por nacer. Pero no hay dinero para paliar su estadía. La pobreza lo visita. Ha de enfrentarla impartiendo clases particulares. Conoce el deterioro físico del escorbuto y la presencia de la muerte: la de su esposa y de muchos de sus hijos. Mientras Venezuela se bate en los campos de batalla Andrés Bello sobrevive a duras penas. Frecuenta tertulias de los políticos exiliados y letrados errabundos. Publica dos revistas-libros: *El Repertorio Americano* y *La Biblioteca Americana*. En esas páginas comenzará su eternidad: da a conocer no solo la identidad americana: también dos largos poemas, dos silvas de obediencia neoclásica: en una de ellas invita a poesía de la culta Europa a saber de Bolívar y de su guerra de

liberación continental; en la otra celebra la ubérrima zona tórrida americana, al fin libre, regada por los truenos y la sangre de los guerreros de Bolívar y Sucre. Sus nuevos héroes son ahora el maíz, el cacao, el añil, el banano, la papa, la piña. Aquel es un poema político-heroico: lo titula la *Alocución a la poesía*; este, trata de un poema geográfico: *La agricultura a la zona tórrida*. Los dos dirán la nostalgia de Bello por la patria que dejara tan largamente, su sentimiento por el ideario bolivariano y la añoranza de un paisaje que, como el ser que en él habita, ofrece el cultivo y los frutos a la recién rescatada soberanía. Entretanto, el austero y quieto caraqueño espera algún día su regreso entre el hambre y el luto. Antes de morir (un cuadro de Caracas luce en la pared de su habitación), escribirá al borde de las lágrimas sus suspiros por la ciudad y el dolor por su madre muerta. Bolívar preguntará por su antiguo profesor, coterráneo y compañero de aquella misión londinense: "Me indica usted –le escribe a Fernández Madrid en abril de 1829– la miserable situación pecuniaria de esa Legación (la de Londres), que obliga al amigo y digno Bello a salir de ella a fuerza de hambre. Yo no sé cómo es esto. Últimamente se le ha mandado tres mil pesos a Bello para que pase a Francia; y yo ruego a usted encarecidamente que no deje perder a ese ilustrado amigo en el país de la anarquía (Chile). Persuada usted a Bello que lo menos malo que tiene la América es Colombia, y que si quiere ser empleado en este país que lo diga y se le dará un buen destino. Yo conozco la superioridad de este caraqueño contemporáneo mío: fue mi maestro cuando teníamos la misma edad, y yo lo amaba con respeto. Su esquivez nos ha tenido separados en cierto modo y, por lo mismo, deseo reconciliarme: es decir, ganarlo para Colombia". La cita es de Alfonso Rumazo González en una página de su admirable biografía sobre Simón Rodríguez, editada por la Biblioteca Ayacucho. "¡El dinero y la carta de Bolívar llegaron a Londres cuando Bello había partido!", anota Rumazo González. He ahí el destino del empobrecido de bolsillo y

enriquecido de erudición y poesía rumbo a Chile. Allí es recibido al principio, no con mucho contentamiento, antes de serle indispensable a los chilenos en la formación de la República y convertirse en la figura más relevante en la educación, la cultura, las leyes y el debate banderizo. Chile será, así, desde su llegada en 1829, el solio de su cátedra, su largo y legendario rectorado, el articulado del Código Civil, la poesía, la filosofía del entendimiento, la historiografía, la lingüística, la égida y la rúbrica de *El araucano*, el principal periódico del país. Avisa nuestro musicólogo y creador Rafael Salazar que desde sus páginas Bello dio a conocer los romances y los rituales ancestrales de los soldados de Bolívar. Pero su obra de mayor relieve, junto con las *Silvas* y de tan marcado espíritu bolivariano, sería *La Gramática Castellana para uso de los Americanos*; en otras palabras el ordenamiento regional de nuestro de decir y escribir y nuestra particular manera de pensar y sentir el castellano de nuestra región, hasta ese momento autorizada por la gramática que Nebrija, su creador, redactara con espíritu colonialista para complacencia de su rey: Su Majestad, tres son las maneras de conquistar las nuevas tierras: la cruz, la espada y la palabra, habría dicho. La Biblioteca Ayacucho ha incorporado la *Obra Literaria* de Andrés Bello en la colección de los clásicos (tomo 50), con prefacio de Pedro Grases y cronología de Oscar Sambrano Urdaneta. Con razón, el memorable pensador dominicano Pedro Enriquez Ureña afirmó que Bolívar fue el libertador político de América y Andrés Bello su libertador intelectual. El mexicano del mundo Alfonzo Reyes legitima ese título con creces: "Para Bello pensar y escribir fue una forma del bien social y la belleza como una manera de educación para el pueblo".

28 de noviembre de 2022

JOSÉ DONOSO
NARRAR DESPUÉS DE CHILE

Chile, está convenido, es tierra de poetas. Los vástagos de su primer novelista, Manuel Rojas, el nombre más conspicuo de los narradores del delgado país (Jorge Edwards, Roberto Bolaños Isabel Allende, para nombrar los de mayor nombradía) no logran de ceder su gloria a los poetas que forman multitud en el género allá en el país con forma de lanza. ¿A qué nombrarlos? Chile es poesía. De sur a norte, la casa de nieve y desierto chilenos, su jardín frondoso yermo han sido cuna y eternidad de los creadores de la lírica más variadas. Se diría que todos son Huidobro, Neruda, Gabriela Mistral, Gonzalo Rojas. Pero un día nació José Donoso, chileno puro, de Santiago. Desde siempre leyó mucha literatura anglosajona. Su comportamiento en el oficio fue, por decir lo menos, el del recato. Pudo pertenecer a algún grupo o a vecinos de la ficción narrativa, pero se hizo solo, salvo alguna referencia generacional que lo junte con contadores de anécdota de prestigio. Entonces ocurrió el *boom* literario promovido por Carlos Barral, allá en Barcelona catalana, él mismo empresario, narrador, poeta, marino y millonario. Era la década del sesenta. Carmen Balcells y su persona armaron tienda en una empresa que a conocer y a redundar en los dones de la prosa novelada que abundaba en esos tiempos. José Donoso a lo sumo era nombre con lectores y reconocimiento de no muy largo público. Lo seguían sus lectores del sur y el entorno de más allá de la frontera. La poesía chilena lo conminó a sala de espera, pero más aun la convocatoria del envidiable *Premio Biblioteca Breve* que para esos días reconocía y colmaba los anaqueles de las librerías con las excelencias de Gabriel García Márquez, Vargas Llosa y Carlos

Fuentes. José Donoso, tardaría en concluir no pocas obras narrativas, sobremanera *El lugar sin límites* y *El jardín de al lado*; y comenzó a agotar las páginas de abultados diarios de profusa pero agraciada y erudita elocuencia. Como todo sureño de las letras abandonó su estrecho país. Eligió el patio de más cercano: nada menos que Argentina, donde escribir y ser nombrado solo proponían una condición: escribir bien (el canon era Borges y Bioy Casares y ser ungido por Victoria Ocampos) hasta contarse entre los predestinados a la gloria por la revista *Sur* en los predios de Palermo Chico, el barrio de los pretensiosos del dinero y de los mentideros de su floresta y sus balcones donde ocurría La Meca del endiosamiento escritural, diría Ángel Rama, uruguayo de la revista *Marcha* y a punto de enderezar su destino hacia Venezuela para fundar la Biblioteca Ayacucho junto al poeta José Ramón Medina, la institución editorial cuyos fines habría de ser el de difundir los nombres y las obras del pensamiento y el imaginario del pasado, el presente y el porvenir de las letras latinoamericanas. Tal vez el aislado José Donoso cometió un error: irse a llenar cuartillas a Buenos Aires con las que refería sus encuentros con los escritores porteños. Barral y compañía fueron cuidadosos en no silenciar aquellos nombres que día a día colmaban la imprenta *Seix Barral* y los nombres de la llamada narrativa del *boom* literario. Oyeron hablar de José Donoso y lo invitaron integrar su pléyade, pero carecía de la obra que justificara esa oportunidad. El escritor chileno había hecho maletas por esos días para marcharse a España. Lo asediaba un insomnio: la conclusión de una novela que lo hacía sufrir y agudizar su ceño. La había bautizado con un título asaz provocativo: *El obsceno pájaro de la noche*. El propio Donoso se sentía exasperado por no poder concluirla. Llegó a decir de ella que no la soportaba. Tenía razón. Cuando pudo concluirla acaso supo que se trataba de una obra maestra donde la historia de sus personajes principales comenzaba del otro lado del río Mapocho, en los predios de La Chimba y otras muje-

res. Humberto Peñaloza y *el Mudito* ocuparán un sitio de prestigio en la narración. ¿Narración? Llamarla así no satisfaría al desocupado lector: trata de un caos, de un descenso a los avernos del ser, de un magnífico *imbroglio* de asuntos del inconsciente, la memoria alucinada y su desarreglo, trata de un subsuelo dantesco. Con tal hazaña, José Donoso obtuvo permiso de Barral para codearse con sus elegidos: El Gabo, Vargas Llosa, Cortázar. Harold Bloom, desde su cátedra de Yale y su sitial de crítico consagratorio enalteció al *El obsceno pájaro de la noche* como una novela sublime. La fama abundó en la vida literaria del escritor chileno, mas la suerte fue mezquina con el certificado de eternidad que prometía el ansiado Premio Biblioteca Breve Seix Barral. Motivos financieros sino esotéricos se lo mezquinaron. Pero el nombre de José Donoso y su pájaro cavernario le darían a Chile y a las letras latinoamericanas la perpetuidad que la literatura le reserva a los grandes creadores de la novelística de cualquier tiempo.

06 de diciembre de 2022

JOSÉ RAFAEL POCATERRA
EL INFIERNO DE CADA DÍA

Hay una plaza en Caracas cuyo desaliño, cuya poca gracia y su mutismo histórico es una contradicción del espacio que ocupara su demolición: la ergástula donde se elevaran las garitas y el cuerpo gris de aquel domicilio de las torturas y morada de la bestialización humana donde el dictador por antonomasia que fuera Juan Vicente Gómez determinara acallar a su adversarios, la mayoría escritores, gente de ideas y pensamientos humanistas y cuanto más figuras de todo oficio, mas de una misma y fraternal naturaleza: su destino de inquebrantables soñadores de la justicia y de sus libertades en aquella Venezuela ensombrecida por un régimen salvaje que amordazara a lo largo de 27 años la vida de su población. Esa plaza, sin historia invisible para los transeúntes de la otra Venezuela, interrumpida por nuevas dictaduras y regímenes de elección popular de la maña y la hegemonía banderiza, nada dice de lo que allí había acaecido. Nada o solo el murmullo casi borroso. ¿Qué se supo, qué se sabe hoy de lo que ocurría allí adentro, en ese redondel de celdas y grillos en los pies, la boca y el pensamiento sellado por el trapo de la amenaza y el dolor? Alguien, un valenciano escritor, periodista y narrador, José Rafael Pocaterra, dolido ya como fuera por el castrismo de Cipriano Castro, airado por naturaleza, libertario hasta por instinto, pergeñaría el recuerdo de su temporada en el infierno gomecista al interior de las paredes de La Rotunda. Día a día (o penumbra tras penumbra porque la luz del cielo no frecuentaba esa gehena) el prisionero que fuera Pocaterra fue narrando en su conciencia la biografía de aquellos condenados a la soledad, a la añagaza del silencio y el enlutamiento del espíritu. *Memorias de un venezolano de*

la decadencia, la tituló su autor, no sin un dejo de ironía. Apenas divulgadas sus páginas, luego de la extinción del dictador por muerte natural o porque así lo quiso una de sus tripas, su lectura significó más que la revelación del círculo infernal de la prisión y su grisalla: la historia de un país de caudillos de alpargatas y puñal en el cinto, el recuento de un sino perturbado una y hartas veces por el regreso al primitivismo, ora entenebrecido por la asonada de cuartel, ora mal acomodado por leyes listas a la burla y a la corrección de intereses de cachucha y corbata. La escritura de Pocaterra, su prosa con la minucia hórrida de lo que en ese infierno acaecía, desconoció los géneros literarios de entonces y de todo capricho escrito. No soportó la tilde del documento ni de su *reportaje al pie del patíbulo* como llamara Julius Fucik a su calvario de torturado por la gestapo checa. Acaso ello se deba a que las nuevas calificaciones genéricas de la prosa calificaron la obra como novela en cuyo contenido la realidad insoportable transcurre de tal guisa que es dable conciliarse con ella entendiéndola como una narración de la verdad convertida en esa monstruosidad que pintara Goya para demostrar que la verosimilitud engendra lo insólito. Tiempo después, García Márquez demostraría que era posible redactar una novela con lo vivido sin saltarle una copa a la fidelidad del reportaje. La ayuda del tiempo literario, el severo juez que dicta el olvido o la perpetuidad de la cosa escrita, ha sentenciado la calificación genérica de *Memorias de un venezolano de la decadencia*, señalándola como libro donde todo lo vivido alcanza la irrealidad de su padecimiento. Trata entonces, sentencia el juez de todo escrito humano, de una obra literaria. ¿Por qué se dice de esta obra que es una conjunción de géneros? Porque dentro de su atmósfera dantesca hace intromisión hasta la historia política –como ya se anotara– de la Venezuela de antes, durante y después del gomecismo y porque allí, en su lectura y fuera de ella, ocurre la burla a la libertad de opinión que padecieran los exiliados víctimas de Gómez y del gomecismo (entre

ellos Pocaterra) en Nueva York y otros lugares de Norteamérica y fuera de ella, sus espías ilustraban el grado de conveniencia del gobierno norteamericano que se beneficiaba de la riqueza petrolera que le ofreciera Gómez largamente. Al margen pues de ese ayer de oprobio que fuera el personaje central de las *Memorias*, el libro glosa con visión de mañana lo que ha sido desde entonces la injerencia de los gobiernos de los Estados Unidos de Norteamérica y de sus aliados en nuestro destino político, económico y social. En sus días de exiliado, Pocaterra logró divulgar la brutalidad y salvajismo gomecista, reunidas luego en la edición de las *Cartas hiperbóreas*. El tiempo en que fueron escritas no se ha borrado, ya lo sabemos: se llaman más de setecientos bloqueos económicos, la falsedad del periódico, la palabra, la borradura de nuestra verdad histórica, la ofensa a la constitucionalidad de un gobierno popular. Hoy, releer a las *Memorias de un venezolano de la decadencia* invita a transitar un pasado que nos asedia con anularlo, concordia que el venezolano frecuenta ignorando los quejidos que sepulta el olvido bajo su cemento y su flora anónima.

17 de diciembre de 2022

GONZALO ROJAS Y LA INVENCIÓN DEL DESEO

Llovía sobre Lebu, el río-pueblo de allá adentro, en Chile. El muchacho corrió a recibir al padre, empleado del carbón y del grisú. Lo recibió con un sorbo de vino y sintió en la mejilla las espinas de la barba del "minero inmortal" que fuera y es para siempre Juan Antonio Rojas, a caballo, atravesando un río, "embarrado, enrabiado contra la desventura". *Carbón*, llamó lo que dijo el otrora joven poeta que en 1938 andaba de juerga surrealista con los de Mandragora. Sería Juan Sánchez Peláez, el venezolano nominado al grupo de revoltosos del sueño, sin atajos de razón y premeditaciones durante su domicilio en Valparaíso, quien leyera esa página que conmoviera a los contertulios en el jardín de la casa Ramirtenar, mientras la quebrada de Altamira arriba pasaba con sigilo. El rastro de Neruda telúrico, social, hollaba los adverbios y el olor a hombre en ese poema. Pero sería mucho más después cuando su obra (en ese entonces escasa de dos libros, *La miseria del hombre* y *Contra la muerte*) fuera perseguida por los incipientes liridas ganosos de obedecer a la vanidad creativa, dieron a registrar, sin ventura, en las librerías caraqueñas en procura de la lectura de aquel nombre breve y común como el romero o como el benjuí. El propio Gonzalo Rojas ignoraba que su nombre andaba con el recuerdo de aquella lectura nocturna en los labios de su aliado durante la revuelta bretoniana. Muy pronto iba a sernos familiar su pequeña estatura, el casimir de su gorra y sus dones de docto en el cubículo del Centro de Estudios Latinoamericanos Rómulo Gallegos, el Celarg. Entonces no supimos si fue el azar y la necesidad los que nos habituaran a su presencia profesoral, de la que el propio poeta se librara

cuando cediera al sello de Monte Ávila su antología *Oscuro*, donde diera cuenta de una minuciosa selección de sus solitarios libros conocidos y los confundiera entre sí, pero sofísticamente, en juego dialéctico de fechas y soterrados manuscritos los cuales, en adelante y en adelante resultarían indetenibles de verbosidad e inventiva temática su largo nombramiento y fuera celebrada en cualquier ámbito de las letras latinoamericanas y aun más lejos, ese lenguaje suyo, irrepetible y objeto de incansable recurrencia: la sensualidad, el deseo y la de gustación amorosa y carnal, vivido e imaginado en enjundioso castellano de Quevedo y de entresueño y lectura, a mitad de lo humano y lo mítico, vale decir, entre confesiones de viandante, aula de clase y oficina diplomática, con Ovidio y Horacio, con Leopardi y Ungaretti, con Verlaine ambigüo y Rimbaud precipitado; y tantas menciones de lo antiguo y lo moderno, con Pound y los *tanka,* dejando escapar la gracia de cierta ironía, llamando a los cómplices de su yo, poetas de su patria y el sacrificio, como Galo Gómez, " exprisionero, chilote puro", y muy Chile de Huidobro y Gabriela Mistral y más de Berlín de Goethe y Hölderlin o Pekín de mandarín y de Confucio. Del lecho del fornicio y del luto o la égloga de su nostalgia el poeta Gonzalo Rojas se alejó consigo mismo, con él y con el otro, innúmero, el prójimo, a todo lo extenso de una poesía enfática, elocuente, discursiva, casi nunca breve, coronada con vario merecimiento, tales el Premio Nacional de Literatura y el universal del Cervantes. Chileno y por tanto errante, hizo de su paso por Caracas su amor por la poesía de Vicente Gerbasi, la inteligencia de Juan Liscano y de nuevo la hermandad de Sánchez Peláez. En una de las calles caraqueñas vio morir una mariposa. Cómo olvidar la vez que leyera, no sé dónde, si en su casa con Hilda, su amada y amante, si al lado del buen vino de su tierra, el *Requiem de la mariposa*, que comienza y no termina nunca en nuestra memoria: *Sucio fue el día de la mariposa muerta.* No lo distrajo su verbosidad, tantas veces donjuanesca, ni el goce innúmero del animal

precioso de la hembra, para saltar del seno y el *bouquet* del pubis al hombre de sangre y dolor de sus héroes, los de nombre y apellido como el Che Guevara (*Así que aquí termina / la quebrada del Yuro, así que la Quebrada / del mundo, y va a estallar. Así que va a estallar / la grande, y me balearon en octubre. / Así que daban cinco mil dólares por esto, o eran cincuenta mil, / sangre mía, por esto que fuimos y que somos...*) o como todos y cada quien en el oprobio cuando dijo: *Entonces nos colgaron de los pies, nos sacaron / la sangre por los ojos, / con un cuchillo / nos fueron marcando en el lomo, yo soy el número / 25.033, / nos pidieron / dulcemente, / casi al oído, / que gritáramos / viva no sé quién. / Lo demás / son estas piedras que nos tapan, el viento.* En ese ayer ominoso del poema aun no nos habían matado a Allende. Por eso, y por mucho más, la poesía de Gonzalo Rojas vive en la Biblioteca Ayacucho entre sus clásicos inmortales. Sí poeta, usted lo ha dicho y lo repite desde lo más largo de su obra; y la eternidad nos lo susurra en el corazón: *Voy corriendo en el viento de mi niñez en ese Lebu tormentoso, y oigo, tan claro, la palabra "relámpago". "Relámpago, relámpago". Y voy volando con ella, y hasta me enciendo en ella todavía.*

19 de diciembre de 2022

LA PUREZA DE LLAMARSE VICENTE GERBASI

Fue un niño hasta para morir; y vivió hasta el final de su inocencia, un 28 de diciembre, como ahora, como hace poco. Fue Canoabo, el villorrio donde naciera, de hojas sudorosas con relente a café y suena el ave quinquina y el trueno es un leopardo entre las nubes. La vez que el pueblo determinó loarlo, habló con un poema suyo: *te amo infancia, te amo,* desde el púlpito de la iglesia, próximo a una figura de Jesús, obsequio de su padre al pueblo, desde que viniera de Vibonati, la Italia del mar Tirreno y de las ovejas blancas como la nieve remota. Afuera, la voz del poeta se cernía sobre los campesinos y los arrieros que ese día ofrecían en la plaza los frutos de sus labrantíos y pastoreos. Las recuas, ya liberadas del achaque de las cargas, se adormilaban bajo los yagrumos y los caobos más añosos. *Te amo infancia, te amo,* se escuchaba sobre la gente y los animales entre los ventorrillos color de auyama, de banano, chirimoya y legumbres, como un eco andariego por las montañas de Montalbán y la nemorosa Urama que vivía sus últimos tiempos de floresta bajo las garras del tractor y los asoladores del verde. Juraría que en el transcurrir de esa celebración a la intemperie del clima y del afecto, Vicente Gerbasi transitaba, con su voz de arena fina y roce de penumbra, todo el libro de *Los espacios cálidos* y revivía, página a página, un nuevo despertar bajo *una luz de conejos.* Cerca transcurría el riachuelo y duraba perdida la tumba paterna. El traje blanco del poeta acentuaba su mirada paseándose entre los suyos. Siempre sorprendía su lejano andar pausado, como si aun transitara por algún país de sus errancias, Israel, Dinamarca, Jordania o Firenze, la Florencia de sus tiempos de escolar y de las lecturas del poeta cam-

pesino Giovanni Pascoli, la cabra con rostro semita de Umberto Saba y el castigo ominoso de Ugolino de Pisa royendo (infinitamente, dice Borges) la nuca de Ruggieri degli Ubaldini en unos de los últimos círculos de *La Divina Comedia.* De esos viajes a la memoria de la infancia, las aulas, las lecturas en el idioma de sus ancestros y su deambular por la tierra entera provendría su obra mayor, *Mi padre el inmigrante*, la elegía a Juan Bautista Gerbasi y al juntamiento de dos geografías arraigadas al fervor por un país y por una región, evocación y sentimiento de un indistinto destino, el del adiós a Vibonati y a los buenos días del arraigamiento a Canoabo. Canto terrestre, *locus amenus,* elocuencia de endecasílabos libres, blancos, dos mundos se juntaron en un lenguaje cuyo objeto en cada estrofa es el del despertar de la poesía. Desde entonces, vale decir, desde *Los espacios cálidos* y *Mi padre el inmigrante*, Vicente Gerbasi anduvo atento a la escucha de las voces de la fidelidad a lo más puro del vivir: allí donde se dan, indistintas, memoria y celebración por todo lo vivido y visible, casi inalterado por las imágenes, el recuento de lo precioso, así en la tristeza como en la dicha, con la tierra y el cosmos como una sola y misma geografía. Nunca distrajo su quehacer de tal conducta instintiva frente o lo real y lo invisible, entre el lenguaje y la motivación. Luminoso hasta para vivenciar lo sombrío, la claridad de su obra es un inmóvil mediodía, así en la tierra solar como en la noche de los astros. En él todo lo sentido es una reconciliación con la herida, toda pérdida un dolor festivo. ¿Cuántas veces, en su escritura, la poesía, su poesía, no fue confesión del primer asombro de la inocencia? Francisco Pérez Perdomo, el poeta de lo fantástico y lo nocturno, durante el prólogo que escribiera para la edición clásica de la Biblioteca Ayacucho, donde reúnase la obra poética de Vicente Gerbasi, precisa sus cualidades contemplativas, las cuales lo prestigian y dan relieve en la poesía venezolana de todos los tiempos y de todo ámbito: "Gerbasi –observa– concibe al poeta en ese estado de éxtasis frente a la belleza de la naturaleza. Y

como poeta panteísta, en su elevación casi mística, encuentra en los misterios de la naturaleza la presencia de Dios". Bastaría, para confirmar lo dicho, con leer *Diamante fúnebre*, la conmovedora elegía a la esposa, obra de un hondo contenido religioso, cristiano y crístico, desde que inicia su rezo luctuoso con la señal de la cruz hasta la lágrima perlísima. Vivió y así murió, siempre sorprendido, siempre inocente, la mirada en los astros y en tierra, como una sola y única región habitable: la del hombre, la del ángel.

27 de diciembre de 2022

JOAQUÍN GARCÍA MONGE
UNA VIDA ÍNTIMA EN LA INMENSIDAD

Costa Rica limita con los colibríes y con las mariposas y su geografía humana con un ser que se asemeja a la naturaleza misma del país donde naciera en 1881, modesto, apartado, esquivo a la ostentación y el aspaviento. Nadie, en su patria, se asemejó tanto a su conducta. Vivió entre libros, dispersados –dicen sus próximos de afecto y admiración– a la cañona, en el silencio monjil de su morada. ¿Qué hizo este raro de las letras, la ficción literaria y el pensamiento? No fue muy abundante este su quehacer narrativo. Sus libros no llegan a contar cinco dedos, pero lo que dicen es vasto, sobrepasa el tamaño de Costa Rica, alcanza la perpetuidad de su valer que no solo la cedió a la vida nacional sino la aventó a toda distancia donde las ideas humanísticas y más el énfasis con que fueron –y son– difundidas en el ámbito hispanoamericano nominan largo y bastante el destino de Costa Rica y del mundo. Si su obra literaria fue breve la de su palabra y su recado anímico pasman: las cedió a los suyos de innúmeras manera: en la disertación, la vivacidad de las ideas sociales y pedagógicas, en la propagación de los principios éticos y la postura justiciera, porque fue feligrés de los reclamos contra la ignominia que mordía a la clase menesterosa, afrentando a los gamonales, a la Iglesia y demás amos de la vida material y moral que lastimaban al campesino y al obrero. Abrazó la causa de la enseñanza escolar donde avizoró la redención total de la clase popular así burlada y herida. Su ideario fue el del anticolonialista. Logró sorprender la malechuría del imperialismo, militó en la obediencia del socialismo sin prestarla a ningún color banderizo, atento más bien al fervor martiano y bolivariano de la

defensa y práctica de las soberanías americanas. Pronto, desde su mocedad, buscó la alianza de las figuras resaltantes del pensamiento continental y más allá al inventar una revista de revistas, *El Repertorio Americano*, en cuyas páginas cedió hartas veces su desvelo por la vanguardia del humanismo que presidían –junto con él– Blanco Fombona, Rubén Darío, Henríquez Ureña, Alfonso Reyes, Hostos, Neruda, Miguel Ángel Asturias y allende, Unamuno, Lorca, Alberti, Waldo Frank, Romain Rolland, Henri Barbusse; y frecuentó el anarquismo de Kropotkin. Participó en congresos sobre la paz, en los encuentros con los artistas y escritores revolucionarios y las federaciones de ideas hispanoamericanas. En su prestigiosa revista defendió la República española, el pacifismo de Gandhi, la causa palestina, la independencia de Puerto Rico. En resumen, fue un antifascista y no cedió una sílaba de su dignidad a la oligarquía. Sus dioses fueron Bolívar y Martí. Este hombre "de extraña humildad y sencillez, de hábitos monacales", como señala Álvaro Quesada Soto en la trastienda de la edición de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho, prologado por Flora Ovares, no se libró del desprecio de cierta canalla costarricense: sufrió la dictadura de los hermanos Tinoco, asesinos de periodistas y padeció el extrañamiento de su tierra. Más tarde, en tiempos menos oscuros, los del Congreso corrieron a buscarlo para ofrecerle un curul y él dijo que no. "Yo no hice lo que hice para que me premien". Tampoco quiso que lo mencionaran para el Premio Stalin de la Paz. Escribió algunas novelas breves y un mazo de cuentos, en los que le rindió pleitesía a Zola, a Gorki, se confeso seguidor de la novela social. Una de sus novelas *El Moto*, propició el inicio de la narrativa costarricense. Un día se fue a morir. "Siento que me consumo". Siguió leyendo tras las paredes de su arcadia y fue 1958 cuando lo detuvo la vida para otorgarle la orden de la perennidad.

20 de enero de 2023

CUANDO MÉXICO SE LLAMABA JUSTO SIERRA

Hay un México llamado Quetzacoatl, su fundador y Montezuma y muchos otros después, Villa, Zapata, Alfonso Reyes, Rulfo, Paz, también Fuentes, el de Artemio Cruz y muchos más, hasta el charro y el huapango, pero hubo otro, hay otro, a quien Alfonso Reyes cede el lugar –lo dijo en la puerta de atrás de la edición de uno de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho– de uno de los creadores de la tradición hispanoamericana con Bello, Sarmiento, Montalvo, Hostos, Martí, Rodó: es Justo Sierra, Justo Sierra de Campeche, de cuando los indígenas se alzaron en Yucatán y su padre, el oligarca Justo Sierra O'Reilly fue a rogarle a los norteamericanos que los ayudara a someter a esos revoltosos. No lo hicieron sino que se apropiaron de Texas, en 1846, Colorado, California, Arizona, Nuevo México por un puñado de dólares. Por entonces México no sabía quién era. Ni hasta dónde llegaba ni cómo se desmembraba. El oligarca Sierra O'Reilly, docto, acomodado, funcionario, tuvo un hijo: Justo Sierra, quien viviera desde 1848 hasta 1912. No peleó con Villa ni Zapata, fue el otro México, el del dictador Porfirio Díaz, a quien sirvió con largueza en el campo de la educación y las Bellas Artes y sin cuya presencia y acción humanística y educadora es imposible entender su país y su destino de ayer y hoy. ¿Qué hizo? Lo hizo todo: enseñó a México a escribir y a leer, a pensarse y a imaginar. Inventó escuelas, liceos, universidades, publicó una revista donde la inteligencia y la fantasía nacional y universal transitaban sus páginas, fue profesor, periodista, orador, ministro de Madero, embajador ante España precursor de la Revolución porque a la sombra de su zafarrancho antioligarca –él, que fue su

vástago– se crió y gracias a él México se explica a sí mismo con sus amos, sus indígenas y campesinos, la colonia, la intervención francesa, el fusilamiento de Maximiliano, el latifundismo en que terminó la Revolución y la larga intromisión del liberalismo en el que Justo Sierra tuvo prolongado nombramiento. Sin Porfirio Díaz, el civilizador personalista, la historia se pregunta qué hubiera sido de este civilizador que con tanta fruición e indesmayable vehemencia hizo al México entero, la de la incorporación de su pueblo indígena cazado por el hierro y la discriminación, el del campesino ensombrerado de la milpa y el corrío, zapatista los más, ensombrerado, cantor, eternizado por Diego Rivera en las paredes, legalista y opresor, de civil y charreteras burgués, millonario y empobrecido, feligrés de una Iglesia dueña de almas y de fanáticos, a ratos antimexicano, capaz de venderse al norte que le quedaba a unos pasos nomás. Sí, fue un caudillo, un caudillo cultural, Justo Sierra y nacionalista por supuesto. Dijo, lo redijo, en palabra y escritura, que había que cultivar a México como si fuera tierra. Cuando fue ministro de hacienda arriesgó su celo mexicano para enfrentar el peligro político al afirmar que "los ferrocarriles, las fábricas, los empréstitos y la futura inmigración y el actual comercio, todo nos liga y subordina en gran parte al extranjero en lugar de ampararnos a nosotros mismos". Creyó a pie juntillas en Augusto Comte. Convenció a Porfirio Díaz la urgencia de crear un sistema educativo positivista, laico, no rezandero y acólito del Estado, que privilegiara las ciencias, el pragmatismo en la enseñanza de un pueblo que apenas sabía quién era, aparte de Adelita y Lupita. Llamó a los literatos y profesores, esos suspicaces, de obreros intelectuales. Escribió y volvió a escribir el asunto de su pasión redentora como era la historia, de a que hizo una versión para niños. No en vano su obra ineludible se llama *Evolución política del pueblo mexicano*, a la que la Biblioteca Ayacucho privilegia entre los clásicos. En su minucioso prólogo, Abelardo Villegas se pregunta si el sistema educativo creado por Justo

Sierra pudiera ser la cabeza de una transformación revolucionaria. ¿Quién lo sabe hoy cuando la rebelión de Villa y Zapata por devolverle al campesino sus tierras terminó en el latifundismo y una repartición banderiza del capitalismo? Para medir el alcance de ese sueño del educador de Justo Sierra hasta que se le detuvo el corazón hemos de transitar por su nostalgia. Acaso la única lectura que eterniza su revolución, su otra –¿verdadera?– revolución.

25 de enero de 2023

LA REBELIÓN PARA SIEMPRE DE UN CIMARRÓN

Había una vez 1966 en Cuba, Miguel Barnet (antropólogo, etnólogo, novelista, cronista, poeta) supo que alguien, otrora esclavo, había sobrepasado los cien años de su vida y se apresuró a dar con él. Se llamaba Esteban Montejo, un hombre antiguo de ciento cinco años. Alguna vez fue esclavo en una plantación y apenas clareaba su adolescencia y arrastraba el bagazo de la caña. Era uno más entre los negros de los barracones. Barnet, apenas si tuvo tiempo para encender su grabadora: Esteban Montejo no se lo permitió y tuvo que escuchar, con sus oídos y con sus ojos, su vida, su muy larga vida, que con minucia y sin los tropiezos de la memoria comenzaba a confiarle, desde que conviviera entre la animalancia de los braseros, soportara los castigos que recibía del capora y el juntamiento de los cuerpos sudorosos en los antros de los ingenios, el mendrugo que agravara el hambre y la dureza de la paja que le sirviera de lecho. No imaginó el escritor cubano que tal confidencia, titulada *Biografía de un cimarrón*, de 161 páginas, editada por Biblioteca Ayacucho, habría de ser leída por el mundo entero. Más que biografía, la conversación tomó pronto el perfil del testimonio narrativo, creado a dos manos: la voz de Esteban Montejo y la escritura de Barnet. Novela la llamó Barnet y nadie podría mezquinarle tal calificativo. Ha sido oída y ha sido copiada con letra de escritor y con lenguaje poético, sin que el decir del cimarrón desmereciera un punto, porque todo en el libro participa del entramado narrativo que exige cualquier escrito que se pretende novela. La anécdota le sigue los pasos al esclavo nomás determina darse a la fuga: ya dirá que había nacido para eso, para huir de la ignominia. Entonces alcanzó la mani-

gua, se confundió con la vegetación y sus criaturas; buscó por domicilio una caverna y se aprendió de memoria el minutero de los pájaros, los que anunciaban la proximidad de las tinieblas y los que despertaban a la luz del amanecer en su dormitorio de hojarasca. Solo estuvo y solo vivió la vida misma. El silencio fue su compañero y el tubérculo y la muerte de alguna criatura su condumio. Mientras así se evadía monte adentro fue refiriendo a su interlocutor la historia del ingenio, ese asfixiante caserón donde se amontonaban los cortadores y quemadores de caña, obligados a empujar los carretones desde que rayaba el alba y a fertilizar a cualquier mujer al azar que asegurara la profusión de la mano de obra negra, hija de la estirpe de los bozales y de Mozambique, de Madagascar, de Alta Guinea, del Congo, de Benín; y a los que se le concedía el baile, el grito y el son del tambor en los mezquinos ratos del ocio. La voz antigua de Esteban Montejo transita por las páginas de este libro mientras toma nota de los senderos por dos destinos: el de la selva de su escondite y el recuerdo del barracón. En tanto lo hacía, ninguna ilusión de ganar la libertad alteraba su pasado. En el fondo de su caverna recordaba a su padrino Gin Congo y también a su padre "lucumí de Oyó", llamados así, como la tierra de donde vinieron. Tales remembranzas y nostalgias eran perseguidas al fondo de los bosques por los perros "amaestrados para coger negros", a los que sus parientes y su gente oscura afrentaban hasta lo insoportable armados por la única arma de que disponían: el ardor de la libertad que les ardía en la sangre y en el dolor. Cierto día, Esteban Montejo oyó un grito en la espesura: "¡somos libres!" El gobierno había decretado el término de la esclavitud, pero cuidándose de ocultar el engaño o su remedo. Pronto, el cimarrón se alistaría entre la soldadesca durante la guerra contra España. Peleó como *mambí*, como decir hijo de mono, pero poco le importó la semejanza de primate que le asignaron los dueños de su liberación. Antes de morir, a los ciento cinco años, miembro del Partido Socialista Popular, conoció la

Revolución Cubana y le dijo a Miguel Barnet en las últimas páginas del libro: "No quiero morirme, para echar todas las batallas que vengan. Ahora, ya no me meto en trincheras, ni cojo armas de esas de hoy. Con un machete me basta". Para él la edad de todo cimarrón no conoce el tiempo: es para siempre, como la libertad que es su ilusión, una ilusión que no termina nunca.

28 de enero de 2023

RUBÉN DARÍO: YO SOY AQUEL...

Un poco antes de que se le detuviera el corazón, allá en León, en Nicaragua, donde naciera, la noche de 1916, quiso que les trajeran a algunos animales domésticos para reconocerlos. Acaso ya no le mordía el deseo de saciar su inagotable ebriedad, a la que confundía con la sed cuando la copa se secaba. Atrás quedó su insomnio, su habitual tristura y modorra, la presencia de sus fieles compañeros de taberna y calle, la francachela en Saint-Germain-des-Prés y la visita a las damas de la noche y su sabrosura. Tal vez no recordaría el jubón de cartujo con que cierta vez fungió compartir la vida de los recoletos. Todavía, a esas horas, los secretos de su poesía ocultaban la verdadera fisonomía de las Margarita Gautier de aquel soneto precioso, que en vida fueron sus amadas de burdel a las que su poesía mundana retocaba con el miriñaque de las diosas de sociedad y salón de coctel o con el adorno de la princesa triste en su silla de oro. Allí yacía, en el modesto pueblo de su tierra natal, nuevo liróforo celeste, como el Verlaine de la loa a su maestro, Félix Rubén García Sarmiento. La agonía del ahíto de vino y ajenjo, el otrora trajeado de cónsul, la ropa ostentosa, el tocado con sombrero de fina estampa, el *foulard* de seda y la vistosa corbata *lavallière*, se mostraba ahora gris, desaliñado, como ama ataviarse la fatalidad, entre las sábanas que mal ocultaban los estertores de la agonía. De aquel endiosado lirida al que aplaudieran en el mundo de las letras y los poetas de España, fatigados por una retórica rancia y a quienes el suramericano devolviera el embrujo perdido de la rima sentimental sensible y sensitiva de la lengua y la poesía castellana, persistían, entre las sábanas del lecho mortuorio, su desmayada mano, esa mano del

incomparable orfebre del idioma de Garcilaso y los apagados rasgos de su rostro mestizo. Dice el comento luctuoso (entre certeza y falsedad) que nomás expirara, los enlutados y llorosos nicaragüenses determinaron trepanar su cráneo con la esperanza de encontrar entre la masa encefálica de su genio creador el secreto de tamaña maravilla lírica e inteligencia pensadora. Rubén Darío, el otro, el verdadero, el cosmopolita, la estatua viva, el esteta del verbo poético del modernismo, se eternizó aquella noche; no aquel que celebraba a los caudillos de su región y ofrecía miramientos a los dueños del capitalismo estadounidense, menos la momia mutilada, ni el del anecdotario insulso, sino el de sus grandes creaciones y bien que la poesía contemporánea las relegue del consumo entre los innúmeros gustos del género, aun se escucha el melódico verso de *Azul* y de *Cantos de vida y esperanza*. "¿Por qué aun está vivo?" se pregunta Ángel Rama en el prólogo de la Biblioteca Ayacucho y el propio Darío pareciera responderle: *Yo soy aquel que ayer nomás decía / el verso azul y la canción profana, / en cuya noche un ruiseñor había / que era alondra de luz por la mañana. / El dueño fui de mi jardín de sueño, / lleno de rosa y de cisnes vagos; / el dueño de las tórtolas, el dueño / de góndolas y liras en los lagos; / y muy siglo diez y ocho y muy antiguo / y muy moderno; audaz, cosmopita; / con Hugo fuerte y con Verlaine ambiguo, / y una sed de ilusiones infinita*.

02 de febrero de 2023

Y DE PRONTO... BOLÍVAR

Desde 1816 andaba en busca de una nueva República. Venezuela ardía entre las batallas y el vivac, la incertidumbre y las dificultades, esos dos dolores que al que se enfrentara el muy terco y tenaz caraqueño de mirada encendida y con la determinación de triunfar por encima de los sinsabores y el dolor de la lanza tinta en sangre venezolana y el disparo que abatiera a sus soldados a sus oficiales de la estirpe de Girardot y Ricaurte. Pero hubo Guayana libre en 1817 y hubo Chirica y aquel fusilamiento y que la herida nunca cerrada en la conciencia del envalentonado guerrero de las dificultades que buscaba su definitiva jefatura. Entonces, abriéndose paso entre la pólvora, la puya de las campañas y los estragos de la Patria Boba, Bolívar llegó una mañana a Angostura soberana. Era 1818 el *Correo del Orinoco*, que probaban que los soñadores de la libración de Venezuela y de América no solo sentían fervor por la guerra libertaria sino que asimismo pensaban y abrazaban la cultura de las ideas, difundiría una convocatoria memorable: la elección a los representantes de un Congreso Constituyente cuyos nombres no serían ya los ungidos valientes de los campos de la batalla republicana sino los legisladores de esa convocatoria, responsables del destino de esa Segunda República, muerta en su primer intento en el aciago 1811. Allí llegaron, después de bogar frente a la Piedra del Medio los convocados al Congreso. Representaban algunas provincias, pero suficientes para lograr la legitimación del propósito emancipador. El motejo de revoltosos con que el general Morillo endilgara a los soldados de Bolívar, al pueblo semidesnudo de sus tropas, pronto habría de calla su ofensa con que la nominara la petu-

lancia del alto oficial de la guerra napoleónica y súbdito de Fernando XVII. Aquellos venezolanos de las armas y las ideas no tardarían de salvar las orillas del Orinoco camino a la casona donde los aguardaba el promotor de la nueva República y oirían el discurso que cambiaría el rumbo de la guerra y el destino de Venezuela. Sabía Bolívar que la guerra no estaba ganada pero era el momento de legitimarla. Quien vista la amplia sala donde tuvo lugar el Congreso de Angostura no podría menos de imaginar la presencia de El Libertador con el recado de hojas del discurso que se aprestaba a leer. Mediaba el 15 de febrero de 1819 bajo el calor del verano guayanés. Cerremos los ojos y escuchemos la voz altiva y aguda de su lector: "Señor. ¡Dichoso el ciudadano que bajo el escudo de las armas de su mando ha convocado la soberanía nacional para que ejerza su voluntad absoluta! Yo, pues, me cuento entre los seres más favorecidos de la Divina Providencia, ya que he tenido el honor de reunir a los representantes del pueblo de Venezuela en este augusto Congreso, fuente de la autoridad legítima. Depósito de la voluntad soberana y árbitro del destino de la nación". Agobiado como se sentía del título de Libertador y Jefe Supremo de la República ahora se llama a sí mismo simple ciudadano, como lo exige la Constitución que aguardaba ser aprobada. El sabía de los peligros que arrostraba quien pretenda la permanencia harto tiempo en el poder. No ignoraba que no todo su contenido sería sancionado con su aprobación, por más que en una de sus páginas lo moviera a suplicar que fuera abolida la oprobiosa esclavitud. También aspiraba a que se anularan los privilegios y se aprobara la creación del Poder Moral. Al término del discurso, Bolívar se despide de los congregantes: "Señor, empezad vuestras funciones: yo he terminado las mías". ¿Adónde se marchó? Embarcó río arriba. Se oía apenas el rumor del Orinoco en la proa. La ruta terminaba en un perdido pueblo del alto Orinoco, el caño 77. Habían transcurrido seis meses de ese alejamiento mientras Venezuela se ofrecía a los campos de batalla. Llovía como llueve en los

llanos, con furia y tardanza. Lo que fuera horizonte de tierra cambiase en mar interior. Allí, en el vivac del caño, Bolívar había convocado a sus oficiales y a sus soldados. Su propósito era ahora atravesar las nieves del Pisba, cuyas cumbres separaban a Venezuela del Virreinato de Santa Fe. El agua de los llanos de Apure desbordada por los cuatro horizontes del infinito y llegaba hasta la coraza de los caballos. La determinación era más que insensata, pero tal insensatez no resistió a la terca voluntad, a la irrefrenable voluntad de Bolívar. No todos lo seguirían. Con el resto –¿a qué remedar lo que la historia contaría con minucia?– salvó la helada eternidad alzada. Muchos murieron ateridos o al fondo del abismo. Abajo los esperaba la gloria de Pantano de Vargas, el escueto puente de Boyacá y la capital del virreinato, sola, sin su virrey y sin su soldadesca. Bolívar se sentó en el sillón del despacho; Santa Fe había sido liberada. Más tarde, seis meses más tarde, fue 11 de diciembre de ese 1819 mítico; fue un sábado. De pronto, Bolívar apareció en Angostura para sorpresa de los guayanés y los legisladores del Congreso. Sin tardar, con la premura que le fue el acta de bautismo de su espíritu, compareció ante el Congreso y dio cuenta de la proeza que había realizado. Esta vez –lo refirió tiempo atrás al general Urdaneta en Bomboná– la patria quedaba más lejos que la manigua orinoquense, más allá de los llanuras: ahora era América, la patria era América. Era urgente unirla a Venezuela, fundar una sola nación, una nación que se llamara la Gran Colombia, en recuerdo de la *Colombeia* mirandina, mientras esperaba prolongarla hasta el Ecuador. El sueño duró hasta que se hizo crepúsculo en su azarosa vida. Antes de morir, desconocido por sus otrora seguidores, castigado por el oprobio de sus enemigos, lastimado más por dentro que por fuera, con Sucre asesinado, antes de morir en un ingrato camastro, dijo su postrera proclama: "Habéis presenciado mis esfuerzos para plantear la libertad donde reinaba antes la tiranía. He trabajado con desinterés, abandonando mi fortuna y aun mi tranquilidad. Me separé del mando

cuando me persuadí que desconfiabais de mi desprendimiento. Mis enemigos abusaron de vuestra credulidad y hollaron lo que me es más sagrado, mi reputación y mi amor a la libertad. He sido víctima de mis perseguidores que me han conducido al sepulcro. Yo los perdono". Dijo, antes de expirar y ofrecerse a la gloria y la eternidad, que solo bajaría tranquilo al sepulcro si cesara la lucha banderiza y se consolidara la unión entre todos nosotros. Era su sueño rotundo. Hoy es el nuestro. Tenaz, inquebrantable, como el suyo.

14 de febrero de 2023

GALLEGOS: LA TIERRA Y SUS DIOSES ÁSPEROS

Ya sabemos que todo comenzó en 1927. Que ocurrió durante los días santos. En Apure y que Gómez asolaba. Rómulo Gallegos, el novelista Rómulo Gallegos –que por entonces había concluido algunos cuentos y la narrativa de *Reinaldo Solar* y *La Trepadora*– atravesó Venezuela con uno de los Barbarito, gente de la pluma de chusmita, en busca de una anécdota que fuera asunto de una coronela y se encontró con el horizonte y un bongo que remontaba el Arauca, un río de caimanes, de aguas terrosas y los seres, el paisaje y los pormenores de una obra maestra. Todo lo que refiere luego la fama acerca de esa travesía (que apenas tardó cuatro o cinco días) es harto trajín de la averiguación biográfica y analítica, pero menos –o en todo caso anotado con premura– la noticia que un misterioso señor Rodríguez (Gallegos lo recordaría someramente "de blanco puramente vestido" y "de quien no me olvidaré nunca") le avisara al escritor acerca de cierta mujer hombruna, empantalonada, bien de a caballo, pistola al cinto, dueña de vidas y sabanas, quien acaso se ajustaba a las señas de aquella mujer militar cuyas facciones y conducta despertara el antojo del escritor y fuera a buscarlos en esas soledades de polvo y estero. ¿Por qué el muy oculto señor Rodríguez no se esmeró en conducir al autor de Doña Bárbara ante la presencia de Francisca, de Pancha Vásquez, cuya fisonomía y arrebatos machistas calzaban con justeza a la por entonces esbozada mílite de aquel borrador narrativo (o siquiera ilusión), causa y excusa del viaje apureño que decimos? ¿Bastó acaso a Gallegos la simple mención de su comportamiento hombruno y su desafuero de bruja, mandamás y terrófaga, para desatar el envidiable don imaginativo de nuestro permanente primer novelista? Nadie se lo preguntó, cuando allá, de

Mantecal pa´dentro, después de La Estacada, un lampo de galleros y gente torva, el padre de José Natalio Estrada, un coronel crespero, sabaneaba con doña Pancha Vásquez por las vastedades de La Ceiba, una de sus propiedades. "Es una mujer cuatriboliá", dijo de ella en cierta ocasión el coronel Estrada. Que solía enfundar su apariencia con calzones bombachos, también dijo, y que delataba una maña esotérica de adivina y de dañera; que era muy rica y muy hambrienta de ambición terrófaga. Cuando muriera, el hijo del militar apureño aun adolecía, pero su memoria de doce años fue capaz de describirnos, mucho tiempo después, a Pancha Vásquez cuando abriera uno de sus baúles donde atesoraba su inagotable caudal. "Lucía una medalla en el pecho que mordía cada vez que castigaba con augurios de mal agüero a sus enemigos", recordaba, ya agotado de vida, don José Natalio Estrada, heredero de esos horizontes paternos. Esa vez nos condujo hasta la tumba donde yacía Doña Bárbara, como decidiera llamar así a su huesa, acaso para reivindicar su desmedro como personaje gallegueano. Aun sigue allí, en el pequeño camposanto del hato estradeño de La Trinidad de Arauca, mientras la novela transfigura los apurados rasgos de Doña Bárbara que trazara "el señor Rodríguez", más allá de la escritura de la mítica narración, "más lejos que más nunca". Ocurriría luego lo que han determinado la leyenda y su anécdota, la valoración literaria y el nombramiento de su eternidad, los cuales hacen de la novela y la escritura de su autor una suerte de civilización del género y de su símbolo en el decurso de la novelística de esta y otras lenguas humanas. A estas horas en que se erige como una estatuaria de las letras, la obra gallegueana (en el centro mismo del Cajón de la Arauca, el escenario del libro, permanece en bronce Marisela, la metáfora de bronce de la Venezuela redimida por Santos Luzardo) su lectura conoce una desmesura valorativa que no soporta ya ni la academia ni la inagotable valoración crítica. Un extraño silencio sustrajo por largo tiempo de su revelación pública y universal el material de confidencias que Antonio José Torrealba, becerrero y caporal de Altamira, la casa madre y domi-

cilio de la acción narrativa de Doña Bárbara) cediera a Gallegos en burdos cuadernos, y no menos atropellada escritura, la minucia que este requería para nutrir la anécdota de una llanura y de la vida de sus seres de soga y barajuste. Esos papeles, que a lo sumo caben en seis tomos serían exhumados bajo el título de *Diario de un llanero*, gracias a la tenaz diligencia del escritor, académico y lingüista Edgar Colmenares del Valle. Gallegos evocará la valía de esa minuciosa, elocuente información, y tanto que Antonio José Torrealba transita, de cuerpo entero, con María Nieves, el cabrestero del Apure y como regalo por tan tamaña ayuda informativa en las páginas de *Doña Bárbara*. Hace tiempo que la maestría novelística de Rómulo Gallegos nutre la memoria de sus personajes, la de la dañera, la devoradora de tierra y vida y la de los seres que perfeccionan su perfil, bello y terrible a la vez, como la llanura de su sombrío reino. Tal vez menor presencia observa en su perennidad la intemperie que aviva su anécdota, la de *Doña Bárbara* y la de *Cantaclaro*, prolongación de sus horizontes en la copla y en la errancia de su jinete en el octosílabo y en la aventura. En verdad, es el paisaje (lo suscriben Juan Liscano y Orlando Araujo, dos de sus conspicuos lectores) el personaje omnímodo, no solo de esta narrativa de la llanura, la de la "tierra de horizontes abiertos, donde una raza buena, ama sufre y espera", también de la obra toda de Rómulo Gallegos, como que hasta los bancos de sabana, sus esteros, la salmodia de la soisola, la mata, esa isla verde en medio desierto del polvo y la soledad, terminan siendo personajes humanizados y paisaje, el comportamiento y la interioridad de sus seres. La mera mención de una de sus inmensidades, como aquel Lagunazo del Congrio Solo, Apure adentro, basta para personificar al violento, solitario y noble personaje gallegueano, desde El Miedo hasta los potreros de Altamira, desde el río Arauca y los espejismos del más allá, hasta el desierto esmeralda y carnívoro de la selva de Canaima y el largo e inagotable sortilegio de su lectura.

04 de abril de 2023

JORGE ISAACS
LAS LÁGRIMAS COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

Que sus huesos fueran enterrados en el valle de Medellín quiso Jorge Isaacs. Allí han de permanecer, acaso más solos que el bujío, el ave portador de desventuras que suele revolotear sobre las tumbas, pero el recuerdo de su único y triste libro (dice también la edulcorada crítica bogotana que escribió piezas de teatro, apenas una de ellas editada) es frecuentado por los sentimentales de siempre. Ya sabemos de qué trata: de María, una huérfana epiléptica, que muy pronto, andando las páginas de la breve novela, es adornada por su inventor con lucidos vestidos, untada con aromas muchos, los de su piel misma y el relente de una naturaleza que transita con el viento el valle del Cauca, donde ha de ocurrir la muy pronta desolación de un corazón atribulado por la muerte de la muchacha, casi hermana de Efraín, el personaje doliente y el que refiere esta desgracia, desde que hace su visita la muerte de la huérfana y de su padre, un judío converso y habita el vasto latifundio en el que han de transcurrir los pormenores de este asunto crepuscular y sombrío, entre la cacería de un tigre, algunos perros destrozados por la fiera, las perdices abatidas por el fusil del que refiere página a página el ardimiento amoroso que siente por la enferma y casi hermana, la muy frágil y blanca María, blanca como la raza de los dueños de esas desmesuradas posesiones donde los esclavos no sienten nunca su condición de serviles, ni aun los manumisos; y son ellos o las otras vidas de baja condición social los que logran alcanzar el amor que le es negado a muy pálida doliente y a su encumbrado suspirante. Desde las primeras páginas se oyen por los pedregosos senderos de la hacienda los chispeantes cascos del caballo retinto de

Efraín camino al socorro del doctor que amaine los malestares de su padre, dueños de vidas y de tierra y más tarde el sorpresivo ataque epiléptico de María; pero Isaac consigue que convivan, con esa frecuente tristura, el ave, la floresta, el espacio geórgico, el vivir de comedor y de vanas confidencias de salón y fervor de iglesia. Son esas astucias del narrador las que anuncian sin demora la tiniebla que ha de ensombrecer a la familia y sobremanera a Efraín que no logra ver morir a su amada, la novia de tan castísimo juntamiento, y ha de regresar precipitadamente de Europa sobre el lomo de su retinto para recibir la infausta noticia. Es esta pues la anécdota que entretiene desde finales del siglo diecinueve a los desocupados lectores de la narrativa sentimental y a los asiduos de las telenovelas. Pero otras virtudes justifican la perennidad de que goza la novela: la bella prosa, los ratos que la distraen del asunto principal en las descripciones del follaje, la bulla del trino y de las corrientes, tributo del modo de ser del romanticismo, de que Isaac cumplido obediente, así en la prosa como en el verso, las alusiones a Chateaubriand y la intromisión de la copia de una historia oriental donde sucede un infortunio amoroso, presagio del que ensombrecerá para siempre a Efraín y los habitantes del latifundio. Mas es la aparición de un ave negra (¿el cuervo de Poe?) en el curso de este desconsuelo lo que hace que la novela cobre un giro que interrumpe la llorosa y color rosa narración que agobia sus páginas. Un pájaro de la tiniebla roza con sus alas la frente del dolido Efraín cada vez que la sentencia fatal persigue a María o que un acervo presentimiento sorprende su devenir. Isaacs quiere que el compungido amoroso, antes de abandonar la loza mortuoria, ya puesto sobre su caballo y con la compañía de su servicial Braulio sufre de nuevo la presencia de aquella ave negra de las páginas de hacía un rato cuando pasa sobre sus cabezas y da "un graznido siniestro y conocido por mí e interrumpió nuestra despedida: la vi volar hacia la cruz de hierro y posada ya en uno de sus brazos, aleteó

repitiendo su espantoso canto, su *nevermore.* Es así cómo el sentimentalismo narrativo de ese amor blanco, de ese amor casto, se entenebra, como la noche de José Asunción Silva, como *La amada inmóvil* de Nervo, la esposa de Maitín de *El Canto Fúnebre* y el graznido del cuervo de Poe, para beneficio del ineludible recuerdo que dispensamos a esta obra cuando siglo XIX literario agonizaba, herencia de sus grandes románticos.

17 de abril de 2023

VALLEJO
EL IDIOMA DE LA TIERRA Y EL DOLOR

Hace frío en Santiago de Chuco, a 3.115 metros más arriba, en el Perú de la niebla y los ventisqueros; y más todavía en 1892 (ya no tanto como entonces y perdonen la tristeza). El tiempo aquel no es el mismo en la apenas casa de Francisco de Paula Benítez y María de los Santos Mendoza Gurrionero y de sus doce hijos, sobremanera el último de ellos, Abraham, César Abraham, del que nadie sabía mucho en esas soledades ateridas hasta que la confidencia que le reservaba la eternidad comenzó a buscarlo entre los hermanos, a los que la muerte comenzó a morderles el corazón. Uno dice aquí la eternidad porque sabe que desde entonces la fatalidad escribiría la verdadera partida de nacimiento de quien más tarde fue un domingo en tales cumbres de su destino donde se nombraba entre las claras orejas de su burro, de su burro peruano en el Perú, acaso sin columbrar aun que muy luego, aquella eternidad que lo aguardaba lejísimo, en una clínica parisiense del boulevard Arago, corregiría el día jueves de lluvioso otoño que avizoraba extrañamente el peruano que digo en el soneto que hoy memoriza la tierra entera al mudarse a un viernes santo de perezosa llovizna cuando abril contaba solo quince días de haberse librado del invierno y era 1938 en todos los relojes. "Murió César Vallejo", se había dicho asimismo en el soneto incesante, bien atrás, mas esta vez le cedería su luto aquella mañana de las nueve y veinte mientras su agonía añoraba al parque del Palais Royal que frecuentaran su hambre y su fervorosa dolencia real y metafísica, si creemos a Georgette, su amada, quien desacreditara de ese modo a ciertos apurados de su entorno de bohemia, hambre y tristura con ganas de cobrar provecho como

testigos de las últimas palabras del moribundo. No pocos de ellos, entre los asiduos de su amistad y camaradería viandante, le atribuían el postrero clamor de volverse a España, la España a la que rogara, en aquel memorable canto, donde le ruega que le retire el cáliz del aciago sangramiento de la República. La muerte, así, anduvo al diestro de quien, como nombráramos hace un instante, signó sus dones en el achaque creador, la de los suyos, la de la muchacha, una y otra, la del íntimo de su afecto, Abraham Valdelomar. La muerte, en verdad, ya había llegado puntual a sus primeros libros, prorrumpe en la primera página de *Los heraldos negros* y transita por las páginas de *Trilce*, el libro fundador de un nuevo lenguaje para la poesía del hombre: *Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé! / Golpes como el odio de Dios; como si ante ellos, / la resaca de todo lo sufrido / se empozara en el alma... ¡Yo no sé! / Son pocos; pero son... Abren zanjas oscuras / en el rostro más fiero y en el lomo más fuerte. /Serán tal vez los potros de bárbaros atilas; / o los heraldos negros que nos manda la muerte. / Son las caídas hondas de los cristos del alma, / de alguna fe adorable que el Destino blasfema. / Esos golpes sangrientos son las crepitaciones / de algún pan que en la puerta del horno se nos quema. / Y el hombre... ¡Pobre... pobre! Vuelve los ojos, como / cuando por el hombro nos llama una palmada; / vuelve los ojos locos, y todo lo vivido / se empoza, como charco de culpa, en la mirada. / Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé!* (Los heraldos negros). *Quién hace tanta bulla, y ni deja / testar las islas que van quedando. / Un poco más de consideración / en cuanto será tarde, temprano, / y se aquilatará mejor / el guano, la simple calabrina tesórea / que brinda sin querer, / en el insular corazón, / salobre alcatraz, a cada hialóidea grupada. / Un poco más de consideración, / y el mantillo, seis de la tarde / de los mas soberbios bemoles. / Y la península párase / por la espalda, abozaleada, impertérrita / en la línea mortal del equilibrio* (Poema I). *Me da miedo ese chorro, / buen recuerdo, señor fuerte, implacable / cruel dulzor. Me da miedo. / Esta*

casa me da entero bien, entero / lugar para este no saber dónde estar. / No entremos. Me da miedo este favor / de tornar por minutos, por puentes volados. / Yo no avanzo, señor dulce, /recuerdo valeroso, triste / esqueleto cantor. / Qué contenido, el de esta casa encantada, / me da muertes de azoque, y obtura / con plomo mis tomas / a la seca actualidad. / El chorro que no sabe a cómo vamos, / dame miedo, pavor. / Recuerdo valeroso, yo no avanzo. / Rubio y triste esqueleto, silba, silba (Poema XXVII). Antes o más luego, está entendido, *Todos han muerto* y desde entonces, como lo asienta la cabeza de su caballo y cuando nadie asoma a la puerta de la casa ontológica anuncia: *Murió mi eternidad y estoy velándola.* Extraño sino este ¿no?, no solo presentido; también como llaga de desollado vivo, aun sin morir y ya pisado por la tierra del dolor y sus muchas uñas, la de la prisión injusta, la del oficio indigno en una hacienda de humillados y ofendidos con la del hambre en su vientre y en el vivir, ese fiel lebrel que lo siguiera por París y por Europa, no más abandonaba algún hotel *minable*, por comederos de sopa huera, el empleo como paga de soldado, también el desaliño, al que afrentaba (Georgette *dixit*), por orgullo, acaso o por querer valerse frente a la humillación, la camisa pulcra y el atuendo recién planchado, no se sabe cómo, a menudo en busca de alguna beca, un oficio propio de su universalidad, la oferta de un poema, la traducción de un dios literario, el socorro de algún camarada, las lecciones de español y ni la dádiva una conferencia. ¿Cómo halló tiempo para ahuyentar el asedio famélico, la fiebre, el desplome del cuerpo y del ánima e irse al cuchitril de esta guisa al cuarto del hotel ingrato, a escribir el cuento, la novela, el teatro, y la poesía sobre todo? Lo logró hartas veces. Hojear los tomos de sus obras completas dice largo sobre su afán por sobrepasar su precariedad viviente. Diríase que el dolor mismo, la carencia, la lastimadura física e interior, agudizaban su ofrecimiento a la gloria, una gloria siempre esquiva, cedida a ratos, con algún reconocimiento, un galardón. No en vano buscó la amistad de

José Carlos Mariátegui; abrazó el socialismo, fue comunista español, transitó y predicó el ideario marxista-leninista, participó en el Segundo Congreso Internacional para la Defensa de la Cultura, representó a su país en más de una ilusión, dijo un discurso sobre *La responsabilidad del escritor* y se fue a Moscú donde supo de la redención del obrero y el campesino. Hartas veces se fue a Madrid, conoció a Unamuno, a Gerardo Diego, se amistó con García Lorca, dio a conocer no pocos artículos políticos en la revista *Bolívar*, terminó una de sus obras de mayor nombramiento, *La piedra cansada*, anduvo con Neruda en controvertido acercamiento y padeció la Guerra Civil, Guernica, Teruel, celebró la resistencia de Barcelona y el triunfo del Frente Popular. Su amor por España, por la España de la República, su hora de esplendor y su obra sombría, colmará las páginas de *España aparta de mi este cáliz*. Su entonación angustiosa, su miedo al horror, su aflicción por la sangre derramada, por la dignidad humana derribada, encuentra en los niños de España y del mundo la inocencia de la esperanza frente a la jauría franquista: *Niños del mundo, / si cae España –digo, es un decir– / si cae / del cielo abajo su antebrazo que asen, / en cabestro, dos láminas terrestres; / niños, ¡qué edad la de las sienes cóncavas! / ¡qué temprano en el sol lo que os decía! / ¡qué pronto en vuestro pecho el ruido anciano! / ¡qué viejo vuestro 2 en el cuaderno! / ¡Niños del mundo, está / la madre España con su vientre a cuestas; / está nuestra maestra con sus férulas, / está madre y maestra, / cruz y madera, porque os dio la altura, / vértigo y división y suma, niños; / está con ella, padres procesales!* Nunca se escuchó voz humana más rotunda que este ansioso clamor por la España crucificada bajo el fascismo franquista. Perú, su Perú de Santiago de Chuco, el de *Los heraldos negros* y *Trilce*, es cierto, que fue un adiós sin regreso. Él lo sabía, lo presintió. Allá persistía sin desmayar el recuerdo ominoso de una cárcel, la muerte de su casa humana y aquella gallina negra, su gallina brutal y negra que ponía huevos vacíos y también la risita peruana que nunca soportó y

el manoseo, el manoseo ese, como asevera insistente su amada enlutada. Alguna vez sintió la fatalidad del regreso, pero más pudo el llamado oculto del enigma: la obra creadora, la lengua que talló con adverbios y sustantivos de una tierra desconocida por el hombre. Con *Trilce* entonó una voz otra, ignorada, para nuestro idioma, se atrevió con su forma y su esencia a privilegiar lo trágico, la humana verbosidad de la lastimadura, la carnalidad del espíritu, la metafísica del hombre golpeado en la víscera y el espíritu. Desde que existe, esto es desde que la poesía lleva su nombre, ya nadie duda que el adiós de la muerte es un regreso al corazón del hombre y nos atrevemos a rezar con él: *El punto por donde pasó un hombre, ya no está solo. Únicamente está solo, de soledad humana, el lugar por donde ningún hombre ha pasado.*

22 de abril de 2023

TERESA DE LA PARRA
EL FASTIDIO Y LA INOCENCIA COMO UNA DE LAS BELLAS ARTES

Nunca imaginó María Eugenia Alonso que su regreso a Venezuela en el pequeño tren de juguete que aun en la espera en una estación de Biarritz, al sur de Francia, la conduciría para siempre a la gloria, menos aun lo hubiera previsto la inventora de *Ifigenia*, en su *diario de una señorita que escribió porque se fastidiaba*. Era en 1924, mientras el país era asolado por Juan Vicente Gómez, cuando el libro circuló en París. La entonces bisoña novelista casi no había conocido a Caracas, siquiera la intimidad del país de su burguesía terrófaga de caudillos militares de alpargata que no fuera el aledaño de Tazón, la hacienda de la familia, cuya añoranza la moviera para eternizarla en otra novela, la tranquila, la bucólica narración de *Memorias de Mamá Blanca*. De la Caracas de las horas de su infancia y juventud, (el refinamiento y la prestancia de su estirpe, la de los ojos azules de los Sanojo) Teresa de la Parra recordaría un ayer de crepúsculo de último colonialismo, el sopor en los patios de las casonas y la índole de una sociedad de privilegios masculinos donde la mujer tenía prohibida el ocuparse de ese ocio de hombre que era el oficio de escribir, porque entre otras exclusiones propias de su condición, corría el albur de distraerla de sus menesteres de ama de casa y de la maternidad. La pronta nombradía literaria que habría de conocer la caraqueña (en verdad había nacido en París y sufrido en Madrid el internado religioso para señoritas de su clase) empezaría en Francia y en Europa, con la publicación de su obra y su versión al francés de Francis de Miomandre, quien saludara sus excelencias literarias, ("el temple", "la armonía sutil", "el ritmo secreto", de "una confesión de sociedad escogida"), mientras la autora

frecuentaba los círculos literarios del momento y gozaba del conocimiento de los escritores y de la última mundanidad de la *belle époque*. Se leía la narrativa realista, naturalista, social, se desconocía aun al *Ulises* de Joyce y el sello Gallimard lamentaba el haber rechazado *Por el camino de Swann* de Marcel Proust porque a André Gide (uno de sus directivos) la desestimaba por el exceso de duquesas de sus páginas. En los cafés, en los mentideros literarios y artísticos de Saint-Germain-des-Prés y Montparnasse, Breton y el surrealismo (de cuyo interés o curiosidad nunca pareció al menos distraer a nuestro personaje) airaba las buenas conciencias de la cultura y un tanto amodorrado imaginario, ahítas de positivismo y sometida al freno del razonamiento cartesiano. Tampoco avizoró la autora de *Ifigenia* y *Mamá Blanca* que los inicios de su destino de escritora (Venezuela era demasiado rural, llegaba hasta Valencia y más allá hasta Maracaibo y su sorpresivo tufo a *mené*) había comenzado en una revista dirigida por Rómulo Gallegos y que la obra de su lejano nombramiento marcaría otro rumbo de forma y contenido al de *Doña Bárbara*, entre el buen decir de una señorita refinada de la clase social caraqueña, el frufrú de la falda larga, el olor a Guerlain y la verba primitiva de terrófaga salvaje, de una casiqua, bruja y ama de la barbarie apureña. Con su tino incomparable cada vez que analiza y piensa el país, Picón Salas advertiría que Teresa de la Parra "hubo de morir silenciosamente en un instante en que los venezolanos ni siquiera nos detuvimos a meditar cuánto significaba su nombre en la más depurada tradición cultural del país". Harta y varia es la crítica que elogia las dos únicas novelas de Teresa de la Parra. Las virtudes literarias que la perpetúan olvidan sus añoranzas de las postrimerías del colonialismo criollo y su aislamiento (¿o desinterés?) por el tiempo oscuro y medroso del gomecismo cuando los escritores del 28 se atrevieron a objetar la dictadura arriesgando la cárcel, la lastimadura, el destierro y la muerte; y que se entretuviera en la bellísima redacción de su cuento *Flor de loto* cuando

el humanismo se desangraba en las trincheras de la primera guerra mundial. Ella, Teresa de la Parra, es hoy, la escritura de una narrativa moderna en un momento donde el género privilegiaba el calco del habla regional, la confidencia de aldea y de corral, el realismo de lo típico. La movió la sinceridad de ser ella misma, de "atreverse" en una sociedad para hombres, atenta al cuidado de una prosa poco frecuente en esos días (que no fuera la del estilo de *Ídolos rotos*) propuesta con elegancia y refinamiento, como la distingue Julieta Fombona en el docto prólogo de la edición de la Biblioteca Ayacucho o transfigurada por la metáfora de la soledad y la nostalgia, como la distingue Velia Bosch en el siguiente prólogo, al detenerse en sus personajes de relieve, María Eugenia Alonso, la joven vencida de *Ifigenia* y la anónima suspirante de la ternura (o mal oculta Teresa de la Parra) de *Las memorias de Mamá Blanca*, esto es la epifanía del fastidio y la inocencia como una de las bellas artes de una muchacha que logra la magnificencia de una novela porque se aburre y porque no olvida la nostalgia de un paraíso lejano. La improbable lectura de *Ifigenia* que hubiera hecho Marcel Proust, acaso la hubiera comparado con su cita de Mallarmé en una de las páginas de *En busca del tiempo perdido* revelando así *quand du stéril hiver a resplandit l´ennui*.

23 de abril de 2023

UNA DAMA EN EL TALLER DE ORFEBRE DE SU PALABRA

Ana Enriqueta Terán era una muchacha en la hacienda trujillana de sus padres los Terán Madrid cuando le preguntó a su nodriza quién era ella. Tal curiosidad en alguien recién venido de la infancia ya anunciaba lo que marcaría su entrecejo para toda la vida: la búsqueda incesante de una identidad. "Me gusta ese nombre", dijo cuando conoció sus señas de identidad. Anduvo con él ornando los sentidos del yo, desde el aroma a café de aquella comarca que fuera su cuna hasta siempre. No sé por qué los múltiples curiosos de su vida creadora, durante o después de indagar en el trasfondo de su obra poética, se distrajeron en su fervor por hallarle razón y destino a aquella pregunta de la criatura preadolescente. Se buscaría a sí misma en su incesante aventura durante la talladura de su verbo y su sonido la cual ocupó su desmesurada existencia. Se supo bella y gozó de su elogio y del mismo modo buscó en su sorprendente esplendor su carnadura de adentro las veces, las muchísimas veces, en que daba logro estético a su escritura, la cual mostró la perfección del soneto de sus primeros libros y luego y largamente la sonoridad inigualable de su poesía, sonoridad íntimamente enlazada con la proteica motivación que movía ora la ansiedad por lo hermoso puro, ora por el asunto más vasto de que se tenga noticia en nuestra poesía, pero de continuo ella, Ana Enriqueta, nunca distante de aquella vieja curiosidad suya en buscarse, sobremanera en su viaje al verbo, exactamente a la imagen, fuente nutricia de su realización como orfebre de un decir de extraña elegancia e inigualable éxtasis, entre el testimonio y el ensueño, entre ella sola y el otro, o lo otro, visible u oculta, llevada por esa pasión ontología en indagarse

muy propia, muy de su marca, cuyo fin no sería otro que el de verbalizar lo impalpable y tanto que al recorrer su obra vislumbramos el encantamiento que ofrece al lector de poesía una forma, una apariencia mejor, suma de lenguas donde conviven el casticismo lírico y material de un Góngora o un Garcilaso. Poca frecuencia hallamos en la tradición anglosajona y francesa en la formulación del lenguaje con que nos subyuga cada obra, tan entrelazada con la rima de otrora y con el flujo del verso libre. Someter su decir a las entonaciones de la rima es y será el *modus operandi* de su quehacer, hasta lograr la maestría de *Música con pie de salmo* o del *Libro de los oficios*. La prosa le sirvió de monólogo, de diálogo consigo y con el confidente. La vivencia lejana, aquella casa aromada de azahar etíope y de lino blanco desde la falda hasta los sentidos, aquel sudor en el ijar del caballo donde fuera dama ida de lado como un tulipán sobre la silla y más allá, esto es más adentro, no dejó de visitarla, ora en el ayer, ora en el presente, ambos íntimos de su vagar por la niebla de Jajó, la cresta de la ola en Tucacas o el jardín valenciano de los últimos días. La belleza formal de su poesía nunca permaneció como festejo de su ornamento porque cada motivación le dio eternidad, la del yo y la el silencio. Nadie logró, como ella, oírse tan lejos en lo que dijo. Cuando la Biblioteca Ayacucho invitó a Patricia Guzmán a prologar el tomo de su obra para enriquecer los clásicos, sabía de antemano hasta dónde alcanzaría su intralectura, su ahondamiento, "su profunda espiritualidad", "la privilegiada inteligencia" y "una entrega casi mística a la experiencia de la escritura". Hela aquí en esta *Piedra de habla* donde se reúnen su legado de lo hermoso verbal y lo hermoso profundo de una incomparable maestría.

04 de mayo de 2023

RAMÓN PALOMARES
COMO TODO LO QUE VUELA

Y fue de Escuque, como la poesía venezolana: Un olor a eneldo, a árbol del *cínaro* bajo la lluvia, a sombra del say y su barba de helecho blanco y un pájaro en una piedra, sediento, que en vez de serlo es un alma, el alma de un hada, la señora Polimnia Sánchez de Hostos, maestra de escuela, por lo tanto. Así comenzó a ser poeta con la estatura de los campesinos, primero niebla, después también y unos ojos de quedarse viendo lo que vivía lejos en lo hondo de los ventisqueros. Y fue un niño, un niño descalzo, que se trajo la pobreza hasta las plazas del pueblo y vio esa diosa de aula y pizarra. "¿No sos Polmimnia?" le preguntó en la lengua de los labriegos del poema inmortal. Sí, era ella o el pájaro, el espíritu que insistió en dejarse en un libro, en cada uno de nosotros y hoy es salmo, conjuro de la pesadumbre, hoy, cuando se nos queda "aquí en el pecho", "allí lo más del corazón". Lo demás nos cedería lo que nos conmueve: una escritura apenas, mientras la voz que la escribe contiene la emoción como el goteo del rocío en la punta de la aurora. Trata de un idioma que canta, que murmura, entre el contentamiento y la pena, como le sucede a las neblinas en esas alturas de Trujillo, blanca, porque se calla, de pronto, y se siente el aire que atraviesa sus decires de agua de torrente y de ojo de pozo musgoso, lenta o efusiva de puro hablarle a la frase que la refleja entre los brotes de los nomeolvides y el trébol tierno. No; no es posible nombrar a Ramón Palomares de otro modo. Uno permanece perplejo, se queda absorto, al asomarse a las páginas que mueve la brisa de lo gris y lo purpúreo donde se domicilia el páramo: "Ya vienes echando rosas, ya vienes abriendo oro, / ya te pusiste los montes, / despertaste las colinas y las matas de malva". Así, día tras día, página tras página, en ese o el

mismo libro, ora *Paisano*, ora *Adiós a Escuque*, menos escritos que dichos en voz baja, al oído, con aquel aire de allá arriba de donde vino y aquellos dedos de recoger la flor y tenerla para saludar con ella y mirarnos y callarse hablándonos con el poeta que fue, con el que es. ¿Quién que no sea contemplativo no se la pasa asido a la dulzura, lo mismo que la subida del aroma desde la dicha o desde lo compungido, entre oro y medioluto, la sonrisa y la lágrima, pleno, en medio de lo que colma y desampara, igual que perdernos en los ojos de tanto aquietarnos a la manera de los solos, sin decir nada, ahí, en lo íntimo y lo vasto? ¿Cómo saberlo? ¿Cómo contestarse sin presentir que ahí ya viene lo triste en medio de lo festivo y uno pasa por un páramo y ha oído al toche, allá abajo, el toche, el pájaro que suena gris y por ello suspira? Porque vivir anda acompañado siempre de lo cejijunto, "hasta que me fueron dejando / y fue esa luna roja, esa piedra negra, / esa rosa que me venía iluminando, iluminando". Patricia Guzmán lo sabe, y lo dice mejor en el prólogo que suscribiera en la edición de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho, porque ha meditado con mucho cuido sobre la perfección que desveló a Ramón Palomares en su averiguación de lo eterno en su ocultamiento de la apariencia de lo real al borde (nunca en lo hondo vano) de cuanto se queda para conmovernos en el mundo desde esos lados ventosos y cobijados, no se sabe dónde, en las cumbres humosas de las nubes, una siembra de betunias o la loción del azahar y hasta en el recuerdo de Humboldt y de su deslumbramiento selvático cuando conociera "Todas las estaciones en un día / Todas las estaciones con su delicia y su inclemencia". No leemos a Ramón Palomares: somos él en nuestra ansiedad por rescatar de nosotros la voz que perdimos y no sabemos decirla y nos preguntamos ¿qué nos hicimos?, ¿por qué no podemos serlo, él, Palomares, que es todo lo que vuela y te llama?: "–Alma– cuando diga a llover / ¡Llámame! –¡De donde esté yo vengo!".

07 de mayo de 2023

SALVADOR GARMENDIA
LOS HÉROES SE VISTEN DE CIUDAD

La sabana, la aldea, el campo, el susodicho color local, el remedo del voceo, la copia del decir más rústico, galleguiano, duró largamente en nuestra escritura narrativa. Manuel Díaz Rodríguez la cambió por el adorno verbal en *Peregrina*, la acicaló en *Ídolos rotos* y habló al estilo del positivismo y la provincia lució acicalada. Salustio González Rincones inventó en prosa y verso su solitario modo de atreverse a poner boca abajo la apariencia del afuera y jugó con el letrismo donde la descripción y la anécdota alborotaron la fantasía. Entonces llegó Salvador Garmendia de Barquisimeto. Eran los años cincuenta. No requirió de la lectura del *nouveu roman*: no calcó a Robbe-Grillet. Lo hizo solo. Se juntó con los revoltosos de la vanguardia cultural del café y la cerveza, la diatriba guerrillera, la mayoría como él, interiorana, pero con nostalgia parisiense o de revolución cubana. Cierta vez se encontró entre sus borradores de narrador bisoño, si no indeciso, con un personaje callejero, uno de *Los pequeño seres* viandantes de Caracas. Lo llamó Mateo Martin y agotó no muchas páginas en proponer al desocupado lector otra mentira narrativa de cuello y corbata, el oficio tribunalicio o de almacén, la conversación de pensionado que no fuera de gañán, ni de coleador de toros, menos gallero y su español bárbaro del arreo, de escarbador de sementeras y en alpargatas. El agro, el pastoreo, el jolgorio parroquial y la intriga o el deseo de macho criollo y a veces de redentor político y universitario a lo Santos Luzardo echado a un lado. No; leer a Garmendia lo cambió todo por el argumento de otra rudeza, en adelante aprendimos a héroe de traje de funcionario y de abogado, de ministerio y de partido, el del don

nadie de la calle, la esquina y el pasillo. Allá fuera no se oía el canto de gallo alguno ni mugía la vaca Mariposa; tampoco tronaba entre los palmares o se quemaba el pasto. Nadie pasaba a caballo ni apuraba burros. Muchos le habían dado la espalda al conuco para irse a la compañía petrolera y se olvidaron del turpial, el balido y la puya de arañar la tierra. Aquí se escuchaba el ronroneo automotor, se sufría del atajo del tránsito, se comía el condumio del kiosco. Mientras padecíamos ese "destierro" empezamos a leer el detalle de la pared roída, la minucia de lo feo y lo tosco, el expresivo sucio como una prolongación de una pesadilla de nuestra memoria y el tropiezo huero de lo vivencial urbano. La gente de Garmendia mediaba entre el doctor de maletín, el desempleo y el delinque. La muchacha aquella, la Marisela, era esta vez de carne y hueso, no de arrestos de redención; entre los viandantes fue muchas, despertaba inane sentimentalismo y hambre de prostíbulo, según. Ángel Rama se detuvo a leer con fruición esa narrativa garmendiana de *Día de ceniza* y de *Los pies de barro*. La calificó de expresionista y la incluyó entre los más conspicuas de tal estilo. Y fue así, con la venida del renombrado crítico uruguayo, un novelista otro en el achaque de contar crudamente lo purulento, el desperdicio, donde antes se sentía el mastranto y olía a chubasco entre el conuco y la candela. A esas horas, Garmendia alcanzó nombramiento mucho, maestría narrativa. Nunca fue lírico *per se.* Fue escritor de ciudad. Padeció de pronto una preciosa nostalgia, la de *Memorias de Altagracia* y concluyó cuentos de extraños y volátiles y las del capitán Kid. Allí se reía y se atristaba. La destreza en el oficio fue variada, fue diversa: prestó su gran capacidad descriptiva e inventora de personajes a la radio y la telenovela. Fue copiado en distintas lenguas. La versión francesa de su obra sufrió el hierro de la pedante *Gallimard*. El nombre de Juan Rulfo premió su cuentística. Tiempo atrás había conocido el prestigio del galardón nacional que lo reconocía como uno de los celebrados en el arte de contar, pero él, Salvador Garmendia, parecía hacerle caso

omiso a la gloria, al aplauso. Anduvo, ligero de apariencia, mesándose su luenga barba por la ciudad o por cualquier lugar de la tierra, sin mucha pretensión, escritor puro, aun hoy, a tantos días en que se le detuviera el corazón pero no el pálpito que lo eterniza.

13 de mayo de 2023

ANTONIA PALACIOS
UNA DAMA EN EL DESIERTO DE SU CUERPO

Antonia Palacios fue *Ana Isabel, una niña decente* entre los barrotes de una casa frente a la plaza Candelaria cuando Caracas terminaba en Chacaíto y su valle se tendía en el verdor de la caña, el follaje purpúreo de los bucares y el azahar de los cafetos, mientras el Guaire y sus arroyos transcurrían sin estorbo del automotor y el ronquido de los autobuses que no fuera el gaznate del catarroso trencito que con pereza provenía de Barlovento. El agua se precipitaba de una de las zanjas del Ávila (mediaban los límites de la larga y undosa hacienda Sans Souci aun sin mudar su nombre de *Country Club*) y hasta allá iba la niña con sus amigos a gozar de la cascada de su fuente bajo el cuido de algún gañán de los Palacios. Ana Isabel tuvo domicilio bajo los samanes de la plaza y en medio de la grita de los mocosos de entonces. Sonaba la campana de la iglesia y le hacía coro el cencerro del tranvía. La inocencia se retardaba de una a otra página en la lectura de ese libro, el breve libro, cuya tranquila anécdota daría nombre duradero a la narrativa venezolana, como se sabe; y Antonia Palacios, su inventora –acaso sin proponérselo– iniciaba de esta suerte el camino, el vasto camino, de su destino de escritora. Desde ese su primer achaque literario harían cotejo otras escrituras como *Viaje al frailejón* y *París y tres recuerdos,* donde guardaría memoria de aquel César Vallejo penumbroso que cierto día esmeraba su hermetismo de peruano del Perú cuando agotaba una copa de *calvados* en cierto café de Montparnasse; pero aun no era ella definitivamente Antonia Palacios. La esperaba el dolor que le ocasionaría la muerte de una hija y la revelación de una prosa en la que una atmósfera de ciudad sin nombre propio y unos seres que perdían realidad, desfigurados por el resplandor de una confidencia

que como luz de última tarde perdía sus contornos en un tiempo alternando la apariencia narrativa de un estilo desusado en el género que había una vez de los años veinte que medraban entre el gomecismo y el aprendizaje, el duro aprendizaje, de primeros días en nuestra democracia. En los momentos siguientes ya la escritora es dueña de varias obras. La crítica, no sabe cómo llamar a esos títulos, ni menos a su interioridad. En verdad era una *rara* del oficio. Su decir insistía en entretener la prosa de un lugar desconcertante, la de un largo día ya seguro y unos textos del desalojo (que así llamaba a sus insomnios, sus cómplices en la imaginación). La poesía o –por mejor nombrar– la transfiguración de lo real (que antes solía irrumpir en medio de la anécdota) permitiría que su obra se adueñara de un señorío cada vez más cotidiano, más siempre. La prosa narrativa se rindió a esa irrupción y luego a su adueñamiento y Antonia Palacios conoció y padeció tal soledad creadora. Bastaría citar su libro *Hondo temblor de lo secreto* para identificarla con la poesía en prosa más personal y única de las que se tenga noticia en nuestro acervo literario. Ella, Antonia Palacios, había recibido, en su ahora alta vida, la visita del tiempo, allí, donde ocurre el deterioro del cuerpo, la carnalidad de lo marchito. Cesó de referir el asunto narrativo, no convocaba para nada a sus desfigurados personajes: se encontró sola, sola consigo misma, crepuscular y murmuró, dio testimonio, confesión de mujer Job, habitante de la ceniza, vacante en un desierto físico, se este modo: *Sobre mi cuerpo cae la sombra. Se detiene en mi cuerpo, lo arropa todo. Quiero abrir una hendidura, una leve transparencia que apenas roce mi frente. Me acosa el siniestro fulgor. Mi desnudez se oculta en una materia que segrega oscuridad. Alguien grita a la noche. Alguien la nombra, esta noche sin fuegos, apagada y tan quieta. En un silencio extremo comienza a circular la noche. En ella me detengo.* Dama en el desierto de su cuerpo la he llamado. No perturbemos pues su sombra sobre la arena. Quiere ser ella, íngrima, perpetua, como su escritura.

13 de mayo de 2023

CÉSAR RENGIFO
GENTE CON ROPA DE TIERRA Y EL CORAZÓN AFUERA

Del pintor que fue César Rengifo perdura el renombre de un mural sobre el dios Amalivaca, el creador del hombre, fruto de la siembra de una palma, en los muros del Centro Simón Bolívar caraqueño, y el del cuadro *La flor del hijo* en la Galería Nacional. Su vasta obra pictórica abunda en las colecciones públicas y privadas del país y más allá, pero no es inane afirmar que ellas dos bastan para eternizar su nombramiento entre los artistas nacionales que cultivaron la obra plástica de una tierra aterida y sola, el horizonte vencido por la sequedad y el desalojo, el árbol famélico a cuya escasa sombra se cobija frente a la vastedad de un suelo agrietado como las manos de quien escarba inútilmente en su víscera de imposible o escaso tubérculo, muestra la marca del hierro de la esclavitud con sus nuevas lastimaduras y la herencia del abuelo indio reducido a animalidad. Pintor del asunto social, marcó el devenir artístico que lo distingue entre los creadores del realismo plástico que se dieron a trazar sobre la tela y la porcelana, el domicilio de polvo y sed donde mora el labriego expoliado, el campesino sin sementera, el habitante del rancho de lata y cartón, compañero del perro flaco y de la mujer abrazada al hijo casi ilusorio de tan frágil, tan ojeroso. Pintura de protesta esta y de ternura airada, siempre bajo una luz desvanecida, a lo sumo cejijunta, presagiosa, en tanto progresa en su entorno el latifundio insaciable y el barrio asido a los barrancos mientras la ciudad levanta torres y mansiones en toda Venezuela. Lejos se hallaba César Rengifo de obedecer a la modernidad sin rostro ni humanismo de la vanguardia abstracta que abundaba en los días de su mocedad y prefirió mantenerse fiel a sus maneras de pintor realista y a su sensibi-

lidad social y política. Sus creaciones narraban la tristeza y el azoro de los humillados y ofendidos. Hacia tal demanda enderezó su idea fija. Otro César Rengifo convivía con el artista, bien que casi oculto (largo rato de su existencia transcurrió bajo nuestras dictaduras y el predominio de un gusto de una dramaturgia más literaria, menos realista o de color local ganaba a sus seguidores) y hubo de esperar entonces el momento en que su otro yo se ofreciera con largueza: el del dramaturgo. Su muerte, tan temprano, le negó el tiempo de conocer la celebración de sus dones en el drama, las cantatas, las comedias y sobremanera la del tema histórico y político. He aquí algunas de sus piezas memorables: *Esa espiga sembrada en Carabobo*, *Los hombres de los Cantos amargos*, *Buenaventura chatarra*, *El vendaval amarillo*, *Estrellas sobre el crepúsculo*, *La fiesta de los moribundos;* no pocas de ellas dirigidas por sí mismo. ¿Cómo olvidar, entre ese acopio de piezas, la trilogía *Lo que dejó la tempestad* donde escenifica la Guerra Federal, o bien *Oscéneba*, el drama en tres actos y seis cuadros sobre la saña y la barbarie que sufrieron nuestros pueblos originarios durante la Conquista y la Colonia en la Cubagua del desangramiento de las perlas? El alcance de su solidaridad con los pueblos de América en la lucha por sus soberanías se muestra en la pieza ofrecida a Chile, *Volcanes sobre el Mapocho*. *Llamas sobre el llanto* se titula la selección de su obra incorporada por la Biblioteca Ayacucho a la Colección Clásica. "Su producción –observa en el prólogo Orlando Rodríguez B.– abarca toda nuestra historia". "¿Qué es un artista? –le preguntamos con el prologuista–. Alguna vez respondió: 'Un artista no es un ser distinto de los demás. Cumple para la colectividad un oficio de categoría superior'". En él, en César Rengifo, dase el del pintor, el dramaturgo, el luchador social, el del fervor por una humanidad algún día redimida.

14 de mayo de 2023

LA LLUVIA, SEGÚN ARTURO USLAR PIETRI

Todavía llueve en aquel cuento. No amaina. Un niño, aparición de un ensueño de la sed, interrumpió el tenaz verano en medio de la agonía del desánimo y de la alucinación de una espera, era fantasma en la pequeña Venezuela rural con nombre de Jesusa, la mujer habitante de una muerte moral sin nubes y sin sus dones. Ocurrió de pronto: la presencia de la criatura sin figura humana pudo haber sido más bien una creación del viento, una alucinación en medio de la desesperanza que agobiaba a los dos seres labriegos en el campo de tierra muerta de sed y de esperanza. El tiempo real y el tiempo narrativo del cuento que decimos se confundieron en una escritura desprovista de todo rebuscamiento, tan igual a la atmósfera desértica de la canícula bajo cuyo castigo transcurre. No requirió de otro pretexto Arturo Uslar Pietri para detenerse en narrar una situación inmóvil, cuya duración semejaba a la del fin de algo, suerte de adiós a toda ilusión para aquellos dos seres que personificaban el vacío, la vida nula en que transcurría la espera del agua de allá arriba. El ruido de la hojarasca mentía su semejanza a llovizna cuando ocurrió la aparición del niño durante la alucinada angustia que avivaba la mezquindad de la gota de agua innumerable, tanto tiempo presentida. No sabremos nunca si fue cierto ese regreso obstinadamente tardío de la vida renovada que traían las nubes ni esa criatura humana que jugaba con un saltamontes en el yermo de la nada. No; nunca lo sabremos, porque el embrujo persistirá en el recuerdo de la breve narración, una de las innumerables inventadas por el creador de una cuentística en la que se dan la tierra venezolana de región y la universalidad de sus asuntos. Sería insensato,

a estas horas de su gloria, cometer el recuento de la vida de Uslar Pietri que Venezuela entera conoce minuciosamente entre los seguidores del realismo mágico y lo real maravilloso. A esos dos géneros pertenece *Las lanzas coloradas*, su novela cumbre después de sus otras creaciones literarias de ficción. En ella podría resumirse el valor literario y moral de un momento de la Guerra Federal y de su personaje, Presentación Campos, quien particulariza al hombre irredento en busca de una venganza a su condición de nadie. Acaso la elección de un instante en la vastedad de un testimonio creador como es el que eterniza a Uslar Pietri satisfaga el ansia de medir su alcance orientando nuestro privilegio hacia un cuento como *La lluvia*, porque se nos antoja que es allí donde hallamos una suerte de compendio del interminable anecdotario de una cuentística que se asienta en lo rural, en el llamado color local y no tiene lugar identificable porque pertenece a la obra de arte. Venezolano amoroso de Venezuela, fue Arturo Uslar Pietri, a la cual profesó un sentimiento indesmayable de toda suerte, como servidor público y en el desvelo de su ayer y su mañana, así en las academias como en las bancadas del senado, el ministerio o la determinación de avivar una bandera política que llegó a flamear entre una y otra ilusión de futuro, sin que desmayara nunca el fervor de pedagogo en su cátedra de nacionalismo y en sus lecciones de cultura, como aquella televisiva de *Los valores humanos* o la de la crónica periodística de *Pizarrón*, que solo pudo silenciar la muerte. Particularizar su obra ensayística también exige un reto, como su Bolívar o su Andrés Bello. Con ambos supo sintetizar ese amor por el país y también su angustia convertida en nubarrones que, como en el poema de Baudelaire, se las llevó el viento de nuestra controversial historia la cual conoce hoy en el momento de un regreso al verdor en medio del desierto de su ayer.

15 de mayo de 2023

JUAN RULFO
LA GLORIA EN POCAS PÁGINAS

Este era un mexicano de Jalisco pedregoso y seco que empezó su infancia mientras los sombrerudos de Zapata y Pancho Villa de cuando la Revolución Mexicana corría por los maizales del Norte empurpurándolos. Dicen que los jalisqueños, los de esos valles espinosos y cerros ambiguos (mitad tendidos, mitad joroba) son parcos en palabras (o lo fueron alguna vez) y cualquier respuesta ralea, al menos que fuera para meterse más dentro del mutismo desautorizando así el grito –tan nacional ¿no?– de la canción que le reclaman a su gentilicio el "ay Jalisco no te rajes", como si todo el gentilicio fuera alguien y Guadalajara, vecina, mujer suya y se quiere a la buenas porque es peligroso que eres a las malas. Pero si nombramos a Juan Nepomuceno Carlos Pérez Rulfo Viscaíno, que era natural de allá o de su aledaño, nos hallaríamos con la incómoda contradicción de esos divulgados atributos, mas solo un rato, cuando sobrevenga la fama de los dos libros de interminable nombramiento: *El llano en llamas* y *Pedro Paramo*. Sí, dos lecturas tan solo, tan escuetas como la corrección del elocuente nombre civil del autor, achicado por el de Juan Rulfo o Rulfo a secas, que es mucho y bastante. La anécdota, además, de su prosa y contenido es la misma: el viento, la soledad y la muerte, como si lo que dejara la Revolución fuera milpa huera, legua de abrojo, renovada pobreza, venganza, desconsuelo y rebelión, la de los cristeros, por ejemplo, donde los soldados vestían sotanas y las iglesias cambiaban sus altares por cuarteles. Sea así o casi, lo cierto es que el jalisqueño de marras vivió y aprendió el patrimonio de callarse, a lo Jalisco, con los labios cerrados, escuchando a un tío suyo (eso divulga la leyenda y se la atribuyeron al propio escritor) referirle intimidades de

los levantados contra el gobierno durante los tiempos de los cristeros las cuales el sobrino guardaría en su memoria para que no se le olvidara *Luvina* ni Juan Preciado, vale decir, el paisaje que dejara afantasmada la ilusión social de Zapata y Villa y el comportamiento de un cacique del medioevo campesino en cuya búsqueda el mundo entero lee y vuelve a leer para siempre en cualquier idioma terrestre. No pensó Rulfo nunca en eternizarse con tales confidencias familiares, ni menos con las de su misma invención. Quienes observaran las imágenes fotográfica que el escritor realizara con fervor descubría esos campos solos, esas mujeres enlutadas a la sombra de los aleros, esos hombres curvados bajo el peso del más allá y del hato de carrizos mientras la amapola de la flor del chicalote se burla de la tristeza de los baldíos o del trasmundo, entendería con ventaja el estilo y el asunto que dan cuenta de semejante maestría en la narración de esos paisajes que prometen caminos que llevan a la desolación de un poblado y de unos seres que viven muertos y a veces ni lo saben. No más concluyó el relato de los cuentos y de la novela que decimos, su autor enmudeció, uno no sabe si por estupefacción ante lo que había hecho, acaso porque quien lo suscitara había fallecido o por obedecer a la definición jalisqueña del mutismo en el decir. Lo que es verdad fue el abuso de callar su narrativa y de privarnos de una nueva obra, bien que prometiera la conclusión de cierta novela, *La frontera*, que nunca existió. Nadie, en los predios de la literatura de ficción, había cometido tamaña insensatez. ¿Qué más escribir –diría Rulfo a quien se inmiscuyera en su terca soledumbre– después de hablar de tanta muerte, tanto fantasma y tanto golpe de viento y tanto polvo? Su muerte y sus dos escuetos y solitarios libros viven con él en su inesperada gloria, "entre los máximos exponentes de la literatura de nuestro siglo", señala Jorge Ruffinelli en el prefacio de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho. El lector, el desocupado lector de la tierra entera, seguirá oyendo la fuerza oral de la prosa rulfiana, domicilio de la muerte y de la presencia en

lo impalpable como la metáfora de un camposanto donde somos una escritura silenciosa del engaño de mirarnos. "–¿Qué es?, quiere saber uno de esos fantasmas en *Luvina*." "–¿Qué es qué?, le pregunta a su vez no sé quién." "–Eso, el ruido ese." "–El silencio, le responde". Eso somos o su desesperación airada. Y es así desde Shakespeare a Faulkner. Desde la Biblia, Rulfo puro y ahora lo sabemos.

16 de mayo de 2023

"¿Dónde queda la Plaza Bolívar?" preguntó, no más entró a la ciudad guzmancista. Ya no era el poeta modernista, el pensador sentimental de América, el ensayista prodigioso, el del verbo encendido, el de la epístola de belleza estética, el periodista literario, el historiador del continente, el soñador de patrias y desprecio al imperialismo y el mártir de Dos Ríos. Era el fervoroso bolivariano. Hacia el bronce ecuestre dirigió sus pasos el recién llegado después de cruzar la ciudad de casas que halló desaliñadas, la calle torcida y el habitante, los más, isleños de las Canarias, de manos duras, el lento proceder, rutinarios, la clase pudiente bien quista, el traje europeo, la mujer airosa ("la belleza besa los labios de las mujeres de esta tierra"); la iglesia autárquica y el miedo a la guerra civil. Mostraba, sí, la ciudad maltratada en su descuidada apariencia. Un remedo parisino, obsesión del caudillo, el autoproclamado "ilustre americano", civilizador y subido, por su propia egolatría, a una estatua que el vulgo reidor bautizara como "el saludante" por su empeño en ofrecer su brazo de héroe al vulgo como si llegara para siempre de triunfar en la batalla o zafarrancho de Curamichate. Pedagogo, tuvo tiempo José Martí de impartir clases a los jóvenes caraqueños, de discurrir en los clubes sociales, de escribir para las revistas literarias de entonces y de conocer y celebrar la amistad, la modestia y la erudición ("lo que supo pasma") de Cecilio Acosta a quien, al morir, le cedió una de sus más amorosas y dulces palabras que disgustaron a Guzmán Blanco, habituado como vivía a rodearse de áulicos, por lo que lo echaría casi enseguida de Venezuela. Habituado al destierro, como gran justiciero de la libertad y por consecuencia afrentador de

tiranos y opresores, Martí regresó a los caminos de su errancia donde privilegió entre sus pasiones americanistas y su amor a su Cuba libre y soberana, la celebración de la eternidad de Simón Bolívar y de su sueño civilizador e integrador de fronteras y autodeterminación de absolutos. Nadie, entre los tantos celebrantes de la herencia bolivariana lograría levantar tan al infinito de la glorificación y la altura de la perennidad lo que con su palabra y la escritura alcanzó dejar a la historia americana y universal como el prócer cubano las innúmeradas veces que llevó a sus labios y a sus sienes el nombre y la obra redentora de El Libertador: "de aquel que fue como el samán de sus llanuras, en la pompa y la generosidad, y como los ríos que caen atormentados de las cumbres y como los peñascos que vienen ardiendo, en luz y fulgor, de las entrañas de la tierra, traigo el homenaje infeliz de mis palabras" y no le bastó, no le bastó nunca con evocarlo de esa guisa, porque su genio verbal no satisfizo el ansia de invocar a Bolívar como se lo exigía su pecho y entonces fue impaciente con su voluntad y sentimiento para que su decir rozara lo sublime: "¡Oh no! En calma no se puede hablar de aquel que no vivió jamás en ella: de Bolívar se puede hablar con una montaña por tribuna, o entre relámpagos y ratos, o con un manojo de pueblos en el puño y la tiranía descabezada a los pies". Paecista, pero más del Páez guerrillero de las cejas de monte, los charcos y la candela, la del caballo en la revuelta sorpresiva en *Las Queseras del Medio* fue asimismo su vehemencia en la loa y triste pesadumbre cuando imaginó al llanero de ojo zahorí derribado por la muerte, allá en su exilio de Nueva York. La patria de Bolívar fue la suya, el enlazamiento de las tres naciones que lograron su espada y su frenesí. Toda patria ha de llevar siempre su nombre, parece decirnos desde su eternidad en Dos Ríos, la de ayer, la de hoy y más allá del tiempo y la abraza su corazón que no deja que desmaye. Nunca.

19 de mayo de 2023

ENRIQUE BERNARDO NÚÑEZ
NOTICIAS DE LAS ÚLTIMAS ESQUINAS Y DE UNA NOVELA SOLITARIA

Enrique Bernardo Núñez no sonrío nunca. Si lo hizo acaso no hubo noticia de ese gesto conciliador durante su tranquila vida, detenida un primero de octubre, como hace unos días. Tuvo su morada en una casa caraqueña (había nacido en Valencia, mas desertó de ella desde su adolescencia) donde cuidó con celo los libros de su biblioteca y profesó amor por su mobiliario de oscura madera y cuero de suela, ofrecidos en subasta apenas muriera su recoleto morador del barrio Los Chorros. Quien observa su semblante en las imágenes fotográficas que exorcizan la borradura de la memoria (ese fiel compañero de la muerte) descubre su grave expresión, sus labios a punto de amargura o descreimiento y su traje de funcionario que nunca supo de la libertad del cuello abierto. Quiso ser médico, pero su interés por el bisturí duró poco cuando se dio a frecuentar la inteligencia y el imaginario de la generación literaria del 18. Su destino de escritor lo encaminó hacia la crónica periodística y el ensayo. Su juventud y primera madurez transcurrieron durante el oscurantismo gomecista, al que miró con indiferencia el día en que el escritor Manuel Díaz Rodríguez, aquel dueño de una prosa impecable y bien cuidada, como fuera la novela *Ídolos rotos*, lo invitó a que fuera su secretario en la gobernación de Margarita. Acaso mientras cumplía esas diligencias de oficina, recorriera Cubagua, la isla desértica tumba del emporio perlero de la Colonia, y presentiría ya lo que habría de ser la obra maestra de nuestra narrativa, la cual conociera el desinterés de los mismos escritores y lectores de entonces y luego sufriera por largo tiempo la respuesta del lector para vergüenza de la historia literaria de Venezuela.

Enrique Bernardo Núñez esperó a que Gómez sucumbiera para aceptar no pocos cargos diplomáticos en Colombia, Cuba (donde comenzó a escribir el manuscrito de *Cubagua*), luego en Panamá (de cuya permanencia es génesis la novela *La galera de Tiberio*). Fue cónsul en Baltimore y luego regresó a Caracas donde frecuentara las salas de redacciones para ofrecer las crónicas cotidianas que lo eternizarían, sin descuidar un punto sus dones de ensayista, de los que son prueba *El hombre de la levita gris*, esa confidencia sobre el caudillo tachirence de Capacho Viejo y también *Viaje por el país de las máquinas*, *Después de Ayacucho* y sobre los árboles derribados de Venezuela en cuya muerte su fina pero heridora ironía leyera la historia trunca nacional (Trino Borges *dixit*). Su pasión memoriosa resultaría reconocida por los académicos de la historia quienes lo invitaron a sentarse entre ellos en el sillón de la letra M. Alguien, sobreviviente del periodismo creativo, tituló así tan meritoria invitación: *han sembrado un samán en la academia.* Cada día y sin retardo alguno, cedía sus crónicas a los periódicos de la ciudad, casi todas difundidas por el diario *El Universal*. A medida que caían las casonas caraqueñas, sus zaguanes y sus tejados fue anotando sus nombres a modo de epitafios y sus sepultados nombres de esquina y callejones con los que concluyera otra de sus obras perdurables: *La ciudad de los techos rojos*. No hay cómo privilegiar la obra diversa de Enrique Bernardo Núñez, el cronista oficial y sentimental de Caracas, el autor de *Cacao* por ejemplo o de *El hombre de la levita gris*, sin antes mencionar a su novela *Cubagua*, tan extraña e incomprensiblemente solitaria, a la que el mismo Mariano Picón Salas leyera con apuro, siendo ella, *Cubagua*, una ficción narrativa que nunca le rindió tributo al positivismo narrativo, al criollismo galleguiano y de sus seguidores del 28. *Cubagua* incorporó los planos narrativos de Faulkner, el monólogo joyceano, el devaneo de la consciencia de Italo Svevo y la memoria del corazón de Marcel Proust. Después murió, como se dijo, un primero de octubre.

Ninguna esquina lleva su nombre y de su novela *Cubagua* se ocupan los tesistas universitarios y los escribidores de las reinvenciones del había una vez. El arte de la crónica, su limpia prosa, su concreción temática, su arte, su muy difícil arte, espera aun por alguien que conjure su olvido.

20 de mayo de 2023

UNA NOCHE TODA LLENA DE JOSÉ ASUNCIÓN SILVA

Es una casa con ventanas de miradas casi tímidas. Se asoman allá en Bogotá, después de un zaguán de ojos entornados que miran hacia una modesta habitación casi semioculta. Fue allí. José Asunción Silva la había abandonado para irle a preguntar a un galeno amigo en qué lugar de su pecho latía su corazón. Eso bastó. ¿Se supo quién oiría el disparo? El poeta de las noches, del nocturno de afuera y de adentro, jamás pudo presentir que esa hora del tiempo sería su ascenso al mito cuando sobre la almohada de su lecho se precipitara su vida a la que nunca perdonó su retardo en la tierra después de que su hermana, su amada (la vana conjetura murmuró que él la amaba de otro modo del que lo ceñía el lazo fraternal) muriera de muerte pronta. Había sido larga y con igual nombramiento su obra poética, signada, no se sabe por qué antojo crítico, de costumbrista siendo su obstinación temática la caída de las sombras, la hora de los románticos. Mucha, ciertamente, abundó en la tenebra, la escritura de sus versos y del mismo comento la música de sus rimas, atenta al oído puro del que fue privilegio músicos como Mozart y Chopin. ¿Por qué, entre su copiosa creación fue y es fama que su más alta poesía distingue ese canto inconsolable de *Una noche*? Aquel disparo, su vallejiano golpe, lo ungiría como el autor de un poema único, don de su genio versificador y del motivo (la amada y el amado, confundidos en *una sola sombra larga*), quejumbroso y quedo, a modo del soliloquio de violoncelo y cuyo asunto y melodía verbal silenciarían toda su otra invención lírica y cuidado si la poesía colombiana de su tiempo y de siempre. No hay instante en la eternidad de José Asunción Silva en que no se escuche ese poema y se propague

en el tráfago de las incontables ediciones donde fulge su embrujo. No se contenta su lectura con el mero goce de deletrearla y memorizarla insaciable. Pasa el capricho de lo nuevo, se marchita el verso métrico del furor modernista, el muy colombiano refectorio piedracelista de Carranza (y de los otros), más allá de León de Greif y de su desmesurada idolatría y el dicho poema persiste en su preciosura, incólume, ofreciendo, sin mácula alguna, su misterio sombrío. Quién, entre los humanos de estas regiones y acaso más lejos, no repite, como rezo de feligrés ante la invocación de una deidad, aquellos versos, que hoy, un 23 de mayo de 1865, vuelven y vuelven a escribirse en nuestra memoria, de igual modo como fueran concluidos para que permanezcan cada vez que lobreguece en el mundo, como en aquel golpe sobre el pecho del poeta en una delgada cama y la mancha púrpura donde abrevó para siempre su espíritu, así: *Una noche toda llena de perfume, de murmullos y de música de alas / Una noche / en que ardían en la sombra nupcial y húmeda las luciérnagas fantásticas...*

23 de mayo de 2023

AMADO NERVO
AMOR MÍO, DIME ADIÓS

"Lloró demasiado", objeta ese juez tan injusto que es el tiempo a la poesía de Amado Nervo; pero le perdonó su fervor a aquel poema a su esposa, Ana Cecilia Luisa Dailliez, inmóvil en su lecho de madera, "el estuche de muerte", como le dice la norteamericana Susan Sontag, a quien nunca leyó. Hasta inventaron con su llanto una película parecida a esos versos enlutados del viudo, "el desconsolado", de Gérard de Nerval, a quien sí frecuentó. Ayer una multitud repetía el adiós a su amada y la hizo suya. Eran los días del nuevo decir romántico que corrigiera el último terceto de uno de los incontable sonetos de Rubén Darío, el protéico lirida, del que Nervo fuera puntual feligrés del padre del modernismo: "la muerte, la celosa por ver si me querías, /¡como a una margarita de amor te deshojó!" Al nacer llamose, con largo nombre en su vida civil y brevemente en su poesía, Juan Crisóstomo Ruiz de Nervo y Ordaz, mexicano de Tepic, Nayarit, (provincia poblada de pocos charros y mucho despecho), sin avizorar jamás que su larga obra (abundó en crónicas y corresponsalías de periodista) sería reducida a los compungidos versos que no pocas veces le concedieron fama: *¡Oh vida mia, vida mia¡ / agonicé en tu agonía / y con tu muerte morí. / ¡De tal manera te quería, / que estar sin ti es estar sin mí. / Faro de mi devoción, perenne cual mi aflicción, / es tu memoria bendita. / ¡Dulce y santa lamparita / dentro de mi corazón!* ¡Cuánta gente no asomó su llanto en esta lectura! Con razón Rilke afirmó que ser amado era consumirse en la llama, pero en Amado Nervo significó devenir ceniza de la nostalgia en la que hoy su poesía lo confina, hasta que Neruda la desautorizara en su poema *El tango del*

viudo: *Oh Maligna, ya habrás hallado la carta, ya habrás llorado de furia, / y habrás insultado el recuerdo de mi madre / llamándola perra podrida y madre de perros*. Es verdad que Amado Nervo nunca vivió ese odio, tan íntimo de lo amado. Fue, sí, fervoroso enlutado frente al cuerpo de su amada, mientras persistía el Darío de la melancolía y sus fingidas amadas, a las que Borges le mezquinara prestigio lírico alguno, concediéndole tan solo el privilegio de retener estos escasos versos: "La princesa está pálida en su silla de oro". Entretanto y animado por el romanticismo de Zorilla, José Antonio Maitín, allá en Choroní, se rendiría a las lágrimas frente al sarcófago de su esposa, enrostrándole a la aldea costanera su indiferencia ante su enlutamiento: "¡Oh pintoresco Choroní, tan poco así te mueva, / tu soledad amiga, ¿por qué se muestra a mi dolor ajena?" Maitín no gozó de la suerte que hoy reserva a Amado Nervo: el de ser olvidado por la historia como un aeda del modernismo hispanoamericano, mientras se eternizaba el dios Darío, por quien Ángel Rama se preguntaba "¿todavía está vivo?". Otra suerte, menos injusta, le reservaría el destino al lloroso poeta mexicano: el de la crónica, de que fuera modesto pero elocuente prosista, cuando abandonara (¿cuántas veces?) su país para frecuentar el París del boulevard, las francachelas literarias en *Le Dôme*, *La Rotunde*, *La Coupole* (donde acaso halló paliativo a las lastimaduras de su viudez y alejamiento a su fervor religioso) y emprendía no pocas errancias por la Europa de la preguerra como corresponsal de los periódicos mexicanos y prestaba su atención a las curiosidades científicas del momento. Suscribiéndolas daba noticia de sus dones de prosista en tanto quedaban el viudo, su amada inmóvil, el resto de su otra poesía, confinados en empolvados archivos de biblioteca y apurada relectura o graves, como aquel instante que moviera a Antonio Machado a decir que un golpe de urna en una fosa "es algo perfectamente serio".

24 de mayo de 2023

ROSCIO
LA RABIA DE LA GUERRA Y SUS LEYES

San Francisco de Tiznado no era nadie entre los pueblos de la Provincia de Caracas, cuyos límites (por el costado de los llanos guariqueños) se detenía en Aguardatinajas, donde el padre de Bolívar poseía largo feudo. Allí, entre el arreo de reses, hijo de Cristóbal Roscio, italiano de Milán (a quien no lastimaba la ignorancia, puesto que dominaba el latín) y su madre mestiza, Paula María Nieves, en morada campesina, nació Juan Germán Roscio. Acaso su vida hubiera corrido la misma suerte del villorio, uno más de la Capitanía General de Venezuela o Factoría y absolutismo mercantil de la Compañía Guipuzcoana, dueña de fijar el precio de los cueros y los frutos de esa Venezuela, aun sin Venezuela, si no lo hubiera sido ungido por el destino como se sabe. Sí, tal vez hubiera terminado viviendo al arrebiate del padre como pastor y comerciante del agro, de no ser por doña María, la esposa, nada menos, del marqués de Mijares, amiga de la familia y a quien la rindiera el cariño que la movía por uno de sus vástagos, Juan Germán. Tanto fue ese sentimiento y tan largo y tan sin desmayo que cuidó del muchacho hasta verlo lucir la toga de abogado. ¿Cuándo comenzó luego el derrotero de uno de los forjadores de nuestra gesta independentista? ¿Acaso –como tiene dicho Merleau-Ponty– cuando un revolucionario no es una creación de la ciencia sino de la indignación? En lo que toca a Roscio tuvo como fecha de bautismo su alianza con Gual y España y los insurrectos contra el Imperio español. También su afrontamiento con los juristas del Colegio de Abogados que le negaron su legitimidad entre los suyos, por considerarlo un pardo, un blanco de orilla, de cuya negativa saldría librado

gracias a sus dones en la profesión y a su discurso de futuro legislador. Dicen –entre leyenda y mentideros no muy hueros– que el clero le había negado a una vecina –¿o a su mujer– el derecho a arrodillarse ante el altar sobre una almohadilla, privilegio solo permitido a las mantuanas. Lector voraz de la escritura jurídica determinó desconocer con un grupo de insurrectos a la Capitanía General autoproclamándose constituyentista del 19 de abril y asumiendo la Junta de Caracas, ese primer día de la creación de Venezuela. La historia y la historia de su vida solo pueden glosarla la redacción de las leyes con la que se iniciaba la República de Venezuela aquel 5 de julio de 1811, cuya Constitución, redactara y suscribiera así como las leyes de la guerra liberadora, las del Congreso de Angostura, de que fuera diputado, la Vicepresidencia de la Gran Colombia, la dirección del *Correo del Orinoco*, como lo fuera antes de 1810 de la *Gazeta de Caracas*, organizador de la Constitución de las provincias y también nuestro primer canciller. Incansable entonces fueron las armas de su escritura y sus debates independentistas. En 1817 concluiría su obra más alta, *El triunfo de la libertad sobre el despotismo*, elegida entre los clásicos de la Biblioteca Ayacucho. Se fue a editarla a Pennsylvania para que no la quemara el auto de fe del Santo Oficio caraqueño. También escribió *El catecismo religioso-político contra el real catecismo de Fernando VII*. Sufrió el fracaso de la Primera República y las rejas de la cárcel, acusado –fuera de toda duda– de formar parte de su creación. Pudo escapar de la ergástula cuyo candado se cerrara para siempre sobre la desgracia de Miranda. Una especie, difundida tras corrales, se preguntaba por qué fue ambiguo con el Precursor, a quien los godos dieron la espalda y también él –que no lo era– cuando lo confinaron como diputado del perdido caserío de El Pao cojedeño y le mezquinaron el apoyo en el campo de batalla. Sus lecturas fueron las de toda lengua, sobremanera la de Rousseau. Así mismo, abrevó en las Sagradas Escrituras, las del viejo y Nuevo testamento, donde encontró alianzas

con la voluntad de desconocimiento, distinguiendo a Cristo como a un insurrecto del imperio romano. Su teología liberal se opuso a la de los clérigos, defensores de la tiranía absolutista de Fernando VII. Animó a sus lectores y a los seguidores de la Liberación a desconocer la obediencia ciega, sumisa, ese sentimiento de la ignorancia, obediente a la clerecía, acólita, lacaya, de la Corona, enceguecida por el sermón eclesiástico, el segundo poder de la monarquía española. Cierto día (moriría en el 1821), escribió una carta a Martín Tovar donde pareciera desilusionarse de su participación por escrito de la guerra ordenada por las leyes constitucionales: "Yo quisiera más bien obrar con las armas en la mano para vengar los agravios de la patria que escribir más de lo que he escrito. Nunca fue esta mi profesión; pero ella lo debe ser de todo hombre que ame la libertad y que aspira darla a sus semejantes". Domingo Miliani lo copia en las puertas de su prólogo para Ayacucho; pero el hado, el *ananké* de los griegos, pudo más que esta incertidumbre. La historia de nuestra guerra y de su triunfo, requería, con Bolívar guerrero, de este otro guerrero, el de la rabia de la guerra y el sosiego de la ley, esto es del gobierno de su civilización.

27 de mayo de 2023

RAMOS SUCRE
LA ALTA NOCHE EN PLENO MEDIODÍA

El espinazo de la península de Araya no anochece nunca. La blancura de la sal que cubre su apariencia desnuda no desmaya ni cuando el tiempo lobreguece. Quien desde ella contempla la cercana costa de Cumaná se entiende con la mentira. Así debió mirarla, no en su desnudez hirsuta sino después del ventanal de su casa de cautivo un ser que jamás conoció el sueño. La historia de su sombra le negó ese sopor. Dice la anécdota que un presbítero de su estirpe prohibióle cualquier entendimiento con el afuera que no fuera la interioridad que concede la lectura de los antiguos y donde el tiempo no conoce otro amanecer que no fuera el del concepto, la idea o la sensación, que tanto aman los clásicos y sus dioses de papel. Basta con mirar los ojos de José Antonio Ramos Sucre en la única imagen que de él se tiene para entender aquel verso suyo de *La torre de timón*: "Yo quisiera estar entre vacías tinieblas". Por eso, atribuirle soledad de tenebra a la península pálida no es mero antojo. Así debió columbrarla aquella pupila de búho que hoy lo eterniza. La oscuridad fue su verdadero domicilio detrás de los párpados. La vida, su vida de recluso (del día y de la lectura) educaron sus dones de biógrafo de poeta de tono satánico de que habla Francisco Pérez Perdomo –su próximo en esas frecuentaciones a los arcanos– cuando loa sus textos, harto tiempo castigados bajo el anatema de "raro", al momento de intentar incluirlo entre los bardos de la poesía de su tiempo y hasta de mucho más tarde acrecentando así el aislamiento que lo sumiera en la oscuridad del mediodía nocturno y moviera a decirse así miso que su obra sería reconocida después, alguna vez. La prosa fue su lenguaje de elección y

la culpa de haber sido excluido entre los versificadores del parnaso y del modernismo lírico. ¿Qué hallaron los *fabros* de entonces en las páginas de sus escasas creaciones, las de *La torre de timón*, *Cielo de esmalte*, *Las formas del fuego*? Es fama que hubo de esperar a que Augusto León, poeta y lector perspicaz, consiguiera su entrada entre nuestros escasos orfebres del simbolismo poético en cuya medra prosperaban los hacedores del género en el país de Baudelaire y sus *Pequeños poemas en prosa*. El viandante lector que diera a merodear por el viejo camposanto cumanés se toparía con la huesa del insomne que decimos. Desde su suicidio ginebrino, durante esa otra tiniebla del gomecismo, aguarda mejor lugar para sus ojos enterrados, a los que el enigma de la otredad lograra al fin conciliar el sueño de la gloria de su hoy celebrado nombramiento. Ahora duerme entre sus deidades góticas, los habitantes del castillo y el antro, el consultor de grimorios, el íntimo del delirio, la dama de embrujo celeste y diabólico y donde los hijos de la tierra, "los nómades, reducidos a la indigencia, habían fijado su tienda de campaña en medio de un llano roído por el fuego".

08 de junio de 2023

EL PAÍS ERRANTE DE BLANCO FOMBONA

La machura a cada instante, cejijunto, el libro, la escritura y el arma en la misma mano, duelista, la esgrima, el garrote de vera curarigüeño, orondo porque en sus venas corría la misma sangre de la madre de Simón Bolívar, a ratos del lado de Cipriano Castro ("aquellas pasiones mudadizas de los intelectuales" que observa Jesús Sanoja Hernández en su admirable prólogo de la Biblioteca Ayacucho); desterrado largamente por Gómez, pero sobre todo enorme escritor de nombramiento fue y será Rufino Blanco Fombona. En algún momento le prestó atención al crudelísimo montañés después de su traición, más pronto advendría –y de por vida– su encarnizado enemigo, así en el papel periódico como en la página del libro (estuvo en los reuniones conspirativas antes de que echara anclas el Falke), el estilo de vitriolo en el panfleto y en la crónica (flabistán de estilo temible), con Darío y sus princesas de boca de fresa y de soneto de desmayada flor y con Gómez Carrillo vano durante sus largos días parisinos de francachela modernista. Tuvo tiempo para ser congresante, secretario de la jefatura civil y militar del Zulia, cónsul, gobernador de los Teques y Cataluña a pocas horas de la guerra civil, el grillo andradista en el tobillo, homicida "en defensa propia" o porque se airaba fácil, como si espantara con la bala loca alguna mosca demasiado consecuente con su ceño y su labia; y sobremanera él, el egotista Blanco Fombona, Rufino Blanco Fombona, primo, además, del ampuloso Eduardo Blanco (el de *Venezuela heroica* y *Miranda en la Carraca*, desde que prestara al pincel de Arturo Michelena su parecido al Precursor en aquel cuadro eterno). En toda esa conjunción de iracundia reflexiva y cavilosa predominó el

escritor protéico, el de la rúbrica enmascarada del seudónimo según los mentideros de la libertad de expresión de la persecución gomera a su persona y su escritura o el del ostentoso patronímico con que enrostraba su disenso y su castigo de adjetivos de pezuña y esputo a sus contrarios ideológicos o de dictadura caudillista, académico, la poltrona del curul y del funcionario, historiador, pensador e imaginero, bolivariano insaciable, reiterado antiimperialista y siempre errante y siempre mítico, como lo talla Ángel Rama en mármol vivo íntimo. Fue poeta modernista a su manera y sin esconder para nada su distanciamiento personal y estilístico con Darío (de cuya primera ruptura se dolería luego) escribió un día: *Mi querida se acerca, y dulcemente apóyase en mi espalda. / Su cabellera se impregnó en el baño de un olor a campiña. / Me dan ganas de beber leche, de domar un potro, de atravesar un río.* Su sobrevenido gusto naturalista acaso fuese deuda de Flaubert y de Zola al escribir *El hombre de hierro*, la novela de un *ménage à trois* en tiempos de Castro, cuya trama, tejida en esa Caracas de áulicos del Cabito y de corruptos de ministerio y compadrazgo, mal oculta la vida sosa de un burócrata y de un hijo hidrocefálico, regalo monstruoso de un cornudo. Páginas muchas hay en esa, su mejor narrativa, frecuentada con no pocos esbozos de dictadores y animales encorbatados de la coima. Pero huelga decir que su eternidad de escritor (y de detallado cotejo en estos *Ensayos Históricos*, compilados en el tomo 36 de la Biblioteca Ayacucho) radica en sus obras *Las Mocedades de Bolívar* y *El conquistador español del siglo XVI*. Errante, hubo de esperar la muerte, cansado de malechuría, de Juan Vicente Gómez, para regresar a casa. Jesús Sanoja Hernández recuerda la contagiosa mudanza de los intelectuales del castrismo y del gomecismo cuando hace referencia al cambio de sus posturas jacobinas de izquierda por las de seguidor de la derecha y animosidad anticomunista de los años 36. "Veía comunistas por todas partes", anota Sanoja Hernández, lo que no le prohibió loar la poesía del "bolchevique Neruda", como tampoco abjurar de su

antiimperialismo norteamericano. Fue, hasta su muerte en Argentina en los estertores de la segunda guerra mundial, antiyanqui y antimonroísta. Amó a Sandino, afrentó la segregación de Panamá y la ocupación de Cuba, destácase en el prólogo de marras. Su obra y su nombre –lo dijimos– estuvo silenciada mientras duraron los 27 años del gomecismo, pero apenas retornó a Venezuela se vio extranjero: nadie lo leía, pocos recordaban al entonces polemista de lenguaje de diatriba y de vitriolo, o sus ensayos, ni mucho menos al novelista panfletario de la *Máscara heroica* y menos el de *El hombre de hierro* o *El hombre de oro*. Hoy, su mito no conoce hendija alguna y siquiera de soslayo su bolivarianismo. Alguna vez, durante su largo destierro, inventó la Editorial América, una de cuyas colecciones llamó la Biblioteca Ayacucho, de la que hereda su nombre la Fundación del Ministerio del Poder Popular para la Cultura y es su casa, la casa de su país más nunca errante.

16 de junio de 2023

ANDRÉS ELOY BLANCO
LA POESÍA POR TODA VENEZUELA

Allá en Cumaná vive una casa mirando a Bolívar vestido de civil. Es enventanada, el corredor largo y las habitaciones asomadas a un jardín que trina sin pausa. Fue, es el hogar de un recuerdo que no conoce sosiego. En él nació Andrés Eloy Blanco. Su poesía lo nombra en un poema durante el contumaz exilio que lo persiguiera durante las torvas dictaduras que asolaron a Venezuela. No hay venezolano que no haya tenido aviso de su vida de poeta y no halla memorizado cualquiera de su profusa obra literaria, la risueña, la compungida, la sosegada y la airada. Tal prestigio débese a cierta entonación vecina del canto, al sentimiento diario del vivir y a su fervorosa voluntad de nombrar lugares, caminos, seres, ayeres, los más dolidos e inocentes, de Venezuela, como aquella, la de la loca Luz Caraballo de Chachopo a Apartaderos o la procesión del Nazareno de San Pablo caraqueño que tropezara en su dolido camino con un ramo de limón y lo volvió milagroso; si no la de aquel guerrero Maisanta, el Americano o alguien sin nombre a quien le dejaron el corazón como capilla sin santo. Semejante nombramiento popular ocurre –y no nos corremos– porque el poeta sin muerte ni olvido que es Andrés Eloy Blanco gozó de la extraña, la esquiva gracia de versificar asuntos del desamor, la recurrente nostalgia, la pasión fundamental del pálpito amoroso, tal aquella copla del amor viajero o los sonetos modernistas y dariístas de la muchacha que le dijo al amante que esperara la respuesta de su requiebro porque en sus manos le sobraban flores para reírse de la primavera; y asimismo para sentir que tener, no fuera sino un hijo, era ser padre de este y cualquier hijo de la tierra entera. Las vanguardias literarias, los caprichos del

gusto por la poesía de nuevo antojo, no han logrado silenciar esa poesía emocionada, con frecuencia sentimental, sensible y sensitiva, que el poeta que evocamos inventara con extraña gracia la asidua lágrima, como la que moja su carta a la madre desde su exilio madrileño, una noche de pascua decembrina. Todos sabemos que el cementerio de la poesía venezolana es casa de olvidados, lápida visitada con puntualidad por el sol, la lluvia y el rocío y que nadie que no sea José Antonio Ramos Sucre, vecino y conterráneo que fuera de Andrés Eloy Blanco y poeta de prosa solitaria por incomprendida, lo asegure con creces desde la árida colina donde yace su cuerpo en el viejo camposanto cumanés. Sí, es fuerza decirlo y saberlo. Solo que cada vez que nombramos a Andrés Eloy Blanco ese ingrato estigma desconoce su malandanza: por más que los gustos poéticos echen a un lado nombres y versos acusados de pasatistas, la obra del cumanés de traje blanco y el perfil de gavilán cejé disfruta de la perpetuidad con que perdura la copla llanera, la décima oriental, el romance zuliano, y tanto y por siempre que su poesía comparte con esos octosílabos y endecasílabos la gloria de perder incluso su autoría para cederla a la memoria del común, a la propiedad indistinta. Hoy es así y mañana no cambiará un punto. ¿Por qué? No es insensato aseverar que esta eternidad obedece a los muchos, los incontados momentos en los que el poeta risueño y triste (el humor lo contagiaba en mitad de la melancolía, como en aquella risa de la aeroplana clueca) anda en busca del país, de su habitante y de su historia y pulsa el canto de las antiguas baladas, la confidencia amorosa y su fiel aflicción. Nunca dejó de mostrarse de tal guisa el poeta sombrío y garboso a un tiempo, ni menos callar en sus versos al país, sobremanera al que le dolía el desamor y el odio. Será por eso que todavía hay alguien, cuidado si hasta un estudiante de escuela de letras o pretensioso versificador bretoniano o anglófilo que deslice entre sus caletres estéticos un verso, siquiera el nombre, de Andrés Eloy Blanco. Eso bastaría para devolverlo, una vez más, de aquella, su

malhadada muerte mexicana, en una cualquiera esquina de la ciudad de Alfonso Reyes, mientras el dictador Pérez Jiménez ordenaba taparnos la boca para que enterráramos aun más hondo su nombre y su poesía. La poesía, a la que Virgilio identificara con la muerte, desobedece a la mar que es el morir de Jorge Manrique. De pronto, y poco importa cuándo, el secular olvido, enemigo íntimo de la poesía, hace un alto y concede a Andrés Eloy Blanco, el privilegio de la eternidad. Bastaría con salir a la calle y preguntar por él para que un cualquiera de nosotros lo reconozca y le renueve (como entre los clásicos latinoamericanos de la Biblioteca Ayacucho) su nacionalidad venezolana y su poesía, ciudadana del mundo.

05 de julio de 2023

EN BUSCA DE JUAN LISCANO

Gómez atardecía cuando el joven hijo de Clementina Velutini Couturier (amiga íntima de Teresa de la Parra) y Juan Liscano (autor de un novelín y de algunos escritos de exaltada francofilia) llegaba a Caracas después de sufrir internados en Suiza y en Francia y la muerte de su segundo padre, guía de su futura personalidad, el doctor Chacín Itriago. "El francesito" o "el musiú", le motejaban sus primos. El recién llegado cumplía con esa ausencia el capricho de sus progenitores de formarlo en la enseñanza foránea mientras Venezuela vivía la edad media del régimen del mílite de la Mulera, la ergástula, la tortura, la muerte, el ministerio positivista y la conseja "Viva Gómez y adelante". ¿Quién fue en ese entonces el nieto del general José Antonio Velutini (ministro de Guzmán y de Crespo, hombre de Estado y diplomático) y de Clementina Couturier (¿una abuela sin sonrisa)? Era un adolescente confundido que había leído a *Doña Bárbara* (y pronto huérfano) en el encopetado colegio francés La Roche cuyos compañeros de estudio le preguntaban, ante su estupefacción, por la anaconda y los tigres del trópico, sin avizorar que esa biografía salvaje de pupitre sobre el país de Cuartel Viejo a Pineda y de la familia de banqueros de dónde provenía, avivaría en él un sentimiento de culpa por el desconocimiento de su tierra, el cual marcaría el inicio de su destino, tras cuya búsqueda emprendería a poco rato de su arribo bajo la advertencia de los Velutini del peligro con que lo aguardaban los caminos, la manigua envenenada de serpientes y de asaltantes, por lo que lo animaron a calmar su vergüenza en la cercana Colonia Tovar, refugio de familias alemanas y esbozo de la escritura de *Ocho poemas*,

su despertar literario. A ese bonachón y manso tramonto del país desconocido seguiría el descubrimiento del alma popular de los afrodescendientes de la costa de Venezuela con el registro –en un utensilio asaz primitivo– del ohé ohé, el tambor, la danza de las fiestas de San Juan y pronto la amistad con folcloristas y memorialistas de los ritos religiosos y sensuales de los equinoccios y solsticios del aledaño mirandino. Fue esa primera imagen del Juan Liscano que luego conociera largo nombramiento en nuestra historia cultural y literaria. Ya se encargaría de evocarla personalmente el entonces bisoño escritor con el énfasis de que fuera ducho durante las numerosas confesiones de su *avatar*, como solía llamar al hado con que lo marcara para siempre la impronta de su obra poética y ensayista, la lírica y la meditación sobre el ser nacional y universal durante la angustia por encontrarse así mismo, así en la escritura como en la múltiple actuación de testigo y partícipe de nuestro devenir. Desde sus lejanas andanzas tras la memoria del *anima mundi* nacional hasta su último suspiro, Juan Liscano persiguió la búsqueda de una consciencia ansiosa por ceñirse a su controversial ideario humanístico sometido al pragmatismo reflexivo y al reclamo de la vivencia de una muy personal gnosis de estética literaria y de ética del eros, entendida en su doble significado: la averiguación personal y el ofrecimiento a la vida político-cultural de Venezuela, bien que sin respuesta de quienes esperaba alianza, estrecho vínculo ("la generación del 60 nunca me aceptó como ductor"). Cumplir con este su debate interior y reflexivo colmaría la ansiedad de servirle al país, cuya satisfacción hallaría cuando convocó nuestro imaginario popular en el mítico encuentro de las culturales nacionales en el Nuevo Circo capitalino, a finales del breve gobierno de Rómulo Gallegos. Alguna vez se atrevería a confesar, en una entrevista con el poeta Alfredo Chacón, que no dudaría en soslayar toda su obra literaria para privilegiar ese encuentro de Venezuela consigo misma en 1948. Pocos hombres de letras fueron tan

confesionales como Juan Liscano, tan fiel a su controversia personal y humanística, a su varia obra poética y meditativa. Con frecuencia refirió esa contienda (título de uno de sus libros, harto alegórico de su filosofía existencial) cuando ponía en evidencia el enfrentamiento de la logicidad y del instinto que lo desvelara (con asidua insistencia) la azarosa consecución de su ser pensante y emocional en el devenir poético, intelectual y personal. El énfasis y la sinceridad acompañaron su conducta en el debate político-cultural de aquellos difíciles años sesenta del betancurismo, la represión y la lucha armada en las montañas. Con franqueza expresó disenso frente a la izquierda violenta, acudió puntual a la discusión ideológica, pero nunca se distrajo de su obra lírica y ensayística, al tiempo que difundía la de los jóvenes escritores en una editorial de su invención y en las páginas de su revista *Zona franca*. Una revisión de su creación poética y reflexiva revela una sinceridad conmovedora en la confrontación de su alma con el espíritu y en la desesperación por conciliar la razón con la emoción, la mística del cuerpo y de su goce erótico con su misterio. Buscó con denuedo el dios de los gnósticos, el oriente de los quietistas, la poesía libre del excesivo sentimiento y complacencia llorosa y de nuevo fue sincero consigo mismo, como en aquella indispensable y minuciosa conversación que sostuviera con Arlette Machado en el libro *El apocalipsis según Juan Liscano* donde se acusó de egoísta, equivocado, vano, contradictorio, "individualista y con un relativo sentimiento de la fraternidad", temeroso de traicionar su pasión americana (tan largamente ilustrada en su nerudiano canto de *Nuevo mundo Orinoco*), su preocupación latinoamericanista y su defensa de la feminidad. Fue, en definitiva, un escritor solo, acaso su soledad se ocultaba tras la fama circunstancial que siempre lo acompañó, enmascarada por la incomprensión que padeciera su obra poética ("he sentido muy poca generosidad en Venezuela"), a la que tratara mal no pocas veces y rescatara algunas, como *La edad oscura* (en ella privilegió

un poema, "uno de mis mejores poemas") y *Cármenes* (a la que calificó de exorcismo amoroso, "una presencia femenina dislocadora, devoradora, desordenada"). No quiso nombrar a Dios en demasía ("siento una necesidad imperiosa de Dios") y sospechó su presencia en el debate con lo perpetuo, con la angustiosa infinitud. Creyó poco tiempo en Krishnamurti y mucho en la deshumanizada civilización del consumo y la amenaza atómica. Sí, en lo hondo de su ser, fue alguien aislado, en busca de un diálogo profundo sobre el desencanto y el alma desértica del hombre contemporáneo. Gnóstico, guardó fidelidad al maniqueísmo, al vínculo erótico como vivencia sensual del espíritu y a la eternidad transfiguradora de los budistas. No lo dijo, pero presintió con suspicacia el final de su existencia en el polvo estelar del infinito. "¿A dónde iré luego?", parecía preguntarse en la entrevista de marras. Una noche frente al mar de Mochima hojeando el recuerdo de su obra recogida por la Biblioteca Ayacucho, Gustavo Pereira me preguntaba mientras titilaba una estrella: "¿Será Liscano?" Acaso fuera el verdadero, el que finalmente se encontró consigo mismo.

06 de julio de 2023

González Prada, como decir, el Perú de las letras, celebró el libro de poesía de un bisoño poeta, criado en una hacienda, entre perdices y caballos. Mientras viviera demoraría largamente en la observación de la hoja, el trino, la ola y el torrente y un poco más tarde de la muchacha frágil y sedosa que desvelaría su escritura obediente al simbolismo, al que abrevara desde temprano después de frecuentar a Baudelaire y mientras sometía sus versos a la música de la rima y las entonaciones de Darío, a quien acusara de haberlo privado de la gloria, gozándola, sin embargo, como la gozara, con su nombramiento en las antologías donde tuvo por vecinos a Borges, a Huidobro y a los liridas de entonces en España, elegidos por don Federico de Onís para difundir lo mejor de la poesía escrita en castellano. Entretanto, *The Times Literary Supplement* decía su nombre y en París Marcel Brion lo elogiaba en *Les Nouvelles.* En Lima, lo esperaba José Carlos Mariátegui para reservarle las páginas de la revista *Amauta*, el olimpo del encumbramiento literario nacional y esquivo selector de los nuevos nombres del verso, la prosa y la meditación. *Simbólicas* se tituló aquella su primera vez como poeta, al que siguieron *La canción de las figuras*, *Sombra*, *Visiones de enero* y un cotejo de crónicas y notas, algunas visibles en ediciones como *Motivos*. Con todo, la poesía apenas si le cedió siquiera el mendrugo y la ropa, no así la prosa, como la que se rindiera a la belleza, la de las muchachas de Botticelli y de Rafael, cuya sensualidad y miradas de miel salvaje avivaron su finísimo y bien atemperado erotismo. En su pasado sostuvo que lo bello era indefinible y más si adornaba el verso y la música, la de *La fille aux cheveux de lin*, a la que

añorara en francés, porque memorizándolo le parecía oír a Debussy y rendirse ante Verlaine, Mallarmé y la prosa de Flaubert o los Goncourt. Leyó poesía en inglés y en italiano, fue académico y un día recibió la visita de Gabriela Mistral. Ansioso, no se satisfizo con pulsar la belleza en la rima y en la prosa atesorándolas indistintamente. Algún día inventó una cámara fotográfica de cartón y madera, como si necesitara ver el mundo de su poesía en un retrato, al otro lado del espejo que inventara el colodión. En ella abunda el paisaje, el de la hacienda Chuquitanta de sus días de inocencia y de colector de frondas, vuelos, cantos, flores y palos viejos. Leyéndola sabemos que *aves de humo / van a la penumbra / del bosque* y que *Hay una alma que vuela en la noche, se enciende y se apaga, buscando una estrella de oscura mirada.* Una vez, Vallejo, periodista de la revista *Semana,* fue a entrevistarlo. Quiso trazar sus facciones y anotó: *Se me antoja un príncipe oriental que viaja en pos de sacras bayaderas imposibles.* Ermita, aislado de las letras si no, le advirtió al poeta de *Los heraldos negros* y *Trilce* que ambos tenían que luchar mucho. Nunca podía vislumbrar entonces Vallejo cuánto hubo de padecer para que lo eternizara la gloria y cuánta lluvia de jueves necesitó para morirse en su soneto imprescindible y resucitar cada día. De él, de José María Eguren, observa Ricardo Santisteban en la trastienda de la Colección Clásica de la Biblioteca Ayacucho donde se reúne obra más selecta, que fue "un obstinado solitario", al tiempo que le reserva lo sustancial de su valoración en el prólogo que le consagra. Allí copia lo más fúlgido de su escritura y cita la ilusión que siempre lo persiguió: *Soñemos en el país de la maravilla, en la región de las quimeras, en el campo bruno, azul de la naturaleza silvosa.* Amó a Poe, a sus reflexiones sobre la teoría poética y dejó de respirar en una casa de Lima de la Avenida La Colmena, en 1942, un 19 de abril. Cierto día dijo: *la música es el arte que yo prefiero*. Acerquémonos a su poesía y escuchemos su vastedad.

06 de julio de 2023

JULIO GARMENDIA
SOLO HAY PAÍS PARA EL ÉXTASIS

Había una vez un señor y se fue. Vino del crepúsculo. No volvió igual cuando regresó. El tiempo y las lejanías lo habían cambiado. Perdió realidad. Estuvo en un hotel casi de cartón. Caracas tenía un callejón donde los autobuses ya no podían más con su carga de viajeros, los más abufanados andinos. Por la ventana de su habitación cruzaban los gatos en vez de la montaña. El señor era flaco. Su amada había huido de la guerra y vendía maletas. Vivía como si hubiera dicho adiós a todo esto, las manos siempre en los bolsillos. Como se fue vino. Lejos. ¿Qué hacía, además de abandonar tarde su habitación? Parecía que su único oficio era callarse, sin mirar a nadie. Cuando se fue envejeció y anciano retornó. Tantos año así, de espalda, inclinado, buscando un este, no sé, una región del infinito ¿quién lo sabe?, vestido cada vez con una mariposa en la corbata. ¿Por qué nunca se detuvo que no fuera para estar más solo como aquellos tiempos en que que vivió inviernos blancos, un idioma de erres tragadas, un *foulard* parisiense y un abrigo lobuno? Escribía y no se lo dijo a nadie. Tal vez sí, pero prefería callarlo o lo murmuraba. Sus anécdotas trataban de una amistad entre muñecas relatando sus vidas en su habitación de juguetes, de un médico para epitafios, de un vecindario enterrado donde solo las cosas eran. ¿Por qué se fue? ¿Por qué regresó? Que había sido diplomático, que esto, que lo otro. El mismo traje, la misma corbata y él ahí, adentro. Hacía muchos años que había escrito eso. ¿Para quién que no fuera sino para esa gente de ojos de vidrio, esos doctores del más allá? Había concluido dos libros. Dos nada más. Después que muriera abrieron un baúl de papeles, las únicas pertenencias de quien fuera

dueño de unas tierras que le birlaron los suyos mientras se ausentaba al otro lado del mar. Entre el alijo de trapos y de cartas sin responder de su vientre sin cerrojo se apretaban los borradores, los bocetos del había una vez, escritos con una letra chiquitica, de hormiga negra. Entonces supieron quién era. Un oriundo de Barquisimeto, de uno de sus crepúsculos, como su personaje Guachirongo, el "de las nubes colorás". Los escasos que leyeron sus obras recordaban a un país de muñecas, a unas frutas con nombre y apellido nuestros y a unos galenos en la sala de espera en los cementerios. Venezuela no escribía de ese modo. A veces, solo a veces, uno lo sorprendía celebrando el negocio literario de algún escritor, el festejo de alguna de sus mentiras narrativas. ¿Quién es ese señor que acaba de entrar, preguntó un curioso? Es Julio Garmendia. ¿El que cuida las palomas en el parque de los Caobos?, No, un escritor escondido en sí mismo. Sí, tenía amigos. Apenas. Lo llamaban Don. ¿De qué hablaban con él? ¿Acaso de su silencio en el oficio? ¿Acaso de su mudez en sus asuntos de "la realidad de al lado", como dijera Lewis Carroll de la vida verdadera? Su interés por narrar lo extraño de toda apariencia, de una menguada gente invisible que de pronto nos semejaba para luego desaparecer de mucho esforzarse en ser verdaderos, duraba durante pocas líneas, entre una y otra página de sus también breves libros. De aquel hotel, el hotel Cervantes, que abandonaba para encontrarse con la tarde, no hay quien dé noticias sobre su íngrimo habitante. Si uno preguntara si lo conocieron, no sabrían responder. ¿Garmendia Julio, dice usted? Su nombre en la lista de inquilinos no lo nombra. La calle ciega, ahí, enfrente, se diría un cuento suyo, no es verdad: un portón borrado, una ventana que nunca miraba. Los mismos viandantes se perdieron entre la sombra y las huellas de la acera. ¿Por qué los pocos entre ellos que duran en nuestra mirada se parecen a las figuras y objetos de las tiendas de canela de Marcel Schwob o a un retrato de nuestro insomnio? No creo que el recuento del paso de Julio Garmendia por

lo ilusorio agote la hoja de papel más apurada en callarse. Registrar en su pasado poco hallamos que no sea lo que escribió en sus pocos libros: la otredad, la tierra de ninguna parte, como aquella por la que rogara una solitaria y tapiada como él, Emily Dickinson: "quítenme todo, pero déjenme el éxtasis". ¿A quién le interesa? No a nosotros porque nosotros –¿es así, Julien Blaga?– olvidamos.

07 de julio de 2023

NOGALES MÉNDEZ
EN BUSCA DE UNA BANDERA

Nació en San Cristóbal del Táchira, en buena cuna y murió en una urna olvidada al fondo de un depósito de cargas del puerto de la Guaira durante días. Se había ido a estudiar en las escuelas militares de Alemania, Bélgica y España, y no tardó en probar su coraje como soldado de los turcos (era la primera guerra mundial) enfrentándose a la metralla y a los obuses. Obedeció a los oficiales de Ender Pachá, el diezmador de los armenios. Asistió a la más horrenda masacre de la que el hombre tenga memoria ¿Conocería la montaña sagrada del Musa Dagh, la devastación de Zeitun y el convoy de pena de los proscritos armenios harapientos, hirsutos, ensangrentados, hambrientos y sedientos que llegaban a Deir ez-Zor por las orillas del desierto de Mesopotamia que describe Franz Werfel en *Los cuarenta días del Musa Dagh*? Su arrojo ante la muerte lo premió con la Cruz de Hierro, El Sable y la Estrella de los dioses de Mechedieh y el grado de general de manos del Káiser Guillermo II. Anotó las minucias de ese infierno en dos libros, porque fue también escritor memorialista de prestigio y nombramiento en *Cuatro años bajo la Media Luna* y *Memorias de un soldado de fortuna*, traducidos a varias lenguas y cuya edición difundiera la Biblioteca Ayacucho. Suscribió otro libro *El saqueo de Nicaragua*. Vio morir a cuatro imperios: el alemán, el austro-húngaro, el ruso, el otomano. Fue agente doble durante la guerra ruso-japonesa y se amistó con Sandino. Se batió en California al lado de los mexicanos, anduvo buscando oro en Alaska y fue vaquero y petulante jinete de pistola al cinto y las ansias de arrebatarle a los cheyenes sus tierras ancestrales. Nunca se supo que hubiera diezmado a algunos de ellos. Volvió a

Venezuela antes de 1908 y se armó contra el Cabito. También creyó en Gómez pero solo por un rato. Un grupo de historiadores e intelectuales venezolanos de valía se reunió en la Casa de Bello para crear una Fundación que lleva su nombre y allá, a la sombra de los corredores del panteón neoclásico del Ateneo del Táchira, un busto lo eterniza entre los tachirenses de celebrada nostalgia. Sobre su tumba en el Cementerio General del Sur, honrado como fueran sus restos tanto tiempo confundidos con el alijo de los viajeros de ultramar, una ostentosa corona que nunca se marchita. Sobre ella, el Káiser Guillermo II dejó una tarjeta asaz elocuente: "A Rafael Nogales Méndez, generalísimo en la gran guerra, unos de los caballeros más valientes y noble que haya conocido". Sin embargo, su gloria sería solo difundida por el sol de los veranos y los aguaceros de agosto, los únicos que no olvidan a ese soldado de estirpe mirandina Acaso algún justiciero cineasta determine algún día escenificar la leyenda de este guerrero universal e inquieto protagonista del mito de sí mismo.

09 de julio de 2023

LOS POEMAS DE NICOLÁS GUILLÉN
LOS JUSTICIEROS DE LA ELEGÍA Y EL SON

Se trata de mucho más allá de hace poco, de cuando el hambre, la bofetada, el azote, la herida abierta, la bala que mató a su padre en 1917 y de Jesús Menéndez, el capitán de los peones azucareros, baleado por Fulgencio Batista. De eso se trata, de no olvidar nunca a *Sóngoro Cosongo*, a *West Indies LTD*, la canción del maltrato y el plomo del bracero antillano, de *La charanga de Juan el barbero*, de la *Elegía a Jacques Roumain en el cielo de Haití* y la del capitán obrero Jesús Menéndez, "armado más de valor que de acero", a quien Góngora le prestara su epígrafe; de Simón Caraballo, también se trata, "marido de su guitarra" y del llanto por Emmett Till, el muchacho del Mississipi, ultimado feamente y lanzado a las aguas del río "hermano de los negros". Sí; se trata de Nicolás Guillén, camagüeyano y mulato y ya uno no olvida su *son entero* y lo siente muy adentro del soldado Miguel Paz y el sargento José Inés, el guajiro de los cañaverales del monopolio azucarero, la peonada platanera del *banana fruit*, el malamedra de la cabria en los pozos petroleros de Lagunillas, de la Latinoamérica del mayoral a caballo y a rejo, de la nación negra y mulata, del esclavo de la nueva vergüenza y la copia de la vieja humillación, desde los años treinta y quién sabe. Así es esta poesía, la que acusa a las acciones de la bolsa difundidas en primera página por el *New York Herald Tribune* manchadas con sudor y sangre, humillada por el sueldo mendrugo, la de la rabia en el corazón ofendido y su contestación en versos de iracundia bailable, en son no más, en décima y en romance prestado a Lope de Vega y a los gallos del Cid quebrando albores, en *sensamayá y mayombé*, "en canto para matar una culebra", esto es, escrito y can-

tado como negraje y como mulato en los *Motivos de son*, en jitanjáfora de afrocubanidad, menos confidencia que sonoridad en *¡Ñegue, que se vaya el ñegue!, Guije*, *que se vaya el güije*! y en español castizo de endecasílabos, en logro de arte lírico de consonante y romance y en el aleteo del vuelo de la paloma popular sobre el hombre humillado y ofendido y en la inocencia del niño en su barco de papel por el mar de las Antillas, dueño del nacionalista alcatraz y la gaviota. Así sonaba –y todavía más– la poesía de Nicolás Guillén desde Guanabacoa, Mene Grande y Barlovento del cacao, los bananales de Guatemala, los cafetales de Colombia, las minas del cobre boliviano, las de la plata peruana y las del cobre y el hierro chilenos, el coraje vietnamita y la altivez de Ángela Davis, hasta las trincheras de la guerra española, junto a Neruda, Alberti y Lorca, en ese entonces de las brigadas internacionales y después en la España aparta de mí ese cáliz vallejiano y durante el destierro sin amaneceres en tierra propia, si no hubiera sido 1959 cuando ocurrió Fidel y el Che, "que ilumina la noche americana / como una estrella súbita". La Biblioteca Ayacucho convidó a Ángel Augier a que difundiera la perpetuidad de Nicolás Guillén en la colección de sus clásicos y el escritor dio a cotejar aquélla que reúne su cubanidad, su poesía hablada en mulato, en latinoamericano puro, en nieto de Lope de Vega y en hermano de Lorca. Antes de cederla al lector concluyó con orgullo que "esa poesía cubana, vertida a tantos idiomas, es decir, elevada al nivel de la humanidad, es una luz cálida y poderosa, capaz de llegar también al corazón de las masas *del mundo entero". Y en la noche, mientras los astros ardan en la punta / de nuestras llamas / muestra risa madrugará sobre los ríos y los pájaros.*

09 de julio de 2023

...Y EL HOMBRE CREÓ A NERUDA

Cuando Ricardo Eliécer Neftalí Reyes Basoalto (del Parral aterido y después de Temuco introvertido) subía en mula a Machu Picchu, la escondida ciudad de piedra y del silencio de los Incas, el nombre que hoy se eterniza era difundido por la poesía de la tierra entera, bien que sin la venia de la escritura pública que solo le concedía el del seudónimo, préstamo del patronímico de Jean Neruda, el poeta praguense que inmolara su gloria para cedérsela al chileno universal. Poco importaba: mientras el bronco Urubamba sonaba los tambores de su torrente allá abajo, Pablo Neruda ostentaba ya, *a fortiori,* con ese nombre el título de su gloria y mostraba, "del aire al aire", sus maneras de compungido y dejaba oír su voz con ganas de llorar, que se aprendiera al caletre su vasta nombradía. Callado o siquiera murmurara su inexpresivo mutismo de dios con párpados de quelonio. ¿De dónde venía? Venía de su larga errancia terrestre, con ese cansado modo suyo de transitar retardándose por los continentes y desmintiendo así el motejo de viajero inmóvil como lo designara Emir Rodríguez Monegal. Sus zapatos habían pisado hartas veces los suelos de Asia, Europa, España. Su retenida emoción conocería la fiesta y el luto de la República española, la gracia y la sangre de García Lorca y el soporífico deber consular (¿cuántos cumplió?) en Rangún, Batavia, Ceilán, Java, México, Buenos Aires. La tinta vegetal de su pluma rubricaba cartas con la igual facundia de sus poemas, a los que pronto acusaría de pecar de distraída en la contemplación de la flor, la ola, el silbo, las torres y la lejanía. La desdeñó por sombría ("fui solo como un túnel, de mí huían los pájaros") y por mantenerse puertas adentro

del soliloquio lamiéndose la herida del desamado (como en aquel *Tango del viudo* de su indispensable *Residencia en la Tierra* donde le arrostra a Josie Blis, su amada de Birmania, no pocas miserias, cuya acre escritura quisiéramos atribuirnos cualquiera de nosotros) y determinó cambiar de voz y de motivo para rendir obediencia al hombre castigado por el oprobio y profesar duradera devoción al partido comunista. Un día le reclamaron esa "deserción" y no tardó en mojar de sangre verde la pluma de sus invasivos dones de *miglior fabbro* para responder en tercera persona: *¿Preguntaréis por qué su poesía / no nos habla del sueño, de las hojas, / de los grandes volcanes de su país natal? / Venid a ver la sangre por las calles, / venid a ver / la sangre por las calles, / venid a ver la sangre / por las calles*. De aquella cabalgata de 1943 a la república de las nubes de Machu Picchu seguiría su proverbial recato. Los labios a medio abrir, como si le desganara pronunciar la más chica confidencia, tardaría algún tiempo en revelar la confidencia de su andanza por la embalconada ciudad incaica cuando las primeras estrofas del esbozado *Canto general a Chile* desbordaran de efusión y verbosidad para expandirse en el desmesurado *Canto General.* Entonces dijo que en las *Alturas de Machu Picchu* había adquirido la nacionalidad universal del hombre y sentido el reclamo de una poesía telúrica, mineral, olorosa a obrero, a empleado de la pobrecía, escrita con la oralidad y la nitidez de los trazos de Diego Rivera y de Siqueiros, la de los dioses del maíz y las legumbres, la culebra de los toltecas, el caballo y el fusil de Villa y de Zapata y la tierra que se negara enterrar Atahualpa y que fertilizara el degüello de Manco Capac. Y ya no pudo contenerse. El canto que comenzó a oírse allá en Chile comenzó a nombrar a toda la América humana. Hirió al felón Gonzalez Videla, que se dio a perseguirlo para morderlo (su libelo por esa traición sería divulgado en *El Nacional* de Miguel Otero Silva; también la lectura de sus primeras *Odas elementales*); y se escuchó, con aire de cueca, el nombre del guerrillero

Manuel Rodríguez y el de los enterrados hombres del cobre y la hulla, el petróleo, el fruto de la papa y del cereal bajo la pesa injusta, y lo escribió, más que cantando, con rabia y con ternura, porque escribía con la boca del poema y los puños del verso, sin atender a los castizos endecasílabos, apurado en cubrir de denuestos al conquistador caníbal, al *rond-de-cuir* de gabinete y sinecura, presto a biografiar a los héroes y a los mártires con la misma minucia que dispensara a contar las llagas y las piedras vivas de los condenados de la tierra. Después fue a llamar al padre Bolívar y a sus soldados para que despertaran a los pueblos y se detuvo en la América del Norte en procura de Abraham Lincoln, al leñador para decirle: *Al oeste de Colorado River hay un sitio que amo*; *y* también para mostrarle los sembradíos de algodón empurpurados por la candela y la soga del Ku Klux Klan, el dolor sudoroso de los obreros de la industria del dólar bélico y del saco a las plantaciones bananeras de la América de Sandino. *Que venga Abraham con su hacha* –pidió– */ y con su plato de madera/a comer con los campesinos*. Unos versos más tarde lo despertó esta advertencia: *Pero si armas tus huestes, Norte América, / para destruir esa frontera pura / y llevar al matarife de Chicago / a gobernar la música y el orden / que amamos / saldremos de las piedras y del aire / para morderte: / saldremos del surco para que la semilla /g olpee como un puño colombiano, / saldremos para negarte el pan y el agua, / saldremos para quemarte en el infierno (...). No confiéis del gaucho cantando una vidalita, / ni del obrero de los frigoríficos. Ellos, / estarán en todas partes con ojos y puños, / como los venezolanos que os esperan para entonces con una botella de petróleo y una guitarra en las manos...* Quinientos ejemplares tan solo se editaron de *Canto General* hacia 1950 en México, pero pronto y desde entonces sería leído por todos los habitantes del planeta. "Así se lee esa epopeya", observa Fernando Alegría, en el prólogo del tomo 2 de la Biblioteca Ayacucho (la editorial domicilió su *Canto General* lado del primer tomo que reunió la *Doctrina del*

Libertador), de vaivén en vaivén, calmosamente; posiblemente con tranquilo arrebato, y así se escucha su poderoso mensaje oral, la voz única y múltiple en enunciación sonora a través de un tiempo y un espacio ilimitado. Tal vez es su movimiento y su tono que a un oído le pareciera lírico, y a otro épico, oratorio o íntimo. No hay razón para disminuirse y apartarse ante los vastos registros del poema, ni mucho menos para perderse en consideraciones retóricas sobre su índole literaria. Al *Canto General* se entra a convivir con un pueblo que revisa su historia, reconstruye ambientes y saca sus consecuencias. Con razón la escritora y crítica Jean Franco (citada por Alegría) puntualizaba sobre "la índole oral del poema, nacida para ser dicha a un auditorio popular. El poema trata de resolver los poderes creativos del genio al pueblo". Alguna noche hube de acompañarlo a esperar a sus amigos en un anónimo bebedero de la esquina del Teatro Nacional. Permaneció lejano (acaso respetuoso de mi enfermiza timidez) y mudo como su perfil mientras daba cuenta de una copa de vino. El año de 1970 fue la última vez a su lado en mi memoria. Chile tenía miedo. Todo presentía la irrupción del apocalipsis. Una sombra del tamaño de su delgada geografía cubría sus viñedos y su gente. Sentado a una mesa de piedra y frente a un libro de mármol, Neruda me mostró la costa de Isla Negra, sus olas pedregosas, su espuma de alborotado organdí. Su mirada se detuvo un momento frente a una suerte de roca pálida y sola. "Es la tumba de Darío", me dijo. Jamás pudo prever que tres años después sería la suya, pero más vasta, del tamaño de la elegía de su ausencia, pero más viva, como el mar que con su inquieta ansiedad la espiritualizaba.

11 de julio de 2023

LO QUE COSTÓ LLEGAR SER BOLÍVAR

Apenas supo quién era en su desmesurada casa de San Jacinto fue huérfano sin haber alcanzado aun el final de su infancia. Muere el padre y no tardó su madre en sucumbir al mismo enigma. Un curador *ad litem* se encargaría de someter su frenesí, alguien austero, acaso sin sonrisa, de probado abolengo y nombramiento, el licenciado Sanz, quien tuvo con el chico maneras de rudeza, le dio un hogar de confinado, lo subió a un burro como cabalgante al diestro y le prohibió hablar frente a los mayores a la mesa. De tal encierro logró fugarse pero para sufrir otra ergástula, la de un tío de trato imposible del que lo libró su hermana mayor. Nadie, entre los curiosos de los últimos años de su infancia, dio razón de cuáles fueron su compañeros de juego en la Plaza Mayor o de sus correrías por el vecindario. ¿Iría a las haciendas de sus padres en los días del sosiego escolar? Pero sí hubo aviso de que ningún educador entendió su rebeldía frente a la educación, ni consiguió enderezar su distracción ante al aprendizaje de las primeras letras, ni obligarlo a atender a los rigores de la mirada severa de quienes intentaban sofrenarlo. La fortuna vino de pronto a su desasosiego y tuvo en Simón Rodríguez su escuela de libertades y el respeto a su indetenible intranquilidad. Cuando alcanzó la edad de la crisálida se fue de Caracas, pasajero de un navío que lo dejó en Madrid donde lo aguardaba el que sería su entrañable tío Esteban. De ese tiempo en el Reino de Carlos IV sabemos con minucia como el del beneficio de las bibliotecas y las tertulias sabihondas de los Ustariz. Un resumen de esa estadía suya en la universidad doméstica de esa estirpe de eruditos terminaba en las clases de esgrima, la danza y el rigor de la academia

de caserna. Así lo sorprendió el adiós a la adolescencia cuando, más tarde, conocería el ardor del amor en aquella muchacha que pronto le ofrecería su dicha y su primer dolor, el largo dolor que hirió su vida, cuando sucumbiera en mala dolencia. Viudo a temprana hora, enlutado, se largó a Francia mundana, vistió ropa de vana apariencia y gozó los arrestos del petrimetre, derrochó el oro del cacao que llevara entre sus pertenencias, hasta que un día topó con el maestro de sus clases al aire libre en la montaña caraqueña y no tardó en ofrecerse al destino entre las ruinas del Imperio Romano. Huelga detenerse a dar cuento de su confidencia que le reservara la eternidad, la cual alimentó su gloria pero también su desdicha, los triunfos en los campos de batalla, sus derrotas y la pena –¿por qué no cedérsela?– de haber delatado a Miranda, en la noche de La Guaira, como culpable del desastre de la Primera República. De teniente a general y de general a Libertador vivir para Simón Bolívar sería un largo insomnio de dificultades, como él mismo confesara: el temprano desconocimiento de los guerreros de Oriente, la pérdida de no pocas batallas, después de su proeza bélica en la Campaña Admirable, el puñal que no consiguió derribarlo en El Rincón de los Toros, la muerte que no logró alcanzarlo en la pelea de La Puerta. Otra viudez lo heriría con ventaja cuando la fatalidad derrumbara a Pepita Machado, sangre de su misma sangre y goce de la amante. Seguir el derrotero que el hado de los griegos prestara al soldado de la mirada encendida sería insensatez en tan corta escritura. Aquel huérfano, aquel viudo, aguzaría sus emociones más hondas el recuerdo de la utopía que transfigurara su vasta ilusión: el de América como única patria. Guerrero fue hasta lo inaudito y jefe de hombres armados con lanza y cuchillo también fue. En la plaza de Angostura hubo de sufrir el fusilamiento de Piar, el general perfecto. Lo vieron a caballo entre la pólvora y el filo de los combates, irrespetuoso ante la derrota en Pativilca, pensador y dueño de prosa admirable, pero un día aciago sería negado por los suyos, humillado y ofendido, hasta a

punto de fenecer por la claque de Santander y los que antes lo endiosaban, de cuya fatalidad lo librara la amada Manuela. Álvaro Mutis, el escritor colombiano, con el fingido atuendo de un oficial polaco, suscribió unas páginas memorables que dicen con ternura los últimos días de Bolívar cuando la muerte que lo aguardaba en Santa Marta agudizó su maldad trayéndole a su hamaca de moribundo la muerte del mariscal Sucre: "Una vieja familiaridad con la muerte se me hace evidente en este hombre que, desde joven, debe venir interrogándose sobre su fin en el silencio de su alma de huérfano solitario". Ocurriría bajo la fronda del triste caserón de San Pedro Alejandrino. La gloria, a la que se aferrara sobre el pómulo de su espada, calmaría su vieja y siempre viva herida de soñador dolido por el desprecio y el derrumbe de su gran sueño: la Gran Colombia. Pero mucho antes, el peruano Cocahuanca predijo su eternidad, la de hoy y siempre: "Con el tiempo crecerá vuestra gloria cuando el sol declina".

23 de julio de 2023

PAZ CASTILLO
EL PENSAMIENTO ENTRE LAS HOJAS

Aun lo veo: el cabello de los románticos tardíos, el callado de los caminantes distraídos, el paso tardo de los abuelos, el traje sencillo y oscuro de las fotografías desvaídas del recuerdo, así entraba a la redacción de *El Nacional* (cuando *El Nacional* era un periódico) con los borradores de su columna *Reflexiones de atardecer* y con su autoría toda la generación del 18 en su pasado (la de la poesía de Ramos Sucre, Andrés Eloy, Salustio González Rincones, Soublette, Luis Enrique Mármol, Planchart, Fombona Pachano, Moleiro, Barrios Cruz, mientras él nos observa en la imagen del daguerrotipo, para siempre vestido de pulcro lino de Irlanda). Fernando Paz Castillo vuelve a nuestra evocación, en un país fervoroso del olvido, a preguntarnos qué leíamos, qué escribíamos, con tal modestia, él la figura viviente entonces de aquella obra de verso tranquilo donde sopla el urape, suena el canario amarillo, transcurre el valle caraqueño de los veinte con tranvía y sombrero camarita, casi siempre el epígrafe de su poesía y su poética con citas de Shelley, el del ruiseñor del otoño, de Wordsworth el que dijo: *Poetry is the spontaneous overflow of powerful feelings: it takes its origins from emotion recollected in tranquillity* en las puertas de *Persistencias* y de Keats, indispensable en su escritura figurativa del rasgo del gusto de los pintores del Círculo de Bellas Artes, del que fuera asiduo seguidor de sus paisajes al óleo, todavía hoy cuando lo añoramos, con el *spring fever,* la fiebre del renuevo lírico, contraído en Londres, durante aquellos días suyos en la modorra de la diplomacia. Entonces volvemos a transitar *La voz de los cuatro vientos*, entonces releemos *El otro lado del tiempo*, *Signo*, *La mujer que no vimos*, hasta detenernos frente a *El muro*, el

primer poema metafísico de la historia de la poesía venezolana y del dios gnóstico, del que meditara, increíble en minuciosidad y hondura, Alfredo Silva Estrada: *Un muro en la tarde, y en la hora una línea blanca, indefinida sobre el campo verde y bajo el cielo.* "Creó el canto de un viajero incesantemente asaeteado por temibles interrogaciones, atento a su propia sombra mientras derivó lleno de ofuscación hacia el misterio y fue dejando su impronta sobre el voluble polvo del tiempo", suscribe Oscar Sambrano Urdaneta en el prólogo del título 120 de la Colección Clásica de la Biblioteca Ayacucho. Sosegado y parco, viajero, sí, en su andar, paisajista y apenumbrado, la angustia asordinada de quien es sorprendido por la historia ruda y caudillezca de su tiempo mientras oye al gorrión del Ávila y acicala su caballo a las orillas del Guaire en el poema *Reflexión,* así vive Fernando Paz Castillo en la memoria de los hombres vivos en una tierra a la que en su juventud, sobre "las hierbas matinales", "lanzara ágiles piedras luminosas", sin saber todavía, ahora que se eterniza, "a donde fueron a dar aquellas piedras".

29 de julio de 2023

LEZAMA LIMA
LA SOBREABUNDANCIA DEL ÉXTASIS

Uno no lee a José Lezama Lima: uno entra con todo en cualquier página suya, no importa que se llame *Paradiso*, *Oppiano Licario* (que escribió después de morirse) o *La cantidad hechizada*, por ejemplo, esto es su materia prima literaria de retablo churrigueresco, esa exageración del barroco americano. ¿Por qué? Porque a su arte del adorno verbal no se goza con el mero ocio de probar (el disfrute de la anécdota y de la erudición monstruosa y de exuberancia selvática), más bien con dejarse llevar por la sensualidad de lo que hemos de llamar fruitivo, préstamo del vocablo de *scholar* por querer nombrar –recordándolo– la fruta, el sabor a jugo de mamey, mamoncillo y chirimoya. Cubano él mismo verboso de *expresión americana* y de cualquier tierra, cuesta reunirlo junto al grupo Orígenes, de que fuera su padre y criador, con Virgilio Piñera y su *Isla en peso*, con Vitier, Baquero, Eliseo Diego, y eso porque termina arropándolos, tal es su manera invasiva de inventar la escritura y propalar el humo de su perpetuo *habano*, a más de apoderarse de cuanto abunda en el imaginario de los géneros de la ficción y la meditación, la epístola misma a Juan Ramón Jiménez o a Rodríguez Feo, quien trajera el inglés en prosa, en poesía y la petulancia del lucimiento a la Habana de los *originarios.* Desde entonces uno no supo nunca si lo que hacía con la mano y su asfixia de asmático era un capítulo de *Paradiso* (duró más o menos diez años en concluirlo) o de su poesía y su poética de *La fijeza*, *Las aventuras sigilosas* o *Fragmentos a su imán*. José Cemí lo explica, no soporta su parecido con el embuste con que se mueve entre el agobiante mobiliario de la *gnosis* que ocupa cada página, el condumio, la erotomancia,

la enumeración obsesiva de lo real o su invento, cualquier distracción del ojo lector en su deambular por lo real maravilloso carpentiano o el deleite del adjetivo y la floresta metafórica. José Cemí, pues, no es persona escrita, es artilugio, picardía de un orfebre de la lengua. Uno no lee a Lezama Lima: uno cubaniza el universo de un libro que niega el género y la particularidad con que nos engañan su sistema creativo, sea novela, ensayo, poesía, habla. Lo demás es su soledad, su difícil manera de vivir que no fuera más allá de su casa o su inestable oficina pública, mientras se daba la controversia de los tiempos duros de la Revolución (entre aciertos y errores tristes, penosos, de la ortodoxia, el fanatismo y las dudas, como el *affaire* aquel del juicio a Heberto Padilla, a favor de quien falló en el Premio Casa de las Américas) y él proseguía, cubano siempre, como su traje de lino crudo, su humo en la boca hablachenta, su pasmoso saber de biblioteca, exiliado en su recibo y entre sus libros porque ocurrió el capricho del funcionario de visa y de ideología y el decreto del realismo social, aunque no tardaron en aplaudirlo, de devolverle su carta de ciudadanía literaria y su nombramiento de figura tutelar de la fantasía y consiguió llegar al México de Octavio Paz y a Jamaica, por Jamaica mismo, por su mediodía barroco como su mano y su seso escribidor. No formó parte del club del *boom* literario, ni fue a Roma a visitar a las familias de terracota del museo etrusco, tampoco a Egipto a preguntar por Osiris, el tatarabuelo de Cristo, ni a Grecia a saciar su platonismo. Pocos de su oficio invadieron tanto con el lenguaje como lo hiciera este nacido en un campamento militar de la Columbia habanera entre su padre muerto muy temprano ("cuando murió –dijo– sentí el latido de la ausencia") y la madre ahíta de son. Allí sigue, en cualquier página de sus inventos, asediado de loas por sus áulicos de excepción, Cortázar, Paz, Monsiváis, Carpentier, su "hijo" Severo Sarduy, la Universidad, el *simposium*, el insaciable argumento de las posturas valorativas y el escarceo ensayístico de las comparaciones y las vecindades electivas, esto es, cualquier

modo de recrearlo en su nombre y en el de su obra, de los que jamás se sacian su ocupado glosador y desocupado lector. Así lo propone la Biblioteca Ayacucho en el panteón de los clásicos, donde uno entra a gozar (a saborear) su obra, sin que hallemos qué decir sino callar ante tanto adorno metafórico (la misma verba gongorina tienen nombre y resonancia lezámicos) y tanta desmesura y tanta sobreabundancia del éxtasis.

08 de agosto de 2023

¿DÓNDE QUEDA HOY *DOÑA BÁRBARA*?

Todavía por los años ochenta dos toscas embarcaciones de madera oscura orillaban el Arauca, como si fuera aun 1927 y como si Rómulo Gallegos acabara de embarcarse con sus huéspedes, los Barbarito, colectores de la pluma de la garza chusmita; un señor Rodríguez y el doctor Sánchez Ostos, durante su travesía de Semana Santa por las sabanas del llano apureño que encajonan los ríos Arauca y Capanaparo, "con cien leguas de por medio", canta Sánchez Olivo en el pasaje perpetuo. Para salvar la otra orilla, una barcaza –una chalana– hizo, durante largos años de puente móvil. En ese entonces, la inmensidad se ocultaba detrás de una erosionada encía de barro seco y el polvo anulador de todo lo visible que espiritualizaba la vasta intemperie de sus veranos violentos. "Un bongo remonta el Arauca bordeando las barrancas de la margen derecha" anuncia para siempre la primera página de la novela indispensable. Ahora no; ahora un puente de hierro terminó negando esa escritura y la orilla de la otra margen es un túmulo ocre inane y algún ventorrillo de comida enlatada. De la casa del hato, domicilio de la renombrada anécdota, no queda sino una tosca apariencia de desaliño y ningún aire de leyenda cruza su abandono. Pero fue allí, en ese paso Arauca desaparecido por el progreso del asfalto y el puente Marisela, la muchacha que Santos Luzardo, el civilizador positivista del alambre de púas y del nuevo latifundio, donde ocurrió la realidad y el invento de una obra narrativa sin mácula la cual sobrepasa el género y su estilo en virtud del encantamiento de su prosa. De la señora, de la hombruna dueña de los horizontes y de las vidas de los hombres que medraban bajo su mandato y sus embrujos

ocurría, tiempo antes, su semejanza, su prefiguración, unas leguas más allá, en La Estacada, un caserío de gritería gallera, en doña Francisca Vásquez, (doña Pancha Vásquez), hombruna mujer enfundada en unas anchos pantalones, nocturna, santera, "de a caballo y de a pistolas", muerta en una tumba, a la vera del río de La Trinidad de Arauca, una desmesura de treinta y cinco mil hectáreas que fuera feudo de don José Natalio Estrada. Gallegos –ya lo sabemos por la frondosa información que hoy glosa la novela– oyó hablar de ella, pero más atención le prestó a un joven, primero becerrero y luego caporal de sabana de Altamira quien le hablaba de Agamenón y de Aquiles llevando a rastras a Héctor, "el domador de caballos", a más de otras referencias grecolatinas y de siglo de oro español. En esos tiempos de la edad media del gomecismo era fama que el país no sabía ni leer ni escribir y no poco asombro debió vivir Gallegos oyendo la verba de informado lector de Antonio José Torrealba, el futuro Antonio Sandoval de la novela ni aun siquiera presentida, nos dijo el músico y amigo Carmelo Aracas, quien fuera su alumno y pariente en la escuela donde una vez Torrealba, "el renco viejo", enseñaba a los muchachos, los bordones de Cunaviche, mitificado ya en *Doña Bárbara* y leyenda viva mientras fungía del prefecto del pueblo por voluntad del escritor y luego Presidente de la República. Apenas un rato anduvo Gallegos –también lo sabemos– por la sabanas de La Candelaria, pero un tiempo sin retardo le daría domicilio permanente en el nombramiento literario de su escenario. Eran tiempos de tolvaneras y encandilamiento cuando el escritor salvó la otra orilla del Cajón del Arauca. Años más tarde, Waldo Frank, el escritor norteamericano y biógrafo de Bolívar, dejaría su nombre escrito en una de las paredes de la casa de Lorenzo Barquero, "el espectro de la barquereña". Otro norteamericano, John E. Englekirk, esperaría al caporal de sabana en San Fernando para preguntarle sobre su pasado en la creación de la novela, de la que fuera confidente considerable. Nada o poco sabríamos, entretanto y por

harto tiempo de Pancha Vásquez en el devenir narrativo de *Doña Bárbara*, más sí de sus arrestos de mujer hombruna, sus calzones de jineta, dueña de los infinitos de las lejuras de La Estacada, mandona, medio bruja, propiciadora de desgracias. Su semblanza real se mantuvo alejada de la curiosidad de Gallegos pero la noticia que de ella le cediera Antonio José Torrealba abona la creencia de que tal noticia determinó el que desestimara los bocetos de dos o tres intentos narrativos para inventar a *Doña Bárbara*, mientras aguardaba el envío de las confidencias (más de cuarenta cuadernos en letra de hormiga) que Torrealba le prometiera acerca de la vida del llano, el geográfico y el humano y de sí mismo, el de su hablachenta y rica fantasía personal. La minuciosa mirada de Gallegos a los hombres del hato gomero hizo el resto. Supo encontrar gracias a esos dones de observador a las figuras del mal como la de Juan Ignacio Fuenmayor, Melquíades Gamarra, el brujeador, el del puñal sin capuza; a Eladio Palma, la Balbino Paiba, el mayordomo de *Doña bárbara*; y se trajo del río Apure a María Nieves, el cabrestero que ajilaba ganado por las aguas alborotadas de caimanes, sin más arma que un chaparro y su coraje. Encontró peones de noble conducta como la de Carmelito, como las de Venancio el amansador y de Marisela, cualquier muchacha de los caneyes, hija de algún amor errante, metáfora de la Venezuela redimible. A Gallegos le sería propicia esa Venezuela desolada y malhadada del gomecismo para atribuírsela a la transfigurada Pancha Vásquez de La Estacada y de los medanales de El Totumo y de La Trinidad de Arauca. De la llanura mítica de la novela hace tiempo que no resta sino el remoto espinazo de la tierra plana; el llanero del caballo y de la soga terminaron en vaqueros de motocicleta y el polvo y la naturaleza bravía fueron "civilizados" por la autopista, la desmesura terrestre cercada por el alambre de Santos Luzardo o el positivismo redentor del neoliberalismo. Marisela, copiada en bronce sobre el centro de lo inmenso, diríase remedo con faldas de *la India del Paraíso* caraqueño;

y ningún busto siquiera de *Doña Bárbara*, la libertad salvaje y vengadora, la encarnación maniquea de lo humano. El llano hoy, es esa novela, como lo es *Cantaclaro*, es ese ayer y cada vez menos su sobrevivencia. No solo la narración de Rómulo Gallegos: también la escritura de Antonio José Torrealba, rescatada y reunida en *El diario de un llanero* por la diligencia y el desvelo del escritor Edgar Colmenares del Valle. Ambas, la real y la imaginaria, permanecen imperturbables en la enormidad apureña, la otra, la de la nostalgia, sustraen a Venezuela del olvido.

10 de agosto de 2023

LA POESÍA DE OLGA OROZCO
UNA ESCRITURA COMO RESPIRAR

Rózewicz, el tranquilo poeta polaco, aseguraba que la poesía contemporánea es un esfuerzo por respirar; y el libanés Schehadé, silencioso y delgado sobre su alfombra persa, sostuvo que para escribir poesía bastaba solo un poema, como una hoja en el desierto, pero Olga Orozco, que provino de Toay, de las pampas argentinas, a las que Borges dijo que se las pasaban esperando algo, no dejó nunca de escribir un poema tras otro, asediados por la elocuencia, desde que ocurrió el año 46, cuando cedió a la lectura pública su libro inicial *Desde lejos*, pero sin que divisáramos tierra tendida alguna, apenas una casa real e indecisa que al nombrarla se iba con el olvido, porque su pasión por las intemperies no tenía nombre de mapa ni de dirección conocida, habitada como fue por preguntas, meditaciones, fulgores del lirismo, dudas, lecturas, dioses viejos de Egipto y de Tebas, citas del esoterismo, el grimorio de la alquimia, la confidencia hermética, una carta del tarot o el ojo que contemplaba y trastocaba *El Jardín de las delicias* del Bosco sobre la página del verso interminable, entre incontables metáforas de ensoñación, dijera Manuel Ruano cuando medita sobre su obra en la edición donde la Biblioteca Ayacucho le rinde tributo en el año 2000. Siempre en evidencia, siempre visible, de cuerpo entero, testificaba Olga Orozco por sí misma o escondida tras algún personaje, en una cita enmascarada o entre las rejas del entrecomillado dándose a comprometer su efusivo e indetenible monólogo en la creación de un lenguaje como embrujado por la evidencia y la invención. Telúrica o si no terrenal, es esta poesía, pero al modo como lo refiere Hofmannsthal cuando advierte que el poeta esconde el contenido del poema en la forma. De

un mundo cercano entonces, pero como "una hoja vivida adentro alguna vez", Olga Orozco transita sola durante sus poemas por más que suela dirigirse a un confidente que nombra o sugiere, a fin de referir determinada existencia íntima y compartida que luego, en algún otro poema, es muda arena, cierto "día maldito", dicho a la manera onírica e imprecatoria de Lautréamont y sobremanera cuando Ruano la escucha inquirir "y quién roe mis labios, despacito y a oscuras, desde mis propios dientes?" o en unas páginas más lejos, momento en el cual testifica *Me clausuran en mí/Me dividen en dos./Me engendran cada día en la paciencia y en un negro organismo que ruge como el mar./Me recortan después con las tijeras de la pesadilla/y caigo en este mundo con media sangre vuelta a cada lado:/una cara labrada desde el fondo por los colmillos de las grandes manadas./No consigo saber quién es el amo aquí./Cambio bajo mi piel de perro o lobo...* Cuidadosos lectores de la poeta, como el prologuista de la edición de Ayacucho, confirman el frecuente onirismo de la poesía orozquista, porque ciertamente es tiempo de que hablemos de un *ars poetica* muy suyo, muy personal y sus acercamientos al surrealismo pero sin atender a los recursos del automatismo psíquico bretoniano. Sorprende, de otra parte, el admirable fervor a un lenguaje, un estilo ¿no?, cuya impronta permanece como un sello indeleble en cada obra, desde su libro primigenio, *Desde lejos*, al que siguieron *Las muertes*, *Los juegos peligrosos*, *Museo viviente*, *Cantos a Berenice*, *Mutaciones de la realidad*, *La noche a la deriva*, hasta *En el revés del cielo*, su obra última, antes de que la derribara la vida, después de recorrer ciudades, estrechar la amistad con la nombradía literaria de otras voces y otros ámbitos, nos diría Truman Capote. La asfixia detuvo a quien ejerció la poesía como un incontenible esfuerzo de escribir como si respirara las inmensidades pamperas de donde llegó hasta nosotros para quedarse eternamente.

14 de agosto de 2023

EUCLIDES DA CUNHA
ENTRE EL DESIERTO, LA LLAMA Y EL CUCHILLO

Ocurre al final del diecinueve, en un suelo mordido, enteco, puyudo, no muy allá de Bahía, en la menesterosa y flaca *caatinga* (que empieza en Recife, donde pulula el tiburón del lado marino), pero se tiende más lejos y con más penuria en la historia terrible del Brasil de las guerras civiles. Trata de Canudos, el poblado indigno para los que detentan y juran por la República. Trata de esas casas de techos de cuero y astillas, y de su gente hambrienta y harapienta, acusada de aliarse aun a la odiosa monarquía y sobremanera a cierto santón enfundado en una bata de presbítero, las barbas de profeta redentor y el sermón de un anticristo, según. No hay nadie en el país inmenso que acepte la vida de tales peladeros sedientos y espinosos y de los que medran entre desperdicios verdes y la canícula dentuda. "No son brasileros", ulula la prensa y hasta los letrados. Euclides da Cunha, que todo lo puede, porque es escritor, sociólogo, ingeniero militar, físico, naturalista, periodista, geólogo, botánico, zoólogo, biógrafo, historiador, profesor, filósofo y poeta fue hasta allá y concluyó en 1909 la escritura *Os Sertões*, *Los Sertones*, donde la muerte más atroz disminuyó la carne de sus pobladores, agujereada a balloneta, bala, pólvora, dinamita y kerosene, después de que sus sobrevivientes, los iracundos yagunzos y los sertanejos, resistieran con insensata terquedad a la metralla, el cuchillo, el cañón y la candela de la Armada Nacional degollando, como lo hicieran con cuidada precisión, a un coronel de apellido Tamarindo, lo empalaran como un muñeco de trapo y acallaran con balas de piedras a un oficial epiléptico y lobuno furioso como fuera Moreira César, a él y a sus soldados. ¿Quién agitaba a toda esa caterva de infrahumanos, maleados por Brasil entero con el pretexto

de una fementida obcecación de doble cabeza, la de la obediencia monárquica y el fanatismo cristiano? Pues un tal Antonio Conselheiro, el Consejero. Cuando, después de reiniciar la guerra consiguieron dar con aquel santón, a fuerza de metralla, puñaladas, incendio y cañonazos precipitar a los canudeños (las madres se lanzaban a la candela con sus hijos en los brazos) sobre esa tierra dura y menesterosa que conoció casi por única vez la mojadura de un agua que el cielo le mezquinara y que empurpurara la sangre, lo hallaron semienterrado, podrido, embojotado en su bata de profeta. Cuenta Euclides da Cunha que la tropa lo empujó fuera de la basura donde yacía, la mano sobre el corazón de orar y llamar a Cristo y determinó cortarle la cabeza y enseñar en la plaza pública (para llanto y festejo de la plebe) al despojo purulento del "bárbaro agitador, el terrible antagonista", anota el autor de este libro de lectura imprescindible (Vargas Llosa transcribió una versión apocalíptica en *La guerra del fin del mundo*) en la que se entienden, en prosa desigual, la digresión de la sociología y la antropología positivista y la estupenda escritura literaria a la que la Biblioteca Ayacucho ha prestigiado entre sus clásicos. En el prefacio, Walnice Nogueira Galvão, luego de referir con minucia este horror y este error histórico, expresa "cómo no quedar traumatizados para siempre, si fue allí que se descubrió Brasil, si por primera vez se fue al encuentro de la plebe...". Concluida la guerra de Canudos (los pedazos del poblado y los huesos de sus gentes quedaron sepultados en las aguas de una represa) los soldados volvieron a la vida civil. "También eran miembros de la plebe" y "tuvieron como premio la concesión de terrenos en la capital del país" sobre el morro donde un Cristo de piedra abraza a Río de Janeiro desde lo más encumbrado de las llamadas Favelas. ¿Por qué no suponer que el Brasil marginado y desechado de esos barrios de insoportable pobrecía se levanta de nuevo hoy Canudos, un Canudos revivido bajo la injusticia y el oprobio del capitalismo?

14 de agosto de 2023

LOS GOBERNANDORES DEL ROCÍO DE JACQUES ROUMAIN CUANDO LA LLUVIA SE FUE A LA GUERRA

"El caserío mostró un rostro de hosca tristeza", escribió un joven novelista y poeta haitiano, como si al hacerlo, antes de morir cuando apenas viviera treinta y siete años, quisiera corregir el primer esbozo de una novela imposible de leer sin que gocemos la prosa poética que ofrece el paisaje de Fonds-Rouges, la comarca donde una anciana anuncia que todos moriremos. En aquella su primera vez de *Gobernadores del rocío* (su solo título bastaba para subyugarnos) Jacques Roumain avisaba ya que la anécdota de su obra maestra (la búsqueda del agua en una tierra sedienta y arrasada por mano humana y ensangrentada por el puñal que derrumbaría a su héroe) conviviría en estrecha alianza con la intervención continua de un lenguaje lírico que embellece la huraña intemperie donde se mueven sus habitantes entre la desesperanza y el afecto, el odio y la ilusión. Nadie, en la narrativa escrita en estas regiones del género narrativo, había logrado hasta entonces esa inteligencia entre la sequía del afuera y la del ser que la castiga por dentro, ni menos embellecer hasta el estupor el desasosiego de la sed humana y su castigo en los sembradíos. Roumain llega a este logro magnífico dueño de sus dones de poeta, correligionario como fuera de la llamada Generación de la Ocupación, aquel grupo de intelectuales y escritores haitianos que afrontaron la ocupación de los *marines* a su país y los desmanes con que lo asolaron durante más de treinta años. Hijo de la alta burguesía, comunista y fundador del partido entre los suyos, etnólogo, diplomático y polemista, acaso pensaría en ese entonces en su novela mientras Haití sufría bajo la mordaza de los yanquis y los dictadores que le sirvieron de lacayos, como Papa Doc, Duvalier. Otra escritura,

la de *La montaña embrujada*, una narración de marcado acento campesino, avisaba ya de la pronta invención de *Gobernadores del rocío*. En no pocos poemas se presentía, en la sombra del cautiverio y la lejanía del exilio, esa escritura que embellecería, en sorpresiva dialéctica, el decir del dolor humano y del paisaje que cruzaba la tórtola y el árido viento entre el follaje de los cerros, los *mornes,* escondites de los negros cimarrones y religiosos del *vodú* y lugar de un milagro en las entrañas sedientas del poblado. En las páginas del inagotable homenaje, la voz de Jacques Roumain, desde su celda la Penitenciaría Nacional de Puerto Príncipe, dejaba oír las maneras de una escritura y un sentimiento que cedería luego a la invención de su novela admirable: *Dime, ¿tú conoces a Daniel? –Bueno, en verdad no, respondió el Agua. / ¿Quién es Daniel? / Es mi pequeño. / Tiene cinco años. Va a la escuela. / Es así de alto. / Si lo encontraras / riachuelo, arroyo / Triste compañero / Dile por mí / Como la tortolita / Buenos días, buenos días, buenos días.* Tal dulzura para enfrentar, para exorcizar, mejor, la desdicha, aquella del prisionero y más tarde esta, la del caserío de Fonds- Rouge, menesterosa de sed y desesperanza, educaron el pensamiento y la fantasía de este justiciero, sus dones literarios, el fervor por la justicia y por la preciosidad de la escritura, donde brotan, como una floración del idioma francés, los vocablos y las expresiones del habla *creole de los dioses* y del común. Manuel, la figura primordial de la novela, regresa a su lugar después de servir de bracero en Cuba y de aprender la resolución vindicadora del reclamo laboral. Él no es otro que el propio Jacques Roumain, transfigurado en el personaje-metáfora de un soñador que se da a escarbar el suelo de su pueblo en busca del agua, de la salvación de un destino condenado al desierto. Analfabeto, ignora que al hacerlo, practicaba las enseñanzas del materialismo dialéctico aprendidas por su creador en los días de su militancia política. El agua, que espera escondida las manos de Manuel, es Anaís, la amada, es ella, al principio esquiva, ofrecida luego, figuración de la belleza negra, carbón encendi-

do que se apresta a florecer en bosque, a prodigar y saciar la sed del amor al amado y al prójimo. La lectura del teatro griego, de Shakespeare, del Goethe de *Werther* y de Nietzsche, a quien leyera en su propia lengua durante sus tiempos de estudiante en Suiza ("Es preciso llevar en sí mismo un caos para poner sobre el mundo una estrella danzante") educó la imaginación Roumain para elegir la muerte trágica del héroe de la novela y elevarlo al mito. El agua, que solo fue en Fonds-Rouge una mancha blanca en pensamiento y en la ansiedad de los campesinos, devendría despertar de la tierra y destino en el vientre de la amada. Duró poco entre nosotros Jacques Roumain. Hasta su apurada desaparición se asemeja a la de héroe de *Gobernadores del rocío*. Nos avisa Michaelle Ascencio, la añorada escritora haitiana, a quien debemos la fiel traducción de la novela, ofrecida por la Biblioteca Ayacucho, que el escritor tuvo una muerte ambigua, entre la realidad y la ficción: el veneno de algún enemigo. Huelga advertir que Jacques Roumain era un soñador socialista en un tiempo dictadores. Como Manuel, no quiso que se revelara el nombre de su asesino: privilegió, en lugar de la venganza, el provecho del agua de la vida, la fraternidad que ella reclamaba en una región de enconos. El agua ocultaba no solo la resurrección de los beneficios de la tierra: brotaba como la metáfora de la rebelión social que Haití espera desde 1804, cuando fundara la primera república libre de la América colonizada. El rocío, sugiere Stephen Alexis, el novelista haitiano más cercano al escritor, es el personaje central de la novela. Él es el hermano de la lluvia, como lo es Jacques Roumain del destino de su patria, castigada sin tregua por los huracanes y el tormento telúrico, la desigualdad social y económica, la intemperie y la injusticia, vale decir nuestra patria.

17 de agosto de 2023

SIGÜENZA Y GÓNGORA LO SUPO TODO

Fue matemático, astrólogo, lingüista, teólogo, historiador, astrónomo, filósofo, bibliófilo, ingeniero, geógrafo, etnógrafo, cosmógrafo, catedrático y hasta poeta. Su vida transcurrió cuando el siglo XVII moría y alboreaba el XVIII, allá en el México colonial del tiempo agónico de los Habsburgos. Con petulancia pretendió descender de don Luis de Góngora y Argote, el dios de la poesía barroca y lo fue, a más de probar el patronímico de una estirpe palaciega y ostentó escudo nobiliario. Ejerció oficios sin cuento, algunos ingratos, como el de La Inquisición y mantuvo prestigiosa compañía, como la de Sor Juana Inés de la Cruz, a quien vio morir cuando rezara por ella al borde de la huesa del cementerio. Su única, su sola lastimadura (mientas lo esperaba la muerte con el brote fatal de un tumor del tamaño de una chayota en el bajo vientre y un poporo nefrítico como del tamaño de una nuez en el hígado) la sufrió como llaga moral cuando la Compañía de Jesús de los pedantes jesuitas desdeñaron su reingreso a los achaques sabihondos de la orden ignaciana por culpa de su inconstante puntualidad y sus viciosas distracciones, bien que desesperara limosneando su reingreso hasta el final de sus días. Erudito como los más en la averiguación de los planetas y del remoto pasado de los habitantes de México, el propio Humboldt estimó con largueza su desmesurada sabiduría al observar sus dibujos de la emigración de los aztecas; y supo por él que las pirámides de Teotihuacán había sido invento de los olmecas que no de los toltecas. Apena que gran parte de sus manuscritos se consumieran en el polvo de la indiferencia y acaso de la inquina, porque fueron de suyo polémicos, abjuradores de la tradición y la superstición que hacía estragos entre los empingorotados de la privanza del virreinato y aun en el común. Sobrevivieron a tanta

mezquindad no pocos cronicones y libros de cuero de becerro, tal *Los infortunios de Alonso Ramírez*, el *Alboroto y motín de los indios de México*, el *Trofeo de la justicia española en el castigo de la alevosía francesa*, el *Teatro de virtudes políticas*, la *Libra astronómica y filosófica* (su obra cumbre). De tan agobio avío de saberes, don Carlos de Sigüenza y Góngora privilegió el de sus averiguaciones estelares, de cuyas profusas curiosidades y revelaciones causara afrontamientos muchos con los sesudos de entonces, sobremanera en lo que hacía a su densa minucia del pasado indígena mexicano. Huelga decir, después de intimar con su inagotable patrimonio escritural, que quienquiera ahincarse en el registro del ayer mexicano de esos siglos ha de transitar la obra de este gran barroco, profundo conocedor del cielo y de la tierra Sigüenza y Góngora, esa biblioteca de lectura proteica cuya selección ofrece la Biblioteca Ayacucho en la Colección Clásica.

22 de agosto de 2023

1908-1985. DESPUÉS DE MIGUEL OTERO SILVA

"Yo tenía 6 años y un perro", dijo cierta vez, pero no recordó cuando hizo reír a sus compinches del alboroto infantil en Barcelona; tampoco cuando lo sorprendieran los primeros dones de su buen humor durante su amistad con el aledaño marino. ¿Por qué calló en su brevísimo recuento memorioso sus travesuras en la casa de comercio de su padre en alguna esquina de la ciudad o tal vez en Guanta? Nadie tuvo la curiosidad de averiguar tales confidencias al mítico periodista que llegaría a ser. Acaso su historia comenzó de pronto, cuando una mancha de petróleo asomó en un terreno de don Enrique Otero Vizcarrondo. El beneficio de un r*oyalty* dejó atrás la canícula de su última infancia. La larga confidencia sobre el ayer de Miguel Otero Silva comienza con su deserción de las aulas universitarias de Caracas y su primer poema, de cuya lectura solo se conoce el tiempo de su aparición: 1925 y entusiasmo que despertara una nota de Fernando Paz Castillo. Que se sepa tardó en ceder a la lectura pública algún atrevimiento narrativo, una confesión, un testimonio, una nostalgia, si no. Acaso la imprenta que fuera a adquirir su padre a Baltimore para difundir la lectura risueña del semanario *El morrocoy azul*, su primera invención del bisoño periodista marcó los pasos iniciales de inventionero de su vasto destino: un día se vio comunista sentimental, héroe discreto de la rebelión antigomecista con Gustavo Machado de comandante y su abortado suceso en las costas de Coro, su huida por los cerros, su destierro hasta su regreso al país de "la calma y cordura" y del *Inciso* de López Contreras que lo devolviera de nuevo a la frontera. Entonces fue 1942. Del otro lado de la tierra la guerra asolaba,

Hitler se adueñaba de Francia y en Caracas el humorista del *Morrocoy Azul* inventaba con Antonio Arráiz el diario *El Nacional*. Desde entonces lo persiguieron las distracciones de sus viejas pasiones: el juego, la apuesta de los purasangre, el béisbol, la amistad, el brindis, la teoría y la conjetura política; mientras el tiempo para atender a la literatura, la poesía y la novela le sería siempre mezquino. Sabemos que tardó años en pasar en limpio y dar a la publicación el intento narrativo, más bien testimonio, al que llamó *Fiebre*, cuyo personaje principal fueron los peladeros de Palenques y el paludismo en los llanos altos del Guárico, aquella cárcel de intemperie y carretera con la que Gómez castigara a los revoltosos estudiantes del 28. Un día, durante los tiempos inciertos y ambiguos de la democracia logró darle punto final a *La muerte de Honorio*, una narrativa conversada con las llagas de la tortura perezjimenista. Lo que sigue ofrece la empinada ruta de un encumbrado porvenir. Intentarlo con minucia sería insensatez en estas apuradas líneas. La vivencia de Miguel Otero Silva en la historia de Venezuela agobia: el periodismo, la propiedad de un periódico, el oficio de redactor, la participación en los asuntos pendulares del acaecer político, el ajetreo cultural, su presencia misma reclamada por todo un país, lo alejaron del ocio creador de la literatura y del apartamiento que exige la ficción narrativa. Cualquier proyecto de libro lo obligaba a esconderse quién sabe dónde, en hoteles sin nombre, en lugares insospechados que hubiera envidiado Marcel Proust y hasta una villa en las colinas de Arezzo. Pero todo resultaba inútil, hasta allá, hasta esa mansión del Renacimiento italiano, vecina al castillo del Vasari, fue a buscarlo un día García Márquez por haber tenido noticias de que en sus aposentos se guardaban más de doscientas bacinillas. La redacción de *Casas Muertas* y su reconocimiento internacional (la agonía de un pueblo llanero devorado por el paludismo) acrecentó sobremanera la nombradía de que ya gozaba. Pero nadie como él sufrió con sus pasiones y entrenamientos, con su nombre mismo y su protagonis-

mo. Su vida fue un reclamo infatigable de legos y diletantes, empedernidos de la fama y duchos de las ideas y de su retórica los cuales requirieron de su socorro para legitimar cualquier proyecto de razón y fantasía, conciliar enconos ideológicos y jugarretas inconstitucionales de Congreso. No sabemos cómo logró concluir su novela de mayor audacia formal, *Cuando quiero llorar no lloro* (traducida al francés como *Et retenez vos larmes*, préstamo del poeta surrealista Louis Aragon) o la fatigosa investigación que exigiera tratar a Lope de Aguirre, al que convirtiera en antimperialista de Felipe II y en *Príncipe de la libertad*. Tampoco cómo hizo para domeñar su escasa paciencia alborotando la papelería bíblica y teológica que abunda sobre el martirio de Jesucristo, la soldadesca y la canalla fanática que juraba por su muerte y su minuciosa lastimadura, pero un buen día ofreció *La piedra que era Cristo*, la relectura de un justiciero, un socialista sosegado y asimismo la protesta contra la injuria que sufría Barrabás, un guerrillero cenote antirromano, acusado de ladrón por las Santas Escrituras Ya había conseguido escabullirse para irse hasta las sabanas secas y boronosas de Guanipa en busca de la continuación de *Casas Muertas*. De allá, de ese bosque de balancines, el tufo a *mene*, las candelas de los cuarenta grados y los ranchos del explotado obrero petrolero, es *Oficina Nº1*, su novela del petróleo, el final de la huida de los sobrevivientes del palúdico pueblo de Ortiz y tal vez la novela con mayor contenido político de su autor. Su muerte no solo enlutó nuestra vida cultural y nuestra narrativa (sus libros, como *Casas muertas*, tienen ya "su sitio en lo universal", señaló Miguel Ángel Asturias) sino también el periodismo de *El Nacional* y el caído prestigio de su veracidad. Somos un país sin memoria después de Miguel Otero Silva.

27 de agosto de 2023

PÉREZ BONALDE
EL ADIÓS DEL REGRESO

De aquel joven caraqueño, formado en la crianza de las bibliotecas, el aula, el piano, las buenas maneras que mandara a cumplir el *Manual* de Carreño y mordido en carne viva por el repetido destierro a que lo castigara el caudillismo guzmancista por su fervor monaguense, solo hubo, aquella mañana de marzo de 1870, la pesarosa despedida de los suyos en el puerto de La Guaira y la mano en alto como un pañuelo a su adiós a las revistas político-literarias, las piezas satíricas, la contienda estética del soneto y la redondilla, el antifaz de los seudónimos y el imperdonable fervor a José Tadeo Monagas y a su hijo José Ruperto. Dice Ernest A. Jhonson Jr. en su libro *Juan Antonio Pérez Bonalde, los años de formación, documentos 1864-1870*, que mientras registraba en los papeles que daban cuenta de la inquieta vida literaria y banderiza del poeta de *Vuelta a la patria*, a este lo trabajaba (el día de su alejamiento de Venezuela) la desilusión que le causaran, a más de la sangrienta refriega de uno de los Monagas (Domingo) el 14 de marzo de 1869, el triunfo electoral de Antonio Guzmán Blanco y la muerte de la Revolución Azul, de la que fuera obediente colaborador lírico y fablistán de la causa monaguense (José Ruperto Monagas era su amigo y su padre edecán del dos veces Presidente de Venezuela, el general José Tadeo Monagas, la Primera Lanza de Oriente en la guerra de Bolívar. ¿Adónde iba el desterrado? Nueva York le prometía sobremanera oficio indistinto con sus agencias de negocio en menoscabo de los placeres del ocio literario, que había probado con largueza en su país durante los días del régimen del mariscal Falcón y de los Monagas de fértil familia presidencialista. Diecinueve años

retardaron su exilio en la isla de Whitman como empleado de una firma comercial que le prometía viajar por el mundo y probar sus dones de políglota, de que fuera demostración mucha y bastante la excelencia sus traducciones, como la del *Cancionero* de Heine. En la ciudad de hierro conocería a José Martí quien rindiera loas a su poema al *Niágara*; y en sus tabernas libaría el licor ardiente con los expatriados –como él– del guzmanato. No sabemos cuándo y cuántas veces aspiró el humo del *hachíff* ni qué determinación lo esmeró en amenazar con la esgrima. Solo es dable seguirlo en su disciplina vivencial romántica (la tiniebla y la luna, el abismo, el ave nocturna, la catarata, la centella, las ruinas, la amada o lo amado, en la búsqueda de lo sublime) y la exigente versificación de prolongado motivo. De esas excelencias en la traslación de la poesía de una a otra lengua es *El cuervo*, cuando "una fosca medianoche" oyó a Poe en sus oídos y en su genio transfigurador logrando una versión tan feliz como si de su propia autoría se tratara. La justicia literaria le concedería la gloria de compartir con el insomne y ebrio poeta bostoniano del horror y la melancolía la doble creación del poema. No pocas veces hubo Pérez Bonalde de dar reiteradas muestras de esas logradas mudanzas de la poesía de otras voces a su idioma de poeta romántico, precursor de ese culto que fuera entre nosotros en un tiempo cuando el modernismo reclamaba un lugar de alto sitial en el privilegio de la belleza y sus ornatos. Cuando ya desmaya el desmesurado tiempo guzmancista, cuando el "ilustre americano" se fastidia de su propia idolatría y cede su caudillismo, Juan Antonio Pérez Bonalde regresa a Caracas. La madre ha muerto, sin que se le concediera la piedad de acompañarla hasta la fosa de la nada y la llaga de la herida que le infligiera la desaparición de su hija ("Flor se llamaba, flor era ella") lo inclinaba del lado que más duele, el poeta tomó del cerro del Ávila una flor amarilla del camino para depositarla en la huesa de Gregoria Pereyra y en lo alto del poema *Vuelta a la patria*, que la llora. La Biblioteca Ayacucho

quiso rendir tributo al primer poeta romántico de Venezuela con la edición del gran canto donde el adiós del regreso en busca de la muerte de la madre concita así mismo la evocación de la tierra venezolana, del añoro de su geografía y del arraigo a su historia y al ser único y común que explica su destino. Tal edición es igualmente promesa de la casa editora de ofrecer a los lectores de la literatura nacional y latinoamericana un volumen de la poesía de Juan Antonio Pérez Bonalde en la prestigiosa colección de los clásicos. Dicha deuda no tardará en cumplirse. Será la venida sin adiós de quien reclamara el abrazo de la tierra materna para confundirse con ella más allá de la vida misma.

03 de octubre de 2023

LA AMADA INFIEL DE CÉSAR DÁVILA ANDRADE

Estuvo con nosotros. Fue íntimo de nuestras noches. Venía del Ecuador. Siempre. Solo. Miraba hacia adentro. Su verdadera intimidad fue la calle. El confidente el vino. La copa roja. La poesía lo amaba. Fue su verdadera nostalgia, su boca y su pecho. La prosa con la cual nos deslumbraba, lo conto entre los memorables de la ficción, pero creo que su verdadera creación fue la aflicción, su insomnio. Vivió con ella en una inencontrable habitación de Pinto a Viento, donde Caracas insistía esconderse de la modernidad. Vivió, así, entonces, oculto tras cierta tristeza de ojos grandes, después de sus anteojos nocturnos. Atendió a las exigencias del neuroromanticismo; obedeció al entresueño de los surrealistas, pero más al telurismo nerudiano y al legado de los viejos dioses, precolombino de Miguel Ángel Asturias y del *Popol Vuh* con su obra maestra *Boletín y elegías de Mitas*, por la invención de un lenguaje, préstamo y fantasía del idioma del hombre americano originario de su tierra ecuatoriana: *Yo soy Juan Atanpam, Blas Llaguarcos, Bernabe Ladña, / Andrés Chabla Guamancela, Pablo Pumacuri, / Marcos Lema, Gaspar Tomayco, Sebastian Caxicondor. / Nací y agonicé en Chorlaví, Chamanal, Tanlagua, / Neblí. Sí, mucho agonice en Chisingue, / Naxiche, Guambayna, Paolo, Cotopilaló. / Sudor de sangre tuve en Caxaji, Quinchiraná, / en Cicalpa, Licto y Conrogal. Padecí todo el cristo de mi raza en Tixan, en Saucay, / en Molleturo, en Cojitambo, en Tavatela y Zhoray. Añadí así, mas blancura y dolor a la Cruz que trujeron mis verdugos*. De su vida y su lenguaje escribió tanto en sentimiento como en sabiduría. Alguien de su sangre y de su admiración, Jorge Ávila Vásquez, escribió el prefacio de la

Colección Clásica de la Biblioteca Ayacucho. El realismo, el naturalismo, anduvo con él de la mano y del imaginario. No es posible delimitar las fronteras literarias por donde anduvo, entre la anécdota y la lírica. Fue un memorioso de la melancolía, de allí esa mirada suya detrás de sus lentes y las secretas pulsaciones que uno le adivinaba escondidas en su corbata. Dejaba hablar a sus amigos mientras les respondía con su mutismo o su voz pequeñita. Esa fue su conducta y de ese modo de alejaba. No se sabe dónde, de alguna esquina a su habitación. Acaso su soledad no le fue fiel y se acercó a reclamársela frente al espejo. Tomo una hojilla y busco el latido de su vena en el cuello. Pero siguió llamándose César Dávila Andrade. Nadie o pocos saben por qué le decían "el faquir". La vez que terminó con él lo comprueba: quiso siempre vivir sobre el filo de sí mismo.

04 de octubre de 2023

MIGUELÁNGEL ASTURIAS
NUESTRA LENGUA Y NUESTRA PALABRA EN MAYA-QUICHÉ

A un rostro de estela maya, a un brujo Copán, semejaba inerte Miguel Ángel Asturias en un hospital de Madrid cuando Arturo Uslar Pietri acudiera a ver morir a su cómplice de los cafés de Montparnasse cuando otrora aporreaban el idioma de Voltaire y Corneille en el París que pululaba de aspirantes latinoamericanos al nombramiento literario y artístico de los años veinte, más atentos a los mandatos de la vanguardia estética del relato sin puntos y comas de la señora Bloom del *Ulises*, al automatismo psíquico y el sueño incontrolado de Breton y Compañía o a la descomposición de la apariencia del copista picassiano de los tótems congoleses que a la nostalgia de los mediodías de canícula y el castellano colonial de sus provincias. Muy distinta averiguación movía el espíritu de tales amigos, el del mestizo indígena guatemalteco y el del caraqueño germano-corso: ambos se dieron a revivir en sus memorias y en los bocetos de sus pretensiones narrativas la luz ardiente y el chubasco de donde procedían, el temblor del colibrí, el relámpago en el rugido del felino, el grito verde vegetal de la guacamaya, la casa y el afuera del hombre de piel de guarao y choroteca y de rasgos andaluces, el rehílo del habla cruzada de vocablos castizos y oráculos de pueblo originario, legado de las encomiendas, nostalgia de los pueblos de la espesura y los desiertos. Los contertulios que eran Asturias y Uslar Pietri se ahincaban en el cuidado de trajinar con su imaginario de bisoños escritores entre las confesiones de Vallejo y sus domingos en las claras orejas de su burro, el oráculo del *Popol Vuh* o las confidencias de vieja caligrafía del misionero Pedro Simón y Fernández de Oviedo. Asturias desordenaba en sus faltrisqueras los

apuntes de unos "mendigos políticos", apurados esbozos de lo que tiempo más tarde se transfiguraría en *El señor presidente*, la primera novela que narraba la brutal dictadura de los caudillos suramericanos, en cuyas páginas harían alianza el decir chamánico del heredero de los mayas y la caligrafía y la verba del pueblo urbano y campesino de Centroamérica, todo ello en una armoniosa y creativa mezcolanza del escrito cervantino y las voces del habitante silvestre, y un afuera de pájaro zizontle y quetzal y de cotorra y turpial y de gritos y susurros en una lengua emplumada y flechera, de ropa blanca y sombrero de palma donde antiguo su más conspicuo lucidor se tocaba con lujo de malaquita y fulgor áureo y de cuyo acervo jóvenes de entonces, como Asturias, atesorara para ceder la lectura de lo real maravilloso, ese entendimiento sin costuras de lo real y lo fantástico que explica nuestra conducta ante la realidad y su hechizo acezante. Uslar Pietri, a su vez, concluía los capítulos de *Las lanzas coloradas* y bosquejaba aquella mañana en que unos seminaristas, obedientes a la orden de José Félix Ribas, se armaron de estacas y fusiles de abatir conejos para desbaratar las hordas de Boves en la plaza de la Victoria aragüeña. Ojeroso, insomne de tanto avivar el recuerdo de su madre cuando la escuchaba referir historias del ensueño y misterio, Asturias daba por terminado sus *Leyendas de Guatemala* que despertaran el contentamiento a Paul Valéry quien solía desestimar toda emoción literaria por preferir el cuidado racional de la forma y desautorizar toda anécdota literaria que se pudiera contar por teléfono y más aun la excesiva descripción del color local de los sentimentales. "Nada me ha parecido más extraño –quiero decir más extraño a mi espíritu, a mi facultad de alcanzar lo inesperado– que estas historias –sueños– poemas donde se confunden tan graciosamente las creencias, los cuentos, todas las edades de un pueblo de orden compuesto, todos los productos capitosos de una tierra poderosa y convulsa", suscribía el autor de *El cementerio marino* y *La joven Parca* al concluir la versión francesa de las *Leyendas*, lograda

con holgura por Francis de Miomandre. Desde entonces, Asturias se entregaría a la reinvención de una realidad en la que todo escrito narrativo y poético de la lengua maya-quiché y su herencia del mestizaje lingüístico se fusionaba con la lengua del conquistador, los asoladores de las lenguas autóctonas, derribaron templos y cargaron consigo la esmeralda, el diamante y el oro. Aquella primera página de *El señor presidente*, "¡Alumbra lumbre de alumbre, Luzbel de piedra lumbre. Como zumbido de oídos persistía el rumor de las campanas, maldoblestar de la luz en la sombra, lumbre de alumbre sobre la podredumbre!", cambiaría así la escritura de la fantasía de todo el imaginario de un continente que sobreviviera con la independencia política de Bolívar a la corona española a la que Vallejo trastrocara en *Trilce*. Pero no se detendría allí el escritor guatemalteco en esta fabulación mestiza de los evocadores de dioses vegetales y celestes del realismo mágico. No tardaría en narrar una de sus obras maestras, *Los hombres de maíz* donde el verbo conjurador de sus anteriores creaciones emprendería la escritura de una confidencia bruja, un entretejo de campo, selva y habla de exorcismo y puro destello poético, rudo y sedoso, entre la certidumbre y la alucinación de esta letanía: "–El Gaspar Ilóm deja que a la tierra de Ilóm le roben el sueño de los ojos... –El Gaspar Ilóm deja que la tierra de Ilóm le roben los párpados con hacha... –El Gaspar Ilóm deja que a la tierra de Ilóm le chamusquen la ramazón de las pestañas con las quemas que ponen la luna color de luna vieja". Y ya nuestra lengua literaria de la resistencia, la de este lado de la tierra, no fue la misma, como si de un torbellino verbal se tratara, a modo de huracán de significado, de poema convulso y de belleza salvaje en el corazón mismo del idioma en la narración siguiente, la de *El albadito*, el mundo perdido en medio de las tallas de los rostros y las manos de los hacedores de arcilla y roca verbal de lo insólito. Acaso, entre tanto asombro de lectura, la trilogía bananera de *Viento fuerte*, *Mulata de tal* y *Los ojos de los enterrados* no se escuchen

esas voces de exorcismo, mas ¿qué vale frente a estos conjuros que ha reunido la Biblioteca Ayacucho entre los clásicos? He aquí a Miguel Ángel Asturias, su perfil de hechicero Copán que viera Arturo Uslar Pietri en su lecho de muerte, como tallado en algún templo de Tical, más allá del tiempo, en el país narrativo del deslumbramiento.

18 de octubre de 2023

MADRE DEL CASTILLO
UN NOMBRE MUY LARGO PARA ALCANZAR EL CIELO

Fue monja Clarisa, allá en Colombia, en Tunja. Cierto prelado la animó –le ordenó, que es término más bien castrense– a que escribiera su vida. Ella accedió. Eligió la tercera persona del plural, acaso para facilitar la distancia prosódica de poder nombrarse sin tropezar con las incomodidades de su intimidad. A tal autobiografía la tituló *Mi vida*. Transcurría el tiempo de la Contrarreforma, del temible Santo Oficio. Se atrevió a hacerlo. Gozaba, para cometer esa escritura, de su condición de enclaustrada, pues que mujer alguna mal podía pretender ese oficio de hombre. Con dicho permiso no dudó en dar cuenta de su vivir, ofrecido al Señor, su amado, o cada año, "en amargura de mi alma, pues todos los halló gastados mal" y osó pasar memoria de ellos. A esa libertad en el mentado proceder le ofrecía el regalo de su unción de abadesa, de una alta jefatura con varios privilegios. Y así lo hizo, así medró en la cuidada prosa de quien provenía de una estirpe social de harta pretensión de cuna y enseñanza libresca y melódica, criada como fue en holgada casa aristocrática, donde se cumplía el orgullo de ostentar el patronímico de vasallo del rey y disponer de esclavos, de alto peculio y distancia con la plebe. Además, ocurría el siglo XVIII, el del cabildo y la petulancia eclesiástica que compartía desmesurado poder con la monarquía sobre toda vida humana, animal o cosa. ¿Qué era ser monja en esos tiempos tediosos en el virreinato de Santa Fe? A enclaustrarse acudía, no solo la mujer que atendía al llamado de Cristo: también la dolida por el desamor, la viuda y la que aborrecía el himeneo. Para no pocas de ellas la movía ese encierro de celda ingrata, el párpado de la ventanuca, la mesa de dura madera y el perezoso

candelabro, un libro de santa confidencia, a veces en verso rezandero (se prohibía *El Cantar de los Cantares*, por miedo a recordar la carne y su deseo); y cuando se tenía privanza de alcurnia, como la madre Castillo, entonces fue sabrosura semejante existencia oscura, a ratos expuesta a la luz de afuera en los actos de la liturgia o la ceremonia oficial del colonialismo. Y así como ocurría en esta vida de cerrojo el achaque de la letra escrita reclamaba a quien determinaba acometerla la buena pro del oficio (dice la historia que no pocas mujeres lo cumplían con resultados de excelencia): Sor Juana Inés de la Cruz, en México, era referencia envidiable. El tribunal de estilo barroco mandaba, a quien osara su obediencia, cumplir con remedo de las retorcidas formas de un gusto y hasta de un comportamiento común a la belleza de entonces y sobremanera en el prosar y en el versificar los asuntos del cielo. Con esmero y con probados dones la monja que decimos agotó los lentos papeles de su manuscrito en dar noticias de sí misma y la de la comarca de Tunja, quiere decir de la Colombia de aquellos días, por lo que la lectura pública de su autobiografía (esperaría 97 años para cederla al común, con la guerra de Bolívar de por medio) es hoy el primer día de la historia literaria colombiana. A más de su vida, la obra de la Madre Castillo abunda en una obsesiva correspondencia epistolar con confesores muchos, en la que da cuenta de hechos que no resisten el tiempo, como sí la cotidianidad del testimonio. "Su escritura termina por no decir nada nuevo o casi nada", advierte la enjundiosa prologuista Ángela Inés Robledo en el tomo de la colección clásica de la Biblioteca Ayacucho. Aceptemos esta advertencia y detengámonos en la lectura. Hállase allí, puertas adentro del claustro, la noticia de esas horas de finales del siglo XVII y mediados del XVIII de nuestro ayer, fastidioso y convulso, temeroso de Dios y del rey, patio trasero de lo que habría de ocurrir más luego en la historia de nuestra América, la de los albores de la emancipación política y soberana. Capítulo tras capítulo, carta tras carta, la madre del convento de Tunja contó lo que

ninguna moradora de ese sepulcro viviente atrevióse a intentarlo: su vida frecuentada por la fe religiosa y por el asunto humano, este, de pronto, con estorbos de intriga y de malevolencia de parte de las habitantes de estas paredes tristísimas los cuales lastimaran a la abadesa y donde el temor de pecar despide un olor a incienso y a confesionario. Y así vivió hasta que dejó de respirar. Cuentan que a un año de su muerte fue exhumada: su cuerpo permanecía incorrupto. Como ahora su obra.

20 de octubre de 2023

ARÍSTIDES ROJAS
CUANDO VENEZUELA ERA AYER

Herrera Toro lo dibujó para que no se olvidaran sus rasgos de anticuario, el sombrero alegre, sus anteojos de músico, el bigote de saltamontes. Era crespero, esto es, de los tiempos del caudillo de Parapara de Ortiz, a quien un antojo geográfico le concedió ficha de identidad llanera cuando su papeles de nacimiento fueron aragüeños. Moriría después, en 1894, no muy lejos del gobierno de bolsillo de Ignacio Andrade y lejos y del largo mandato del general Guzmán Blanco de barba de cabro, cuya petulancia se empeñara en tildarlo de "ilustre americano" y mandara que lo subiera a un corcel de bronce, al que la cháchara caraqueña motejó de "el saludante" por culpa del escultor que le pidió prestado el quépis para desnudarle la calva. La tinta del artista precursor de los pintores de nuestra guerra bolivariana lo sorprendió acaso como fue: casi triste, sin mucho arresto de letrado, muy civil, como pendiente de esperar lo que sucedía en el devenir de la República, entre el auge y la caída del café y la horda de langostas. Faltaba mucho para que aparecieran Castro y Gómez, que se vendrían a pie y a caballo a fundar el liberalismo amarillo, pero poco le importaba a Arístides Rojas ese fatal avatar de nuestro recuento de asonadas de encachuchados, ganoso como se hallaba en atender al acaecer del embrollo de esos generales de alpargatas, ahítos de monte y culebra y del país del bandolero y la soledad de los caminos polvorientos y de chubascos: él estaba ahí para contar, para referir, para anotar nuestra historia risueña y malbaratada, naciente y muriente, con la revuelta en cada esquina y la grita de viva no sé quién. El sopor de entonces y sus sobresaltos muchos de una Venezuela agricultora y pastoril, olorosa a

arreo, a café y a cacao, el automóvil con cascos y brida y de carroza de pretensión social y de tráfago placentero o mercantil, nunca distrajeron su apartamiento de memoralista mientras rasgaba bastante los papeles de sus abultados manuscritos con la puya de la pluma. Entonces nada parecía escapársele de su memoria y de su mirada, por decir de nuestro pretérito y nuestro instante, en su fervor de historiador minucioso y de cronista vagaroso. Nada, ni el suceder del destino de su país paisajista (el arte se daba a copiar con obediente realismo el mogote, El Ávila y otras serranías, el agua del caño caraqueño o del aledaño, el retrato del señor o la doña, un perro, un jumento, el corcel del mantuano y si no del empresario), ni el qué dirán, ni menos el embuste o la media verdad, el mentidero de la cuadra y del sembrado o aquel asunto daríano de algún día de la libélula vaga de la vaga ilusión; tampoco de la leyenda, a la que tuvo tan del cabestro, fiel a su prurito de rememorador de lo trascedente y lo banal. Tal fue el largo rato que Arístides Rojas le prestó a nuestro pasado, tanto, que durante y después de haber concluido sus achaques de escriba capitalino y nacional, nadie que se pretenda historiador o cronista cometería la distracción de averiguarlo porque en verdad cuanto dejó escrito es hoy fuente, venero del recuento historiográfico y anecdótico, como oferta el agobiado volumen que le cedió la Biblioteca Ayacucho donde lo incluye, ungiéndolo, entre sus clásicos. Háyanse allí un como desmesurado bazar de lecturas harto diverso acerca de cuándo Venezuela fue aquella, la de lo perdurable y lo perecedero, la de alguna vez y la del todavía, pero que consiste, determina, explica, qué de nosotros se eterniza y es polvo de olvido, indispensable, juntamente, para deletrear nuestra idiosincrasia, como se ve hojeando el asendereado volumen, en el que conviven lo penoso y lo risueño, lo primoroso y lo rudo, la minucia y el infinito; lo total, en suma, el absoluto, donde todo cabe para que nada se devasta. Un apurado hojeo y ojeo de este libro sobre los *Orígenes venezolanos. Historia, tradiciones, crónicas y leyendas*, que

de esta guisa trata su lectura, reúne, amontona mejor, un magnífico y a la vez obligado valor documental en el cual se define exhaustiva e inagotablemente la verdad y la ficción de lo que fuimos y medramos. Es cierto: nada o casi nada se le escapó al memorioso Arístides Rojas: las cosas sabidas y por saberse, la materia de la eternidad y sus restos de polvareda. ¿A qué recitar su contenido? Todo hace allí multitud, aglomeración, con Bolívar, claro está, con su puntualísima presencia, y nuestra historia grande y menuda, pero para siempre.

05 de noviembre de 2023

FRAY SERVANDO TERESA DE MIER
SERMÓN EN UNA IGLESIA DE CENIZAS

Que se sepa, nunca sufrió apetencias por *fembra placentera* este fraile mexicano y fue fiel a los mandatos de la castidad. De haberla satisfecho no hubiera tenido tiempo para avivarlas con tanta reja de prisión y de persecuciones como sufriera pues la ergástula y las huidas no le dieron sosiego, más aun si provenían de la inquisición y de las delaciones de sus mismos correligionarios los cuales obedecían como él a la orden de los dominicos, duchos en la tortura, el garrote vil y la candela. La pocilga de la cárcel, entonces y el rincón hediondo donde solía esconderse fueron su domicilio. Hartas veces, ora en su patria, ora en España, en Francia y en Italia, anduvo de conspiración en conspiración y no precisamente para difundir los evangelios y escenificar el misterio de la Eucaristía sino para complicar su vividura de animal de presa con los embrollos que ocasionan las ideas anticolonialistas que tanto lo animaran, sin atender a los peligros que corría. Gustoso, idolatrándose, dábase a relatar sus viacrucis carcelarios y al asedio de sus cazadores con realismo crudo, como cuando las ratas de cierto cautiverio le almorzaron su sombrero. Tales minucias no hacen sino aumentar la curiosidad del lector, en especial en lo que toca a los desocupados fisgoneadores de la literatura de aventuras, donde el fraile que decimos hace de héroe y así lo prueban las páginas de sus confidencias, esas *Memorias* (reunidas en la Colección La Expresión Americana de la Biblioteca Ayacucho) que comienzan de esta guisa: "Se me detuvo, como ya conté, dos meses en el castillo de San Juan de Ulúa, para dar mientras noticia a España (*¡cómo la odió!*) y armar en ella contra mí la maroma correspondiente". De sus travesías fue realísimo hablachento

de añosa prosapia, el patronímico del *de* y la *y* del escudo de armas, con cuyos títulos mantuvo en vilo a los ensotanados y acólitos del rey en aquellos tiempos que mediaron entre 1763 cuando naciera y 1827 cuando detuviera su corazón, pájaro detrás de la jaula y pieza de elección de los cazadores del Santo Oficio y de los obispos de alto coturno y peor calaña, a más de corregidores de la Casa Real. Aristócrata de las familias de España, por su madre fue descendiente de la realeza azteca. Insoportable para la España imperial resultaba su estilo de acusador de las autarquías y su cedulario de maltratos y ahorcamientos. ¿Cómo hizo para escribir con tanta enjundia y frondosas páginas su ideario ideológico, sus testimonios este perseguido y enrejado, contertulio de exiliados y agitadores anticolonialistas y antiimperialistas, precursor de los héroes libertarios de la América colonial de los Carlos y los Felipes, de sus factorías, sus capitanías generales y virreinatos, abolidas como serían por las guerras de Bolívar? Sí, ¿cómo hizo para alistarse en batallas, debatir en su curul donde, una vez más, lo esperaba el cautiverio y escapar a llegar a Norteamérica para que no lo alcanzaran los inquisidores españoles; además de airarse contra los que le metían fuego a la poesía quechua y nahualt y contra las degollinas de París y al mismo tiempo ocio para redactar su *Ideario político*? Nunca lo sabremos, pero lo juran su vida y la gloria que al fin lo salvó de los carceleros del olvido.

14 de diciembre de 2023

JOSÉ ENRIQUE RODÓ
LOS DIOSES DEL AIRE Y DE LA RAZÓN

Murió pronto, apenas conoció sus cincuenta años, cuando iba camino hacia Grecia, "su abuela Grecia", la Hélade de su pasión modernista y su obstinación por convertir en metáforas la luz y la sombra, la perfección y el desorden, es decir, la divinidad positiva y la divinidad negativa shakespereana de *La tempestad* en su libro *Ariel*; a más de narrar, con frecuente tono poético, asuntos emblemáticos del destino, acerca de nuestras derrotas y otros vencimientos, transfigurados en nuevos e insospechados triunfos durante su siguiente libro, *Motivos de Proteo*, frecuentado por seres del Olimpo griego y el Panteón romano y de pronto por la intervención de nuestras divinidades castizas, como *Don Quijote*, entre Laconia y La Mancha, las *Geórgicas* y la pampa, la Naturaleza de los románticos y la tierra de los cachivaches de estos tiempos. Escritor fue, bien que de escasos inventos y profesor en todo cuanto hacía con su pluma; asimismo político, también, parlamentario, embajador, viajero, pero débese su eternidad la autoría de las dos obras arriba citadas. Quienes bautizan su quehacer la califican de catequista, de guía de las recién nacidas naciones, consejero de adolescentes; y muy hispanista, es cierto, en el estilo literario del voceo, el vocativo, la prosodia peninsular, unamoneana (el maestro vasco le envió una larga epístola donde loa sus libros y su pensamiento); pero fue próvido fervoroso de su América, escuela de perfección total en pensamiento y emoción, la de una América siempre naciente, la de los jóvenes, la de Bolívar, de quien se confesara celebrante. Libro de consejos morales es *Ariel*, exordio del predominio de la emoción corregida por la inteligencia razonante, de la espiritualidad que desconfía de

lo irracional, del sueño solitario y puro, por tanto antibretoniano y libre de toda angustia, por tanto antisartreano. Modernista en verdad fue, vasallo de Darío, adorador –ya se dijo– de la perfección, la pulcritud y con referencias a los ámbitos lejanos y antiguos. En L*os motivos de Proteo* se acusó estoico cuando aconseja aceptar la adversidad y su faz de Jano, emblema de la otredad que muda en logro sucedáneo lo que creíamos fracaso. De la pureza del espíritu y el celo porque perdure sin mácula alguna de irracionalismo es asunto reflexivo la página de Proteo y cuanto encuentra en la cultura griega para darle basamento a su ideario ético "que de aquel divino juego de niños sobre las playas del Archipiélago (griego) y la sombra de los olmos de Jonia, nacieron las artes, la filosofía, el pensamiento libre, la curiosidad de la investigación, la conciencia de la dignidad humana". Muy cerca de la prioridad que le asigna a la inocencia se halla Schiller (a quien cita) cuando asevera "que a menudo se oculta un sentido sublime en un juego de niños". Mucho más que esta evocación de Rodó es la totalidad de su obra y de su legado pedagógica de aquellos días en que nuestra América buscaba cómo dirimir su futuro entre las virtudes que esplenden en Ariel y entenebrecen en Calibán. Catecismo moral, guía para viajeros del destino, aguas donde reflejarnos en un río inmóvil de indistintas apariencias, nostalgia de una pulcritud antigua, enseñanza de una lógica sentimental, derrotero espiritual en camino de lo insustancial de la cultura perecedera del consumo es la obra de José Enrique Rodó, hoy y siempre de ineludible lectura, "libre de vanas tinieblas y de flaquezas de pasión", entre Calibán de la baja irracionalidad y entre Ariel el del espíritu y el sentimiento y nosotros los contumaces desorientados.

16 de diciembre de 2023

MANUEL UGARTE
LA INVENCIÓN DE AMÉRICA LATINA

No le digas que fue de los tiempos de Macedonio Fernández y de Ricardo Rojas porque interrumpiría la soledad de su perpetuidad; ni tampoco y ni siquiera la de aquel fantaseador de toda escritura reescrita en anglosajón y demás alejamientos geográficos y de regionalismos que fuera Borges, porque le prohibiríamos su pampa, su chambergo y el peón que vive por sus manos y de la explotación en Buenos Aires porteño. Mucho menos resultaría acusarlo de oligarca y asiduo de los salones de Palermo Chico: Manuel Ugarte es un raro de la animalancia intelectual y política de su tierra y un incómodo de la sociedad petulante de los mentideros europeizantes de los rastacueros de Rivadavia y Corrientes, el hipódromo y los solares del polo. Pero si perteneció a esa Argentina, aun sin la llegada del Mesías del tango y el bandoneón de Troilo (eran los años de fin del XIX y comienzos del veinte) se mantuvo, eso sí, muy distante de esa Argentina que se negaba a pertenecer a América Latina y juraba su fervor por París, por Trafalgar y hablaba con acento galo y de *foreing office*. ¿Cómo hizo para ser él? ¿Dónde avivó su idealismo socialista entre los suyos, empresarios no solo de las Estancias y la exportación de la carne de bovino, mas también de toda petulancia que los distanciara del resto del Continente? ¿Perteneció en verdad a aquella empingorotada generación literaria de los 900? Fue tragalibros tempranero, con títulos de refinada escuela, su regusto a inglés y a francés, el paño fino del vestido, etc. ¿Qué insensatez ideológica desveló en él su esmero por alimentar su pensamiento y su comportamiento con el antiimperialismo y los principios socialistas? Buenos Aires, la de los amos de la tierra y de la vida y la de los pulcrí-

simos letrados de lo bello, le dedicarían sus animadversiones ante esa voluntad suya de pensar y ejercer el socialismo y el antiimperialismo. Si se iba a Europa era para aprender *in situ* los sermones políticos de Jean Jaurès y las añoranzas de la Comuna de 1871. Harto debió holgar en su frecuentación de las teorías socialistas y la rememoración de los incendios del pueblo iracundo a la alcaldía parisiense. Abjuró de la conjura de Marx contra Bolívar y le objetó su desconocimiento de su desmesura revolucionaria. Acaso de ese entonces ya fuera fervoroso seguidor del héroe guerrero y pensador caraqueño, tal vez enfebrecido por los recados que de la doctrina y la utopía unificadora de pueblos de El Libertador le cedía su cercanísimo amigo Rufino Blanco Fombona. Desde entonces no cejó en su pasión socialista y la imaginó –como Bolívar– soñarla revivida junto a Martí entre las naciones latinoamericanas, desde el Río Grande hasta Antofagasta. Atento a la visión del creador de la Gran Colombia, se hizo eco de su acusación a los Estados Unidos de Norte América en el Congreso Anfictiónico de 1824. Provoca oírlo. Escuchémoslo: "Los Estados Unidos continuarán siendo el único y verdadero peligro que amenaza a las repúblicas latinoamericanas y a medida que los años pasen iremos sintiendo más y más su realidad y su fatalismo. Dentro de veinte años, ninguna nación europea podrá oponerse al empuje de esa enorme confederación fuerte, emprendedora y brutal...". Visionario, Ugarte dio aviso, de esta guisa, del destino que lastimarían a estas regiones con la colonización capitalista del imperio del norte y de los regímenes de Europa que le rinden vasallaje. Huelga decir cuánta pasión sintió por la Revolución Mexicana y por Sandino y cuántas veces insistió en idear una Patria Grande –como la Gran Colombia bolivariana– que abarcara el continente entero. No le alcanzaría la vida (murió en 1951) para festejar el destino de la Revolución Cubana, la de Nicaragua, la de Bolivia y la del chavismo. No más regresó de Europa donde lo conminara el exilio –dice su biografía– se inscribió en el partido socialista argentino, pero

no por mucho rato, cuando se hastiara de los burócratas de su régimen liberal y populista. Siguió siendo él, solo él, íntegro, indesmayable antiimperialista, con horror por los yanquis y sus comisarios. Allá en su patria, ha regresado el fascismo y sumamente, como decir su segunda tumba, pero jamás la esperanza de su regreso, el de su socialismo bolivariano.

18 de diciembre de 2023

DETENGAN A GONZÁLEZ PRADA

"Lo cotidiano hace al burgués", dijera Henri Michaux. Burgués y más que de esa privacía de casta fue Manuel González Prada, agobiado por el peso de un árbol genealógico español harto frondoso. Uno de sus ancestros ostentó la codiciada dignidad de la orden de Caballero de Santiago, por favor, y además, el de Comendador de Lares, a más de encargado, por voluntad de Carlos V, de la custodia de Francisco I, rey. Otro ancestro tuvo, secretario de Juan de Austria y paje de los reyes Felipe II y III. Pero el peruano que decimos fue peruano del Perú, mas no como Vallejo, con su burro y su tristeza, sino con demasía en el abolengo y desmesurada morada. Su padre era Francisco González de Prada y Marrón y Lombera, de Arequipa, y su madre, igual de oligarca, se llamó doña Josefa Álvarez de Ulloa. Un privilegio de esa tan alta hidalguía garantizaría al hijo una educación esmerada, el aprendizaje del inglés, del francés y el alemán. Pronto comenzaría a ser Manuel González Prada, en nada parecido a los heráldicos de escudo nobiliario del virreinato porque se mostró pronto iracundo y acusador de la clase conservadora limeña con su prosa heridora, tallada en la muy castiza herencia literaria del Siglo de Oro, quevediana, irreverente y anticlerical, afanosa en desacreditar a la iglesia, a las congregaciones religiosas y sobremanera a los jesuitas de la Compañía de Jesús, de la que fuera fervoroso enemigo. Maestro fue de la escritura y la palabra bien sazonadas de ludibrio con la que acusaba al Perú de cometer asesinatos y robos, la depravación, la sinvergüenzura. Los conservadores y fanáticos de la curia y las canonjías del despacho presidencial hablaban con lengua venenosa de don Manuel desde que

este, terminada la guerra con Chile, subiera a las alturas del prestigio y corroyera la sociedad clasista de su país lastimándola con adjetivos destructores de agudo hierro verboso. Cuando se daba a poetizar el soneto más perfecto entonces vacaba en su decir lastimador y mientras duraba su ocio fecundo pulsaba la rima como Garcilaso. Esta vez su talante envalentonado devenía manso, lírico mismo, mas sin mucha tardanza enderezaba sus escritos y sus palabras de hoja filosa contra la clase social encaramada y sus iglesias. Fue escritor y orador, ciertamente, pero también químico e inventor del legendario almidón de yuca. Cultísimo era, una biblioteca entera de conocimientos de mucha largueza, erudito en todo lo que tocara su saber que pasmaba a sus amigos y enemigos. Una vez gritó en los espacios públicos "¡muera la vejez y viva la juventud!", sin cuidarse de ser incluido él mismo por su fisonomía de arrugado otoño. Amó a no pocos dioses literarios pero más a Víctor Hugo y a Renan. Su discurso en Politeana, una institución de mezquina aceptación y rancios principios, hubo de ser silenciado largamente por el efecto corrosivo de su asunto. Vio morir muy temprano a sus hijos y supo del suicidio de uno de ellos. Casó y volvió a cometerlo y escribió y habló sin cansarse incontables veces. Su obra, reunida en *Páginas libres* y en *Horas de lucha* apenas caben en un volumen. De ella recibió la loa de Rufino Blanco Fombona, entusiasmado porque su autor había "concebido anticipos de la realidad futura y porque quiso que ese porvenir fuera de mejora humana y porque luchó por ese futuro perfeccionamiento". Murió en 1918, cuando la guerra extenuada recogía sus muertos de Verdún. El pasado y el presente peruanos buscan aun inútilmente silenciarlo para detener "una prosa de electricidad –dice Luis Alberto Sánchez en el prefacio de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho– que brota relámpagos".

19 de diciembre de 2023

CARLOS VAZ FERREIRA
AQUEL TIEMPO DE LOS HOMBRES QUIETOS

Mientras el siglo XIX moría Montevideo sufría el azote del ensombrecimiento: el dictador militar y civil, la oligarquía asoladora, el señor feudal, el sátrapa blanco y colorado y la iglesia inmiscuyéndose en todo, hasta en las componendas de gabinete. De ese país (la cuna del Conde de Lautréamont en esos días del XIX, por favor) fue un educador de clase secundaria, a más de filósofo para sesudos y se guardaba de las arengas colectivas y las persecuciones banderizas. El epíteto de intelectual le iba a su medida, pues que satisfacía rodas las exigencias para merecerlo. Se tenía pálido tras su escritorio o mesa de labor y delante de la realidad cambiante y controvertida de su patria. Fue, entonces, a más y sobre todo, docente, no lo olvidemos, pero también artista, científico. Esas conferencias suyas significaron, explicaron su vida, dicen sus biógrafos. El ejercicio de la razón lo abrevó en Nietzsche, en Bergson y hasta en Walt Whitman. Gustaba tratar con sus discípulos esos asuntos académicos, algunos tan inquietantes como los de la muerte y suspicaces como los de la religión y tan angustiosos como los de la física de Einstein. Sus conferencias buscaban servir de paliativo al desasosiego social y espiritual de los uruguayos. Defendía en ellos a la democracia y afrentaba los totalitarismos. Versaba su verba erudita y amistosa de lo más vario de los caprichos humanos del saber y del sentimiento, como la moral, la tierra, el patriotismo, la paz y la guerra. ¿Habrá oído exclamar a Napoleón: "He aquí la paz; preparémonos para la guerra"? Estrechó alianzas con la lógica y la emoción, la realidad y el ensueño. Abordó temas difíciles y bizantinos como la irreligión del porvenir; y si hubiera menester su legado habría

de obligarnos a hermanar la meditación filosófica con la religiosidad, la poesía con la ciencia, incorporándolas a su sistema educativo de secundaria y no solo de él. También adujo criterios ideológicos insólitos como aquellos de la Lógica Viva que con mucho cuido explica en su obra *Lógica viva* y *Moral para intelectuales*. Albert Camus, en irritada sentencia provocadora, sostuvo que "un intelectual es un animal que traiciona fácilmente". A esa inquietante sentencia escapó largamente Carlos Vaz Ferreira.

03 de enero de 2024

LA CLASE INTERMINABLE DEL PROFESOR ANDRÉS BELLO

No pudo avizorar nunca aquel grave joven de veintinueve años que su viaje al imperio británico, junto a Simón Bolívar y López Méndez, en busca de legitimar la rebelión de 1810, sería un adiós sin retorno a su Caracas. La espera de ese regreso duraría diecinueve años de pobreza y escorbuto entre lecciones privadas de español y francés, frecuentaciones en las bibliotecas, la escritura de la prosa reflexiva y la del verso y el insaciable fervor por el saber universal; en tanto que allá, en la Plaza Mayor y en el sede de la junta de los independentistas Roscio y los suyos se aprestaban a proclamar el l9 de abril y desatar, con Miranda generalísimo a la cabeza y su infortunio, el comienzo de la Guerra de Independencia entre la fundación y las ruinas de repúblicas, el terrible decreto de guerra a muerte, el atentado del Rincón de los Toros, la turbamulta bovera, el desastre de la batalla de La Puerta, el holocausto de La Victoria, el ajusticiamiento de Piar, el general invicto y traidor, la creación de la utopía grancolombiana y su resquebrajamiento, la hipocresía paecista y bajo la Venezuela fragmentada por la Cosiata y durante un tiempo de caudillos con charretera de alpargatas y civiles terratenientes de pompa y levita, la rabia campesina avivada por Zamora y su ejército iracundo y justiciero. Sabía –eso sí– Andrés Bello, comisionado de la Junta caraqueña, suerte de figura diplomática, que su presencia en su tierra, asolada por Boves, Monteverde y Morillo y una soberanía continental conseguida en Carabobo y absoluta en Ayacucho, sufría llena de cicatrices, intentonas, zafarranchos, mal podían reservarle presencia válida y proba a quien usaba por armas las ideas y la enseñanza de una nueva civilización, cultivada en el estudio y la meditación, la tranquilidad

que reclamaba la paz pública, interrumpida por no pocos afrontamientos de montoneras. Es indudable el ansia que te se agravaría durante su atardecer chileno (moriría en 1865) cuando versificara lloroso su extrañamiento de la de su juventud del curso virgiliano del Anauco y del Fabio horaciano bajo la ceiba centenaria, a más la elegíaca pregunta por sus amigos muertos de su última adolescencia. Lejos, en Londres, ocurriría su ahincado afán de educador, la escritura de sus *Silvas*, el poema independentista y bolivariano de la *Alocución a la poesía* y el del reclamo de la resurrección de los campos de *La agricultura la zona tórrida*, empurpurada por la lanza, la pólvora y harapienta. Pronto recibiría la invitación de Chile, ávido de civilización, de soberanía. Así llegó, sin ninguna pompa, la mueca de muchos y el escaso gesto de agrado de algunos, presto a fundar una sociedad de académicos universitarios, suscribir el código civil, las leyes todas, la administración, la historia, el periodismo, la literatura, la poesía, la cultura y su absoluto. Fue primero educador, más tarde maestro, creador de la universidad y regenerador de la sociedad chilena. Lo que supo lo ofreció a manos llenas. Pero no le bastó el aula, el pizarrón: laboró otra obra maestra: la *Gramática de la lengua castellana destinada al uso de los Americanos,* la mayor creación de soberanía lingüística de que se tenga noticia, la otra gesta independentista bolivariana que moviera a Pedro Henrique Ureña y a Alfonzo Reyes a calificar a Andrés como el libertador intelectual de nuestra América. El otro errante, Simón Rodríguez, Samuel Robinson, fundaría las escuelas públicas, las de los ciudadanos, las de los pueblos hijos del soldado, el obrero y el campesino. Menos austero que Bello, acaso menos académico, menos universitario, el también maestro de Bolívar, celebran hoy, indistintamente, día del maestro, su desvelo por la enseñanza, el humanismo, la *ananké*, el destino de la nacionalidad como patria universal del hombre de hoy y de siempre.

12 de diciembre de 2024

SIMÓN RODRÍGUEZ
EL MAESTRO DE UN SOLO ALUMNO Y UNA ESCUELA INMURABLE

"Si Bolívar lo supiera", volvió a conjeturar cuando el general Juan José Flores (de Puerto Cabello, al lado de Sucre en la guerra y luego presidente de Ecuador) quiso expresar largueza en su piedad por el menesteroso y le encargó que vigilara una mina de su propiedad, sin parar mientes en su desocupada pasión de educador de los niños de este mundo, ni en la gloria que a ratos lo asistiera de haberle dado clases al Libertador del mediodía de América y tallado su destino al modo griego: a mármol vivo. En verdad poco le importaba el ejercer ningún oficio, por más inane que este fuera. Había sido cajista en alguna imprenta de Baltimore, en verdad lo más cercano a los achaques de la escritura. No sería la única vez que el errante caraqueño arrastraba la tenaz desautorización de sus dones pedagógicos y la rubricó en una misiva: "Por querer enseñar más de lo que todos aprenden, pocos me han entendido, muchos me han despreciado y algunos se han tomado el trabajo de perseguirme". Bolívar tenía dieciocho años sin volverlo a ver. Desde Lima le avisaron que se hallaba en Bogotá y se apuró a escribirle al avieso Santander: dele dinero para que viaje hasta aquí. No se preocupe, yo se lo devuelvo. Claro está, no lo suscribió de esta guisa, pero es dable entender, tratándose de un personaje de esa calaña, que tras la retórica epistolar de entonces pudiera colarse nuestra intromisión gramatical en alguien que enjoyara tanto su prosa. "¡Yo amo a este hombre con locura!", "Yo sería feliz si lo tuviera a mi lado", "él es todo para mí", "es un maestro que enseña divirtiendo", ilustró a la frialdad uniformada de Santander. Pero el hado de la incomprensión le sería fiel. En

Chuquisaca el mariscal Sucre no lograría entender su iconoclasta sistema educativo. ¿Ocurría lo mismo en las aulas de Rusia, Polonia, Inglaterra, Francia, donde lograra abrir escuelas? Su patria no tuvo nunca techo estable y menos duradero. Veinte años anduvo por Europa de viandante y oferente de su desusado modo de enseñar obediente a la doctrina de Rousseau. En un uno de sus altos se encontró con el joven Bolívar parisiense. Ya sabemos lo que seguiría. Tampoco quiso regresar nunca a Caracas. El Libertador ensayó regresar con él a Venezuela, sin fortuna. Soublette reclamaría inútilmente su presencia en las escuelas de su crepuscular gobierno. Parece que lo oyéramos cuando en cierto arrebato de su espinosa franqueza sentenciara: "ya estoy cansado de verme despreciar por mis paisanos". Alguna vez, antes de decirle adiós para siempre a la esquina de Luneta, donde se criara como expósito, vecino de aquel silencioso muchacho meditabundo que fuera Andrés Bello, logró librarse de la soga por conspirar con Picornel y Gual y España. El porvenir no desmayó en asediarlo con insania. Cuando determinó regresar a la América bolivariana lo acompañaría otra jauría pálida: el dolor en los intestinos, de que lo sanará la muerte en el caserío de Amotape. Soportó, con todo, los viajes en mula y el soroche por los ventisqueros de Ayacucho; intercambió su soledad en Paita con la de Manuela Saenz; vendió un rato –el tiempo de fracasar– velas de sebo en Valparaíso y escribió en las puertas de la bodega donde las expendía, como Séneca y no como Sócrates, con quien El Libertador gustaba compararlo: "luces y virtudes americanas. Esto es, velas de sebo, paciencia, jabón, resignación, cola fuerte, amor al trabajo". "Andariego infatigable, llegará a la casa de la muerte todavía hechizado", lo evoca admirable y exhaustivamente el biógrafo y catedrático Alfonso Rumazo González en su historia de *Simón Rodríguez maestro de América*, dada a conocer por la Biblioteca Ayacucho. Y escribía y escribía y colmó con ella dos agobiados baúles que le anduvieron al

diestro durante su desmesurada trashumancia hasta que se chamuscaron en algún reducto colombiano, en una prosa interrumpida por paréntesis, corchetes, versos libres, remedo de estela china o de epitafios, (la Biblioteca Ayacucho daría a conocer parte de ella en su Colección Clásica bajo el título de *Sociedades Americanas*, prologada por el filósofo J. A. García Bacca) donde con minucia explica su filosofía educativa y su meditación sobre la invención de una República que fuera trasunto del ideario político de su discípulo, al que acudiera más tarde, (muerto este) a socorrerlo, como si no hubiera bastado aquella burla que lo castigara por las calles de su definitivo viaje a la asfixia en San Pedro Alejandrino, en la que denostaban de su enteca apariencia gritándole "¡alfeñique!" a su paso por las esquinas de su crepúsculo. Como si aquella santanderina defenestración no bastara. Entonces le respondió a la canalla mediática de entonces que con escritura de vitriolo le lanzara esputos de vejámenes sin cuento escribiendo su defensa a *El Libertador del Mediodía de América y sus compañeros de armas, defendidos por un amigo de la causa social.* Tal basural de hoja suelta y de página de lectura pública (Bolívar mismo no llegaría a leerla y menos la airada defensa de su maestro) de no haberse topado durante la diligencia que el investigador y escritor Nelson Chávez emprendiera registrando en los archivos de América del Sur tras la búsqueda de la obra extraviada y escondida de Simón Rodríguez cuya ignorada confidencia publicara no ha mucho la Biblioteca Ayacucho. El propio difusor del pestífero bagaje, en tanto perseguía manuscritos del maestro de Bolívar por ciudades y pueblos, supo que sus restos, llevados con merecida pompa al Panteón Nacional, eran apócrifos: alguien dijo que pertenecían a una dama; otros, los más avisados, le aseguraron, en la habitación, donde sucumbiera una noche de 28 de octubre de l854, que eran "de un señor que le decían... Facundo. ¡El cholo Facundo!". La minucia de ese hallazgo de Nelson Chávez Herrera ha sido publicada por el

Fondo Editorial Fundarte de la Alcaldía de Caracas. No leerla sería una insensatez. ¿Habrá regresado finalmente a su tierra el Sócrates caraqueño (como lo privilegiara Bolívar), el maestro del alumno único y de la escuela innumerable? Si el alma es verdad esta habría protestado: la patria de Simón Rodríguez no es ninguna fosa, somos nosotros... y hasta sus huesos.

15 de enero de 2024

HERNANDO DOMÍNGUEZ CAMARGO
DIOS CON LOS PIES DE BARRO

¿Quién refiere a estas horas con minucia bastante la vida de este poeta jesuita colombiano del siglo XVII mientras la poesía deserta de la rima y de sus cercos versificadores, la cual agotara ya muy lejos de ese tiempo Juan de Castellanos en su oceánica *Elegía de varones ilustres*, menos para celebrar sus escasos logros líricos que por beneficiarnos del frondosísimo recuento en octavas reales de la noticia, su larga, larguísima noticia, sobre nuestra América sojuzgada por Carlos y Felipe? Décadas cumplía ya presencia la obra de Castellanos en la lectura de su desmesurada añoranza cuando el presbítero de la Compañía de Jesús cediera su también verbosa versificación de cantos y de himnos en la que, sin embargo, compensa su rebuscamiento gongorina con no pocos hallazgos estéticos rimados, bien que dolidos con tropiezos de torpe fantasía y descuidados motivos, cuando no burdos o sordos, el palabrerío callejero y vocinglero de poca gracia. ¿Por qué entonces este tan alegado reclamo de perpetuidad reclamada por la literatura colombiana y más allá para que no sucumba en la papelería del olvido la poesía de jesuita que decimos´? Habría que empezar por su aporte a la escritura barroca, a su obediencia al estilo gongorino, de que fuera adelantado practicante, mas también porque ella acusa una desusada audacia y hasta atrevimiento ante los votos de castidad, amordazada sensualidad, sojuzgado gozo mundano, de que fuera carcelero cerrojo el comportamiento de los enviados de Cristo del jesuitismo. El cura Domínguez Camargo, hijo de buena cuna, criado y alimentado en el boato, oligarca en suma, en nada clemente con el indígena de las encomiendas del campo de concentración y menos del negro marcado con

hierro ardiente en la nuca; el cura Domínguez Camargo que nombramos, no sintió nunca que su *estro* de *fabbro* animara sus himnos y sus rimas para al menos protestar por tales ignominias, como lo hiciera su íntimo de afectos y vecino de vivencia el también cura y misionero Pedro Claver, el llamado Santo de los Esclavos, a quien ni siquiera nombrara durante su estadía terrenal. No, no lo menciona, como tampoco aquellos actos vejatorios de la condición humana tan usuales en el gobierno del Virreinato de Santa Fe. No, porque él, jesuita de la compañía loyaltarra legitimaba el gobierno del Virreinato, del que formaba hueste y asimismo su misma estirpe de ennoblecido por su sangre de bien quisto, consintió en presidir con orgullo las maldades del Santo Oficio, la terrible Inquisición, la casa de la tortura de la Iglesia de entonces. Acaso ese rendimiento suyo a la práctica del garrote vil, el instrumento del potro, tal vez el peor de los inventos del dolor, o las mordeduras del alicate a los genitales fueron lenitivos para reintegrarlo a la Compañía, después de haber sido expulsado por no pocas acusaciones pecaminosas del deseo y su prurito del latrocinio. Acaso tal incomprensible perdón del Provincial de la Orden debiose a la escasez de sacerdotes de que adolecía el curato de Santa Fe, Gachetá, Turnequé y Tunja o también a su *Canto heroico a San Ignacio de Loyola*, El padrecito de los Pueblos de la Compañía. Fue –observa el prologuista Giovanni Meo Zilio en su detenida y bien averiguada lectura de la obra poética de Hernando Domínguez Camargo, ofrecida entre los clásicos de la Biblioteca Ayacucho– poeta del barroco colombiano y del continente, "pasional, envenenado y violento, agresivo e implacable, con un vocabulario plebeyo". Que Orfeo, el que amansa a las bestias más fieras en nombre de la poesía que todo perdona, lo reciba entre sus privilegiados del canto con dulzura.

01 de febrero de 2024

TODO PERÚ LE ESCRIBE A LUIS ALBERTO SÁNCHEZ

"Escritor de raza", lo llama Waldo Frank ignorando que ahora en adelante el epíteto califica solo a los animales, pero sí fue el peruano Luis Alberto Sánchez escritor de estirpe y sabelotodo: crítico, historiador, biógrafo, pensador social, maestro, profesor universitario, periodista, político; tal vez no cometió la narrativa y menos la poesía. Fue, además, hijo único, sin más hermanos que su vasta biblioteca y su propia obra. Pronto conoció renombre: tenía 21 años cuando fue ungido como letrado. Su saber comenzó con la Universidad de San Marcos, la muy pedante institución académica del Perú, de la que sería su púlpito, una y otra vez, según los vaivenes de la historia política de su país, que fueron muchos, para su contentamiento y su pena, como se verá dentro de unas líneas. A los 20 años fue celador de la Biblioteca Nacional, lo que lo avecinaría de oficio con el portentoso Borges, veedor que fuera de la biblioteca bonaerense y primeros laudos de su leyenda. A esas horas, ya Luis Alberto Sánchez andaba con los grupos literarios limeños, como aquel conspicuo de Protervia y frecuentó la redacción de los periódicos y revistas, por ejemplo en *Mundial*, *Variedades*, *La Noche*, *El Hogar*. Durante esos menesteres de chivaletes se entusiasmó con Haya de la Torre, el populismo, el fervor banderizo. El ajetreo y el tráfago de la ideología aprista no le mezquinó que interviniera en la reforma universitaria con la misma primacía que luciera en las aulas de profesor titular. No tardaría en conocer a José Carlos Mariátegui y aprendió socialismo. Mientras ese encuentro ocurría, la clase literaria de su país le obsequió el Premio Municipal de Literatura. ¿El motivo? el haber concluido en docto registro la loa de un dios de

la literatura, don Ricardo Palma. Desde esa vez no se detuvo en su propósito de darse a conocer como escritor proteico. Chile no dudó en llamarlo para que atendiera a una invitación de la Universidad de Santiago que inventara Andrés Bello. Aprista convencido, anduvo de la mano de Haya, lo que le costó las rejas de la ergásula y la varia persecución de los mílites ávidos de golpes de Estado, sin que por ello flaqueara para nada su militancia aprista, como lo probara al presidir la dirección de *La Tribuna*, el órgano del partido de la igualdad popular. Se sabía peruano legítimo cuando en calle gritaron fraude en las elecciones. El cabecilla fue un general del que la historia de tales desmanes nadie quiere acordarse. Entonces hubo sangre en las calles y la cárcel hospedó a Haya de la Torre. Luis Alberto Sánchez sirvió de enfermero cauterizando tanta llaga de lastimaduras y el destierro se despertaba temprano nunca anochecía, pero el tiempo le cedió su reloj de arena al peruano que decimos. El jugaba con él a su capricho. Esta vez se ofreció de biógrafo de los exiliados. Afuera, esto es, en medio de la trifulca política de los amos del poder, una bala que derrumbó al dictador Sánchez Cerro. Los disparos trajeron a otra criatura de cuartel: ahora se llama Benavides. La lógica absurda autorizó que el nuevo sátrapa sintiera piedad por los apristas pero, eso sí, prosperó el odio. La mujer de Luis Alberto Sánchez prestó su lástima a los transterrados. La dictadura no se olvidó del fervor político del escritor y profesor perenne de San Marcos y lo empujó a las afueras del país. Es que hasta su estilo era aprista, adujeron en los cuarteles. El exilio fue probo con él y lo invitó a decir conferencias en Norteamérica. Incomprensiblemente en su patria convocaron a elecciones pero desconocen sus resultas porque sus increyentes alegaron que tal triunfo beneficiaba a un civil con demasiada sensibilidad social. Con todo, Luis Alberto Sánchez regresó otra vez del destierro. El más querido en el Perú tenía un nombre: Belaúnde de Terry. El personaje que decimos se va a la UNESCO. De allá se devuelve para dar clases en San Marcos. Viaja y

viaja, reclamado por cualquiera institución. Al parecer el Perú no se habituaba a vivir en democracia y subió al Poder el general Odría. El pueblo de Vallejo –y perdonen la tristeza– adora a Haya de la Torres mas lo desprecia la caserna. El oscurantismo. Odría se empeña en seguir en el mando. Luis Alberto Sánchez huye. Llega a La Habana. Allí funda *Libertad y Democracia.* Es 1956. Las libertades cívicas obtienen carta de ciudadanía. Perú insiste: gana de nuevo Haya de La Torre. Nadie entiende nada: vuelven a reunirse los políticos en su determinación banderiza de civilizar a los uniformados. Belaúnde de Terry derrota por un tris a Haya de la Torre. Luis Alberto Sánchez dirime su nombradía entre la curul del congreso y su sillón de la universidad. Ocurre un nuevo golpe de estado: Velasco Alvarado es el amo de la casa presidencial, su quepis, las estrellas de general. La cárcel invita a Luis Alberto a domiciliarse tras las rejas. La demencia política es un virus tenaz en el Perú, juega a requiebros insólitos: los militares apoyan a los comunistas para impedir que gobierne el Apra. Pero muere Haya de la Torre. El Perú se enluta. El Presidente es esta vez alguien de paltó y corbata: es Alan García. El pueblo lo llama Caballote, por su estatura. Luis Alberto Sánchez es designado Vicepresidente y habita la rutina de la curul. A estas horas tiene 87 años. Durará casi un siglo. Todo Perú es ahora su biógrafo. Es el autor de su gloria. Acaso su mejor obra.

06 de febrero de 2024

SALAZAR BONDY
LIMA O LO IMPOSIBLE

"No he aprendido nada de ella", anotó Humboldt en sus andanzas de averiguador de los bienes naturales de sus suelos y sus especie, entre los vestigios de su virreinato y Herman Melville, el cazador de ballenas, escribió que era "la ciudad más triste y extraña que se pueda imaginar", no sabemos si a causa de sus persistentes cielos grises, pero Sebastián Salazar Bondy, que allí nació y allí enterró sus cenizas, la trató peor: le pidió prestado el desencanto que sintió por la sociedad limeña su vecino César Moro, el poeta desollado vivo de la *Tortuga ecuestre*, vilipendiado por los pálidos y buenas gentes de escudo español y confesonario, tildándola de "Lima la horrible". Duró poco, no muchas páginas, Salazar Bondy suscribiendo ese punzante motejo, pero sí tan extensas como su prosa, impoluta, el verbo considerable como para preservarlo de toda mácula y más inagotable aun su contenido. Peruano letrado fue este grande y hoy olvidado señor de la estirpe de Palma, Mariátegui y Arguedas. Toda literatura agotó sus dones: el ensayo, el teatro, la crítica (el inagotable venero de su decir), el periodismo, el teatro, la narración, la novela, pero nunca como su escritura de heridor con la que hurgó hondo en el pellejo y la víscera de la sociedad a la que adjetivó lugar de serpientes y de llagas. Perteneció a la llamada generación literaria de los 50, hijo de casa grande y de clase media terrófaga. Mientras su padre buscaba escalar un lugar más alto entre los limeños de la hipocresía y la buena tela, su hijo, muchacho de colegio caro, rosario en mano y el pecho en el corazón de Jesús, leía y pergeñaba ya su prosa de bisoño. No hubo infolio que no averiguara su ocio fecundo, ora en la biografía, la mentira

narrativa, el retruque quevediano, el adorno y la voluta gongorinos, la dulzura nemorosa de Garcilaso, a más de la harta papelería de la razón y el imaginario atorada en la biblioteca paterna. Su pasado, después de existir, ay, no mucho tiempo, fue de estorboso nombramiento, para incomodidad de quienes adversaban su estilo de amargoso y de irónico de cuanto hallara en los jardines del Puente a la Alameda y en los patios de Miraflores con tufo de albañal entre los parapetos del ayer y del instante limeño, pero sí vario provento para que su pluma de estilete lastimara el comportamiento de los vástagos del virrey y el súbdito de Carlos y Felipe y el boato y el despilfarro, criador de la muñeca de carne de Miss Perú, el abolengo en el andar y las maneras de fina mestiza que tanto loara Chabuca Granda y Rubén Darío encomendara, a quienes repetían al caletre su rima de *fabbro* del modernismo, esa boca roja, ese paso de breve pie a la que bautizaba como la andaluza de América, en desmedro del pueblo asolado y echado a la acera y al mendrugo del pasado de Huallamarca y Armatumba quechuas, el ceño y el perfil altivo del inca que Francisco Pizarro se empeñara en sumir a la nada con la punta de su fierro. Lo que avergüenza al nombrar a Sebastián Salazar Bondy en estos días es el saldo de silencio, de mudez, con que los peruanos de cacumen asedian a su obra y hasta su recuerdo y "perdonen la tristeza", diría el de *Los heraldos negros*, suerte sorda de aquel Prometeo nacional de Rabdomante, el héroe de una de sus memorables piezas de teatro, víctima de los políticos y de la clase de sus acólitos, a los que el autor de *Lima la horrible* acusa de miserables. "Aquella sociedad a la que se refirió, ese país que alimentó su vocación y fomentó su rebeldía, son todavía horribles", advierte Félix Terrones en el prólogo de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho, con rabia de justiciero.

06 de febrero de 2024

MACEDONIO FERNÁNDEZ
EL VIEJO TESTAMENTO DE TODAS LAS LITERATURAS

Dijo que había nacido dos veces, pero finalmente que fue en "un año muy 1874". Nació porteño y concedió que "nacer era un fiasco: llegamos y ya hay otros". Se mudó varias veces de dormitorio, más aun después de la muerte de su amada, *Elena Bellamuerte*, a quien le obsequió un poema memorable. En 1889 comenzó a escribir y no se detuvo. Dijo que había nacido "para defenderse por el saber y de ello me hice consciente hacia los 18 años cuando comenzó mi dolor de juventud". Borges confiesa que lo imitó "hasta la transcripción, hasta el apasionado y devoto plagio". Transitó todas las literaturas, su teoría, su práctica, sobremanera la metafísica, más si era la del anarquista Spencer, y las fue agobiando en el caos de una papelería que amenazaba con sepultarlo sino fuera por sus obsesivas mudanzas, aunque concedió, culpándose que para ser escritor le faltaba "caricia en el decir". Transitar su obra (la reflexión, el inventario narrativo, el asunto político, jurídico, psicológico, la abundante correspondencia epistolar, la rúbrica en los periódicos y revistas, las conferencias) exige recorrer muchas lecturas interrumpidas por su vida civil donde es dable leer un anecdotario vario, desde lo vano hasta lo insólito, lo pintoresco y lo profundo, como el de la sartén que tuvo por compañía y la solitaria bombilla eléctrica que iluminaba la habitación de su cotorro; el consumo del mate amargo y el cigarrillo o cuando un potro le mordió el hombro, hasta sus obsesivas lecturas de los anarquistas. A los siete años había aprendido a llorar, "en seguida", debajo de un balcón. Hubo de esperar hasta 1929 para publicar sus primeros libros y la fama no dejó de sorprenderlo cuando vio que Borges elogiaba con

fruición sus *Papeles de recienvenido*, su *Museo de la novela de la eterna*, *La continuación de la nada*. Lector voraz, consumió hartas lecturas, amó a Kafka (por supuesto), a Homero, Virgilio, Dante, Milton. Su epistolario es babélico. Solo su correspondencia con Gómez de la Serna colmarían las páginas de un profuso volumen. El célebre autor de las *Greguerías* prologó la escritura de *La continuación de la nada.* Odió a los médicos y fervoroso anarquista alabó la guerra porque con ella se acabaría la civilización y de su horror renacerían los bosques, la hermosura del mar y bella naturaleza. Era 1952 cuando muere, un 10 de febrero. Había nacido, lo advirtió, junto con el Universo y la Realidad. Moría ahora como si le hubiera trazado un uroboros a su destino. Al despedirlo, Borges, se asomó a su fosa: "toda su vida, Macedonio, por amor de la vida, fue temeroso de la muerte, salvo (me dicen) en las últimas horas, en que halló coraje y la esperó con tranquila curiosidad".

09 de febrero de 2024

RICARDO GÜIRALDES
UN GAUCHO DE BIBLIOTECA Y CHIRIPÁ

"Me sentí huérfano, guacho y ajeno a mi voz, a mi sombra y a mi raza. Lie mis petates, ¡Hasta la vuelta! le dije, che. Cuando bajé del barco, tomé un pingo, y me entré, como cuando era cachorro, hasta el corazón de la pampa". Lo dijo en gaucho legítimo. En verdad no tardó mucho al desembarcar y dejar, así, con apuro, sus andanzas europeas (se lo permitía su estirpe de acaudalado) y tomó a caballo, el camino al infinito. Era Ricardo Güiraldes, porteño, desde temprano con ansias de escritor de nombramiento incierto, con edición de propia mano, pero ya determinado a contar lo que había vivido en las varias estancias de su padre, alcalde y funcionario encopetado, estanciero. Europa, esto es París, fue su segunda patria: desde mocoso hasta su último aliento, desandó y permaneció, con perezoso estar, en Lutecia y los alrededores del viejo Continente, hasta Ceilán y más allá, donde probó mundanidad bastante, ocio desaforado, bebedero y opio. Alguien le acercó a quien sería su mentor y mano amiga de los famosos de las letras de entonces: Valéry Larbaud, como él propietario de mansión y jardín desmesurado, también andariego, frívolo y docto, escritor de diarios de sus andanzas, magnífica pluma, invento de aquel Barnabooth, que leían en Paris los desocupados lectores. Ahíto de lecturas en el francés de Flaubert, Maupassant, Zola, con Hugo fuerte y Verlaine ambiguo y en el alemán de Goethe y de Nietzsche, escuchó su consciencia y fue a buscar la pampa que le renacía por dentro y con sus "misterios serenos". De aquella renuncia (siempre momentánea) a las frecuentaciones parisienses y a su entrada (lo mismo, pendular) a los horizontes pamperos, Ricardo Güiraldes conoció la lenta nombradía

literaria y asimismo la paciencia de su espera. Escribió novelas y demás escrituras de autor bisoño, a las que tituló *El sendero*, *El cencerro*, *Xaimaca*, *Cuentos* y *Raucho*, que no sobrepasaron los mil ejemplares, pero sí el frondoso entusiasmo de Valery Larbaud, su confidente epistolar y virgiliano, compañero de los submundos de Europa y anfitrión de su palacio español. Cuando al fin le sobrevino la fama y después de haber cedido sus rúbricas a las petulantes revistas porteñas, ora como firma de prestigio, ora como editor de ellas, con Borges de por medio, no se dio cuenta de la largueza con que lo brindó su obra cumbre: *Don Segundo Sombra*, culminación de su búsqueda de un lenguaje regional, nutrido de chambergo y mate amargo, la voz gaucha de un castellano rudo y de rara preciosidad, en el que convivieran la voz de los hombres del brioso petiso y la deliberada escritura de biblioteca y gusto de la metáfora y la imagen aprendida en el ocio fecundo que luego traduciría en el estilo de una estética que perteneciera y con el que enriqueciera y adelantara aquella prosa de octosílabas que eternizara a José Hernández en *Martín Fierro*. Pero Güiraldes, en su Segundo Sombra (esa transfiguración de sí y de su gaucho real, Segundo Ramírez) encontraría un absoluto literario en el cual se confundieran (sin equivocarse) el decir pampero y el decir culto en admirable conjunción de oralidad y escritura, tanto, que la consecuencia de la lectura crítica del libro no termina de nominarla como novela o como poema narrativo. El color nacional, la región de su anecdotario corrigen, la intromisión de la aprendida lectura de quien gozara del provento del libro mítico que adorara en su insaciable frecuentación de biblioteca y regusto de toda suerte. Es así como en *Don Segundo Sombra*, la rudeza, la machura del y los personajes que lo colman se confunden indistintos e igual el disfrute de su sabrosura verbal cada vez que se pierden las fronteras del recado de la metáfora y la poetización inagotable de su estilo narrativo y lírico, mientras la patria de la alfalfa, el facón del puñal y la alebrestada sacudida del

potro salvaje preparan sin tardar *el había una vez* del personaje que todo lo domina, él mismo, el otro, el paisaje, el asunto que lo justifica y también, mal oculto, el propio Güiraldes, el hijo de su padre estanciero de *La Porteña,* el ahijado del dios pampero, la pampa en sí, la escritura embrujada de voces y murmullos, la violencia cruda del gaucho puesto acaballo y el de su calma tranquila del mate y el chiripá, con Zola oculto, Baudelaire solitario y cejijunto y hasta Mallarmé, bien adentro, de libro blanco y sin nadie. Y sin desmejorar un punto, con sostenida intensidad, alcanzamos el final de la obra y el eterno comienzo de la perpetuidad de Ricardo Güiraldes, que despide a su padrino de esta guisa: "Un momento la silueta doble se perfiló nítida sobre el cielo, sesgado por un verdoso rayo de atardecer. Aquello que se alejaba era más una idea que un hombre. Y bruscamente desapareció, quedando mi meditación separada de su motivo". El escritor, escondido apenas en el petiso, el muchacho que anda de cabestro por las páginas del libro de la Biblioteca Ayacucho entre sus clásicos, se fue, "como quien se desangra"; y nosotros, sus cómplices, sus lectores, permanecemos, para siempre con su nostalgia.

13 de febrero de 2024

PEDRO GÓMEZ VALDERRAMA
LA OCIOSIDAD DE PENSAR E IMAGINAR

"Yo escribo para gozar haciéndolo", dijo acerca de su oficio y de sus dones. No atendió a ninguno de los usos y disgustos del quehacer que ocasiona la página en blanco, ni menos del conflicto con que nos asedia el fracaso de un verso, una anécdota o la susodicha meditación. Gómez Valderrama, colombiano de Bucaramanga, no mentía: amó –lo repitió hartas veces– el contentamiento que le causaba la escritura, cualquiera fuera su mención, con predilección por la ruina, el deterioro y la colección arbitraria del basural de la memoria, en el que hallaba la minucia inservible y el menospreciado en ser precioso, arrumado entre los desperdicios del olvido. De allí ese hallazgo tan cambiante con que se topa el lector cuando se apresta a transitar la vasta papelería que juntara durante el vario ajetreo de su vivir, ora como escritor y editor, ora como funcionario de indistinta diligencia pública o íntima. ¡Cómo gustaba del doble asunto, la mezcolanza de géneros y su dispersión, verbigracia la de la novela, el relato, el ensayo, la crónica, la crítica, lo cual ocasiona, a la hora de calificar y privilegiar esta o cualquiera otra excelencia verbal de su autoría, tal *La otra raya del tigre*! Igual y desigual son sus prodigios y mal encuentros con el imaginario. Ambos acompañaron sus travesuras literarias. Es que amaba desviarse, emprender atajos como quien anda por una selva oscura y tropieza con una orquídea o una víbora. Escribía y daba rienda suelta a su entrevero de mentiras narrativas y verdades abrevadas en sus inagotables lecturas y nostalgias de viajero terráqueo. Entonces cumplía achaques de editor y contertulio de aquella tan conspicua generación de letrados colombianos, como la de Mutis, Cote, Gaitán Durán, Rojas Herazo,

Arbeláez. Hizo, con Gaitán Durán, la petulante revista *Mito* donde esparcieron el aroma de *Las tiendas de canela* de Bruno Schulz, los gritos y susurros de Track, los pájaros en sus jaulas abiertas del polaco Rosewicz, *La morgue* del poeta y anatomopatólogo Goutfried Benn. Habló en inglés, en francés, en italiano. Se juntó con los viandantes neoyorquinos, los tertuliantes de las terrazas parisienses, los meditabundos de los cafés vieneses y se egresó a Bogotá a pergeñar lo que había vivido y leído. Ya dijimos que ocupó cualquier oficina de corporaciones, sociedades anónimas o harto visibles, se le vio en el ministerios, la dirección de los despachos de gobierno (se salvó de ser presidente de Colombia por un tris), pero siempre fue Pedro Gómez Valderrama y su goce de escritor. Fue clásico o moderno según los autores que leía. Su prosa espléndida subyugaba. Ocurre aun. ¿Cómo olvidar ¡Tierra! ¡Tierra!, la ya mencionada *La otra raya del tigre* aquel testimonio homenaje a Stendhal que es al mismo tiempo pretexto para contar la historia de la virginidad de su tía Cayetana, que es García Márquez *avant la lettre* ese momento en que el pintor del Renacimiento Fra Filippo Lippi poseía a las mujeres de sus retratos como *fembras placenteras*? o si no esas nuestras de su erudición cuando hojeamos *Los papeles de la Academia utópica* y también el informe sobre *El convento de Santa Cristina*. Sus temáticas, las más, fueron, son el resultado de una averiguación entre los restos de la memoria real e insólita de la historia y de sus fantasías. Sí, con razón adujo que él amaba construir sobre una ruina o sobre un edificio inconcluso. Lo asentó por escrito sobre la pared del patio de atrás en la edición de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho donde prosigue gozando de sus diversiones literarias, para siempre.

13 de febrero de 2024

CIRO ALEGRÍA
UNA TIERRA CON OLOR A HOMBRE

El ladrido de los perros no dejaba tranquila la imaginación de Ciro Alegría. En su infancia los oía como si fuera la voz de lo oscuro. Después se olvidó de ellos, los alejó de su recuerdo. Una grave enfermedad los revivió en el lecho del hospital donde luchaba contra la muerte. Su memoria flaqueaba. ¿Cómo hacer para recuperarla? Los perros, desde el pasado, volvieron a la ladrar a lo lejos y él los oyó desde la ventana del hospital peruano. Jamás olvidaría el escritor de *El mundo es ancho y ajeno* la sugerencia de su médico de que reanimara su lastimadura escribiendo. Entonces el paciente prestó oído a los ruidos de la calle: en algún lugar unos perros oscurecían más la noche y no tardó mucho en inventar *Los perros hambrientos*, con el que obtuviera el entonces prestigioso premio Zig-Zag de Novela auspiciada por Chile. Fue pues el novelista en busca de sus héroes por los campos de su país y allí estaban atentos a Antuca, la pastora de ovejas. De seguidas les dio los nombres con los que ladrarían durante las páginas de su libro de convalecencia: Zambo, Wanka (quien persistirá como emblema de fidelidad y símbolo de animalancia humanizada); Pellejo, Chutin, Güeso, Güendiente, Mañu... A vuelta de hoja, en su oficio de enderezar las dispersas ovejas y devolverlas al redil, los perros comenzarían a remedar nuestras virtudes y miserias, según las enseñanzas de sus amos, pastores de vida mansa y bandoleros de vida airada. Obediente a la narrativa de esos días (la novela fue editada en 1939), el estilo de su lenguaje aliaba la escritura docta, vale decir, literaria, con la oral, la del habla popular, campesina. Y así se tejió la anécdota de esos perros por la fría puna peruana, sus vidas sin más reposo que no fueran el mendru-

go de la pitanza y el mezquino sueño. Su origen era pobre, como pobres sus amos, campesinos si no, tal Simón Robles, el criador de algunos de ellos, los más míticos, como Güeso y Wanka, con cuyos ladridos concluye la novela; o como el indio Mateo Tampu, el personaje que da relieve a la protesta social y político que es trasfondo de *Los perros* y el cual se apresta a cobrar presencia definitiva entre los indios y cholos, humillados por la injusticia social de los terratenientes y la canalla de colones que frecuentan *El mundo es ancho y ajeno*, la otra obra señera de Ciro Alegría. El realismo, la confidencia de región y habla puneña nunca distraen a su autor. De ellos se vale para privilegiar el amor al animal que mueve indistintamente los sentimientos de dulzura del pastor y los del bandolero; y más aun para mostrar el martirologio que sufre el legendario instinto canino de amistad a quien le da de comer y pasa la mano por su cabeza. El maniqueísmo ha elegido a Güeso para justificar la mudanza de amo del animal: la misma prueba de fidelidad que cediera al pastor la ofrece al bandolero que se lo arrebata. El amor es ciego, reza el lugar común. Esta vez se cumple en la nobleza de Güeso, quien no distingue entre la obediencia a la pastora y a la del facineroso y tanto que alcanza los límites del martirio. Ciro Alegría –como Rulfo, como Arguedas y el otro Arguedas, Arístides– vive hoy la eternidad de los escritores que buscaron en el hombre de tierra la ficción de la novela social, el del manoseado costumbrismo que le endilgan los críticos o de color local con que pretenden disminuirla, a la que por fortuna suelen atribuirle otras virtudes, como la del buen gobierno de la estética por sus aportes a la belleza linguística, a la poetización del lenguaje, a la escritura de región y –¿por qué no?– a la misma modernidad, así, sin otro apellido valorativo, no pocas veces empobrecedor. Qué parecido a la humana condición del hombre-torrente y charco de nuestro ser-transcurre por las páginas de *Los perros hambrientos*. Para probárnoslo, Simón Robles, el criador de los perros ovejeros, ve llegar a Wanka (la madre, *la pacha mama* canina, humedecida la lluvia que devolviera a los campos sedien-

tos la vida al trigo y a los campesinos la esperanza), única sobreviviente de tanta malevolencia del cielo y del amo avieso y matarife: *¡Wanka, Wanka, ven!–dijo. Avanzó la perra a restregarse cariñosamente contra el Simón. Este le palmeaba los huesudos lomos, llorando. –Wanka, Wankita, vos sabes lo ques cuanduel pobre yel animal no tienen tierra ni agua... Sabes, y pueso has güelto... Wanka, Wankita... Has vuelto como la lluvia güena... Y para Wanka las lágrimas y la voz y las palmadas del Simón eran también buenas como la lluvia*". Pocas veces, en la literatura de estos lares, la tierra despidió tanto olor a hombre.

16 de febrero de 2024

HORACIO QUIROGA
EL HABÍA UNA VEZ Y SU TRAGEDIA

Uno se pregunta ¿qué harán en el recuerdo de Horacio Quiroga las ruinas y la floresta de Misiones, las soledades del Chaco y el irse sin irse de las aguas del Paraná? Hace ya muchos olvidos que el habitante de su colina no regresó más a buscar la quietud necesaria que le reclamaran sus invenciones narrativas donde animales y el hombre intercambiaban confidencias, pormenorizaban revelaciones y pesadillas, iluminaciones y tinieblas, desesperaciones y quietudes, la epifanía y el horror. Extraño ser Quiroga. Signado desde muchacho por lo tráfico, la muerte sin querer o queriéndola, luego el abandono del lugar por la ciudad, la elección de lo mundano, la frivolidad del reconocimiento literario, y más tarde el hastío de lo urbano, lo citadino y de pronto el regreso al monte, como llaman sus críticos y averiguadores de su obra a su lar montañoso y a sus vallados. Por último su ningún lugar dónde gozar de su otrora gloria y del lucro de sus derechos de autor, dolido así, en su espíritu, cuando sus dones flaqueaban, y en su carne, cuando sus vísceras lo mordían. No en vano lo doloroso, lo espantable, la desesperación, acompañó con frecuencia sus mejores logros narrativos, su depurada técnica narrativa, fiel al naturalismo, a la realidad casi inalterada, su cohesión de asunto y formas, su particularidad. Obras como *La gallina degollada*, *La insolación*, *El desierto* o como *El hijo* dicen del arte de Quiroga y de sus doscientos cuentos reunidos por la Biblioteca Ayacucho la excelencia que alcanza la belleza de lo terrible, la perfección en el modo de alternar lo real y lo insólito, la consecuencia inquietante y estupefacta de un desenlace, la dureza en la descripción del horror, la sorpresiva caída en lo tenebroso o la fatalidad, el delirio y la

locura, Dice Emir Rodríguez Monegal, en su necesario prólogo de Ayacucho, que *Los desterrados* es "el mejor libro, el más homogéneo de Quiroga". Y hace hincapié en lo que él llama "sus asperezas estilísticas, su relativo desdén por la escritura artística". ¿Por qué no hallar en esta crudeza, este abrupto modo de narrar (tan fiel como fue a no desatender las asperezas de lo real, sin el oropel y el acicalamiento efectista del frío preciosismo) la perennidad de su obra, sobremanera en estos días en que la literatura contemporánea (la novelística, la cuentística y la poesía) se libera cada vez de los excesos formales de la materia o el motivo liberándola de estilos y gustos negadores de la libertad creadora? Ello prueba el continuo y creciente reclamo del público lector continental y universal de la cuentística de Horacio Quiroga, quien cumpliera el mismo sino trágico de sus personajes, como su suicidio (esa decisión que le fuera tan familiar) un día de 1937 y desde entonces no ha muerto.

17 de febrero de 2024

LA SELVA DE SER JOSÉ EUSTASIO RIVERA

Este es un hombre que nació en Neiva, con el río Magdalena como testigo. Quiso ser abogado y lo fue. Ejerció ese oficio de varia manera: en el ministerio, integrante de una comisión de límites colombo-venezolana, de la que desertara; inspector escolar y poeta de sonetos de temprano nombramiento, pero con la naturaleza silvestre muy cerca del recuerdo, sea en las dehesas de su padre, sea en las ávidas lecturas de siringales y violencia selvática, hasta que llegó a Villavicencio a prestarle sus servicios a cierto terrateniente. ¿Cuándo comenzó a ser José Eustasio Rivera, el hombre-selva con que hoy se eterniza, el autor de *La vorágine*? No todavía. Por entonces era solo un lírico leguleyo, con el código y los reglamentos agrarios en el *porsiacaso* de su maleta por las sabanas de ese departamento colombiano, tierra de a caballo, arreos, el cuchillo al cinto, familia y vecino del revolver, domicilio de cuatreros, negociantes del dolo y la traición, mujeres fáciles, el disparo aleve o porque sí. Fue allí, en Villavicencio, en esa tendida canícula y casi sin preverlo, donde conocería a sus primeros personajes, as él mismo, esto es a Arturo Cova, a un tal Franco Zapata y a una muchacha, Alicia Hernández Carranza o Alicia a solas, después de transfigurarse, como él y como Franco, en los condenados de *La vorágine*. Faltaba solo el escenario en el que ocurriría su entrada al noveno círculo del Dante, aquel helado lago donde se crispan los réprobos del Renacimiento correído por el brasero del calor y el sudor de la Guayana colombo-venezolana, por allá por los años veinte del sanguinolento Gómez, en esa inmensidad verde que humedecen el Orinoco, el Guaviare flavo, embarrado de cieno, el Atabapo y su corriente color de sangre negra y el

Inírida "de aguas malditas". En ese desierto arbóreo y no más cede Arturo Cova sus señales de identidad y su índole ("Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia") ocurre la precipitación en lo hórrido, lo insoportable, como si la propia selva irrumpiera con sus armas más letales, el infinito y la soledad y más allá, la vida de seres devorados por la hormiga carnívora, la sanguijuela, el paludismo, el beriberi, el odio, la falsía, mientras se dan a tasajear en la manigua los cauchales para hallarles su sangre blanca. No tarda mucho el novelista en mal ocultarse tras la figura de Arturo Cova, quien ha birlado a Alicia, a la que no ama, macho a prueba de peligros, iracundo, en busca de un delirio sin apellido y aun, durante las primeras páginas, sin la demencia cauchera de que han sido presa los siringueros animalizados por ese oro lechoso y por cuyo atesoramiento se venden a los amos de la explotación y a convenir en esclavizarse, a soportar el rebenque y el fuete, el puñal y el suicidio No más se escuchan estas confidencias insoportables (la oralidad y el lenguaje literario estrechan frecuente alianza) catamos que el verdadero personaje (lo anuncia el propio Cova) es la selva misma, sus caños infectados de alimañas, bestias del tamaño de un sucio, tarántulas como la araña más venenosas que la víbora y hordas de tambochas que devoran todo lo que vive, desde la liebre hasta el hombre. A menudo, como una aparición más de esta animalancia humana, se asoma la personificación del homicida en la figura de Tomás Funes, dueño de la vida y de la muerte, destripador de indios y de cualquier elegido de su manía asesina. "Todos los ríos –anota Arturo Cova en un aparte de su paso por este infierno– presenciaron la muerte de los gomeros que mató Funes el 8 de mayo de 1913". Con parejo delinquio dispuso despezar al gobernador Roberto Pulido. "Funes es un sistema, un estado de alma, es la sed del oro, es la envidia sórdida. Muchos son Funes, aunque lleve uno solo el nombre fatídico", advierte Cova. En el cauchero, bestializado por la selva, prolifera el instinto criminal como otro palu-

dismo, pero incurable, sin quinina que lo oculte. Nadie, ninguno de ellos, recuerda la piedad, el perdón. La rara conciliación termina en la cuchillada, toda venganza en la herida abierta ofrecida al pez caribe, el pez de la mordida caníbal, como ocurre en las postrimerías de la novela cuando el protagonista se enfrenta a Becerra, quien le ha birlado a Alicia, su mujer, la próxima madre de su hijo y lo lanza al agua. Solitario, ulcerado, hediondo a fusilamiento o a degüello es imposible olvidar a Clemente Silva errando a través del abismo de la floresta en busca de su hijo o de su osamenta. Lo salva el mismo Arturo Cova (no en balde es el único hombre violento de esta jauría humana que se atreve a llorar), conmovido por su llagado estado físico y lo perdonan los caucheros porque se sabe de memoria los senderos y los caños que prometen picurear, evadir el cautiverio apestoso y letal de la siringa. El viejo Silva se contará entre los escasos caucheros que escaparán de la vorágine. El lector apenas si tiene tiempo para memoriza los nombres de estos alucinados por la codicia del caucho: la selva les arrebata su presencia, de por sí inolvidable por el horror que personifican. La selva y el embrujo del lenguaje. Un aviso, un cable relacionado con el destino de Arturo Cova y sus compañeros le anuncia al Cónsul colombiano que desde hace varios meses los busca Clemente Silva: "Ni rastro de ellos. Los devoró la selva". Como a Marcos Vargas en *Canaima*.

18 de febrero de 2024

EUGENIO DE SANTA CRUZ Y ESPEJO
UN AULA COMO UN CAMPO DE BATALLA

Allá en Ecuador lo perpetúa su estatua viviente de precursor de la Independencia del pueblo de los volcanes y de toda la América antiespañola. Mientras tanto, del otro lado del Proceloso, nuestro generalísimo Miranda recorría la Europa de los poderosos de palacios, los salones, las caseras, la espada al cinto y la erudición en la sien, para que escucharan y se aliaran a su clamor por liberar a nuestro continente de la usurpación hispánica. Eugenio de Santa Cruz y Espejo, él, obedecía a pareja vehemencia e igual tenacidad, pero trajeado de civil, científico, médico y más aun pedagogo y más aun mordaz, el verbo de estilete, heridor de herida abierta y fatal. Todo ello sin ceder un ápice al enemigo, al que disfrazara con seudónimos para esquivar el parapeto inquisitorial y la cacería de los capitanes generales, los comisarios de palacio pudiendo así, con holgura, arrostrarle a ciertos encapuchados de su invención (Blancardo, culpable de la ignorancia ecuatoriana o Morillo, de pensamiento e ideas de tiniebla y hasta él mismo, mal escondido tras la máscara de un tal Perochena o si no un susodicho Nera) todo su avío de sabihondo, nutrido de iracundia anticolonial contra la pacatería pedagógica quiteña, la nuca rendida del lacayo sumiso y las intromisiones de la Compañía de Jesús en las graduaciones presuntuosas de sus alumnos, la oratoria de abalorio, el rosario de los calcules inútiles de la aritmética y la ignorancia bochornosa de sus compatriotas hasta en la misma intimidad domiciliar, la pretensión clasista del miriñaque mujeril y la hopalanda de funcionario de corona y sinecura. Arciniega, colombiano de Latinoamérica, no escatima su loa al genio irreverente e independentista de Eugenio de Santa Cruz y

Espejo, cuyo ideario abrevara en las páginas y en el pronunciamiento de la *Declaración de los Derechos del Hombre y del Ciudadano*, saludando en la pared postrera del tomo de los clásicos de la Biblioteca Ayacucho a este adelantado de la independencia, a este "precursor", hijo de indio quechua y de mulata manumisa, del que da noticia, con minucioso acierto, el prologuista Philip L. Astuto, quien levanta. a la altura de las obras imperecederas del pensamiento continental, títulos como *El nuevo Luciano*, *Marco Porcio Catón* y *La ciencia blancardina*. "Tomó la pluma para enseñar y reformar, no para deslumbrar", advierte. Solo que –nos atrevemos a observar– hay vidas que dejan un ayer en su obra y en su ideario de perenne lumbre: el de la enseñanza como un campo de batalla. Su maestro se llamará –se llama para siempre– Eugenio de Santa Cruz y Espejo.

21 de febrero de 2024

SANDINO
LA LIBERTAD BAJO UN SOMBRERO

Entre dos mares vive Nicaragua, tierra estrecha que rocían dos orillas, la del Atlántico y la del Pacífico, con el monte y la montaña de por medio. Las guerras civiles y las mariposas han hecho de su historia una alianza triste y suntuosa. Por allí, entre la maleza y el suelo caído, crecieron pueblos como León (que ahora se llama Rubén Darío, la deidad nacional), Granada o Managua, con flores muchas para adornar el cuerpo de sus héroes y sus canallas. Por sus soledades verdes transcurre el río San Juan y se aquieta el lago Xolotlán frente a la desfiguración de la modernidad que insiste en guardar el portón, la celosía y el campanario del otrora ocupante español. La tierra tiembla, no tarda en hacerlo. Hace un rato que dejó de ser del indio y de sus hijos mestizos porque el terrófago, el amo de sus distancias, la hizo suya, cedidas o arrebatas por sus ancestros de la Colonia y porque sí, como dice el dinero. Los dueños de la geografía reclamaron aun, asimismo, la propiedad de todo lo viviente. De ellos es el añil, el cacao, el grano del café y la bosta del ganado y el jornalero, el peón y hasta su mujer. De su rancia genealogía y de las arcas de la abultada pecunia provienen el caudillo, el magistrado, el mílite y el Señor Presidente. En la sacristía, en la curia, se cría el presbítero, también pariente y próximo del ganadero, muy amigo del cuartel y de sus charreteras. Creen en Dios y en la doctrina Monroe y aman a los norteamericanos, a los yanquis, con incontenido fervor, más si es un míster de la compañía, la trasnacional o animal de la Casa Blanca y de los *marines* de West Point. El idioma nacional es traducción al caletre del de Manhattan y su escritura es la de los tratados de compraventa de baldíos y propiedades o de cualquier parapeto

jurídico de rebatiña vecinal. El enriquecimiento da asco. En los puertos agobia la importación *made in usa*. La United Fruit tiene palacios donde se merca el plátano y las almas El boato se pasea ostentoso en carrozas o en atavíos de varia indumentaria de fino trapo y dorado adorno. El hambre es típica, es folclórica. Entonces llegó Augusto César Sandino. Vino del monte, de Niquinohondo, departamento de Masaya, la casa del colibrí y del jaguar. Su sangre era rabiosa como la de sus tatarabuelos desnudos y emplumados. Ahí llega, bajo su sombrero, tan ancho como la plaza de Pisigüilito maya-quiché de Miguel Ángel Asturias y sus *Hombres de maíz*. Lo siguen campesinos, armados de trabucos, escopetas catarrosas, machetes con hambre de nuca y cuchillos en busca de puyar duro y bastante. Huelen a cafetal, a matorral, a barro y mediodía. Es gente de hojarasca y chubasco, los pies de arriero y de labriego. De baja estatura es el hombre que llega con ellos la historia doliente de Nicaragua gritando "Libertad o muerte", bajo una bandera púrpura y oscura. No son muchos, por ahora, un puñado de ellos, pero ya se sumarán los otros, la Nicaragua humillada e injuriada. En el cerro El Común, en Linotega, en El Chipote, ha encendido el vivac. Sabe a quién van a enfrenar para vengar una antigua ignominia. Son gente rubia del norte, un hormiguero con mirada de metralla y de winchester. Arriba, en el cielo del pájaro quetzal, revolotean sus aviones. Saben eso. Sandino, el general de botas de escaramuza y de emboscada que ofrecía a los suyos el talante del ataque sorpresivo, la falsa huida de la maña guerrillera. Fue su maestro en el arte de atisbar entre las espigas y el musgo y de irrumpir con arrebato como el zorro y la serpiente. De nada sirvió que la soldaezca gringa abatiera a los labriegos de Ocotal. Iban tras "el ejército loco" de Sandino. Con él andaba el indio Pedro Altamirano. Todos vivían invisibles entre los carrascales y arcabucos y se precipitaron sobre el enemigo. Los *marines* sucumbieron en los pantanos y los espinares. La plaga, los bichos de colmillo y veneno se aliaron a los sandinistas. Zapotillo sería el cadalso de los

gringos. A esa hora, el pequeño ejército del general del sombrero de gavilán había crecido: dejó de ser rural, creció como Nicaragua. Sandino dejó de ser Sandino, se parecía a un mito, a un hombre de bronce en la plaza de la nación. El año 1933 llegó en cada arrojo, cada rabia, cada herida y cada sangre derramada. Huyeron los soldados rubios. Había triunfado Sandino, su pequeño gran ejército. Nicaragua rindió tributo a su sacrificio. Pero los griegos no quisieron que olvidáramos el hado, la fatalidad, de que eran sus creadores. La canalla civil de Somoza mandó a buscar a Sandino por uno de sus secuaces. Se sirvió del aire de la constitucionalidad que prometía el ungido Presidente de la recién nacida república para asesinarlo. Dijo que trajeran su cuerpo mientras asistía a un recital de poesía mientras suspiraba por Rubén Darío. No tardaría Somoza en caer bajo las balas de otro poeta, menos sensible a las princesas y el armiño y el oro y la malaquita darianos que al mártir del sombrero de cernícalo que hoy es la estatua del pueblo en todos los corazones de Nicaragua libre.

21 de febrero de 2024

LUIS PALÉS MATOS
EL PATRONÍMICO DE UNA ESTRELLA

Entró de por vida en el vanguardismo literario y comenzó a ser él. Se trajo de Mayamo, su patria soleada, los cuervos de Baltimore que atormentaron a Poe una noche borrascosa. No tardó en ser cubista con Braque y cruzó el puente Mirabeau con Apollinaire. Sintió la negritud, la africanidad, en su carne en su espíritu. Empezó a escribir así, de ese modo, como los ídolos del Congo, antes que Nicolás Guillén y que Ballagas. Se puso a mirar a África en todo Puerto Rico. Escuchó y copió en sus mejores escritos, a los que le dieron eternidad, a los cueros y al ajetreo rítmico del negro jazzisticamente hablando, con olor a caña y a cacao, como si entrara en cuerpo de mulata de tal. Le gustó Dadá y hasta lo biografió, sin descuidar, por supuesto, la rima contagiosa de Darío y el runrún del posmodernismo, la palmera, el sudor sensual, la jitanjáfora. Prestigió el ruido de los colores fuertes, el ardor de los mediodías. ¡Cómo amó las vanguardias! Escúchenlo en *Tun tun de pasa y grifería*, su libro indispensable, y aquí: *Calabó y bambú, Bambú y calabó. El Gran Corocoro dice: tu-cu-tu. La Gran Corocora dice: to-co-tó. Es el sol de hierro* que *arde en Tombuctú.* Fue asimismo angustioso y angustiado como la metafísica y vacío, a punto de caer más abajo, como el hombre de tierra, el de verdad. Escribió cualquier cosa, como los periódicos; el *carpe diem* le enseñó el despropósito de existir sin alterarse. Fue regando de capítulos una novela que dejó en el olvido o el para qué, dice y no dice de él la señora Margot Arce de Vásquez en el prólogo que le dedica entre los clásicos de la Biblioteca Ayacucho. Fue entonces lírico y áspero, quiero decir sedoso y de tela ruda en el estilo literario. El orden y el alboroto de los géneros fueron su divertimiento.

A ratos regresaba al austero siglo de oro del soneto quevediano, por ejemplo, y a la petulancia itálica de Garcilaso. Llegó a ser un puertorriqueño del común. ¿Qué sería África sin el negro allá?, adujo hartas veces. Amó el campo, las doce del mediodía del peón de pelo crespo y el tambor en las caderas de la hembra. Qué sensualidad la suya, como si se hubiera dedicado destino en pasarle la mano al glúteo y a los pechos de la mujer oscura. Si alguna vez prestigió el paisaje gélido fue para enseguida volverse a la canícula que recorre su isla, que lo esperaba por dentro. Poco importa si está muerto desde 1959. Se llamó Luis Palés Matos, el patronímico de una estrella inagotable.

22 de febrero de 2024

ISAAC J. PARDO
O LA PASIÓN DE LA DESMESURA

¿Qué ocurre allá afuera, por decir el mundo? Pareciera preguntarse quién se sintió desvelado por los enigmas humanos (su ayer bíblico, si fuera, su siempre o pregunta metafísica de quiénes somos y seremos y todo lo mistérico y su conjetura) fue en busca de su principio y su absoluto o si no la nostalgia de su paso por ambigua presencia como ser y como polvo de estrella mientras la razón y el sueño al que se atribuye únicos e indelegables dones durante su devenir terrestre en lo inmediato y en la frontera de lo inmenso con que Ungaretti resumiera en un poema tan largo como un estambre y tan delgado como un hilo su deslumbramiento de saberse humano en procura de la iluminación que le promete el conocerse espíritu, emoción y otra vez espíritu en su precaria figura terrenal destinada a la podredumbre. Ese alguien que menciono y sitúo en dicha disyuntiva en medio de su derrotero existencial pudo haber nacido en cualquier lugar de la tierra porque nadie como él se asemeja tanto al hombre reflexivo y sensible que nos explica movidos por la angustia de conocernos fatales e ilusionados por la promesa de Dios y sus innúmeros credos de prolongarnos a riesgo de sucumbir en la nada o el castigo que Dante imaginó en la figura de una pirámide invertida donde cabe un océano helado apenas se detenga nuestro corazón. ¿Dónde queda el hombre que fuimos frente al rehílo del bien y del mal? ¿Cuál es su otro ser, el impalpable, el que se llama alma, espíritu, el transfigurado en pensamiento, en emoción, en vocal, en trazo, en melodía? ¿De dónde provino ese hombre que decimos? Sus señas de identidad suscriben su proveniencia venezolana pero su verdadera nacionalidad, su región, su origen geográfico y ontológico es

él mismo, la tierra humana e interior de sí mismo, el de averiguador del ayer, el ahora y el después del hombre, su meditación, su fantasía, la metáfora de la inquietud de saberse histórico en su escasa permanencia en lo real, tiempo y ser, como lo pensara Heidegger. Si distinguimos a Isaac Pardo entre los hombres universales de Venezuela. La ciencia y la meditación, la búsqueda de la exactitud y del éxtasis (quítenme todo pero permítanme el éxtasis, dijera Emily Dickinson o Pitágoras en la demostración filosófica de su teorema) signaron su permanencia entre nosotros y su obra. Su larga vida la cedió a la frecuentación del origen y la eternidad del pensamiento y el sentimiento humano. Las culturas desvelaron su tiempo de escritor estudioso del testimonio filosófico y estético del hombre, cuán de perpetuo subyace en su aventura memoriosa y sentimental, su inteligencia y su destello, su lengua escrita y ensoñada, la cual halló en los infolios de nuestro pasado colonial cuando glosó las octavas reales de Juan de Castellanos en su *Estudio de las Elegías de varones ilustres de Indias* y en el minucioso cotejo del romance castellano en *La ventana de don Silverio* o en la anécdota *Esta tierra de gracia*, la de quienes fuimos antes y durante Colón y de quienes diezmaron nuestras lenguas y nuestras culturas con el caballo, el perro, la espada la pólvora y la biblia y las encomiendas, eso campos de concentración de la Contrarreforma en su desafuero por hallar un lago con aguas áureas y monarcas que vestían su desnudez con polvo de oro. Se tardó hartos días en emprender la redacción de su obra magna, *Fuegos bajo el agua: la invención de utopía*, la cual apenas soporta la vastedad de su lectura, como tiene dicho la docta sabiduría socrática de Juan David García Bacca en su prefacio de la edición de Biblioteca Ayacucho. Después de su lectura, *Fuegos bajo el agua* nos amista con el derrotero humano más desmesurado que el hombre haya transitado en la búsqueda de nuestro propio mito como es el de imaginar la otredad e inventarle una geografía, una región donde sueño y baldío funden una tierra dentro de la tierra a través de la mentira de la fábula, el trazo de

la carta geográfica, el aviso de un mar con sabor a miel, el dicho de los profetas y los apóstoles, la lógica aristotélica y el embrujo de los alucinados. Así, de un ayer a otro, una sola ola por el mundo, una sola ola, desde Troya, como anotara Saint John Perse, hasta Verdún y hasta la perestroika. Modo de sensibilizar nuestras cenizas, darles sentido, diría el gran Francisco de Quevedo, refrendado por este risueño y grave sabio venezolano que habita en la memoria de las leyendas y los mitos terrestres, su verdadera patria: la desmesura.

02 de marzo de 2023

ISAAC J. PARDO
LA UTOPÍA QUEDA EN VENEZUELA

Ellos eran diversos por sus orígenes sociales y sus dones. Se juntaron en una muy varia inteligencia de gustos de escritura y disensos hegemónicos. Cada uno vino a nuestra historia nacional aviados de incontables virtudes, sobremanera literarias. Afuera, la oscuridad tuvo un nombre: Gómez. El país tenía miedo y callaba. En ese encuentro, la cultura los unía, pero más la lectura y la propia glosa creativa: la del ensueño y la idea, la invención individual y colectiva, el libro para sí y para el otro. Lo que sabían lo dieron conocer, sus meditaciones, sus fantasías. Como eran coetáneos, el recuento memorioso los calificó de generación del 28. Hubo quien anidaba en sus ansias la de civilizar, la de enseñar, una nación. Fueron fundadores de ese entusiasmo colectivo, más instintivo que reflexivo, como fue el de la democracia, el de sus aciertos y sus faltas. Con igual esmero amaban la Ciencia. Algunos se aprestaban a ejercer la política. Venezuela comenzó así a aprender modernidad, 27 años después del medioevo gomecista. Ella vivía sin saberlo, ignoraba quién era. No pocos de esos jóvenes reunidos por las señas de identidad, sufrirían la ergástula y el destierro. No vamos a señalarlos a todos, ni a sus oficios ni a sus pasiones. Nadie, hoy, los desconoce. Sería como desconocernos a nosotros mismos. Tampoco vamos a revelar sus logros y sus errores. Enseñaron en una escuela sin puertas ni ventanas un saber indistinto: Venezuela, como memoria y como emoción. Hubo poetas, narradores, ensayistas. En cierto modo eran maestros de escuela con los que aprendimos contemporaneidad, a ser de este mundo. Ya es momento de nombrar a uno de ellos. Ejerció alguna vez la medicina. Vivió y padeció la guerra de España. No le bastó el ejercicio de la razón

práctica, la lógica del diagnóstico: leía. Se llamó, se llamará para siempre, Isaac J. Pardo. Cierta vez, le preguntó a sus hijos sobre Venezuela. ¿Quién era, quién había sido? No supieron responderle. Entonces dio a escribir un libro para mostrársela, un manual escolar, si se quiere o una biografía del nuestro ser nacional. Lo tituló *Esta tierra de gracia*, como nos llamara Colón al avistar a Macuro y probar las olas dulces del golfo de Cariaco donde desagua del Orinoco. Para ilustrar de una vez su amor sobre lo que escribía, su autor eligió por epígrafe un verso de *El Cantar de los Cantares* a fin de comparar la similitud sentimental que moviera al rey de reyes, cuando idealizaba a Zulamita, con la revelación que despierta nuestro encuentro con nosotros mismos: *Fuente de huertos, pozo de aguas vivas*. Quien no haya frecuentado aun esas páginas ha de andar largamente sin hallar el corazón de Venezuela., Así comenzó una escritura y una ética que nunca abandonará a Isaac J., como que al hacerlo cumplía el pacto amoroso por nuestra nación y nuestro país que inquietara a los del 28. No se satisfizo Isaac J. Pardo en concluir *Esta tierra de gracia*. Se adentró más allá, mientras Venezuela andaba ya por el siglo XVI de las fundaciones de pueblos y la destrucción de otros; y con empeñosa paciencia glosó la lectura de una enormidad rimada de ciento cincuenta mil versos pulsados en octava reales, contento de hallar en ella su "quijotismo" y "una de las más descabelladas aventuras de la literatura universal": *Las elegías de varones ilustres de Indias*, que así llamara a esa desmesura poética Juan de Castellanos, un clérigo venido de Alamis, de Sierra Morenal, es decir de Sevilla, acaso menos movido por las perlas de Cubagua que por anotar en versos el paso de colonizadores de este "nuevo mundo", sus avatares, sus minucias, así como contar sus lugares, su jardinería, su animalancia y sus seres vivos y enterrados. Tampoco distrajo Isaac J. Pardo su menester literario con sus achaques de servidor público, los cuales fueron muchos y bastantes: determinó retarse a sí mismo en la indagación del más insensato y magnífico sueño que hombre terrestre haya podido

cometer alguna vez: la utopía. *Fuegos bajo el agua*, la nominó el escritor, a cuya búsqueda agotó innúmeras páginas y aun no igual cuantía averiguadora, desde su noticia bíblica más antigua hasta la entonces actualísima perestroika, el último fracaso del sueño colectivo humano. Obra maestra esta que difundiera la Biblioteca Ayacucho en su Colección Clásica, prestigiada por el prólogo del filósofo Juan David García Bacca. Todavía me parece escuchar a Isaac. J. Pardo referirme los pormenores de aquella determinación suya de escribir *Esta tierra de Gracia* para sus hijos. Después de su primigenia publicación hoy somos todos nosotros sus hijos en busca de esa utopía llena de ilusiones llamada Venezuela. Con razón, Miguel Ángel Asturias, el creador de *Hombres de maíz*, no pudo menos de señalar en el prefacio una de sus muchas virtudes: "el libro del doctor Pardo adquiere un singular valor: recrea, enseña por su erudición y vale como antecedente para conocer mejor la tierra venezolana y aquilatar mejor a sus hombres".

03 de marzo de 2024

RAMÓN PALOMARES
LA MAESTRA POLIMNIA ERA UN PÁJARO DE ESCUQUE

No se me olvida: él estaba ahí, ese muchacho de entonces, en algún rincón de la plaza, aventado por el hambre y la pobreza. El poblado trujillano ondulaba. Las montañas vestían de eneldo, de flor salvaje y de bosques sais que la niebla arrebujaba. Ramón Palomares seguía allí, en el recuerdo y me ofrecía su mirada oscura, acaso la misma de esa mañana aterida de su escapada desde la casa materna a los bancos de Escuque, cuando su tía y madrina Polimnia Sánchez de Ostos lo avistó, tal como ahora, la boca dura, la pupila del tordo mirlo y las manos amarradas al frío y al estómago famélico. Sí, era el mismo, solo que ahora era el autor de *Paisano* y de *Adiós a Escuque*, ahora era el poeta de la dulzura en el canto, la loa a lo perfumoso, el silbo y el musgo que vive en lo secreto y musita, perdido en los ramajes barbudos, como el toche, el pájaro de más adentro del hombre íngrimo y pregona en uno su música como la nostalgia, que André Gide, bien lejos de aquí, aseguraba que era la recaída de un fervor. Quieto, la mirada como palabra silenciosa, como verbo único, Ramón Palomares me confiaba su ayer lastimado por la pobrecía con que lo mordiera la infancia y luego su camino Venezuela abajo, tras los pasos de su tía y maestra de escuela de nombre griego. La historia de su destino abunda en la biografía literaria, en el largo nombramiento de su valía lírica, pero quien cede a mi veneración ocupa con largueza la eternidad donde ahora fulge, nomás memorizamos su obra poética, su decir hablado, tomado al desgaire del idioma labriego, ese ay del hombre vestido de tierra, su pesar en un país sometido al viento frío, a la bruma de los ventisqueros. Tomando del hondón verde de las serranías, del humo del hogar y de la uña de la

acémila, muy en lo sumido del ser que puebla esos aledaños encaramados, el poeta que espera por satisfacer mi curiosidad, retoma su confidencia con su vida de montañés a la que orna con la estética de una sabiduría literaria, nutrida del viejo castellano y del siglo de oro, abrevada en la región, en su oralidad. Transitar a lo largo de sus libros exige del lector cumplir hábito de pureza, obedecer a la ternura, practicar el encantamiento por todo lo naciente, como lo que aspira a lo sublime, como el rocío, por caso, con nombre de sortija o la queja cuando esquiva su grisalla para exultar la celebración del infinitamente perpetuo. Huelga dar recado de la celebridad de sus creaciones: hoy es vasta y perenne. Trata de una poesía ahincada en lo antiguo, en el primer asombro frente a lo real, ingenua, inocente, *dicha*, en suma. Un día, un día como estos, allá en los altos pasos de las montañas donde naciera y aceptó que su corazón se detuviera, mientras la eternidad que conociera sobre la tierra le servía de viático para proseguir por siempre en lo inmarcesible.

03 de marzo de 2024

ALGUIEN ES GARCÍA MÁRQUEZ

De Aracataca –ya se sabe– no queda ni el nombre, pero de Macondo –el nombre del pueblo de la novela indispensable con la que hoy se le ha bautizado reconoce– tampoco: ambas terminaron siendo una escritura, el embrujo de una escritura. En vano recorremos sus calles (no las otras, las del realismo mágico) y no están allí: la borrada Aracataca resultaba demasiado real antiliteraria (Rimbaud diría que sufría de la arruga de la realidad), con sus ventorrillos y tienduchos sirios, sus talleres mecánicos, el rugido de las motos y los tubos de escape, su mal maquillada modernidad de cemento y anuncio comercial. El mítico Macondo, que la suplantara, hace tiempo se mudó enteramente desde el día en que el coronel Aureliano Buendía, frente a pelotón al de fusilamiento, "había de recordar aquella tarde en que su padre lo llevó a conocer el hielo". Ni siquiera las piedras del río de ambos pueblos en nada se asemejan a los huevos de los mastodontes: sus aguas (¿cuáles, las de verdad, las inventadas?) solo arrastran, menudos o poco insólitos guijarros; y si volara un bando de mariposas por alguna esquina (acaso escapadas de la montaña cercana) nadie las confundiría con las que presagiara la aparición de Mauricio Babilonia. Es que el realismo mágico ha acabado (el estilo ¿no es el carácter, más si es literario?) por igual con la realidad y su mentira o mejor dicho lo ha ocasionado la presencia en este mundo de *Cien años de soledad* y de lo mucho que la ha alterado (enriqueciéndola) el recuerdo de su lectura cuando juega el juego de su recreación o la travesura de embrollar la individualidad de los otros títulos con los que quiso distinguirlos el propio Gabo. Pasa que todo lo que este inventara hace ya tiempo que la atmósfera encantadora de

Cien años cubre invasivamente el resto de las otras obras y acaso hasta en *El amor en los tiempos del cólera*, el acuchillamiento del pobre Nasar en la *Crónica de una muerte anunciada* se respire la impronta del lenguaje de la novela de los Buendía. Desde que es menos una novela que de sortilegios todo cuanto escribiera su autor busca conciliarse con su indistinto hechizo. Hoy, *El coronel no tiene quien le escriba* y *La cándida Eréndira* parecieran reclamar su lugar en los capítulos donde Remedios la bella vuela en vida hasta el cielo. Si lo que llevamos dicho fuera cierto, nada raro sería que después de concluir la relectura física y recordada de *Cien años de soledad* (¿cuántas han sido? y ya se anuncia la versión fílmica de su adaptación a pantalla) nos atribuyéramos su autoría y tenga razón Maurice Blanchot cuando asegura que "todo escritor, todo artista, es rechazado y hasta excluido por su propia obra" y que "su autor abriga en sí mismo al lector de lo que él ha escrito". De allí que no resultaría funambulesco que cada uno de nosotros nos pretendamos García Márquez por el simple hecho de haber leído, releído, inventado y reinventado a *Cien años de soledad* y el resto de la obra que lleve ese nombre. Alguien, en cualquier parte del mundo, lo es en este momento, después de agotar la lectura de la última página del libro talismánico desmintiendo así el contenido de los pergaminos que descifrara Aureliano Buendía donde se concluía "que todo lo escrito por ellos era irrepetible". Entonces Aracataca y Macondo recuperarían el lugar de nuestra inocencia, que no tiene más patria que la escritura de un encantamiento.

06 de marzo de 2024

GUSTAVO PEREIRA
NOS FUE DADA LA TIERRA PARA ABRAZARNOS

Ya Bello se preguntaba, en el siglo donde naciera el capitalismo, si "donde alaba la flor punza la espina", acaso referencia a la asoladora malandanza disfrazada de bondades de la colonización europea en nuestra región. Habíamos aceptado, tiempo atrás, que una guerra podía ser calificada de santa, a fin de justificar la ocupación de Jerusalén por los llamados cruzados de Cristo, a la cual cierta historia protegía con eufemismos de cualquier jaez, para justificar las mal ocultas intenciones, nada cristianas, de los imperios de entonces; mientras, más tarde, esos mismos imperios abjurarían y soñarían con agotar la muy humana de Bolívar, terrible como toda guerra, pero dignificada por su determinación anticolonialista, pero urgente, por abrazada a una anciana quimera: la voluntad de ser de nosotros mismos. Luego, desde Auschwitz a Monroe, la poesía terminó siendo, y más que nunca, la mala conciencia de su tiempo (Perse *dixit*), porque aprendió a decir no y a afrontar con su acción y su verbo las herejías y las desolaciones que se cometen (por decir lo menos) en nombre de la civilización. No otra es la entrañada subjetiva lectura que transitamos en la poesía de Gustavo Pereira cada vez que afirma sobre el mundo la casa común de su obra poética y diversa (construida juntos, con él y con nuestros brazos y nuestra emoción) en la que afianzamos la inteligencia con los fuegos sagrados de la ternura. Hay en ella la invitación, más que exigencia, a devolverle al hombre los perdidos valores con que entendíamos una tierra inocente de paloma blanca, fuente pura, aire pródigo, intemperie plácida y humano abrazo. Página a página, tal poética renueva ese propósito de entusiasmarnos en hacer posible, en un tiempo pasto del

odio y del rencor salvajes, la justificación del beso, la caricia, la mano abierta y la acusación justiciera, no solo como gesto y sentimiento de socorro frente a la soledad y el miedo, sino como arma de seda para enfrentar el desconsuelo de sabernos desprovistos, cada vez, de la ilusión de reencontrarnos al fin dignos de reconocernos domiciliados en una tierra que nos acoja sonreída, sin secuaces, nunca más propiedad, baldío de mezquindades, prestada o arrebata. No en vano, toda esta poesía insiste en reencontrarnos y cuantas veces se nos ofrece complacida de alcanzar su ansia con su verbo, contenta de mirarse próxima a la utopía de una vida entendida como festejo de un sueño siempre renovado y compartido: el de la poesía en tanto que voz y ética del humanismo. Escrita y dicha, anotada y ejercida, la poesía de Gustavo concluye con nosotros una alianza múltiple, entre la gracia y la gravedad, próxima a la amada (de la que es acuciosa, solícita amante) y abrazada a la fraternidad, de varios lenguajes y motivos, resumen de la poesía universal e invento personal del *somari* y su cambiante asunto, ora gozosa de celebración carnal, ora sonreída de los amigos, añorante, irónica, celebrante, lúdica, terrestre, vale decir nuestra y de la tierra entera, semejante cada vez a sí misma. La Biblioteca Ayacucho ha reunido lo más definitivo de la *Poesía y prosa* de Gustavo Pereira en su siempre prestigiosa colección de clásicos, con un prólogo de José Balza, tan a menudo frecuentado por la reflexión y la admiración a su obra. Y he aquí este *somari*, que nuestro poeta amigo dirige a todos los soñadores: *Si no fuera por los soñadores / el mundo / sería una basura / y caverna lóbrega nuestro lecho / Si no fuera por los soñadores / ¿qué sentido / tendría / todo esto? / Los búhos serían amos del día / y los garrotes terminarían por escribir las únicas palabras*.

07 de marzo de 2024

VALLEJO
HE MUERTO, LO SUPE

Nació un dieciséis de marzo de 1892 en un pueblo agarrado de una montaña. Hacía frío. Ya joven, su madre le llegaba a la altura del latido. Sufrió temprano del amor de unas muchachas. Ningún poema de *Trilce* las olvidaría. Al principio cometió sonetos. Darío sería su dios. La muerte fue una costumbre que empezaba temprano. Quiso recibirse en una academia. Los oficios viles lo ocuparon de muchas maneras. Era uno más de sus once hermanos. Siempre sería domingo en las claras orejas de su burro. Su mocedad no se movió del sur; llegó hasta Chile. Perú le dolió duro. Le reservaría ciento dos días de cárcel por una culpa que nunca cometió. ¿Cómo hizo para llegar a París? El hambre, el cuarto estrecho lo esperaban. Delgado, pesaba cuarenta y cuatro kilos. Mientras huía inútilmente, aquella vez, de los gendarmes, soñó que moría, pero no un jueves, ni llovía, ni tampoco fue otoño, sino Semana Santa. A su lado, lo amaba una mujer desconocida, la muy pálida que todos sabemos. De esa premonición escribiría un poema que cada uno de nosotros deletreamos. La eternidad no le sirvió de nombre, César, César Abraham, de Santiago de Chuco, sino el de Vallejo. De su país desdeñaría "la risita peruana" y como Van Gogh, su obra no se vendía. Se sintió mal, como cansado y se acostó, se acostó para siempre. Para que no se muriera, su mujer, Georgette, le trajo adivinos, brujos. "Veo que este hombre se muere... pero no sé de qué", dijo uno de los médicos que lo atendiera, bien que tiempo después, un galeno eminente, el doctor Urquijo, se atrevería a sospechar que su muerte se debió a "un viejo paludismo"; y aconsejó que investigaran sobre el tema, pues podría resultar "de interesante publicación científica". Creyó en

Moscú, en el obrero. España fue el último nombre que deletreara. Georgette, que estuvo siempre a su lado, disintió aseverando que habló de un jardín parisiense, el del *Palais Royal.* Después corrigió ácremente a quienes agobiaran de conjeturas su rápido final. No; su habitación de enfermo no olía a muerte. Sus estertores no se escuchaban afuera. Y habló mal (con insistencia) de Neruda en un aparte del tomo tres de las obras completas del poeta, que editara la editorial Laia, de Barcelona. ¿Su verdadera patria sería España, la España de la guerra civil? Cuando muriera (eran las 9 y 20 en punto de la mañana en todos los relojes), la República española lobreguecía de larga herida. Pudo concluir, sin embargo, el poema *España, aparta de mí ese cáliz*, entre dolencias de sequía creadora. Acerca de la modernidad poética de entonces (el creacionismo, el futurismo, el ultraísmo, Dadá, Breton *and Company*), dijo: "un hombre pasa con un pan al hombro. ¿Voy a escribir, después, sobre mi doble? Otro se sienta, rascase, extrae un piojo de su axila, mátalo. ¿Con qué valor hablar del psicoanálisis? Otro ha entrado en mi pecho con un palo en la mano. ¿Hablar luego de Sócrates al médico? Un cojo pasa dando el brazo a un niño. ¿Voy, después, a leer a André Breton?". De su obra (no tuvo tiempo para prolongarla) el ser de este o de cualquier mundo deletrea "Hay golpes en la vida, tan fuertes... ¡Yo no sé! / Golpes como el odio de Dios; como si ante ellos, / la resaca de todo lo sufrido / se empozara en el alma... ¡Yo no sé!", de su primer libro *Los heraldos negro*s. O se sabe al caletre "¿Quién hace tanta bulla, y me deja / testar las islas que van quedando. / Un poco más de consideración / en cuanto será tarde, temprano, / y se alquilará mejor / el guano, la simple calabrina tesórea / que brinda sin querer, / en el insular corazón, / salobre alcatraz, a cada hialóidea / grupada", de *Trilce*, cuya primera edición tardaría tanto en leerse. Hoy, Vallejo no es un muerto (ya lo había sido, en el cuchitril de un amigo, allá en Perú, a mitad de un sueño del que despertara súbito); no; tampoco un poeta, un poeta para siempre, sino un hechizo de la lengua, una caligrafía de

la desmesura imaginaria, un idioma universal de región, vale decir, del español de aquí, descolonizado, afrontado a la hispanidad lingüística y ocupadora, un país mestizo, una tierra apaleada, real y holísticamente, en verdad o en semejanza, un modo de hablar y de hablarnos en latinoamericano legítimo, en alfabetismo poético, hasta en el ser que somos antes y después de Vallejo, quien inclinó su cabeza, un viernes de 1938, del lado izquierdo de su pecho donde desfallecía el vuelo del pájaro montañés de su corazón, asediado por el cazador furtivo que nos acecha, que nos busca, paciente o sorpresivo, pero de esta suerte, como un augurio, como una nostalgia de todo lo sufrido: *Me moriré en París, con aguacero, / un día del cual tengo ya el recuerdo. / Me moriré en París –y no me corro– / tal vez un jueves, como es hoy, de otoño. / Jueves será, porque hoy, jueves, que proso / estos versos, los húmeros me he puesto / a la mala y, jamás, como hoy, me he vuelto, / con todo mi camino, a verme solo. / César Vallejo ha muerto, le pegaban / todos sin que él les haga nada; / le daban duro con un palo y duro / también con una soga; son testigos / los días jueves y los huesos húmeros, / la soledad, la lluvia, los caminos*... "Nació aparte, vivió aparte, sin bien diluido en la multitud, y murió aparte", anota su amigo Juan Larrea, pero su perennidad es de todos nosotros.

16 de marzo de 2024

FRANCISCO DE MIRANDA
LA LIBERTAD Y SU DERROTA

Mirla Alcibíades, historiadora tenaz, que no conoce la almohada, obcecada como vive en dar con nuestra intrahistoria y desobediente del cansancio de los párpados, asevera que el Generalísimo Francisco de Miranda nació en la esquina del Hoyo, en la abuela barriada de La Candelaria caraqueña sin que seña de ventana alguna haya sobrevivido a la picota de los arquitectos del perejimenismo. Hartos historiadores juran que fue sin embargo en la esquina de Marcos Parra, que una escondida placa de mármol, tapia un edificio al lado de un ascensor mezquinamente oculto tras las rejas. Del precursor de nuestra Independencia se conoce, sin que lo objete la más mezquina suspicacia, su ausencia de Caracas en los días de su juventud, a los 21 años, cuando su padre, el muy rico don Sebastián de Miranda un blanco de orilla, determinó que su hijo se fuera a España a sufrir la enseñanza militar para servir de oficial de la Corona, que en esos tiempos de servilismo colonial era algo así como someterse asimismo a la universidad. No pocos historiadores aducen suposiciones muchas acerca de la formación ecuménica del párvulo que habría más tarde de asombrar a la Francia de los generales de biblioteca y petulancia civil sabihonda como el más culto de ellos. Durante su derrotero por Europa (observa Castillo Didier, el hacendoso chileno de nuestro ayer) oímos decir que en las alforjas de su caballo guardaba –mudo compañero de viaje– una edición, en original latino, de *La Eneida* de Virgilio, cuando regresara de las ruinas de Troya. También asienta nuestro muy venezolano chileno, que Andrés Bello solía consultar la desmesurada biblioteca del errante caraqueño, frondosa de originales en latín y en griego, a la

espera, durante diecinueve años, como representante diplomático de la "revuelta oligarca de 1810", anota Picón Salas en su biografía mirandina de lectura indispensable, de su inútil regreso a la patria de las inestables Repúblicas de Bolívar. De la erudición de que gozaba Miranda y de la noticia de su colección libresca, enumera minucioso un ensayo de Uslar Pietri; entretanto Caracciolo Parra Pérez da cuenta en su historia del Generalísimo en los campos de batalla de Norteamérica y de Francia, donde ofreciera su espada, sobremanera en Valmy y lograra larga nombradía, como en su frecuentación entre los salones de la élite parisiense y en las alcobas de las bellas de prestigio social y las *cocottes* que lo amaron en su destino de trotamundos mientras sucedía su infatigable demanda de socorro para la consecución de su terca obsesión: la liberación de Caracas y de América del imperialismo español. Hasta la Rusia de Catalina guió sus pasos de soldado y de seductor, festejados con largueza –como se sabe– por la emperatriz y dueña del mundo. La casa de Miranda fue él mismo, bien que Londres fuera residencia momentánea y escondite de la persecución con que lo asediaba España, que no le perdonaría su deserción tras la batalla de Pensacola en Norteamérica y su asunción de insurgente de la Corona. La infinita biografía del Precursor agobia el género en copias de innúmeras lenguas por lo que sería insensato remedar, siquiera con breve minucia, lo dicho por autores nacionales y universales. La precaria Primera República lo invitó, entre la sorna y los "resabios y argucias de nuestra gente nativa y la actitud bisoña de los patricios caraqueños", subraya de nuevo Picón Salas, a presidir las tropas republicanas, investido con las charreteras de dictador. Pronto, en Valencia conocería su humillación de vencido y firmante del desdichado armisticio con el facineroso Monteverde y su soldadesca coriana, causa de su derrumbe militar y moral en la llamada "patria boba". Bolívar, quien lo entregara al enemigo al acusarlo de traidor, seguiría las huellas de su viejo sueño de liberar a América del absolutismo de Fernando XVII logrando con sus dones

de guerrero, de ideólogo y de humanista nuestra azarosa Independencia. El crepúsculo del Generalísimo fue la ergástula de la venganza imperial y de su caída en las sombras en una celda de La Carraca. Pero su gloria se perpetúa en la memoria de nuestra lucha independentista y en el ideario bolivariano de ayer y de cada día.

27 de marzo de 2024

LA SELVA NUESTRA DE CADA DÍA

José Eustasio Rivera era de Neiva, como cualquier hijo de vecino, antes de inventar su eternidad y ponerle punto final a *La Vorágine*. Sí, era de ese villorrio que orilla el Magdalena, pero también de Aguascalientes, acaso porque el curso del río arde en sus orillas. El monte, la vegetación, agobiante, fue su infancia, lo duro, el sofoco, el eterno mediodía en todo y desde temprano. Por allí, por esos matorrales y esa canícula tenaz pasaban los caucheros, los cuchilleros del árbol que los aborígenes llaman el tallo que llora, el *cauchu.* Se mostraban heridos de lianas, de mordeduras, de espinas y reptiles, afiebrados de paludismo, exhombres de mal entraña. Venían del tigre, de la víbora macagua, del pez piraña, algunos con la piel hecha jirones entre los dientes de la manigua y podridos por la malaria. Y él, el muchacho que fue José Eustasio Rivera, padecía ya, sin saberlo, la selva de Atabapo y el Inírida que lo esperaban, algún día, recién abogado, en los cuchitriles de Casanare, la tierra de casco de caballo y trillo de res, mientras a un tal Luis Francisco Zapata le refería los pormenores de la temporada en el infierno de aquellos esqueletos vivientes, expulsados de la selva, que habían alcanzado la llanura para tratar de ser humanos. No es tiempo de referir el devenir del escritor de un libro único (que no fuera también el de un legajo de sonetos modernistas) porque la selva lo espera pronto para sumirlo, después del Orinoco, más allá del Guaviare, del Temi y el Atabapo de aguas enlutadas, justo el tiempo de permitirle pergeñar la primera página de *La vorágine* su carta de presentación a las puertas de la gehena: "Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia". No tardaría mucho la

torva promesa de ese sentimiento en propiciarle sus arrebatos caníbales (el bejuco patibulario, la hormiga veinticuatro y su apurado veneno y la araña mona, "terror de todas las fieras", anotaría Gallegos en *Canaima*) y el gusto a hambre y a lo insoportable. Página a página, sin prisa, como el infierno del Dante, la selva preparaba su anaconda, su pez carnívoro, su enjambre de bichos, su gangrena, la agonía y lo ominoso, justo al lado de la flor salvaje y al plumaje del ave del paraíso. El novelista, la pistola, al cinto, el puñal en el costado, y en su porsiacaso de lona los recados de los borradores de la novela aun imposible, gira entre los asaltos de las lianas, la torrentera de Guaharibos, el junco final, a aquella asquerosidad viviente de cierto Millán y los harapos de su ser purulento camino a los gusanos. ¿Quién anda ahí que no fuera el ser carcomido por la llaga, la infección, la fetidez de la carne o el del demente homicida o la demencia simple? ¿qué vida vinieron a buscar estos hambrientos de la ambición, famélicos de sus engaños, enloquecidos por su mosquito, su plaga negra? Mientras avanza por esta tierra de horror el lector ha olvidado la mal oculta trama de su anécdota. Todo ocurre en una prosa que no atiende a otro género que no sea el de la escritura apocalíptica, el poema de la desesperación y la alucinación. El "yo acuso" que prepara Arturo Cova, el relator de este fin de mundo, su protesta contra la falsía de la empresa que ha comprado a estos condenados al caos de una caminata abisal, ese libelo judicial que suscribe Cova, esa realidad banal de la ley, nada vale frente a la devoración selvática de la novela o la narración rimbaldiana de una nueva temporada en el infierno. El poeta José Juan Tablada imagina a José Eustasio Rivera en una cama de hospital neuyorquino, un día de 1929, cuando ya, después de su regreso de la selva y mientras se contentaba con el largo nombramiento que le causara su obra solitaria, agonizaba, acaso pasto de una venganza enigmática; y escribió esto: "La muerte de Rivera fue una venganza de la selva; fue una flecha envenenada que atravesó volando el continente y vino a herirlo a Nueva York". Extraña

muerte. ¡Cuánta vida le causó esa puya aborigen! Hoy es 1924 desde las primeras páginas, una y otra vez, una y otra vez: "Antes que me hubiera apasionado por mujer alguna, jugué mi corazón al azar y me lo ganó la violencia". Ella no le da sosiego. Toda belleza es terrible.

01 de abril de 2024

SÉRGIO BUARQUE DE HOLANDA
CUANDO EL PARAÍSO QUEDABA EN BRASIL

Desde siempre se llamó así, con patronímico de pretensiones mantuanas brasileñas. Pronto creció como un muchacho flaco y desgarbado pero que nunca en desmedro de su contextura de averiguador de las antiguas lecturas de los clásicos portugueses. Quien llegaría a ser una biblioteca viviente, una obra literaria y humanística agobiante, empezó casi al final de la adolescencia con una bisoña obra literaria cuya excelencia causó estupefacción. A esas horas ya era Sérgio Buarque de Holanda y su biografía cobraba, con apuro de leguas, la desmesura de su patria verde: descolló en la ciencia histórica y cualquier otro género de las letras. Su única invención solitaria fueron unos cuentos de los que su eternidad se niega a recordar. No hubo periódico ni revista donde no luciera su rúbrica. La crítica literaria le reservó las más acabadas muestras de sus dones. Profesó la ironía con el mismo fervor que debía al ateísmo. Las aulas universitarias le sirvieron de domicilio fijo. Viajó incontables veces a Europa. Se tardó largo tiempo en Alemania, cuya lengua repetía con holgura. Leyó la vanguardia del surrealismo bretoniano y anduvo en el transiberiano de Cendras, abrevó en el futurismo de Marinetti sin dejar su feligresía modernista y primitivista. Agotó hartas páginas escribiendo libros de historia, las más de las veces sobre el Brasil y cualquier frontera del Continente. Lo llamaban las cátedras de las universidades de Norteamérica y la UNESCO lo invitaba sin demora para que la representara en nombre de la antigüedad suramericana. Lo ungieron como individuo de número las academias. Fue socialista, proclamó la intolerancia y sufrió los fierros del cautiverio. Gilberto Freyre lo tuvo por una figura alta del humanismo brasileño. Sabía de todo y hasta fue

antólogo de la poesía de su tierra, íntimo de Manuel Bandeira, de Oswaldo y Mario de Andrade, de Drummond y su sentimiento de itabirano, celebró los cantos de Vinicio de Morães, despilfarró juventud en los mentideros literarios y mundanos de São Paulo y Rio. De sus estadías en Alemania trajo noticias de Hitler, de Mussolini, de la infancia de la Unión Soviética. Tradujo a Eliot. Creyó en Getulio Vargas. Su obra escrita es una verdadera república de papel: *Caminhos e Fronteiras*, *Cobra de vidrio*, *Literatura colonial brasileira*, *James Joyce*, *Estética*, *A era do Barroco no Brasil*, *Literatura Francesa: Estudio sobre Jacques Rivière* y una enorme papelería de notas de periódicos (fue corresponsal de Associated Press) y revistas. De Alemania se trajo las primeras 400 páginas de su *Visión del Paraíso*, para que en ellas cupiera todo Brasil y el Continente y los *Motivos edénicos en el Descubrimiento y Colonización del Brasil* hasta que se le detuvo el corazón en 1982, pero no Sérgio Buarque de Holanda. No. El es del tamaño de su país y de sus lectores: esto es, de su estatua de mármol vivo.

24 de abril de 2024

EL CARNERO
LA PRIMERA VEZ DEL "HABÍA UNA VEZ"

Ocurre derrota de la curiosidad si se escudriña la vida de este bogotano del siglo XVII que no fuere lo que revela y narra su autor durante la desmesurada confidencia de esta papelería de vario asunto, a la que no sin marcada ironía denomina *carnero*, por querer acusarla de alijo inútil con destino a tacho de basura o cuando mucho a depósito o basurero del olvido. Si no fuera por quienes se dieron a la caza de sus huellas, como hiciera, y con enjundia de minuciosa verba docta, Darío Achury Valenzuela en el prólogo que cediera para los clásicos de la Biblioteca Ayacucho, la noticia sobre Juan Rodríguez Freyle habría sido, cuando menos, mezquina. Al desvelo del prologuista debemos la copiosa anécdota –tal las abultadas páginas de su libro– que lo trajeron a nacer en Santa Fe de Bogotá al arribo de sus padres, Juan Freyre, soldado del conquistador Pedro de Ursúa, asolador de los pueblos de las Indias, perseguidor del perfume de la canela, y doña Catalina Rodríguez. Con redicha noticia la eternidad del autor de *El carnero* quedó así libre de enmiendas. Fue entonces posible seguirle sus primeros pasos de provechoso estudiante y desde temprano ahíto de lecturas de la España del Guzmán de Alfarache, el enrevesado Góngora, de Fray Luis de Granada y más tarde de Cervantes, todos prosa y verso de aquel siglo dieciséis que fue de oro, luego inencontrable, hasta entrado el tiempo de las generaciones literarias que lo exhumaron. ¿Qué hizo mientras viviera hasta los setenta y seis años cuando cesó de manchar con su pluma de azor las páginas de su obra? Se fue a España cuatro veces seguidas, anduvo de viandante madrileño y de demás pueblos, mundano y petrimetre. Mientras de esta suerte agotaba su juventud apareció

publicada la *Elegía* de Juan de Castellanos, el poema más largo que se conoce en el mundo, supo del desastre de la Armada Invencible, la muerte del corso y avizoró al pirata Drake antes de que asolara a Vigo y Cartagena para desesperación del rey Felipe. Ya en Colombia, en la Nueva Granada, hizo de todo lo divino y lo humano porque fue presbítero casi obligado por culpa de la carestía de catequistas y de soldado con orden de matar indios. A esas horas, y con oficios tan dispares, pudo concluir pródigos conocimientos de gramática y de retórica sin que nadie sepa aun si asistiera a alguna aula universitaria, como sí lo hiciera Hernán Cortés en el *Aula Mater* salamanquina, discípulo de Fray Luis de León. Se casó, tuvo prole, mansión grande y bastante pintura de ganado. Se enredó en rencillas, intrigas y fue pasto de injusticias, la mayor de las veces por malandanzas de duques y gente empingorotada. Conoció la pobreza y fue irónico con ella, como fuera su talante. Un día de 1638 culminó *El carnero.* En esa verdadera república de letras ocurre todo: la descripción y comento de los pueblos conquistados de las Indias Occidentales con espada y con cruz, los pormenores de tal saco y la biografía de esas sociedades de cabildos, repartimientos y encomiendas, ahorcamientos de garrote vil y filo de arma blanca. No hubo género que no copiara en su libro: el de la historia, la crónica, el cuento, el relato narrativo, la biografía, el del mito, el de la leyenda y sus pormenores de sosiego y belicismo, el de la muerte, siempre vecina, la maldad, el perdón, el amor y su desencanto, la sonrisa y la mueca, la opulencia y el harapo. Antes de llamarlo *El carnero* trató de motejarlo con un nombre de imposible caletre y fracaso de la memoria, cuya oratoria fuera habitual encomienda editorial en esos tiempos. Hubiera querido nombrarlo *Conquista y descubrimiento del Nuevo Reino de Granada de las Indias Occidentales del mar océano y fundación de Santa Fe de Bogotá.* La brevedad y metáfora de su título definitivo y el prestigio de ser el primer día del había un vez de las letras colombianas y del

continente desmienten el destino de basural al que quiso confinarlo el tan escurridizo Juan Rodríguez Freyle, sin que conociera desmedro su inagotable nombradía.

25 de abril de 2024

ANTONIA PALACIOS
EL TIEMPO EN UN CUERPO BAJO LLAVE

Pudo haber sido la mano de Adriano González León quien dijera de esta mujer blanca y de mirada triste que solía vivir a puertas cerradas de sus últimos insomnios. Acaso nadie como el orfebre de *Las hogueras más altas* habría sabido llevar de su mano suavísima como nadie entre nosotros, entre la piedad y la celebración, con esmerado cuido de lucidez extrema y emoción contenida, el postrer vivir de Antonia Palacios, muy quedamente, de modo que su corazón, detenido un 13 de marzo, no sufriera tan pronto de los desmedros del silenciamiento que la lastima, nuestro hacendoso silenciamiento, pero tocóle a Marta Traba, a su altiva y depurada prosa de escritora, no la de aquella de su heridor oficio de crítica de arte, amar como pocos la nostalgia que dejara su definitivo mutismo mientras el verano de una casona de Altamira arriba caraqueña sirviera de mortaja a esa rubia dama, harta ya de excelencias creadoras, de extrañas excelencias creadoras, los ojos siempre de mañana, al otro lado de su habitación, que casi por compromiso con el enigma, le dio vuelta fatal a la aldaba de la luz de la lámpara junto a su lecho. Dijo entonces esto Marta Traba, apenas enlutó a su castellano precioso: "yo le preguntaría a los escépticos: ¿conocen a alguien que quiera *sobrevivir* día tras día, que lleve sobre sí la carga de la vida como un fardo de hierro, que pase las noches arañando paredes, corriendo por habitaciones vacías, arrojándose al piso a garabatear palabras extrañamente coherentes en pedacitos de papel, con cabos de lápiz buscados afanosamente entre el caos de los cajones arrancados de quicio?" A esas horas de la inimitable escritura del adiós con que la despide, evocándola, la escritora colombiana, Antonia Palacios, "este brillante y

escandaloso ser que vive amortajado", moría ya de vida insoportable. Ya era 13 de marzo de 2001. Aun lo es, pues su tiempo no nos pertenece para recordarla, porque nosotros, dijera Blaga, allá en Rumanía, "olvidamos" y tal vez sea esa su obra más perdurable.

13 de mayo de 2024

ONETTI
EL SOLITARIO HABITANTE DE SÍ MISMO

Le reclamó a la fama el haberle hecho esperar. El mismo fue su juez y su penalidad. ¿Por qué anduvo siempre de segundón –adujo– en los concursos literarios y hubo de aguardar al menos que lo mencionaran? Argentina no fue amable con sus dones. Allí emprendió oficios inanes, perpetró el comentario, el juicio valorativo literario y regresó como apaleado a Montevideo, a la que cierto día la bautizara Santa María, la ciudad mugrienta. En ella hizo la crítica de *Marcha*, la revista inefable. Fue terco en su determinación de hallar en la escritura el refugio de una vida sin aplausos. Insistió; en verdad sus primeras narraciones flaqueaban. Aun no había inventado sus obras maestras, *El pozo*, *Juntacadáveres*, *El astillero*, *La cara de la desgracia*. Apenas las concluyó la crítica y el negocio editorial lo fueron a buscar. Le llamaron maestro, al fin. México difundió no pocas copias de su arte de narrar, su amargo arte de narrar y reunió sus obras completas. Antes había conocido la cárcel de la dictadura uruguaya y de nuevo las rejas, acusado de pornógrafo. Se había ido a Madrid en busca de un escondite. Amó con fervor el mundo desolado, la mujer como una herida larga que no siente con sospechas de traición y de prostíbulo. Practicó la tristeza y su mueca. Anduvo, en verdad, solo. *El pozo*, diríase, fue su obra y sus versiones visibles o a escondidas hasta su muerte. Entendió la vida como una empresa en descomposición. Nadie allí se salva, ningún habitante de la pútrida Santa María. Lo social, el asunto político, cuando lo abordaban sobre el tema, recibió su indiferencia. Solo quería curvarse sobre la máquina, para crear vencidos, lastimados, pobres diablos, homicidas, suicidas. Alguien, Larsen, uno de sus personajes más recurrentes, quiso regentar

el prostíbulo perfecto donde cupiéramos todos. No en vano fue faulknereano y la fundación que lleva el nombre del maestro de *Absalón, Absalón* lo unció como su seguidor por excelencia. No desmayó nunca en su determinación de mostrarse elusivo, doble, varios personajes y ninguno. El mismo se prestó para actuar en su narrativa del fracaso con nombre y apellido. En esas páginas se definió como el hombre de la cara aburrida. Súbito comenzaron a eternizarlo, sin que él ayudara para nada en tal perpetuación. Reeditaron sus novelas y cuentos. Conoció merecimientos de toda suerte, lo tradujeron a varias lenguas, no pocas de sus obras sufrieron remedos del cine. Lo invitaban a congresos, a eventos universitarios y de casas editoras. Frecuentó a Venezuela. Vargas Llosa le arrebató el Premio Rómulo Gallegos con *La casa verde*. Volvió a esconderse en Madrid y allí lo sorprendieron con el Premio Cervantes después de haber jurado que nunca jamás escribiría. Su arte de lo sórdido humano, de la suciedad, la corrosión, no hizo caso a tal juramento y se burló de él. Nadie fue tan onetteano entonces.

30 de mayo de 2024

ANTONIO JOSÉ DE SUCRE
AQUEL DISPARO QUE MATÓ A BOLÍVAR

En Berruecos ya no vive el bosque, no se alza ya la selva que esperaba a Antonio José de Sucre detrás del fusil de un oscuro falconiano, regentado por la traición insoportable una mañana de 1830 que avivara Santander y la canalla militar que le negara a Bolívar la gloria y lo aventara a Santa Marta desconocido y frágil. Desde lejos se ve apenas el lomo de leona de la serranía y aun se mira el sitio triste del holocausto que Arturo Michelena eternizara en oleo imperecedero. El humo de la pólvora que derribara de su mula castaña al general en jefe de 35 años, cansado de guerra y elevado a los cielos inmortales del triunfo de Ayacucho, sirve de mortaja al cuerpo de un pequeño y grande dios, creador del fin de un imperio y aurora de la América bolivariana. La inmortalidad lee todavía en un tiempo absoluto el parte de la violenta batalla que el general en jefe cumanés dirigiera a El Libertador un 9 de diciembre 1824: *Ejército Unido del Perú, Cuartel general en Ayacucho, 9 de diciembre de 1824. Al Exmo. Señor Simón Bolívar, Libertador de Colombia, Dictador del Perú. Exmo, Señor: El campo de batalla ha decidido por fin que el Perú corresponde a los hijos de la gloria. Seis mil bravos del ejército libertador han destruido en Ayacucho los nueve y mil soldados realistas que oprimían esta república; los últimos restos del poder español en América, han expirado el 9 de diciembre en este campo afortunado. Tres horas de obstinado combate han asegurado para siempre los sagrados intereses que V. E. se dignó confiar al ejército unido*. Pero ¿quién fue ese joven oriental, que no ha mucho dejara atrás la tarde de su adolescencia para ascender al mármol de las estatuas y al nombramiento de los hombres eternos? Hijo y ancestro de mílites, criado en la dura disciplina de los

cuarteles, Antonio José de Sucre frecuentaba ya los quince años cuando recibió el bautismo del fuego de los combates. Asombra el apuro con que hacemos recuento de las charreteras que justificaron sus grados castrenses. No permite esta nota referir la confidencia con la debida minucia. Baste con hallarlo en 1817 en su decidida voluntad de seguir a Bolívar, en cuya vehemencia y lauro no desfallecería nunca. No se distrajo jamás en recibir los altos grados del ejército, temprano fue mariscal, luego general de estrellas en el hombro ¿Qué lo respaldaba para lograrlo, a más del arrojo? Su talante de estratega, su rigor de acero en el mando, su astucia, su inteligencia en la acción y su emoción en el triunfo. El Libertador lo seguía a cada momento de muy cerca y con expresiva admiración. Nunca lo sorprendió su acelerada gloria. Cuando en la aciaga hora en que un soldado le anunciara su asesinato mientras desfallecía en una hamaca bajo los samanes de San Pedro Alejandrino, su rabia triste dejó escapar su enlutada nostalgia. Le oyeron exclamar: han matado al Abel de Colombia; y dicen que murmuró sin decirlo. Era el fin de un sueño, el último día de la Gran Colombia. La noticia de su vida lo dibuja como alguien incansable, presto a rendirle su vida al bolivarianismo, obediente a los mandatos de El Libertador, primero en el frente de batalla y último en nombrarse entre sus hombres heridos y caídos en el horror de los combates. Grave, obsesionado por la justicia, frío en la respuesta a toda desobediencia y cualquiera traición, allá va el muchacho mariscal, el general de la frente altiva, cercano de la sombra de Bolívar y ejecutor de sus mandatos, seguro era en sus acciones de los combates, pensador en las arremetidas, lógico en las astucias de los frentes de guerra, duro, inflexible ante cualquiera desobediencia y traición, dulce y comprensivo en el perdón, pero asimismo puntualísimo servidor en las diligencias civiles a que fuera encomendado, desvelado inventor de proyectos educativos, atento civilizador, como lo probaran sus días de fundador y primer presidente de Bolivia, capaz, además, de disentir de ciertas decisiones de El

Libertador, así fue el general en jefe Antonio José de Sucre, el dios Sucre, que una aviesa bala de Berruecos aceleró la agonía de Bolívar. Quien divisa hoy el bosque abatido o quien lo transita entiende hoy el *ananké* de los griegos, la fatalidad transmutada en destino: hoy explica la sobrevivencia del bolivarianismo en el espíritu de Simón Bolívar y de Antonio José de Sucre, esa víctima primordial que en estos días preside con El Libertador la resurrección de aquel sueño de Carabobo y de Ayacucho entre todos nosotros.

04 de junio de 2024

LOS MIL Y UN BORGES

Alguna vez el inefable escritor argentino adujo que nadie agotaba la lectura de las mil y una veces con que aquella muchacha de Bagdad retardó el momento de morir contando una historia infatigable porque cada traducción del libro comenzaba y concluía de una y mil y otra nueva manera de ser contada, siempre la misma y siempre otra. Y así como Galland cometiera en francés una de sus versiones más memorables, de parejo modo, cualquier traductor agotaría distinto achaque al versionar aquella copia trazada en lejano árabe medieval por Abu Abd Allah Muhamad el Gahshigar, quien, de igual guisa, copiara el asunto de su confidencia después de oírsela decir a sus mil y un autores eternamente inencontrables, los cuales la referían de eternamente distinto embrujo como su comienzo y su fin infinito. Borges, quien fuera y es Borges y fue y será una escritura, un invencionero de nuestro idioma literario y otra vez Borges y también Jorge Luis Borges, argentino y de cualquier otro origen cedido por él mismo en las mil y una copia con las que escribiera su obra en los babélicos idiomas de la tierra que lo versionan, confesaría que era a otro Borges a quien le ocurrían las cosas. Oigámoslo o leámoslo si no: *Yo camino por Buenos Aires y me demoro, acaso ya mecánicamente, para mirar el arco de un zaguán y la puerta cancel; de Borges tengo noticias por el correo y veo su nombre en una terna de profesores o en un diccionario biográfico. Me gustan los relojes de arena, los majas, la tipografía del siglo XVIII, las etimologías, el sabor del café y la prosa de Stevenson; el otro comparte esas preferencias, pero de modo vanidoso que las convierte en atributos de un actor. Sería exagerado afirmar que nuestra relación es hostil; yo vivo, yo me dejo vivir, para que Borges pueda tramar su literatura y esa literatura me justifica*. Si

así fuera, entonces, ¿a quién nombra y a quién lee la tierra entera, sea en su español nativo, en su obsesivo acento anglosajón o en demótico o en voz y caracteres de la dinastía Tang? Cuál de los tantos otros Borges concluyó, por ejemplo, las milongas y vidalitas de *Fervor de Buenos Aires*, la *Historia universal de la infamia*, *Ficciones*, *Evaristo Carriero*, *El aleph*, *El jardín de los senderos que se bifurcan* o sus incursiones y tergiversaciones de cierta lectura cierta o fingida, acaso el traductor de *Las palmeras salvajes* y de *Orlando*, a lo mejor el compaginador con María E. Vázquez de *Las literaturas germánicas medievales*, *La biblioteca de Babel* que ordenara con Franco María Ricci en la que aglomeró todas las lecturas fantásticas de las que fuera asiduo curioso e inventor de prolijas puñaladas de simetría atroz; y otro Borges más aun, el que se confundió con la sombra de Bioy Casares mientras este hacía lo mismo o el que parafraseó *El sur* y vio un tigre en su biblioteca, poeta ceñido por la rima del soneto shakesperiano en una *Página para recordar al Coronel Suárez vencedor de Junín* donde acalló la acción en el combate del Libertador Simón Bolívar en evasivo gerundio: *en esa batalla y la gente muriendo entre los pantanos, y Bolívar pronunciando palabras sin duda históricas.* Con frecuencia desdeñamos a ese ciego que mira y no mira la dignidad humana, el del bastón con un águila en la cumbre y el traje gris, el coronado por Cambridge, el cansado de gloria, el irónico terrible e insoportable lúcido, también el abominable que loara a Pinochet y le cediera su nuca para dejarse condecorar por un mílite sangriento. A ese y otros Borges de fabla impura, espuria, a sus injurias y apostasías hoy lo olvidamos para privilegiar "al hacedor" de una lengua universal que lleva inscrita su nombre y cuya eternidad fue prohibida por los académicos del Nobel y cuya negada perennidad lo acrecienta en demasía la tierra toda que lo lee y cómo Scherezade retarda el final de su lectura para retomarla una y mil veces.

13 de junio de 2024

BLANCO FOMBONA
LA LETRA AL CINTO Y EL ACERO EN EL DECIR

De rancio abolengo fue su nacimiento, el parentesco de la mamá de Bolívar y de Eduardo Blanco, la sangre de verbosos y encachuchados, del ganadero y el cafetero de larga hacienda, del escribidor circunstancial y obsesivo, del gacetillero, del periodista alevoso, del funcionario de caudillos, del conspirador, del universitario, del diplomático, del humillado y ofendido de la cárcel, pero también el perdonado por el sátrapa de turno para que asumiera el ministerio o la cartera de diplomático, Rufino Blanco Fombona, con tan frondoso árbol genealógico y el ajetreo del letrado, usó –y no precisamente para enseñarlo– el gesto del espadachín, el del disparo con alegado de defensa propio o porque sí y la machura en todo, así en la pluma del poeta, el del narrador y prosista diverso, como el de temible polemista que tuvo tiempo y solaz para convertirse en una biblioteca andante proteica que llegara a ser, como aquella de lírico –que autorizara la venia de Rubén Darío– y no solo la del novelista, el ensayista, el cuentista, el historiador y las pretensiones de nobelizable, que la clase culta y política reclamara por su obra y su apasionada venezolanidad, parisiense con Darío, contertulio de Unamuno y su vecino de rúbrica, exiliado en Europa y en Nueva York por afrontar al Cabito y más a Gómez, después de celebrarlos y prestarle sus dones; y nomás de regreso de su dilatado destierro, académico y gobernador. ¿Qué más? Jesús Sanoja Hernández, en la indispensable lectura del prólogo que suscribiera para el tomo 36 de la Colección Clásica de la Biblioteca Ayacucho, le atribuye, además del de don Juan y Casanova, entre su vasto nombramiento en la historia político-literaria de la Venezuela modernista y positivista de su tiempo, el

de ser empeñoso celebrante de Simón Bolívar, de quien suscribiera varias y muchas páginas, como aquella –entre tantas– sobre las mocedades del Libertador. Tanta elocuencia escrita no lo libró de ser silenciado por los áulicos de nuestros caudillos, los más otrora compañeros suyos, quienes aceptaron sumisos las órdenes del Palacio de que ni siquiera mencionaran su nombre, so pena de darle cárcel o destierro a quien se atreviera a hacerlo, mientras París y España reclamaban su valía, esta última hasta para cederle la gobernación de Navarra y Alicante. Nadie, ninguno en el país de las nulidades engreídas, que dijera Romero García, fue capaz de concluir una obra literaria y una vida civil de guerrero verbal de semejante desmesura, donde cupo la excelencia y asimismo el deslucimiento; pendular entonces, pero de pronto con intachable gracia y consecución estética, como sus novelas *El hombre de hierro*, *El hombre de oro* y su impecable ensayo sobre el conquistador español del siglo XVI o su *Judas capitalino*, embrollo de muchos géneros donde abjura, insulta y odia. Ese fue Rufino Blanco Fombona, a quien Ángel Rama no se cansa de encumbrar durante su prosa de justicia valorativa; y no fue el único, como por ejemplo Semprum y más allá, cuando la clase intelectual libre y desterrada preguntaba por él antes que a los no pocos venezolanos de la vanidad escritutaria. Hoy, Rufino Blanco Fombona conoce, sin que lo sepa su muerte, la eternidad de que fuera expoliado en la Venezuela del insulto, el ludibrio, la prosa soez, de la que fuera peligroso oficiante del libelo y la reyerta verbal en la hoja del hebdomadario y la prensa cotidiana de otras fronteras, en tanto se perpetuaba en el poder el gendarme necesario de La Mulera. Su nombre luce en el sócalo del Panteón Nacional, a la sombra de su dios, en el hemos sembrado a los héroes de la espada, el pensamiento y el imaginario nacional.

17 de junio de 2024

BIBLIOTECA AYACUCHO
LA LECTURA DE TODOS NOSOTROS

Aun es 1974. Aun hace 50 años, esto es, siempre. El gobierno de Carlos Andrés Pérez escuchó con insistencia, aquella vez, un 10 de septiembre, la vehemencia, diríamos, la terca ilusión, con que el poeta José Ramón Medina y el hombre de letras Ángel Rama, se atrevieron a darle visos de cuna y eternidad a la Biblioteca Ayacucho. Tal pretensión hubo de aguardar el susodicho tráfago de oficina y espera –¿y hasta la duda?– para que se diera el consentimiento y se autorizara, mediante el Decreto 407, la creación de su fundación. Venezuela gozaba esa vez de los fastos de la riqueza de sus hidrocarburos, la llamada abundosidad –y pronto precaria– economía saudita. Tamaña probidad de que fuera beneficiara con largueza el fisco nacional propiciaría el pronto consentimiento del entonces Presidente de la República y acaso el de la conseja de los áulicos de Palacio y de nuestra clase intelectual. ¿Qué ocurría entretanto en los aledaños del sur del continente? La satrapía de cuartel abundaba allá abajo hasta más allá de la Tierra del fuego, la cual, con saña y carnicera determinación, mordía y extenuaba todo derecho a disentir y más aun a acallar todo pensamiento y fantasía. Sus escritores y sus imagineros de cualquier virtud creadora huían de esa cacería a la meditación y a la fantasía y Venezuela proponía su aunque precario clima de libertades, los beneficios de una vida pública permisiva y los beneficios pecuniarios de su sorpresiva riqueza. Hasta sus orillas, la del parapeto neoliberal, llegaría el destierro de la inteligencia y la imaginación sureña. Todos eran nacionalistas, los más obedecían a la utopía socialista. El escritor, el profesor de academias, Ángel Rama, era el de mayores títulos. La empresa editorial del *boom* gozaba por entonces de muy buena salud. Aledaño a ello el recién creado Premio Internacional Rómulo Gallegos

prometía pingües promesas materiales a sus galardonados. El también recién nacido Centro de Estudios Literarios Latinoamericanos, prestigiado con el nombre del autor de *Doña Bárbara*, requería de lectores de academia probado nombramiento. No tardó la alta institución, ella también –como la Biblioteca– cincuentenaria, en acoger a la inteligencia de la diáspora. El sesquicentenario de la Batalla de Ayacucho abundaría en beneficio de la propuesta del poeta Medina y el intelectual Rama de que la Biblioteca de su propósito editorial llevara el nombre del campo de batalla con la que naciera y se nombrara nuestra definitiva soberanía bolivariana a esa otra libertad, la libertad interior, la de la regionalidad de nuestra escritura. Antes, allá por los años veinte, Rufino Blanco Fombona había nominado ya Ayacucho a una de las colecciones de su Editorial América, por lo que la futura Biblioteca heredaría dicha distinción ecuménica y la vasta espiritualidad, desvelo de Bolívar y Andrés Bello. Hoy, medio siglo más tarde, la más prestigiosa creación de la editorial latinoamericana persiste, fiel a su canon, de acoger, sin atender a criterios ideológicos e imposiciones estéticas, a las obras literarias regionales a las que la celebración y el tiempo han dado la autoridad de clásicos. Más de trescientos cincuenta títulos abundan hoy en los estantes de Ayacucho y de sus colecciones filiales. Oscar Rodríguez Ortiz, uno de los nombres pilares de la editorial, anunciaría su alcance y propósito los cuales consisten en que "en una misma colección de libros estuviera, junto a Borges, García Márquez, o una antología del pensamiento conservador continental se acompañase con una dedicada al utopismo socialista". No ha variado un ápice su razón de ser. En estos tiempos de acoso brutal a nuestra soberanía, la Biblioteca Ayacucho aviva, con ejemplar tenacidad, aquel propósito de sus dos soñadores. ¿Cómo olvidar las palabras de Ángel Rama cuando la definiera de ser "instrumento de integración cultural latinoamericana" (y del Caribe, agregamos nosotros)?

10 de septiembre de 2024

ÍNDICE

Presentación. *Jesús D. León* 7

50 AÑOS DE BIBLIOTECA AYACUCHO
La lectura de todos nosotros

Bolívar, 24 de julio de 1783: Aquel muchacho díscolo 13
Fernando Paz Castillo: De cuando los poetas andaban con un pájaro en la cabeza 17
Arguedas: Entre el grito de los ríos y las montañas airadas 20
Verse en Díaz-Casanueva 24
Joaquín García Monge: La nostalgia de la desmesura 27
La última mirada de Marta Traba 30
Biografía de un Cimarrón: Lo que dura ser libre 33
Miedo a Juan Montalvo 37
Los *Comentarios reales* del Inca Garcilaso de la Vega: Aquel imperio que cayó de las nubes 40
Salvador Garmendia: Civilización y barbarie en la ciudad 43
Antonia Palacios: La invitada del tiempo 46
El señorío de los Incas: Cuando los dioses vivían en la tierra 48
Aquel hijo del coronel Juan Vicente Bolívar 51
Alfredo Armas Alfonzo: Cien años de nostalgia 54
Andrés Eloy Blanco: Todo un país para un poeta 56
La Biblioteca Ayacucho: La otra independencia 58
La última tierra de Neruda 60
Desde el origen y ahora y siempre 62
César Rengifo: Del hombre humillado al hombre airado 64
La nostalgia de ser Armas Alfonzo 67

Andrés Bello: La ausencia como soberanía 70
Gonzalo Rojas: El sonido y el sentido de la sensualidad 73
Simón Bolívar: Aquel niño de la casona de San Jacinto 76
Biblioteca Ayacucho: La lectura de quienes somos 80
Nataniel Aguirre: Cuando la tierra peleó en Cochabamba 84
Facundo: La tierra es buena para soñar o cabalgarla 87
Humboldt: De pronto Venezuela 90
Mario Briceño Iragorry: El fervor por Venezuela y sus desdichas..... 93
¿Dónde está Jesús Semprum? 97
Alfredo Armas Alfonzo: Últimas noticias de la ternura 99
Sor Juana Inés de la Cruz: Libertad de mujer en prisión de convento 101
Flora Tristán: Una mujer con nombre de jardín y la espina de la justicia en el corazón 104
Ángel Rama: Una lectura para leernos a nosotros mismos 106
Barro eres y en Salarrué te convertirás 110
José María Arguedas: La tierra se niega a sepultar a su señor 112
Andrés Bello, el Libertador 115
José Donoso: Narrar después de chile 119
José Rafael Pocaterra: El infierno de cada día 122
Gonzalo Rojas y la invención del deseo 125
La pureza de llamarse Vicente Gerbasi 128
Joaquín García Monge: Una vida íntima en la inmensidad 131
Cuando México se llamaba Justo Sierra 133
La rebelión para siempre de un cimarrón 136
Rubén Darío: Yo soy aquel 139
Y de pronto... Bolívar 141
Gallegos: La tierra y sus dioses ásperos 145
Jorge Isaacs: Las lágrimas como una de las Bellas Artes 148
Vallejo: El idioma de la tierra y el dolor 151
Teresa de la Parra: El fastidio y la inocencia como una de las Bellas Artes 156

Una dama en el taller de orfebre de su palabra 159
Ramón Palomares, como todo lo que vuela 161
Salvador Garmendia: Los héroes se visten de ciudad 163
Antonia Palacios: Una dama en el desierto de su cuerpo 166
César Rengifo: Gente con ropa de tierra y el corazón afuera 168
La lluvia, según Arturo Uslar Pietri 170
Juan Rulfo: La gloria en pocas páginas 172
Toda Patria es Martí 175
Enrique Bernardo Núñez: Noticias de las últimas esquinas
y de una novela solitaria 177
Una noche toda llena de José Asunción Silva 180
Amado Nervo: Amor mío, dime adiós 182
Roscio: La rabia de la guerra y sus leyes 184
Ramos Sucre: La alta noche en pleno mediodía 187
El país errante de Blanco Fombona 189
Andrés Eloy Blanco: La poesía por toda Venezuela 192
En busca de Juan Liscano 195
El todo o José María Eguren 199
Julio Garmendia: Solo hay país para el éxtasis 201
Nogales Méndez: En busca de una bandera 204
Los poemas de Nicolás Guillén: Los justicieros de la
elegía y el son 206
...Y el hombre creó a Neruda 208
Lo que costó llegar ser Bolívar 212
Paz Castillo: El pensamiento entre las hojas 215
Lezama Lima: La sobreabundancia del éxtasis 217
¿Dónde queda hoy *Doña Bárbara*? 220
La poesía de Olga Orozco: Una escritura como respirar 224
Euclides Da Cunha: Entre el desierto, la llama y el cuchillo 226
Los Gobernandores del rocío de Jacques Roumain:
Cuando la lluvia se fue a la guerra 228
Sigüenza y Góngora lo supo todo 231

1908-1985. Después de Miguel Otero Silva 233
Pérez Bonalde: El adiós del regreso 236
La amada infiel de César Dávila Andrade 239
MiguelÁngel Asturias: nuestra lengua y nuestra palabra en maya-quiché 241
Madre del Castillo: Un nombre muy largo para alcanzar el cielo 245
Arístides Rojas: Cuando Venezuela era ayer 248
Fray Servando Teresa de Mier: Sermón en una iglesia de cenizas ... 251
José Enrique Rodó: Los dioses del aire y de la razón 253
Manuel Ugarte: La invención de América Latina 255
Detengan a González Prada 258
Carlos Vaz Ferreira: Aquel tiempo de los hombres quietos 260
La clase interminable del profesor Andrés Bello 262
Simón Rodríguez: El maestro de un solo alumno y una escuela inmurable 264
Hernando Domínguez Camargo: Dios con los pies de barro 268
Todo Perú le escribe a Luis Alberto Sánchez 270
Salazar Bondy: Lima o lo imposible 273
Macedonio Fernández: El viejo testamento de todas las literaturas 275
Ricardo Güiraldes: Un gaucho de biblioteca y chiripá 277
Pedro Gómez Valderrama: La ociosidad de pensar e imaginar 280
Ciro Alegría: Una tierra con olor a hombre 282
Horacio Quiroga: El había una vez y su tragedia 285
La selva de ser José Eustasio Rivera 287
Eugenio De Santa Cruz y Espejo; Un aula como un campo de batalla 290
Sandino: La libertad bajo un sombrero 292
Luis Palés Matos; El patronímico de una estrella 295
Isaac J. Pardo: O la pasión de la desmesura 297
Isaac J. Pardo: La utopía queda en Venezuela 300

Ramón Palomares: La maestra Polimnia era un pájaro de Escuque 303
Alguien es García Márquez 305
Gustavo Pereira: Nos fue dada la tierra para abrazarnos 307
Vallejo: He muerto, lo supe 309
Francisco de Miranda: La libertad y su derrota 312
La selva nuestra de cada día 315
Sérgio Buarque de Holanda: cuando el Paraíso quedaba en Brasil 318
El carnero: La primera vez del "había una vez" 320
Antonia Palacios: El tiempo en un cuerpo bajo llave 323
Onetti: El solitario habitante de sí mismo 325
Antonio José de Sucre: Aquel disparo que mató a Bolívar 327
Los mil y un Borges 330
Blanco Fombona: La letra al cinto y el acero en el decir 332
Biblioteca Ayacucho: La lectura de todos nosotros 334

BIBLIOTECA AYACUCHO